historia y cultura

LA REVOLUCIÓN RUSA

sheila fitzpatrick

siglo veintiuno editores




sheila fitzpatrick
la revolución rusa

historia y cultura

La historia de la Unión Soviética (1917-1991) se transformó de manera vertiginosa en las últimas décadas. Los historiadores, hasta hace poco limitados a usar la escasa información oficial, cuentan ahora con el valioso auxilio de los archivos, admirablemente conservados, que día a día se abren para la investigación. A la vez, el derrumbe del régimen soviético invita a mirar su pasado con una visión menos orientada a buscar en él la prefiguración del mundo futuro que a rastrear, en ese corto siglo de existencia, el desarrollo acelerado de procesos característicos de toda la historia occidental: la industrialización, la urbanización, la transformación agraria, el proyecto educativo y, sobre todo, la construcción de un estado nacional.

Sheila Fitzpatrick, una de las mayores especialistas en historia soviética, autora de estudios innovadores acerca del periodo estalinista, ha elaborado en **LA REVOLUCIÓN RUSA** una síntesis comprensiva, sólidamente sustentada en los últimos avances historiográficos, en la que combina viejas y nuevas preguntas. Este libro intenta responder una de ellas: *¿cuándo terminó la revolución soviética?* La historiadora elige el ambiguo lapso de vísperas de la Segunda Guerra Mundial, cuando el régimen estalinista proclamó la victoria de la revolución y el comienzo de la normalidad, en momentos en que iniciaba la más profunda "purga", que conllevó la matanza de la primera camada de dirigentes revolucionarios.





LA REVOLUCIÓN RUSA

por
Sheila Fitzpatrick



Historia
y
cultura

Dirigida por:
Luis Alberto Romero

Traducción de
AGUSTÍN PICO ESTRADA



Siglo veintiuno editores Argentina s. a.
TUCUMÁN 1621 7º N (C1050AAG), BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA

Siglo veintiuno editores, s.a. de c.v.
CERRO DEL AGUA 248, DELEGACIÓN COYOACÁN, 04310, MÉXICO, D. F.

947.084 1 Fitzpatrick, Sheila.
CDD La revolución rusa . – 1ª ed. – Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina, 2005.
240 p. ; 21x14 cm. – (Historia y Cultura / dirigida por Luis Alberto Romero; 12)

Traducido por: Agustín Pico Estrada.

ISBN 987-1220-01-4

1. Historia. 2. Revolución Rusa. I. Pico Estrada, Agustín, trad. II. Título

The Russian Revolution - Second Edition was originally published in English in 1994. This translation is published by arrangement with Oxford University Press.

La segunda edición de *La revolución rusa* fue originalmente publicada en inglés en 1994. La presente edición ha sido autorizada por Oxford University Press.

Portada: Peter Tjebbes

ISBN 987-1220-01-4

Impreso en 4sobre4 S.R.L.
José Mármol 1660, Buenos Aires,
en el mes de abril de 2005

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina – Made in Argentina

Índice

Agradecimientos

Escribí el primer borrador de este libro en el verano de 1979, cuando visitaba como becaria la Escuela de Investigación de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Australia (UNA) en Canberra. Quiero expresar mi gratitud hacia el profesor T. H. Rigby quien se ocupó de mi invitación a la UNA y posteriormente formuló comentarios muy útiles con respecto al manuscrito; a Jerry Hough, quien fue constante fuente de estímulo intelectual y aliento; y a los estudiantes de mis cursos en la Universidad de Columbia y en la Universidad de Texas en Austin, quienes fueron mi primer público para buena parte de la presente obra.

Por su ayuda en la preparación de la segunda edición quiero agradecer a Jonathan Bone y Joshua Sanborne, que me asistieron en la investigación; Colin Lucas, con quien dictamos un curso sobre violencia revolucionaria en 1993; Terry Martin, quien planteó una pregunta que procuré responder en mi revisión del capítulo 6; William Rosenberg y Arch Getty, quienes respondieron con prontitud a preguntas de último momento; Michael Danos, quien leyó el manuscrito revisado; y a todos los integrantes del taller de estudios ruso-soviéticos de la Universidad de Chicago.

Introducción

Esta segunda edición de *La revolución rusa* se da a conocer tras acontecimientos dramáticos: la caída del régimen comunista y la disolución de la Unión Soviética a fines de 1991. Estos hechos han aparejado consecuencias de todo tipo para los historiadores de la revolución rusa. En primer lugar, abrieron archivos que previamente estaban cerrados, sacaron a la luz recuerdos que estaban escondidos en cajones y liberaron un sinnúmero de materiales de todo tipo. En segundo lugar, han cambiado de categoría a la revolución rusa. Hasta diciembre de 1991, la revolución rusa pertenecía a la categoría de las revoluciones que han dado "nacimiento a una nación"; es decir, aquellas que, como la revolución norteamericana, dejaron tras ellas una estructura institucional perdurable y fueron foco de un mito nacional. Ahora, la nación soviética nacida de la revolución rusa parece haber muerto y la revolución debe ser reclasificada (es decir, repensada) como un episodio en el contexto general de la historia rusa.

La pregunta es: ¿qué clase de episodio? En Rusia, la revolución bolchevique de octubre[1] es considerada actualmente con el mismo descrédito con que se contempló a la revolución francesa en Francia tras la caída de Napoleón. Los periodistas se refieren a ella como a una aberración, una ruptura inexplicable pero fatal con las tradiciones de "la verdadera Rusia", así como con la corriente principal de la civilización mundial. Al parecer, para muchos intelectuales rusos, lo mejor que se podría hacer con la revolución rusa, y con las siete décadas de la era soviética, sería borrarlas de la memoria nacional.

Pero la historia no está dispuesta a actuar de esa manera. Todos cargamos con nuestro pasado, nos guste o no. Tarde o temprano, los rusos deberán volver a aceptar que la revolución es parte de su pasado, aunque, continuando con la analogía con la revolución

francesa, es de esperar que ello ocurra tras un acalorado debate sobre su verdadero significado que se prolongue durante al menos un siglo. Para el resto del mundo, el abrupto fin de la Unión Soviética sólo hace que sus comienzos sean aún más interesantes. Ante problemas históricos de la magnitud de la revolución rusa, las preguntas son muchas, pero no tienen respuestas simples. Es uno de esos grandes hitos ambiguos de la historia humana a los que volvemos una y otra vez con afán de descifrarlos.

Extensión temporal de la revolución

Como las revoluciones son complejas convulsiones sociales y políticas, los historiadores que escriben sobre ellas suelen diferir en las cuestiones más básicas: causas, objetivos revolucionarios, impacto sobre la sociedad, resultado político e incluso la extensión temporal de la revolución misma. En el caso de la revolución rusa, el punto de partida no presenta problemas: casi todos aceptan que fue la "revolución de febrero"[2] de 1917, que llevó a la abdicación del emperador Nicolás II y la formación del gobierno provisional. Pero, ¿cuándo terminó la revolución rusa? ¿Ya había terminado en octubre de 1917, cuando los bolcheviques tomaron el poder? ¿O el fin de la revolución ocurrió cuando los bolcheviques triunfaron en la guerra civil en 1920? La "revolución desde arriba" de Stalin ¿fue parte de la revolución rusa? ¿O debemos aceptar la visión según la cual la revolución continuó durante toda la existencia del estado soviético?

En su *Anatomía de la revolución*, Crane Brinton sugiere que las revoluciones tienen un ciclo vital que atraviesa fases de fervor y dedicación a la transformación radical hasta que alcanzan un clímax en su intensidad, seguido por una fase "termidoriana" de desilusión, decreciente energía revolucionaria y graduales movimientos tendientes a la restauración del orden y la estabilidad.[3] Los bolcheviques rusos, que tenían en mente el mismo modelo inspirado en la revolución francesa en que se basa el análisis de Brinton, temían una degeneración termidoriana de su propia revolución, y llegaron a sospechar que tal cosa había ocurrido con el fin de la

guerra civil, cuando el colapso económico los forzó a la "retirada estratégica" marcada por la introducción de la Nueva Política Económica (NEP) en 1921.

Sin embargo, a fines de la década de 1920, Rusia se sumió en otra convulsión: la "revolución desde arriba" de Stalin, asociada con el impulso industrializador del primer plan quinquenal, la colectivización de la agricultura y una "revolución cultural" dirigida esencialmente contra la vieja inteliguentsia, cuyo impacto sobre la sociedad fue aun mayor que el de las revoluciones de febrero y octubre de 1917 y de la guerra civil de 1917-20. Sólo cuando esta convulsión finalizó a comienzos de la década de 1930 se pudieron discernir indicios de un Termidor clásico: el decrecimiento del fervor y la beligerancia revolucionarios, nuevas políticas orientadas al restablecimiento del orden y la estabilidad, la revitalización de los valores y la cultura tradicional, solidificación de una nueva estructura política y social. Sin embargo, ni siquiera este Termidor representó el fin del trastorno revolucionario. En una convulsión interna, aún más devastadora que las primeras olas de terror revolucionario, las grandes purgas de 1937-8 barrieron con muchos de los revolucionarios del antiguo bolchevismo que aún sobrevivían y aparejaron una total renovación de personal dentro de las elites políticas, administrativas y militares, al enviar a más de un millón de personas (según los cálculos más recientes)[4] a la muerte o a la prisión en el gulag.

A la hora de decidir cuál es la extensión temporal de la revolución rusa, el primer elemento a tomar en cuenta es la naturaleza de la "retirada estratégica" de la NEP de la década de 1920. ¿Se trató del fin de la revolución, o fue concebida con ese propósito? Aunque en 1921 la intención declarada de los bolcheviques fuera emplear ese interludio para recuperar fuerzas para nuevos embates revolucionarios, siempre existió la posibilidad de que las intenciones variaran a medida que las pasiones revolucionarias se aplacaran. Algunos estudiosos opinan que en los últimos años de su vida Lenin (quien murió en 1924) llegó a creer que Rusia sólo podía seguir avanzando hacia el socialismo en forma gradual, mediante la elevación del nivel cultural de la población. Aun así, la sociedad rusa continuó siendo altamente volátil e inestable durante

el período de la NEP, y la actitud del partido continuó siendo agresiva y revolucionaria. Los bolcheviques le temían a la contrarrevolución, seguían preocupados por la amenaza de los "enemigos de clase" en los frentes interno y externo y constantemente expresaban su insatisfacción con la NEP y su voluntad de no aceptarla como resultado final de la revolución.

Un segundo tema a considerar es la naturaleza de la "revolución desde arriba" de Stalin, que terminó con la NEP a fines de la década de 1920. Algunos historiadores rechazan la idea de que haya existido una continuidad entre la revolución de Stalin y la de Lenin. Otros opinan que la "revolución" de Stalin en realidad no merece ese nombre, pues según ellos no se trató de un levantamiento popular sino más bien de un asalto a la sociedad por parte de un partido gobernante cuyo objetivo era la transformación radical. En la presente obra, trazo líneas de continuidad entre la revolución de Stalin y la de Lenin. En cuanto a la inclusión o no de la "revolución desde arriba" de Stalin en la revolución rusa, se trata de una cuestión en la que los historiadores pueden diferir legítimamente. Pero aquí no se trata de si 1917 y 1929 se parecieron, sino de si fueron parte o no del mismo proceso. Las guerras revolucionarias de Napoleón pueden incluirse en nuestro concepto general de la revolución francesa, aun si no consideramos que encarnan el espíritu de 1789; y un enfoque similar parece legítimo para tratar la revolución rusa. En términos de sentido común, una revolución es terminológicamente equivalente al período de trastorno e inestabilidad que media entre la caída de un viejo régimen y la consolidación firme de uno nuevo. A fines de la década de 1920, los contornos permanentes del nuevo régimen de Rusia aún debían emerger.

El objeto final de este debate es decidir si las grandes purgas de 1937-8 deben ser consideradas como parte de la revolución rusa. ¿Se trató de terror revolucionario o de terror de un tipo básicamente diferente? ¿Se trató tal vez de terror totalitario, en el sentido del terror puesto al servicio de los propósitos sistémicos de un régimen firmemente establecido? En mi opinión, ninguna de estas dos caracterizaciones describe por completo las grandes purgas. Fueron un fenómeno único, ubicado en el límite entre la revolución y el

estalinismo posrevolucionario. Se trató de terror revolucionario por su retórica, sus objetivos y su inexorable crecimiento. Pero fue un terror totalitario en el sentido de que destruyó a personas, no estructuras, y en que no amenazó a la persona del líder. El hecho de que se haya tratado de terror de estado orientado por Stalin no quita que haya sido parte de la revolución rusa: al fin y al cabo, el terror jacobino de 1794 puede ser descrito en términos similares.[5] Otra similitud importante entre ambos episodios es que en ambos casos los blancos seleccionados para su destrucción fueron revolucionarios. Aunque sólo sea por razones de estructura dramática, la historia de la revolución rusa necesita las grandes purgas, del mismo modo que la historia de la revolución francesa necesita el terror jacobino.

En este libro, la extensión de la revolución rusa abarca desde febrero de 1917 hasta las grandes purgas de 1937-8. Las distintas etapas, las revoluciones de febrero y octubre de 1917, la guerra civil, el interludio de la NEP, la "revolución desde arriba" de Stalin, su secuela "Termidoriana" y las grandes purgas son contemplados como episodios discretos en un proceso revolucionario de veinte años. Al fin de esos veinte años, la energía revolucionaria se había agotado por completo, la sociedad estaba exhausta y hasta el gobernante partido comunista[6] estaba cansado de convulsiones y compartía el generalizado anhelo de "regresar a la normalidad". Sin duda, la normalidad aún era inalcanzable, pues la invasión alemana y el comienzo de la participación soviética en la Segunda Guerra Mundial se produjo pasados pocos años de las grandes purgas. La guerra aportó nuevos trastornos, pero no más revolución, al menos en lo que respecta a los territorios pre 1939 de la Unión Soviética. Fue el comienzo de una nueva era, posrevolucionaria, en la historia soviética.

Escritos sobre la revolución

No hay nada como las revoluciones para provocar enfrentamientos ideológicos entre sus intérpretes. Por ejemplo, el bicentenario de la revolución francesa en 1989 se caracterizó por un

vigoroso intento por parte de algunos estudiosos y publicistas para terminar con la larga pugna interpretativa enviando a la revolución al basural de la historia. La revolución rusa tiene una historiografía más breve, pero probablemente ello sea porque hemos tenido un siglo y medio menos para escribirla. En la bibliografía selecta que incluyo al fin de la presente obra, me he concentrado en obras académicas recientes que reflejan el enfoque de los últimos diez o quince años de la historiografía occidental referida a la revolución rusa. En estas líneas, destacaré las más importantes transformaciones de perspectiva histórica a lo largo del tiempo y caracterizaré algunas de las obras clásicas sobre la revolución rusa y la historia soviética.

Antes de la segunda guerra mundial, los historiadores profesionales occidentales no escribieron mucho sobre la revolución rusa. Hubo una cantidad de buenos testimonios oculares y memorias, la más famosa de las cuales es *Diez días que conmovieron al mundo* de John Reed, así como buenas piezas históricas producidas por periodistas como W. H. Chamberlin y Louis Fischer, cuya historia interna de la diplomacia soviética, *Los soviéticos en los asuntos mundiales*, continúa siendo un clásico. Las obras interpretativas que tuvieron mayor impacto a largo lazo fueron la *Historia de la revolución rusa* de León (Lev) Trotsky y la *Revolución traicionada* del mismo autor. La primera, escrita tras la expulsión de Trotsky de la Unión Soviética, aunque no como obra de polémica política, da una vívida descripción y un análisis marxista desde la perspectiva de un participante. La segunda, una denuncia de Stalin escrita en 1936, describe el régimen de Stalin como termidoriano, basado en el respaldo de la emergente clase burocrática soviética y reflejo de sus valores esencialmente burgueses.

El primer lugar entre las historias escritas en la Unión Soviética antes de la guerra le corresponde a una obra compuesta bajo la estrecha supervisión de Stalin, el conocido *Breve curso de la historia del Partido Comunista soviético*, publicado en 1938. Tal como supondrá el lector, no se trataba de una obra académica, sino de una destinada a establecer la correcta "línea del partido" —es decir, de la ortodoxia destinada a ser absorbida por todos los comunistas y enseñada en todas las escuelas— con respecto a todos los temas de

la historia soviética, desde la naturaleza clasista del régimen zarista y los motivos de la victoria del Ejército Rojo en la guerra civil a las conspiraciones contra el poder soviético encabezada por "Judas Trotsky" y respaldadas por poderes capitalistas extranjeros. La existencia de una obra como el *Breve curso* no dejaba mucho espacio para la investigación académica creativa sobre el período soviético. La orden del día para los historiadores soviéticos era la más estricta censura y autocensura.

La interpretación de la revolución bolchevique que se estableció en la Unión Soviética en la década de 1930 y dominó hasta la mitad de la década de 1950 puede ser descripta como marxismo formulista. Los puntos clave consistían en afirmar que la revolución de octubre fue una verdadera revolución proletaria en la cual el Partido Bolchevique actuó como vanguardia del proletariado y que no fue prematura ni accidental, que su aparición fue dictaminada por las leyes de la historia. Las leyes históricas (*zakonomernosti*), importantes pero generalmente mal definidas lo determinaban todo en la historia soviética, lo cual significaba, en la práctica, que toda decisión política de fondo era correcta. No se escribió ninguna verdadera historia política, ya que todos los líderes revolucionarios con excepción de Lenin, Stalin y unos pocos que murieron jóvenes habían sido denunciados como traidores a la revolución, convirtiéndose en "no personas", es decir que no se los podía mencionar en letra impresa. La historia social se escribía en términos de clase, y la clase obrera, el campesinado y la inteliguentsia eran virtualmente los únicos actores y personajes.

En Occidente, la historia soviética sólo fue objeto de marcado interés pasada la Segunda Guerra Mundial, sobre todo en el contexto de que la guerra fría precisaba conocer al enemigo. Los dos libros que establecieron el tono dominante fueron *1984* de George Orwell y *Oscuridad a mediodía* de Arthur Koestler (que trataba de los juicios a los antiguos bolcheviques durante las grandes purgas de fines de la década de 1930), pero en ámbitos académicos lo que predominaba era la ciencia política estadounidense. El modelo totalitario, basado en una identificación ligeramente demonizada de la Alemania nazi y la Rusia de Stalin, era el marco de interpretación más popular. Enfatizaba la omnipotencia del estado

totalitario y de sus "mecanismos de control", le prestaba considerable atención a la ideología y la propaganda e ignoraba por lo general el contexto social (que era considerado pasivo y fragmentado por el estado totalitario). La mayor parte de los estudiosos occidentales coincidía en que la revolución bolchevique fue un golpe dado por un partido minoritario que carecía de todo apoyo popular o legitimidad. La revolución y por cierto la historia prerrevolucionaria del Partido Bolchevique se estudiaban ante todo para dilucidar los orígenes del totalitarismo soviético.

Antes de la década de 1970, pocos historiadores occidentales se adentraban en la historia soviética, incluyendo a la revolución rusa, en parte, debido al alto contenido político del tema y en parte porque el acceso a archivos y fuentes primarias era muy difícil. Dos obras pioneras de historiadores británicos merecen ser destacadas: *La revolución bolchevique, 1917-1923* de E. H. Carr, comienzo de su *Historia de Rusia soviética* en varios volúmenes, el primero de los cuales apareció en 1952, y la clásica biografía de Trotsky por Isaac Deutscher, cuyo primer volumen, *El profeta armado,* se publicó en 1954.

En la Unión Soviética, la denuncia que Jrushov hizo de Stalin en el Vigésimo Congreso del Partido en 1956 y la subsiguiente desestalinización parcial abrieron la puerta a cierto grado de reevaluación histórica y a una elevación del nivel de los estudios. Comenzaron a aparecer estudios sobre 1917 y la década de 1920 basados en archivos, aunque aún había límites y dogmas que debían ser observados, por ejemplo, los que afirmaban que el Partido Bolchevique era la vanguardia de la clase obrera. Fue posible mencionar a no-personas como Trotsky y Zinoviev, pero sólo en un contexto peyorativo. La gran oportunidad que el "discurso secreto" de Jrushov ofreció a los historiados fue separar las figuras de Lenin y Stalin. Historiadores soviéticos de mentalidad reformista produjeron muchos libros que trataban de la década de 1920, en los que se afirmaba que las "normas leninistas" en muchas áreas "eran más democráticas y tolerantes de la diversidad y menos coercitivas y arbitrarias que las de la era de Stalin".

Para los lectores occidentales, la tendencia "leninista" de las décadas de 1960 y 1970 fue ejemplificada por Roy A. Medvedev,

autor de *La historia juzgará. Orígenes y consecuencias del estalinismo*, publicado en Occidente en 1971. Pero la obra de Medvedev criticaba en forma demasiado virulenta y abierta a Stalin para la atmósfera reinante durante los años de Brezhnev, y no pudo publicarla en la Unión Soviética. Ésta fue la era en que se multiplicaron los *samizdat* (circulación extraoficial de manuscritos dentro de la Unión Soviética) y *tamizdat* (publicación ilegal de obras en el exterior). El más famoso de los autores disidentes que emergieron en esa época fue Alexander Solyenitsin, el gran novelista y polemista histórico cuyo *Archipiélago Gulag* se publicó en inglés en 1973.

Mientras la obra de algunos estudiosos disidentes soviéticos comenzaba a llegar a los públicos occidentales en la década de 1970, las obras académicas occidentales sobre la revolución rusa aún eran clasificadas como "falsificaciones burguesas" y efectivamente proscriptas de la URSS (aunque algunas obras, entre ellas *El gran terror* de Robert Conquest, circularon clandestinamente junto al *Gulag* de Solyenitsin). Así y todo, las condiciones para los académicos occidentales habían mejorado. Ahora podían llevar a cabo investigaciones en la Unión Soviética, y aunque su acceso a los archivos era restringido y cuidadosamente controlado, anteriormente las condiciones habían sido tan difíciles que muchos académicos occidentales especializados en temas soviéticos nunca visitaron la Unión Soviética, mientras que otros fueron expulsados sumariamente como espías o sometidos a distintos tipos de acoso.

A medida que mejoraba el acceso a los archivos y fuentes primarias en la Unión Soviética, crecientes cantidades de jóvenes historiadores occidentales escogieron estudiar la revolución rusa y la historia soviética, y la historia comenzó a desplazar a la ciencia política como disciplina dominante de la sovietología estadounidense. La transición comenzó a fines de la década de 1970 y presagió la mayoría de edad, ocurrida en la década de 1980, de los estudios académicos occidentales sobre la revolución rusa. El lector interesado podrá evaluar la magnitud del cambio mirando la bibliografía y notará cuántas de las obras allí citadas fueron publicadas desde la aparición de la primera edición de este libro en 1982.

Interpretar la revolución

Todas las revoluciones llevan *liberté, égalité, fraternité* y otras nobles divisas inscriptas sobre sus banderas. Todos los revolucionarios son fanáticos entusiastas; todos son utopistas con sueños de crear un nuevo mundo en el cual la injusticia, la corrupción y la apatía del viejo mundo no vuelvan jamás a tener lugar. Son intolerantes del disenso; incapaces de términos medios; están hipnotizados por objetivos grandiosos y lejanos; son violentos, suspicaces y destructivos. Los revolucionarios son poco realistas e inexpertos en materia de gobierno; sus instituciones y procedimientos son improvisados. Padecen de la embriagadora ilusión de representar la voluntad del pueblo, lo cual significa que dan por sentado que éste es monolítico. Son maniqueos y dividen el mundo en dos bandos: luz y oscuridad, la revolución y sus enemigos. Desprecian todas las tradiciones, conceptos heredados, iconos y supersticiones. Creen que la sociedad puede ser una *tabula rasa* sobre la que se escribe la revolución.

Terminar en desilusión y decepción está en la naturaleza de las revoluciones. El celo decrece; el entusiasmo se vuelve forzado. El momento de locura y euforia pasa. La relación entre pueblo y revolucionarios se hace complicada: se revela que la voluntad del pueblo no es necesariamente monolítica ni transparente. Regresan las tentaciones de la riqueza y la posición, junto al reconocimiento de que uno no ama a su prójimo como a uno mismo, ni quiere hacerlo. Todas las revoluciones destruyen cosas cuya pérdida no tardan en lamentar. Lo que crean es menos de lo que los revolucionarios esperaban, y distinto.

Sin embargo, más allá de su similitud genérica, cada revolución tiene su propio carácter. Rusia estaba situada en un lugar periférico, y sus clases educadas estaban preocupadas por el atraso de su país con respecto a Europa. Los revolucionarios eran marxistas, quienes a menudo sustituían "el proletariado" por "el pueblo" y sostenían que la revolución era históricamente necesaria, no moralmente imperativa. Había partidos revolucionarios en Rusia antes de la revolución; y cuando llegó el momento, en medio de la guerra, estos partidos compitieron por el respaldo de unidades

preexistentes de revolución popular (soldados, marineros, obreros de las grandes fábricas de Petrogrado), no por la lealtad de la vertiginosa, espontánea muchedumbre revolucionaria.

En este libro, tres temas tienen especial importancia. El primero, es el de la modernización, la revolución como medio de escapar del atraso. El segundo es el de la clase, la revolución como misión del proletariado y su "vanguardia", el Partido Bolchevique. El tercero es el de el terror y la violencia revolucionarios, cómo la revolución lidió con sus enemigos, y qué significó esto para el Partido Bolchevique y el estado soviético.

El término "modernización" comienza a parecer desactualizado en una era que se suele describir como posmoderna. Pero es apropiado a nuestro tema, pues la modernidad industrial y tecnológica que los bolcheviques luchaban por alcanzar ahora resulta desesperadamente inactual: las gigantescas chimeneas que atestan el paisaje de la ex Unión Soviética y de la Europa oriental como un rebaño de dinosaurios contaminantes fueron, en su momento, el cumplimiento de un sueño revolucionario. Los marxistas rusos se habían enamorado de la industrialización de estilo occidental mucho antes de la revolución; a fines del siglo XIX, el nudo de sus diferencias con los populistas fue su insistencia sobre lo inevitable del capitalismo (lo cual significaba ante todo la industrialización capitalista). En Rusia, como ocurriría más adelante en el tercer mundo, el marxismo fue tanto una ideología de la revolución como una ideología del desarrollo económico.

En teoría, para los marxistas rusos, la industrialización y la modernización económica sólo fueron los medios para alcanzar un fin, que era el socialismo. Pero cuanto más clara y deliberadamente se enfocaban los bolcheviques en los medios, más brumoso, distante e irreal se tornaba el fin. Cuando el término "construir el socialismo" se hizo corriente en la década de 1930, su significado fue difícil de diferenciar de la construcción concreta de nuevas fábricas y ciudades industriales que estaba teniendo lugar. Para los comunistas de esa generación, las nuevas chimeneas que humeaban sobre la estepa eran la demostración definitiva de que la revolución había triunfado. Como dice Adam Ulam, la industrialización a marchas forzadas que orientó Stalin, aunque fue dolorosa y

coercitiva, fue "el complemento lógico del marxismo, la 'revolución cumplida', no la 'revolución traicionada'".[7]

La clase, el segundo tema, fue importante en la revolución rusa pues los participantes clave así lo percibieron. Las categorías analíticas marxistas eran aceptadas en forma generalizada entre la inteliguentsia rusa; y, al interpretar a la revolución en términos de conflicto de clase y asignarle un papel especial a la clase obrera industrial, los bolcheviques no eran una excepción, sino que representaban a un sector socialista mucho más amplio. Una vez que llegaron al poder, los bolcheviques dieron por sentado que los proletarios y los campesinos pobres eran sus aliados naturales. También dieron por sentado el concepto complementario de que los integrantes de la "burguesía" —un amplio grupo que abarcaba ex capitalistas, ex terratenientes y funcionarios nobles, pequeños comerciantes y kulaks (campesinos prósperos) y en algunos contextos, hasta la inteliguentsia rusa— eran sus antagonistas naturales. Denominaron a estas personas "enemigos de clase" y el primer terror revolucionario se dirigió en gran medida contra ellas.

El aspecto de este tema de la clase debatido con más acaloramiento en el transcurso de los años es si la afirmación bolchevique de que representaban a la clase obrera se justificaba. Ésta tal vez sea una pregunta bastante simple si sólo miramos el verano y el otoño de 1917, cuando las clases obreras de Petrogrado y Moscú se radicalizaron y prefirieron claramente los bolcheviques a cualquier otro partido político. Después de eso, sin embargo, la pregunta ya no es tan simple. El hecho de que los bolcheviques hayan tomado el poder con el respaldo de la clase obrera no significa que haya conservado ese respaldo para siempre, ni, por cierto, que consideraran a su partido, antes o después de la toma del poder, como mero portavoz de los trabajadores industriales.

La acusación de que los bolcheviques habían traicionado a la clase obrera, que el mundo exterior oyó por primera vez durante la rebelión de Kronstadt en 1921, iba a producirse necesariamente en uno u otro momento, y posiblemente fuera cierta. Pero, ¿qué tipo de traición era? ¿Cuándo ocurrió, con quién, con qué consecuencias? Durante el período de la NEP, los bolcheviques emparcharon el matrimonio con la clase obrera que, hacia el fin

de la guerra civil, parecía a punto de disolverse. Durante el primer plan quinquenal, las relaciones se volvieron a agriar, debido a la caída de los salarios reales y de los estándares de vida urbanos, así como de las insistentes exigencias de mayor producción por parte del régimen. Una separación efectiva de la clase obrera, ya que no un divorcio formal, tuvo lugar en la década de 1930.

Pero ésta no es la historia completa. La situación de los trabajadores en cuanto a trabajadores bajo el poder soviético era una cosa; las oportunidades disponibles para que los trabajadores mejoraran su situación (devinieran en algo más que trabajadores) era otra. Al reclutar primariamente a sus integrantes entre la clase obrera durante los quince años que siguieron a la revolución de octubre, los bolcheviques hicieron mucho por sustentar su afirmación de que eran un partido de los trabajadores. También crearon un amplio canal para la movilidad ascendente de la clase obrera, ya que el reclutamiento de trabajadores que integraran el partido implicaba la promoción de los comunistas de clase obrera a puestos administrativos y directivos. Durante la revolución cultural de fines de la década de 1920, el régimen abrió otro canal de ascenso al permitir el acceso a la educación superior de grandes cantidades de jóvenes trabajadores e hijos de trabajadores. Mientras que la política de alta presión de "ascenso proletario" se abandonó a comienzos de la década de 1930, sus consecuencias continuaron. Lo que importaba en el régimen de Stalin no eran los trabajadores, sino los *ex* trabajadores, el recientemente ascendido "núcleo proletario" en las elites profesionales y administrativas. Desde el punto de vista estrictamente marxista, esta movilidad ascendente de la clase obrera tal vez tuviera poco interés. Sin embargo, para sus beneficiarios, su estatus de elite bien podía parecer la prueba irrefutable de que la revolución había cumplido sus promesas a la clase obrera.

El último tema que se desarrolla en este libro es el tema de la violencia y el terror revolucionarios. La violencia popular es inherente a la revolución; los revolucionarios suelen mirarla con gran aprobación en las etapas tempranas de la revolución pero, de ahí en más, lo hacen con creciente reserva. El terror, en el sentido de violencia organizada por grupos o regímenes revolucionarios para

intimidar y aterrorizar a la población general, también ha sido característica de las revoluciones modernas, cuyo patrón fue fijado por la revolución francesa. El principal objetivo del terror, a ojos del revolucionario, es destruir a los enemigos de la revolución y los obstáculos al cambio; pero a menudo existe el propósito secundario de mantener la pureza y el compromiso revolucionario de los revolucionarios mismos. Los enemigos y "contrarrevolucionarios" son extremadamente importantes en toda revolución. El enemigo no sólo se resiste abierta sino solapadamente; fomenta conjuras y conspiraciones; a menudo lleva máscara de revolucionario.

Siguiendo la teoría marxista, los bolcheviques conceptualizaron a los enemigos de la revolución en términos de clase. Ser noble, capitalista o kulak era evidencia flagrante de inclinaciones contrarrevolucionarias. Como la mayor parte de los revolucionarios (tal vez aún más que la mayor parte de éstos, dada su experiencia anterior a la guerra en materia de organización clandestina del partido y conspiración), los bolcheviques estaban obsesionados con las conjuras contrarrevolucionarias; pero su marxismo le dio una vertiente especial a esta tendencia. Si existían clases que eran enemigas natas de la revolución, toda una clase social podía ser considerada una conspiración enemiga. Los integrantes individuales de tal clase podían ser considerados "objetivamente" como conspiradores contrarrevolucionarios, aun si subjetivamente (es decir, para ellos mismos) no supieran de la conspiración y se consideraran partidarios de la revolución.

Los bolcheviques emplearon dos clases de terror en la revolución rusa: terror contra los enemigos externos al partido y terror contra los enemigos internos. El primero dominó en los primeros años de la revolución, se extinguió en la década de 1920 y luego recrudeció al fin de ese período con la colectivización y la revolución cultural. El segundo se esbozó por primera vez como posibilidad durante las luchas de facciones del partido al finalizar la guerra civil, pero fue aplastado hasta 1927, momento en que un terror a pequeña escala se dirigió contra la oposición de izquierda.

A partir de entonces, la tentación de llevar adelante un terror de escala plena contra los enemigos del partido fue palpable. Uno de los motivos para esto fue que el régimen empleaba el terror en

una escala considerable contra los "enemigos de clase" de fuera del partido. Otro de los motivos fue que las periódicas purgas (*chitski*, literalmente "limpiezas") del partido contra sus propios integrantes tuvieron un efecto similar al de rascarse donde pica. Estas purgas, que por primera vez se llevaron a cabo a escala nacional a partir de 1921, eran revisiones del padrón del partido en las cuales los comunistas eran convocados individualmente para evaluaciones públicas de su lealtad, competencia, antecedentes y contactos; y aquellos a quienes se consideraba indignos eran expulsados del partido o degradados al rango de aspirantes. Hubo una purga nacional del partido en 1929, otra en 1933-4 y luego —a medida que purgar el partido se convertía en una actividad casi obsesiva— dos nuevas revisiones de los afiliados del partido en rápida sucesión en 1935 y 1936. Aunque la posibilidad de que la expulsión pudiera acarrear castigos ulteriores, como el arresto o el exilio, aún era comparativamente baja, ésta ascendía lentamente con cada purga.

El terror y las purgas a pequeña escala finalmente se unieron en gran escala durante las grandes purgas de 1937-8.[8] Ésta no fue una purga en el sentido habitual, ya que no hubo una revisión sistemática de los afiliados del partido; pero estuvo dirigida en forma directa a los funcionarios del partido, en particular aquellos que ocupaban altos cargos oficiales, aunque los arrestos y el miedo se propagaron rápidamente a la inteliguentsia no perteneciente al partido y, en menor grado, a la población en general. Durante las grandes purgas, que deberían ser llamadas el gran terror en aras de la precisión,[9] la sospecha a menudo equivalía a la condena, la evidencia de actos criminales era innecesaria y el castigo por crímenes contrarrevolucionarios era la muerte o la sentencia a trabajos forzados. La analogía con el terror de la revolución francesa ha sido empleada por muchos historiadores y claramente se les ocurrió también a los organizadores de las grandes purgas, pues el término "enemigos del pueblo", que se aplicó a quienes se consideraba contrarrevolucionarios durante las grandes purgas fue tomado de los terroristas jacobinos. El significado de este sugestivo préstamo histórico se explora en el último capítulo.

Notas a la segunda edición

La segunda edición de este libro se ha beneficiado considerablemente con la apertura de los archivos del partido y el gobierno soviéticos que ocurrió al finalizar la censura soviética. Los temas sobre los cuales contamos con más datos nuevos son aquellos anteriormente proscriptos en la Unión Soviética: el terror, la represión, el gulag, la censura, la visión no canónica de Lenin y Stalin, etcétera. De los archivos han surgido minutas clasificadas del comité central y protocolos del politburó, un censo poblacional censurado, datos sobre la hambruna de 1932-3 y las grandes purgas, informes de la policía secreta, petitorios y denuncias de ciudadanos y una miríada de otros materiales que los historiadores aún están digiriendo. Se han exhumado viejos escándalos políticos y se han publicado memorias. El cuadro de la política y la sociedad soviética con que contamos, especialmente en lo que hace a la década de 1930, es mucho más rico y detallado que el existente hace apenas cinco años.

Ello se refleja en la nueva edición, que incorpora todo el material de las fuentes nuevas que se pudo agregar sin alterar el equilibrio del relato, así como referencias adicionales al pie de página a importantes nuevas fuentes en inglés y en ruso. La bibliografía es nueva en gran parte debido a que en la última década se han publicado tantos estudios académicos en idioma inglés sobre la revolución rusa; incluye las obras de estudiosos rusos de las eras Gorbachov y postsoviética cuando éstas están disponibles en inglés. Con excepción de la introducción, el único cambio estructural importante está en el capítulo 6, que finaliza con una nueva sección sobre las grandes purgas.

Como la primera, esta segunda edición es esencialmente una historia de la revolución rusa tal como se la experimentó en Rusia, no en los territorios no-rusos que fueron parte del antiguo imperio ruso y de la Unión Soviética.

1. El escenario

A comienzos del siglo XX Rusia era una de las grandes potencias de Europa. Pero era una gran potencia universalmente considerada atrasada en comparación con Gran Bretaña, Alemania y Francia. En términos económicos, esto significaba que había tardado en salir del feudalismo (los campesinos dejaron de estar legalmente sometidos a sus señores o al estado sólo en la década de 1860) y tardado en industrializarse. En términos políticos, esto significaba que hasta 1905 no habían existido partidos políticos legales ni un parlamento central electo y que la autocracia sobrevivía con sus poderes intactos. Las ciudades rusas no tenían tradición de organización política ni de autogobierno, y, en forma similar, su nobleza no había desarrollado un sentido de unidad corporativa lo suficientemente fuerte como para forzar al trono a hacer concesiones. Legalmente, los ciudadanos de Rusia aún pertenecían a "estados" (urbano, campesino, clero y nobleza), aunque el sistema de estados no contemplaba a nuevos grupos sociales como los profesionales y los trabajadores urbanos, y sólo el clero mantenía algo parecido a las características de una casta autocontenida.

Las tres décadas que precedieron a la revolución de 1917 no se caracterizaron por el empobrecimiento sino por un aumento de la riqueza nacional; y fue en este período que Rusia experimentó su primera fase de crecimiento económico, provocado por las políticas oficiales de industrialización, la inversión externa, la modernización de la banca y la estructura de crédito y de un modesto crecimiento de la actividad empresaria autóctona. El campesinado, que aún constituía el 80 por ciento de la población cuando se produjo la revolución, no había experimentado una mejora marcada en su posición económica. Pero contrariamente a algunas opiniones contemporáneas, casi se puede afirmar con certeza

que tampoco había existido un deterioro progresivo en la situación económica del campesinado.

Como el último zar de Rusia, Nicolás II, percibió con tristeza, la autocracia peleaba una batalla perdida contra las insidiosas influencias liberales de Occidente. La orientación del cambio político —hacia algo parecido a una monarquía constitucional de tipo occidental— parecía estar clara, aunque muchos integrantes de las clases educadas se impacientaban ante la lentitud del cambio y la actitud empecinadamente obstruccionista de la autocracia. Tras la revolución de 1905, Nicolás cedió y estableció un parlamento elegido a nivel nacional, la Duma, legalizando al mismo tiempo los partidos políticos y sindicatos. Pero las inveteradas costumbres arbitrarias del gobierno autocrático y la continua actividad de la policía secreta minaron estas concesiones.

Tras la revolución bolchevique de octubre de 1917, muchos emigrados rusos consideraron los años prerrevolucionarios como una dorada edad de progreso, interrumpida arbitrariamente (según parecía) por la Primera Guerra Mundial, o la chusma revoltosa o los bolcheviques. Había progreso, pero éste contribuyó en gran medida a la inestabilidad de la sociedad y a la posibilidad de trastornos políticos: cuanto más rápidamente cambia una sociedad (sea que los cambios se perciban como progresivos o regresivos) menos posibilidades tiene de ser estable. Si pensamos en la gran literatura de la Rusia prerrevolucionaria, las imágenes más vívidas son las de la dislocación, alienación y ausencia de control sobre el propio destino. Para Nikolai Gogol, el escritor del siglo XIX, Rusia era un trineo que atravesaba la oscuridad a toda prisa con destino desconocido. En una denuncia a Nicolás II y sus ministros formulada en 1916 por el político de la Duma Alexander Guchkov, el país era un automóvil que, manejado por un conductor demente, orillaba un precipicio, y cuyos aterrados pasajeros debatían sobre los riesgos de tomar el volante. En 1917 asumieron el riesgo, y el incierto movimiento hacia adelante de Rusia se transformó en zambullida en la revolución.

La sociedad

El imperio ruso cubría un amplio territorio que se extendía entre Polonia al oeste hasta el océano Pacífico al este, llegaba hasta el Ártico en el norte y alcanzaba el mar Negro y las fronteras con Turquía y Afganistán al sur. El núcleo del imperio, la Rusia europea (incluyendo parte de la actual Ucrania) tenía una población de 92 millones en 1897, mientras que la población total del imperio era, según ese mismo censo, de 126 millones.[1] Pero hasta la Rusia europea y las relativamente evolucionadas regiones occidentales del imperio seguían siendo mayoritariamente rurales y no urbanizadas. Había un puñado de grandes centros industriales, la mayor parte de ellos producto de una reciente y veloz expansión: San Petersburgo, la capital imperial, rebautizada Petrogrado durante la Primera Guerra Mundial y Leningrado en 1924; Moscú, la antigua y (desde 1918) futura capital; Kiev, Jarkov y Odessa, junto a los nuevos centros mineros y metalúrgicos de la cuenca del Don, en la actual Ucrania; Varsovia, Lodz y Riga al oeste; Rostov y la ciudad petrolera de Baku al sur. Pero la mayor parte de las ciudades provincianas rusas aún eran soñolientas y atrasadas a comienzos del siglo XX, centros administrativos locales con una pequeña población de comerciantes, unas pocas escuelas, un mercado campesino y, tal vez, una estación de ferrocarril.

En las aldeas, la forma tradicional de vida sobrevivía en buena parte. Los campesinos aún poseían la tierra según un régimen comunal, que dividía los campos de la aldea en angostas parcelas que eran laboreadas en forma independiente por los distintos hogares campesinos; y en muchas aldeas, el *mir* (consejo de la aldea), aún redistribuía periódicamente las parcelas de modo de que cada hogar tuviese igual participación. Los arados de madera eran de empleo habitual, las técnicas modernas de explotación pecuaria eran desconocidas en las aldeas y la agricultura campesina apenas si sobrepasaba el nivel de subsistencia. Las chozas de los campesinos se apiñaban a lo largo de la calle de la aldea, los campesinos dormían sobre la cocina, convivían en un mismo ámbito con sus animales y la antigua estructura patriarcal de la familia campesina sobrevivía. Los campesinos estaban a no más de una

generación de distancia de la servidumbre: un campesino que hubiera tenido sesenta años al comenzar el siglo ya hubiese sido un adulto joven en tiempos de la emancipación de 1861.

Por supuesto que la emancipación transformó la vida de los campesinos, pero fue reglamentada con gran cautela de modo de minimizar el cambio y extenderlo en el tiempo. Antes de la emancipación, los campesinos explotaban sus parcelas de tierra comunal, pero también trabajaban en la tierra del amo o le pagaban en dinero el equivalente a su trabajo. Tras la emancipación, continuaron trabajando su propia tierra, y a veces trabajaban bajo contrato la tierra de su anterior amo, mientras efectuaban pagos "de redención" al estado a cuenta de la suma global que se les había dado a los terratenientes a modo de compensación. Los pagos de redención se habían distribuido a lo largo de cuarenta y nueve años (aunque, de hecho, el estado los canceló unos años antes de su vencimiento) y la comunidad de la aldea era colectivamente responsable de las deudas de cada uno de sus integrantes. Ello significaba que los campesinos individuales aún estaban ligados a la aldea, aunque ahora por la deuda y por la responsabilidad colectiva del *mir*, no por la servidumbre. Los términos de la emancipación estaban previstos para evitar un afluencia en masa de campesinos a las ciudades y la creación de un proletariado sin tierra que representara una amenaza al orden público. También tuvieron el resultado de reforzar al *mir* y al viejo sistema de explotación de la tierra, y de hacer que para los campesinos fuera casi imposible consolidar sus parcelas, expandir o mejorar sus posesiones o hacer la transición a la granjería independiente en pequeña escala.

Aunque abandonar las aldeas en forma permanente era difícil en las décadas que siguieron a la emancipación, era fácil dejarlas en forma temporaria para trabajar como asalariado en la agricultura, la construcción, la minería o las ciudades. De hecho, tal trabajo era una necesidad para muchas familias campesinas: el dinero era necesario para pagar los impuestos y los pagos de redención. Los campesinos que se desempeñaban como trabajadores golondrina (*otjodniki*) solían alejarse durante muchos meses al año, dejando que sus familias explotasen la tierra en las aldeas. Si los viajes eran largos —como en el caso de los campesinos de las

aldeas de Rusia central que iban a trabajar a las minas de la cuenca del Don— los *otjodniki* tal vez sólo regresaban para la cosecha o posiblemente para la siembra de primavera. La práctica de dejar el terruño en busca de trabajo estacional estaba bien establecida, especialmente en las áreas menos fértiles de Rusia europea, en las cuales los propietarios exigían que sus siervos les pagaran con dinero más bien que con trabajo. Pero se fue difundiendo cada vez más a fines del siglo XIX y comienzos del XX, en parte porque había más trabajo disponible en las ciudades. En los años que precedieron inmediatamente a la Primera Guerra Mundial, unos nueve millones de campesinos sacaba pasaportes cada año para realizar trabajos estacionales fuera de su aldea natal, y, de éstos, casi la mitad se empleaba en sectores no agrarios.[2]

Como uno de cada dos hogares campesinos de la Rusia europea tenía un integrante de la familia que había dejado la aldea en busca de trabajo —con una proporción aún más alta en la región de Petersburgo y las regiones industriales centrales— la impresión de que la vieja Rusia sobrevivía casi inmutable en las aldeas bien puede haber sido engañosa. De hecho, muchos campesinos vivían con un pie en el mundo aldeano tradicional y otro en el mundo muy diferente de la ciudad industrial moderna. El grado hasta el cual los campesinos permanecían dentro del mundo tradicional dependía no sólo de su ubicación geográfica, sino de su sexo y edad. Los jóvenes estaban más predispuestos a desplazarse para trabajar y, además, los varones jóvenes entraban en contacto con un mundo más moderno cuando eran convocados al servicio militar. Era más probable que las mujeres y los ancianos fuesen quienes sólo conocían la aldea y la antigua forma de vida campesina. Estas diferencias en la experiencia campesina tuvieron una notable expresión en las cifras de alfabetización del censo de 1897. Los jóvenes estaban mucho más alfabetizados que los viejos, los hombres más que las mujeres, y la alfabetización era más alta en las áreas menos fértiles de la Rusia europea —es decir, en las áreas en las cuales la emigración estacional era más común— que en la fértil "región de la tierra negra".[3]

La clase obrera urbana aún estaba muy cerca del campesinado. El número de obreros industriales permanentes (algo más de

tres millones en 1914) era inferior a la cantidad de campesinos que abandonaban sus aldeas cada año para dedicarse a tareas estacionales no agrícolas, y, de hecho, era casi imposible hacer una distinción neta entre los trabajadores que residían en forma permanente en los centros urbanos y aquellos que trabajaban en la ciudad durante la mayor parte del año. Aun entre los trabajadores permanentes, muchos conservaban tierras en sus aldeas, donde habían dejado a sus mujeres e hijos; otros trabajadores vivían en las aldeas mismas (un patrón especialmente frecuente en la región de Moscú) y se trasladaban semanal o diariamente a la fábrica. Sólo en San Petersburgo una parte importante de la fuerza de trabajo industrial había cortado todo lazo con el campo.

La principal razón para la estrecha interconexión entre la clase obrera urbana y el campesinado era que la rápida industrialización de Rusia era un fenómeno muy reciente. Hasta la década de 1890 —más de medio siglo después de Gran Bretaña— Rusia no experimentó un crecimiento a gran escala de su industria y una expansión de las ciudades. Pero aun entonces, la creación de una clase obrera urbana permanente quedó inhibida por los términos de la emancipación de los campesinos de la década de 1860, que los mantuvo atados a las aldeas. Los trabajadores de primera generación, predominantemente originados en el campesinado, formaban la mayor parte de la clase obrera rusa; y eran pocos los obreros y habitantes urbanos de segunda generación. Aunque los historiadores soviéticos afirman que en vísperas de la Primera Guerra Mundial más del 50 por ciento de los obreros industriales eran de segunda generación, este cálculo claramente incluye a obreros y campesinos *otjodniki* cuyos padres también habían sido *otjodniki*.

A pesar de estas características propias del subdesarrollo, en algunos aspectos la industria rusa estaba muy avanzada para la época de la Primera Guerra Mundial. El sector industrial moderno era pequeño, pero de una concentración inusualmente alta, tanto en términos geográficos (notablemente en las regiones nucleadas entorno a San Petersburgo y Moscú y la cuenca del Don en Ucrania) y en términos de tamaño de las plantas industriales. Como señaló Gerschenkron, el atraso relativo tenía sus ventajas:

al industrializarse tardíamente y con la ayuda de la inversión extranjera de gran escala, Rusia pudo saltear algunas de las primeras etapas, adoptar tecnología relativamente avanzada y dirigirse rápidamente a la producción moderna en gran escala.[4] Empresas como los célebres talleres de herrería y de construcción de máquinas Putilov en San Petersburgo y las plantas metalúrgicas, en su mayor parte en manos extranjeras, de la cuenca del Don, empleaban a muchos miles de obreros.

Según la teoría marxista, un proletariado industrial altamente concentrado en condiciones de producción capitalista avanzada muy probablemente sea revolucionario, mientras que una clase obrera premoderna que mantiene fuertes lazos con el campesinado no lo será. De modo que la clase obrera rusa tenía características contradictorias a ojos de un marxista que evaluara su potencial revolucionario. Sin embargo, la evidencia empírica del período 1890-1914 sugiere que de hecho la clase obrera rusa, a pesar de sus estrechos vínculos con el campesinado, era excepcionalmente militante y revolucionaria. Las huelgas de gran escala eran habituales, los obreros exhibían considerable solidaridad frente a la autoridad de patrones y estado y sus demandas solían ser políticas además de económicas. Durante la revolución de 1905, los obreros de San Petersburgo y Moscú organizaron sus propias instituciones revolucionarias, los soviets, y continuaron la lucha después de las concesiones constitucionales hechas por el Zar en octubre y del colapso del movimiento de los progresistas de clase media contra la autocracia. En el verano de 1914, el movimiento de la huelga de los obreros en Petersburgo y otros lugares tomó dimensiones tan amenazadoras que algunos observadores supusieron que el gobierno no correría el riesgo de convocar a una movilización general por la guerra.

La fuerza del sentimiento revolucionario de la clase obrera de Rusia puede ser explicada de muchas formas distintas. En primer lugar, la protesta económica limitada contra los empleadores —lo que Lenin llamó sindicalismo— era muy difícil en las condiciones que ofrecía Rusia. El gobierno tenía una importante participación en la industria nacional rusa y en la protección de las inversiones extranjeras, y las autoridades estatales no se demoraban en

suministrar tropas cuando las huelgas contra empresas privadas daban indicios de endurecerse. Ello significaba que aun las huelgas por reclamos económicos (protestas sobre salarios y condiciones de trabajo) bien podían tomar un sesgo político; y el difundido resentimiento de los obreros rusos contra los administradores y el personal técnico extranjero tuvo un efecto parecido. Aunque fue Lenin, un marxista ruso, quien dijo que, por su cuenta, la clase obrera sólo podía desarrollar una "conciencia sindical", no revolucionaria, la experiencia de Rusia (en contraste con la de Europa occidental) no confirmaba su afirmación.

En segundo lugar, el componente campesino de la clase obrera rusa hacía que ésta fuese más, no menos, revolucionaria. Los campesinos rusos no eran, como sus pares franceses, pequeños propietarios conservadores con un sentido innato de la propiedad. La tradición del campesinado ruso de rebelión violenta y anárquica contra terratenientes y funcionarios, ejemplificada por la gran revuelta de Pugachev en la década de 1770, se volvió a manifestar en los alzamientos campesinos de 1905 y 1906: la emancipación de 1861 no había acallado en forma permanente el espíritu rebelde de los campesinos, pues éstos no la consideraban una emancipación justa ni adecuada y, cada vez más hambrientos de tierras, afirmaban su reclamo de las tierras que no les habían sido concedidas. Además, los campesinos que emigraban a las ciudades y se hacían obreros a menudo eran jóvenes y libres de ataduras de familia, pero aún no estaban acostumbrados a la disciplina de la fábrica y padecían de los resentimientos y frustraciones que acompañan el desarraigo y la asimilación incompleta a un ambiente poco familiar.[5] Hasta cierto punto, la clase obrera rusa fue revolucionaria, pues no tuvo tiempo de adquirir la "conciencia sindical" sobre la que escribió Lenin, de ser un proletariado industrial arraigado, en condiciones de defender sus intereses a través de procedimientos no-revolucionarios, y de entender las oportunidades de ascenso social que las sociedades urbanas modernas ofrecen a quienes tienen cierto nivel de educación y especialización.

Sin embargo, las características "modernas" de la sociedad rusa, aun en el sector urbano y en los estratos superiores educados aún estaban muy incompletas. A menudo se afirmaba que Rusia

no tenía clase media; y de hecho, su clase comerciante y de negocios continuaba siendo relativamente débil, y las profesiones sólo habían adquirido recientemente la jerarquía que se da por sentada en las sociedades industrializadas. A pesar de la creciente profesionalización de la burocracia estatal, sus niveles superiores continuaban dominados por la nobleza, que tradicionalmente era la clase que servía al estado. Las prerrogativas emanadas de tal servicio eran aún más importantes para la nobleza debido a la decadencia económica que el sector terrateniente experimentó con la abolición de la servidumbre: sólo una minoría de nobles terratenientes había logrado hacer una transición exitosa a una agricultura capitalista y orientada al mercado.

La naturaleza equizoide de la sociedad rusa a comienzos del siglo XX queda bien ilustrada por la desconcertante variedad de autodesignaciones que ofrecían los listados en la guía de la ciudad de San Petersburgo, la mayor y más moderna de las ciudades rusas. Algunos de los suscriptores se mantenían fieles a las formas tradicionales y se identificaban por estado social y rango ("noble hereditario", "comerciante del primer gremio", "ciudadano honrado", "consejero de estado"). Otros pertenecían claramente al nuevo mundo y se describían a sí mismos en términos de profesión y tipo de empleo ("agente de bolsa", "ingeniero mecánico", "director de compañía", o, como representante de los logros rusos en materia de emancipación femenina, "doctora"). Un tercer grupo estaba conformado por personas que no sabían bien a qué mundo pertenecían, y que se identificaban por estado en la guía de un año y por profesión en la del siguiente, o que hasta daban ambas identificaciones al mismo tiempo, como el suscriptor que, curiosamente, se dice "noble, dentista".

En contextos menos formales, los rusos educados solían describirse como integrantes de la inteliguentsia. Sociológicamente, se trataba de un concepto muy elusivo, pero, en términos amplios, la palabra "inteliguentsia" describía una elite educada y occidentalizada, alienada del resto de la sociedad rusa por su educación y del régimen autocrático de Rusia por su ideología radical. Sin embargo, la inteliguentsia rusa no se veía a sí misma como una elite, sino más bien como un grupo sin pertenencia de clase unido por una

preocupación moral por la mejor de la sociedad, la capacidad de "pensamiento crítico" y, en particular, una actitud crítica y semi-opositora al régimen. El término se hizo de uso corriente en torno a mediados del siglo XIX, pero la génesis del concepto se encuentra en la última parte del siglo XVIII, cuando la nobleza fue liberada de la obligación del servir al estado y algunos de sus integrantes, educados, pero que encontraban que su educación era subutilizada, desarrollaron una ética de obligación alternativa consistente en "servir al pueblo".[6] Idealmente (aunque no en la práctica), pertenecer a la inteliguentsia y al servicio burocrático en forma simultánea era imposible. El movimiento revolucionario ruso de la segunda mitad del siglo XIX, caracterizado por la organización conspirativa en pequeña escala para combatir a la autocracia, y liberar así al pueblo, fue en buena parte resultado de la ideología radicalizada y el descontento político de la inteliguentsia.

A fin del siglo, cuando el desarrollo de las profesiones de alto estatus proveyó a los rusos educados de una gama más amplia de opciones laborales que la existente hasta el momento, que un individuo se autodefiniera como *inteligente* a menudo entrañaba actitudes progresistas relativamente pasivas más bien que un compromiso revolucionario activo con la transformación política. Aun así, la nueva clase profesional de Rusia había heredado lo suficiente de la vieja tradición de la inteliguentsia como para sentir simpatía y respeto por los revolucionarios comprometidos y falta de simpatía por el régimen, aun cuando los funcionarios de éste intentaban llevar adelante políticas reformistas o resultaban asesinados por revolucionarios terroristas.

Además, algunos tipos de profesión eran particularmente difíciles de combinar con un total apoyo a la autocracia. La profesión legal, por ejemplo, floreció a resultas de la reforma del sistema legal en la década de 1860, pero, a largo plazo, las reformas no fueron exitosas en extender el imperio de la ley en la sociedad y la administración rusas, en particular en el período de reacción que siguió al asesinato, en 1881, del emperador Alejandro II por un grupo de revolucionarios terroristas. Abogados cuya educación los había llevado a creer en el imperio de la ley tendían a desaprobar las prácticas administrativas arbitrarias, el poder irrestricto de la

policía y los intentos gubernamentales por influir en el accionar del sistema judicial.[7] Una relación similarmente conflictiva con el régimen era la asociada a los *zemstvos*, cuerpos gubernativos electivos locales que, institucionalmente eran totalmente independientes de la burocracia estatal y que frecuentemente chocaban con ésta. A comienzos del siglo XX, los zemstvos empleaban a unos 70.000 profesionales (doctores, maestros, agrónomos, etcétera), cuyas simpatías radicales eran bien conocidas.

En el caso de los ingenieros y otros especialistas técnicos que trabajaban para el estado o en empresas privadas, los motivos para que se sintieran alienados del régimen eran menos obvios, especialmente si se considera el enérgico aval de la modernización económica y la industrialización practicado por el Ministerio de Finanzas durante la gestión de Sergei Witte, en la década de 1890, y, ulteriormente, por el Ministerio de Comercio e Industria. De hecho, Witte hizo todos los esfuerzos posibles por recabar respaldo para la autocracia y su impulso modernizador entre los especialistas técnicos y la comunidad de negocios de Rusia; pero el problema era que el entusiasmo de Witte por el progreso económico y tecnológico obviamente no era compartido por gran parte de la elite burocrática de Rusia, además de resultar poco atractivo en lo personal para el emperador Nicolás II. Los profesionales y empresarios orientados a la modernización tal vez no se opusieran en principio a la idea de un gobierno autocrático (aunque, de hecho, muchos de ellos sí lo hacían, como resultado de su exposición a doctrinas políticas radicalizadas en su paso, como estudiantes, por los institutos politécnicos). Pero para ellos era muy difícil percibir a la autocracia *zarista* como agente efectivo de modernización: los antecedentes de ésta eran demasiado erráticos, y su ideología política reflejaba con demasiada claridad nostalgia por el pasado más que una visión coherente del futuro.

La tradición revolucionaria

La misión que la inteliguentsia rusa se había autoasignado era mejorar a Rusia: primero, trazando los mapas sociales y políticos del futuro del país y luego, de ser posible, haciéndolos realidad.

La medida del futuro de Rusia era el presente de Europa occidental. Los intelectuales rusos podían decidir aceptar o rechazar uno u otro de los fenómenos que ocurrían en Europa, pero todos éstos estaban en la agenda de discusión rusa para su posible inclusión en los planes para el futuro de Rusia. Durante el tercer cuarto del siglo XIX, uno de los temas de discusión centrales era la industrialización de Europa occidental y las consecuencias sociales y políticas de ésta.

Una interpretación afirmaba que la industrialización capitalista había producido degradación humana, empobrecimiento de las masas y la destrucción del tejido social de Occidente y que, por lo tanto, Rusia debía evitarla a toda costa. Los intelectuales radicales que profesaban este punto de vista han sido agrupados retrospectivamente en la categoría de "populistas", aunque el rótulo supone un grado de organización coherente que, de hecho, no existía (fue empleado originariamente por los marxistas rusos para diferenciarse de los diversos grupos de la inteliguentsia que no estaban de acuerdo con ellos). El populismo era, esencialmente, la corriente principal del pensamiento radicalizado ruso desde la década de 1860 hasta la de 1880.

Por lo general, la inteliguentsia rusa aceptaba el socialismo (en el sentido que le daban los socialistas premarxistas europeos, en particular los "utopistas" franceses) como la forma más deseable de organización social, aunque no se consideraba que ésta fuese incompatible con una aceptación del liberalismo como ideología de transformación política. La inteliguentsia también respondió a su aislamiento social con un deseo ferviente de tender puentes sobre el abismo que la separaba del "pueblo" (*narod*). La vertiente de pensamiento de la inteliguentsia conocida como populismo combinaba la oposición a la industrialización capitalista con una idealización del campesinado ruso. Los populistas percibieron que el capitalismo había tenido un impacto destructivo sobre las comunidades rurales tradicionales de Europa, desarraigando a los campesinos de la tierra y forzándolos a asentarse en las ciudades, lo que los transformaba en un proletariado industrial explotado y carente de tierras. Anhelaban salvar la forma tradicional de organización aldeana de los campesinos rusos, la comuna o

mir, de los estragos del capitalismo, pues creían que el *mir* era una institución igualitaria —tal vez una reliquia del comunismo primitivo— mediante el cual Rusia tal vez encontrara su propio camino al socialismo.

A comienzos de la década de 1870, la idealización del campesinado por parte de la inteliguentsia, así como la frustración de ésta con respecto a su propia situación y a las perspectivas de reforma política, llevaron al movimiento de masas espontáneo que mejor ejemplifica los anhelos populistas: el "ir al pueblo" de 1873-4. Miles de estudiantes e integrantes de la inteliguentsia dejaron las ciudades para ir a las aldeas, algunos de ellos creyendo ser esclarecedores del campesinado, otros, más humildes, en busca de la simple sabiduría del pueblo, a veces con la esperanza de llevar adelante la organización y propaganda revolucionarias. El movimiento no tenía una conducción centralizada ni, en lo que respecta a la mayor parte de los participantes, una intención política definida: su espíritu era más bien el de una peregrinación religiosa que el de una campaña política. Pero éste era un matiz difícil de percibir tanto para los campesinos como para la policía zarista. Las autoridades se alarmaron y realizaron arrestos en masa. Los campesinos sentían sospechas, consideraban a sus visitantes no invitados como hijos de la nobleza y probables enemigos de clase, y a menudo los entregaban a la policía. Este desastre produjo un hondo desengaño entre los populistas. No vacilaron en su decisión de servir al pueblo, pero algunos llegaron a la conclusión que era su deber hacerlo en el papel de proscriptos, revolucionarios dispuestos a todo cuyas acciones heroicas sólo serían valoradas después de sus muertes. Hubo un brote de terrorismo revolucionario a fines de la década de 1870, motivado en parte por el deseo de los populistas de vengar a sus camaradas encarcelados y destruir toda la superestructura de la Rusia autocrática, dejando al pueblo ruso en libertad de elegir su propio destino. En 1881, el grupo de terroristas populistas Voluntad del Pueblo logró asesinar al emperador Alejandro II. El efecto logrado no fue destruir la autocracia, sino asustarla, provocando más políticas represivas, mayor arbitrariedad y desprecio de la ley, así como la creación de algo parecido a

un estado policial moderno.[8] La respuesta popular al asesinato incluyó pogromos antisemitas en Ucrania, así como la difusión en las aldeas de rumores que afirmaban que los nobles habían asesinado al Zar porque éste había librado a los campesinos de la servidumbre.

En la década de 1880, como resultado de estos dos desastres populistas, los marxistas surgieron como grupo definido dentro de la inteliguentsia rusa, repudiando el utopismo idealista, las tácticas terroristas y la orientación campesina que caracterizaban hasta entonces al movimiento revolucionario. Debido al clima político desfavorable de Rusia, y a su propio rechazo del terrorismo, el impacto inicial de los marxistas se dio en el debate intelectual más que en la acción revolucionaria. Argüían que la industrialización capitalista de Rusia era inevitable, y que el *mir* campesino ya estaba en un estado de desintegración interna, apenas sustentado por el estado y las responsabilidades de recaudación de impuestos y pagos de redención impuestas por éste. Afirmaban que el capitalismo constituía la única vía posible al socialismo, y que el proletariado industrial producido por el desarrollo capitalista era la única clase en condiciones de producir la auténtica revolución socialista. Estas premisas, decían, podían ser demostradas científicamente mediante las leyes objetivas del desarrollo histórico expuestas en los escritos de Marx y Engels. Los marxistas desdeñaban a aquellos que escogían al socialismo como ideología por considerarlo éticamente superior (por supuesto que lo era, pero no se trataba de eso). De lo que se trataba era que el socialismo, al igual que el capitalismo, era una etapa predecible en el desarrollo de la sociedad humana.

A Karl Marx, quien era un viejo revolucionario europeo que aplaudía instintivamente la lucha de la Voluntad del Pueblo contra la autocracia rusa, los primitivos marxistas rusos, que en la emigración se nucleaban en torno de Georguii Plejánov, le parecían demasiado pasivos y pedantes, revolucionarios que se conformaban con escribir artículos sobre la inevitabilidad histórica de la revolución mientras otros peleaban y morían por la causa. Pero el impacto sobre la inteliguentsia rusa fue diferente, pues una de las predicciones marxistas no tardó en cumplirse: ellos decían que Rusia *debía* industrializarse y, en la década de 1890, bajo la enérgica dirección de

Witte, así ocurrió. Es cierto que la industrialización fue tanto producto del aval del estado y de la inversión extranjera como del desarrollo capitalista espontáneo, así que en cierto modo, Rusia tomó una vía independiente de la occidental.[9] Pero para los contemporáneos, la rápida industrialización de Rusia pareció una espectacular demostración de que las predicciones de los marxistas eran acertadas y que el marxismo tenía al menos algunas de las respuestas a las "grandes preguntas" de la inteliguentsia rusa.

El marxismo en Rusia —como en China, India y otros países en desarrollo— tenía un significado muy distinto del que se le daba en los países industrializados de Europa occidental. Era una ideología de modernización además de una ideología de revolución. Hasta Lenin, a quien mal se puede acusar de pasividad en lo revolucionario, se consagró como marxista con un voluminoso estudio, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, que era tanto análisis como advocación del proceso de modernización económica. Virtualmente, el resto de los principales marxistas rusos de su generación produjo obras similares a ésa. Por supuesto que la advocación se presenta en términos marxistas ("te lo advertí" más bien que "yo respaldo...") y puede sorprender a los lectores modernos que conocen a Lenin como a un revolucionario anticapitalista. Pero el capitalismo era un fenómeno "progresista" para los marxistas de la Rusia de fines del siglo XIX, una sociedad atrasada que, según la definición marxista, aún era semifeudal. En términos ideológicos, estaban a favor del capitalismo porque lo consideraban una etapa necesaria en la vía al socialismo. Pero en términos emocionales, el compromiso era más profundo: los marxistas rusos admiraban el mundo moderno, industrial, urbano y les desagradaba el atraso de la Rusia rural. Se ha señalado a menudo que Lenin —un revolucionario activista deseoso de darle a la historia un empujón en la dirección adecuada— era un marxista heterodoxo que exhibía algo del voluntarismo revolucionario de la vieja tradición populista. Esto es así, pero es relevante ante todo a su conducta en momentos de verdadera revolución, en torno de 1905 y en 1917. En la década de 1890, escogió al marxismo más bien que al populismo porque estaba del lado de la modernización; y esa elección básica explica buena parte del camino

seguido por la revolución rusa después de que Lenin y su partido tomaran el poder en 1917.

Los marxistas hicieron otra elección importante en la temprana controversia respecto al capitalismo que mantuvieron con el populismo: escogieron la clase obrera urbana como base de sustentación y como principal fuerza potencial revolucionaria de Rusia. Ello los distinguió de la vieja tradición de la inteliguentsia revolucionaria rusa (practicada por los populistas y, ulteriormente, a partir de su formación a comienzos del siglo XX, del partido socialista revolucionario [SR]), con su amor unilateral por el campesinado. También los distinguió de los liberales (algunos de los cuales habían sido marxistas), cuyo movimiento de liberación emergería como fuerza política poco antes de 1905, ya que los liberales contaban con una revolución "burguesa" y obtuvieron el respaldo de la nueva clase profesional y de la nobleza progresista enrolada en los zemstvos.

Inicialmente, la elección de los marxistas no parecía particularmente promisoria: la clase obrera era pequeña con relación al campesinado, y, en comparación con las clases altas urbanas, carecía de estatus, educación y recursos financieros. Los primeros contactos de los marxistas con los obreros fueron esencialmente educativos, y consistieron en círculos y grupos de estudio en los cuales intelectuales les ofrecían a los obreros cierto grado de educación general, así como elementos de marxismo. Los historiadores difieren respecto de la importancia que tuvo esto en el desarrollo de un movimiento obrero revolucionario.[10] Pero las autoridades zaristas se tomaron la amenaza política con bastante seriedad. Según un informe policial de 1901,[11]

> Los agitadores que pretenden llevar a cabo sus designios han tenido cierto éxito en organizar a los obreros para que éstos combatan al gobierno. En el transcurso de los últimos tres o cuatro años, el apacible joven ruso ha sido transformado en un tipo especial de *inteligente* semialfabetizado, quien siente la obligación de rechazar familia y religión, ignorar la ley y negar y desafiar la autoridad constituida. Afortunadamente, en las fábricas no abundan estos jóvenes, pero ese minúsculo puñado aterroriza a la mayoría inerte de los obreros, de modo que éstos lo siguen.

Estaba claro que los marxistas tenían una ventaja sobre otros grupos primitivos de revolucionarios que buscaban contacto con las masas: habían dado con un sector de las masas dispuesto a escucharlos. Aunque los obreros rusos no estaban muy lejos de su orígenes campesinos, eran mucho más alfabetizados como grupo y al menos algunos de ellos habían adquirido un sentido moderno, urbano, de que podían "mejorarse". La educación era un medio de ascenso social tanto como una vía hacia la revolución a los ojos de los intelectuales revolucionarios como de la policía. Los maestros marxistas, a diferencia de los misioneros populistas que los precedieron, tenían para ofrecerles a sus estudiantes algo más que acoso policial.

A partir de sus campañas de educación de los obreros, los marxistas —desde 1898 organizados ilegalmente bajo el nombre de Partido Socialdemócrata Ruso de los Trabajadores— progresaron hasta comprometerse en organizar sindicatos en forma más abiertamente política, huelgas y, en 1905, la revolución. La proporción entre las organizaciones partidario-políticas y la verdadera protesta obrera nunca fue pareja y para 1905, a los partidos socialistas les costaba mantenerse a la par del movimiento revolucionario obrero. Sin embargo, entre 1898 y 1914, el Partido Socialdemócrata Ruso de los Trabajadores dejó de ser terreno exclusivo de la inteliguentsia y se transformó, en sentido literal, en un partido obrero. Sus dirigentes aún provenían de la inteliguentsia y pasaban la mayor parte de su tiempo fuera de Rusia, emigrados en Europa, pero en Rusia, la mayor parte de los integrantes y activistas eran obreros (o, en el caso de los revolucionarios profesionales, ex obreros).[12]

En términos de su teoría, los marxistas rusos comenzaron con lo que parece una grave desventaja en lo revolucionario: estaban obligados a trabajar no para la próxima revolución, sino para la que vendría después de ésa. Según la predicción marxista ortodoxa, el ingreso de Rusia en la fase capitalista (que sólo tuvo lugar a fines del siglo XIX) llevaría inevitablemente al derrocamiento de la autocracia por una revolución liberal burguesa. Tal vez el proletariado respaldara tal revolución, pero no parecía probable que desempeñara más que un papel secundario en ésta. Rusia estaría madura

para la revolución proletaria socialista sólo después de que el capitalismo llegase a su madurez, y tal vez faltara mucho para ese momento.

Antes de 1905, éste no parecía un problema muy acuciante, ya que no había una revolución en marcha, y los marxistas estaban teniendo un relativo éxito en organizar a la clase obrera. Sin embargo, un pequeño grupo —los "marxistas legales" encabezados por Petr Struve— llegó a identificarse marcadamente con los objetivos de la primera revolución (la liberal) de la agenda marxista, y a perder interés en el objetivo final de la revolución socialista. No era sorprendente que opositores a la autocracia de mentalidad modernizadora como Struve hubieran adherido a los marxistas en la década de 1890, ya que para entonces no había un movimiento liberal al que pudieran unirse; y era igualmente natural que en torno a fin de siglo hayan abandonado a los marxistas para participar en la fundación del liberal Movimiento de Liberación. Sin embargo, la herejía del marxismo legal fue denunciada sin atenuantes por los líderes socialdemocráticos rusos, en particular Lenin. La violenta hostilidad de Lenin hacia el "liberalismo burgués" era algo ilógica en términos marxistas y causó cierta perplejidad entre sus colegas. Sin embargo, en términos revolucionarios, la actitud de Lenin era extremadamente racional.

Más o menos en esa misma época, los líderes socialdemócratas rusos repudiaron la herejía del economicismo, es decir la idea de que el movimiento obrero debía enfatizar los objetivos económicos más bien que los políticos. De hecho, había pocos economistas coherentes en el movimiento ruso, en parte porque las protestas obreras rusas tendían a progresar muy rápidamente de reclamos puramente económicos, por ejemplo, los referidos a salarios, a otros de naturaleza política. Pero los líderes emigrados, a menudo más perceptivos de las tendencias internas de la socialdemocracia europea que de la situación rusa, temían a las tendencias revisionistas y reformistas que se habían desarrollado en el movimiento alemán. En los debates doctrinarios en torno del economicismo y al marxismo legal, los marxistas rusos dejaban claramente asentado que eran revolucionarios, no reformistas y que su causa era la revolución obrera socialista, no la revolución de la burguesía liberal.

En 1903, cuando el Partido Socialdemócrata Ruso de los Trabajadores celebró su segundo congreso, sus dirigentes chocaron por un tema aparentemente menor: la composición del comité editorial del periódico del partido, *Iskra*.[13] No hubo de por medio verdaderas cuestiones de fondo, aunque, cuando la disputa giró en torno de Lenin, puede decirse que él mismo fue el tema en cuestión, y que sus colegas consideraban que buscaba con demasiada agresividad una posición dominante. La actitud de Lenin en el congreso fue avasalladora; y recientemente había fijado con gran decisión el dogma en varias cuestiones teóricas, en particular las que hacían a la organización y las funciones del partido. Había tensión entre Lenin y Plejánov, el decano de los marxistas rusos; y la amistad entre Lenin y su contemporáneo Iuri Martov estaba a punto de quebrarse.

El resultado del segundo congreso fue la división del Partido Socialdemócrata Ruso de los Trabajadores en las facciones "bolchevique" y "menchevique". Los bolcheviques eran quienes seguían la conducción de Lenin, y los mencheviques (que incluían a Plejánov, Martov y Trotsky) constituían un grupo de integrantes, mayor y más diverso, que consideraba que Lenin se había excedido en sus atribuciones. La división no les pareció significativa a los marxistas que estaban en Rusia y, cuando ocurrió, ni siquiera los emigrados la creyeron irreversible. Sin embargo, resultó permanente; y con el paso del tiempo, ambas facciones adquirieron características individuales más diferenciadas que las que las caracterizaron en 1903. Ulteriormente Lenin, en ocasiones expresó orgullo por haber sido un "disidente", con lo que manifestaba su convicción de que las organizaciones políticas grandes, de afiliaciones poco intensas, eran menos efectivas que grupos radicalizados más pequeños y disciplinados imbuidos de un mayor grado de compromiso y unidad ideológica. Pero algunos atribuyeron esta preferencia a su dificultad para tolerar el desacuerdo —esa "suspicacia maliciosa" que Trotsky llamó "caricatura de la intolerancia jacobina" en una polémica anterior a la revolución.[14]

En los años posteriores a 1903, los mencheviques emergieron como los representantes más ortodoxos del marxismo (sin contar a Trotsky, quien, aunque fue menchevique hasta mediados de 1917,

siempre tendió a ser un francotirador), menos inclinados a forzar la marcha de los sucesos que conducirían a la revolución y menos interesados en crear un partido revolucionario organizado y disciplinado. Tuvieron más éxito que los bolcheviques en ganar adherentes en las regiones no rusas del imperio, mientras que los bolcheviques los superaban en su convocatoria entre los obreros rusos. (Sin embargo, en ambos partidos, los judíos y otros no rusos eran importantes en la cúpula directiva, originada en la inteliguentsia.) En los últimos años de la preguerra, 1910-4, los mencheviques perdieron respaldo obrero, que fue ganado por los bolcheviques a medida que el estado de ánimo de los obreros se hacía más militante: los mencheviques eran percibidos como un partido más "respetable" y vinculado a la burguesía, mientras que a los bolcheviques se los consideraba más obreros y revolucionarios.[15]

A diferencia de los mencheviques, los bolcheviques tenían sólo un líder, y su identidad estaba definida en buena parte por las ideas y la personalidad de Lenin. El primer rasgo distintivo de Lenin como ideólogo marxista fue su énfasis en la organización partidaria. Percibía al partido no sólo como la vanguardia de la revolución proletaria sino, en cierto sentido, como creador de ésta, dado que argüía que, por su cuenta, el proletariado sólo podía acceder a una conciencia sindical no revolucionaria.

Lenin creía que el núcleo del partido debía estar constituido por revolucionarios profesionales de tiempo completo, reclutados tanto entre la inteliguentsia como entre la clase obrera, pero que se concentraran en la organización política de los trabajadores más que en ningún otro grupo social. En *¿Qué hacer?* (1902) insistió en la importancia de la centralización, la disciplina estricta y la unidad ideológica dentro del partido. Por supuesto que éstas eran conductas lógicas para un partido que operaba clandestinamente en un estado policial. Así y todo, a muchos de los contemporáneos de Lenin (y ulteriormente a muchos estudiosos) les parecía que el desagrado de Lenin por las organizaciones de masas amplias que permitían mayor diversidad y espontaneidad no era sólo una cuestión práctica sino que reflejaba su natural tendencia al autoritarismo.

Lenin difería de muchos otros marxistas rusos en que parecía desear activamente una revolución proletaria más bien que sim-

plemente predecir que ésta ocurriría. Éste era un rasgo de carácter que indudablemente habría despertado la simpatía de Karl Marx, a pesar del hecho de que requería de alguna revisión del marxismo ortodoxo. La idea de que la burguesía liberal debía ser la conductora natural de la revolución antiautocrática de Rusia nunca fue verdaderamente aceptable para Lenin; y en *Dos tácticas de la socialdemocracia*, escrita en plena revolución de 1905, insistió en que el proletariado —aliado al revoltoso campesinado ruso— podía y debía desempeñar un papel dominante. Estaba claro que era necesario para cualquier marxista ruso con intenciones revolucionarias serias encontrar una forma de pasar por alto la doctrina del liderazgo revolucionario burgués, y Trotsky hizo un intento similar y tal vez más exitoso con su teoría de la "revolución permanente". A partir de 1905, en los escritos de Lenin aparecen con creciente frecuencia las palabras "dictadura", "insurrección" y "guerra civil". Concebía la futura transferencia de poder revolucionaria en estos términos ásperos, violentos y realistas.

La revolución de 1905 y sus consecuencias; la Primera Guerra Mundial

La Rusia zarista tardía era una potencia militar en expansión, dotada del mayor ejército permanente de todas las grandes potencias de Europa. Su fuerza frente al mundo exterior era una fuente de orgullo, un logro que hacía de contrapeso a los problemas internos políticos y económicos del país. En palabras que se le atribuyen a un ministro del Interior de principios del siglo XX, una "pequeña guerra victoriosa" era el mejor remedio a la intranquilidad interna de Rusia. Sin embargo, históricamente, éste era un postulado más bien dudoso. En el transcurso del medio siglo pasado, las guerras rusas no habían tendido ni a ser exitosas ni a fortalecer la confianza de la sociedad en el gobierno. La humillación militar de la guerra de Crimea precipitó las radicales reformas internas de la década de 1860. La derrota diplomática sufrida por Rusia tras su intervención militar en los Balcanes a fines de la década de 1870 produjo una crisis política interna que sólo finalizó

con el asesinato de Alejandro II. A comienzos del siglo XX, la expansión rusa en el Lejano Oriente la llevaba a un choque con otra potencia expansionista de la región, Japón. Aunque algunos de los ministros de Nicolás II instaron a la calma, el sentimiento que prevalecía en la corte y los altos círculos burocráticos era que había cosas en el Extremo Oriente de las que sería fácil adueñarse y que Japón —a fin de cuentas, una potencia inferior, no europea— no sería un adversario peligroso. Iniciada por Japón, pero provocada casi en el mismo grado por la política rusa en el Lejano Oriente, la guerra ruso-japonesa estalló en enero de 1904.

Para Rusia, la guerra tuvo como resultado una serie de desastres y humillaciones en tierra y mar. El entusiasmo patriótico inicial de la sociedad respetable no tardó en marchitarse y —tal como ocurrió en la hambruna de 1891— los intentos de organizaciones públicas como los *zemstvos* de ayudar al gobierno en la emergencia sólo condujeron a frustraciones y conflictos con la burocracia. Esto dio impulso al movimiento liberal, pues la autocracia siempre parecía menos tolerable cuanto más claramente demostraba ser incompetente e ineficiente; y la nobleza de los *zemstvos* y los profesionales se alinearon tras el ilegal movimiento llamado "liberación", dirigido desde Europa por Petr Struve y otros activistas liberales. En los últimos meses de 1904, mientras la guerra proseguía, los liberales de Rusia organizaron una campaña de banquetes (que tuvo como modelo la empleada contra el rey de Francia, Luis Felipe, en 1847) por medio de la cual la elite social expresó su apoyo a la idea de reforma constitucional. Al mismo tiempo, el gobierno estaba bajo otras presiones, incluyendo ataques terroristas contra sus funcionarios, manifestaciones estudiantiles y huelgas obreras. En enero de 1905, los trabajadores de Petersburgo convocaron a una demostración pacífica —no organizada por militantes y revolucionarios sino por un sacerdote renegado con conexiones policiales, el padre Gapon— para llamar la atención del Zar sobre sus reclamos económicos. El domingo sangriento (9 de enero), las tropas dispararon sobre los manifestantes que se hallaban frente al Palacio de Invierno, y la revolución de 1905 comenzó.

El espíritu de solidaridad nacional contra la autocracia fue muy fuerte durante los primeros nueve meses de 1905. La pretensión

liberal de liderar el movimiento revolucionario no sufrió cuestionamientos serios; y su capacidad de negociar con el régimen se basó no sólo en el respaldo de los *zemstvos* y de los nuevos sindicatos de profesionales de clase media sino también en las heterogéneas presiones representadas por marchas estudiantiles, huelgas obreras, desórdenes campesinos, motines en las fuerzas armadas y agitación en las regiones no rusas del imperio. Por su parte, la autocracia se mantuvo consistentemente a la defensiva, embargada por el pánico y la confusión y aparentemente fue incapaz de restaurar el orden. Sus perspectivas de supervivencia tuvieron una marcada mejora cuando Witte se las ingenió para negociar la paz con Japón (tratado de Portsmouth) en términos notablemente ventajosos a fines de agosto de 1905. Pero el régimen aún tenía un millón de hombres en Manchuria, y le era imposible regresarlos al frente interno en el ferrocarril transiberiano hasta que los ferroviarios en huelga no volvieran a sus tareas.

La culminación de la revolución liberal fue el Manifiesto de octubre de Nicolás II (1905), en el cual concedía el principio de una constitución y prometía crear un parlamento electivo nacional, la Duma. El manifiesto dividió a los liberales: los octubristas lo aceptaron, mientras que los demócratas constitucionales (cadetes) suspendieron formalmente su aceptación hasta tanto no se hiciesen nuevas concesiones. Sin embargo, en la práctica, los liberales abandonaron la actividad revolucionaria por el momento y concentraron sus energías en organizar los nuevos partidos octubrista y cadete para las ulteriores elecciones de la Duma.

Sin embargo, los obreros mantuvieron su actividad revolucionaria hasta fin de año, haciéndose más visibles que nunca e intensificando su militancia. En octubre, los trabajadores de Petersburgo organizaron un "soviet" o consejo de representantes de los trabajadores elegidos en las fábricas. La función práctica del soviet de Petersburgo era proveer a la ciudad con una suerte de gobierno municipal de emergencia durante un período en que las otras instituciones estaban paralizadas y tenía lugar una huelga general. Pero también se convirtió en un foro político para los trabajadores, y, en menor grado, para los socialistas de los partidos revolucionarios (Trotsky, que por entonces era menchevique, devino en

uno de los líderes de los soviets). Durante unos meses, las autoridades zaristas trataron al soviet con cautela, y surgieron cuerpos similares en Moscú y otras ciudades. Pero a comienzos de diciembre, fue dispersado mediante una exitosa operación policial. La noticia del ataque contra el soviet de Petersburgo produjo una insurrección armada del soviet de Moscú, en el que los bolcheviques habían ganado considerable influencia. Las tropas la aplastaron, pero los obreros se defendieron y hubo muchas bajas.

La revolución urbana de 1905 produjo los más serios alzamientos campesinos desde la revuelta de Pugachev a fines del siglo XVIII. Pero las revoluciones urbana y rural no fueron simultáneas. Las insurrecciones campesinas —que consistían en saquear y quemar las casas solariegas y atacar a terratenientes y funcionarios— comenzaron en el verano de 1905, alcanzaron un pico a fines del otoño, amainaron y regresaron en gran escala en 1906. Pero incluso a fines de 1905, el régimen tenía la suficiente fuerza como para emplear tropas en una campaña de pacificación aldea por aldea. Para mediados de 1906, todas las tropas habían regresado del Lejano Oriente y la disciplina había sido restaurada en las fuerzas armadas. En el invierno de 1906-7, buena parte de la Rusia rural estaba bajo la ley marcial y la justicia sumaria (incluyendo más de mil ejecuciones) era administrada por una corte marcial de campaña.

La nobleza terrateniente rusa aprendió una lección de los episodios de 1905-6: que sus intereses estaban ligados a los de la autocracia (que tal vez pudiera protegerla del vengativo campesinado) y no a los de los liberales.[16] Pero en términos urbanos, la revolución de 1905 no produjo una conciencia tan clara de la polarización de clases: ni siquiera los más socialistas consideraban que éste fuera un 1848 ruso en el que quedaban al descubierto la naturaleza traicionera del liberalismo y el antagonismo esencial de burguesía y proletariado. Los liberales —quienes representaban una clase media más bien profesional que capitalista— se habían hecho a un lado en octubre, pero no se habían unido al régimen en el ataque contra la revolución de los trabajadores. Su actitud hacia los movimientos obrero y socialista fue mucho más benigna que la de los liberales de la mayor parte de los países europeos. Por su parte,

los trabajadores parecen haber percibido que los liberales eran un aliado más timorato que traicionero.

El resultado político de la revolución de 1905 fue ambiguo, y, en cierto modo, insatisfactorio para todos los implicados. En las leyes fundamentales de 1906 —lo más parecido que Rusia hubiera tenido a una constitución— Nicolás dejó clara su creencia de que Rusia aún era una autocracia. Es cierto que el autócrata ahora consultaba con un parlamento electo, y que los partidos habían sido legalizados. Pero la Duma tenía poderes limitados; los ministros sólo le respondían al autócrata; y, una vez que las dos primeras Dumas demostraron ser insubordinadas y fueron arbitrariamente disueltas, se introdujo un nuevo sistema electoral que les quitó prácticamente toda autoridad a varios grupos sociales y dio una excesiva representación a la nobleza terrateniente. Tal vez la principal importancia que tuvo la Duma fue la de proveer un foro público para el debate político y un campo de entrenamiento para los políticos. Las reformas políticas de 1905-7 crearon parlamentarios del mismo modo en que las reformas legales de la década de 1860 habían creado abogados; y ambos grupos tenían una tendencia innata a desarrollar valores y aspiraciones que la autocracia no podía tolerar.

Algo que la revolución de 1905 *no* cambió fue el régimen policial que se había desarrollado plenamente en la década de 1880. El proceso de justicia ordinaria continuaba suspendido (como lo ejemplifican las cortes marciales de campaña que lidiaron con los campesinos rebeldes en 1906-7) para buena parte de la población durante considerables períodos. Por supuesto que había razones comprensibles para que esto fuese así: el hecho de que en 1908, un año comparativamente tranquilo, 1.800 funcionarios resultaran heridos y 2.083 muertos en ataques de motivación política[17] indica cuán tumultuosa seguía siendo la sociedad y hasta qué punto el régimen continuaba a la defensiva. Pero esto significaba que, en muchos puntos, las reformas políticas no eran más que una fachada. Los sindicatos, por ejemplo, habían sido, en principio, legalizados, pero a menudo gremios específicos eran clausurados por la policía. Los partidos políticos eran legales, y hasta los partidos socialistas revolucionarios podían competir en las elecciones

de la Duma y ganar algunos escaños; pero sin embargo los integrantes de los partidos socialistas revolucionarios continuaban siendo arrestados con tanta frecuencia como en el pasado, y los jefes partidarios (la mayor parte de los cuales había regresado a Rusia durante la revolución de 1905) fueron forzados a emigrar otra vez para evitar la cárcel y el exilio.

En retrospectiva, puede parecer que los revolucionarios marxistas, con las concesiones obtenidas en 1905, y 1917 que ya se perfilaba en el horizonte, deben de haberse congratulado por el espectacular debut revolucionario de los trabajadores y mirado con confianza hacia el futuro. Pero, de hecho, su estado de ánimo era muy diferente. Ni los bolcheviques ni los mencheviques tuvieron más que una participación marginal en la revolución obrera de 1905: no es que los obreros los hubiesen rechazado, sino más bien que los sobrepasaron, y esto hizo que muchos, y en particular Lenin, mirasen las cosas con cierta frialdad. La revolución había llegado, pero el régimen se había defendido y había sobrevivido. En la inteliguentsia se habló mucho de abandonar el sueño revolucionario y las viejas ilusiones de perfectibilidad social. Desde el punto de vista revolucionario, tener una fachada de instituciones políticas legales y una nueva generación de políticos liberales engreídos y parlanchines (para resumir lo que pensaba de ellos Lenin, que no difería demasiado de la opinión de Nicolás II) no representaba ninguna ganancia. Para los líderes revolucionarios también era honda, casi insoportablemente decepcionante, regresar a la familiar sordidez de la vida en la emigración. Los emigrados nunca fueron más susceptibles y litigiosos que en los años comprendidos entre 1905 y 1917; de hecho, las continuas riñas mezquinas de los rusos constituían uno de los escándalos de la socialdemocracia europea, y Lenin era uno de los peores en ese sentido.

Una de las malas noticias que trajeron los años de preguerra fue que el régimen se estaba por embarcar en un programa de reforma agraria de fondo. Las insurrecciones campesinas de 1905-7 habían persuadido al gobierno de abandonar su premisa anterior de que el *mir* era la mejor garantía de estabilidad rural. Cifraba ahora sus esperanzas en la creación de una nueva clase de pequeños granjeros independientes, una apuesta por los "sobrios y fuer-

tes", según la describió el primer ministro de Nicolás, Petr Stolypin. Ahora, se alentaba a los campesinos a consolidar sus posesiones y separarse del *mir,* y se establecieron comisiones de tierras en las provincias para facilitar el proceso. Se daba por sentado que los pobres venderían su parte y se irían a las ciudades, mientras que los más prósperos mejorarían y expandirían sus propiedades, adquiriendo así la mentalidad conservadora y pequeño burguesa de, por ejemplo, el granjero campesino francés. Para 1914, aproximadamente un 40 por ciento de los hogares campesinos de la Rusia europea se habían separado formalmente del *mir,* aunque, debido a la complejidad legal y práctica del proceso, sólo una cantidad relativamente pequeña de ellos había completado los pasos ulteriores necesarios para establecerse como propietarios que explotaran sus porciones de tierra propias y consolidadas.[18] Las reformas de Stolypin eran "progresistas", según la terminología marxista, ya que sentaban las bases para un desarrollo capitalista de la agricultura. Pero en contraste con el desarrollo del capitalismo urbano, las implicaciones de corto y mediano plazo de este paso para la revolución rusa eran muy deprimentes. El campesinado tradicional de Rusia era dado a la insurrección. Si las reformas de Stolypin funcionaran (y Lenin, entre otros, temía que así podía ocurrir), el proletariado ruso perdería un importante aliado revolucionario.

En 1906 la economía rusa fue reforzada por un enorme empréstito (dos mil doscientos cincuenta millones de francos) que Witte negoció con un consorcio bancario internacional; y la industria nacional y de capital extranjero se expandió velozmente en los años de preguerra. Por supuesto que ello significó que la clase obrera industrial también se expandió. Pero la protesta laboral disminuyó abruptamente durante algunos años tras el feroz aplastamiento del movimiento revolucionario obrero durante el invierno de 1905-6, y sólo recuperó fuerza en torno de 1910. Las huelgas de gran escala se hicieron cada vez más frecuentes en los años inmediatamente anteriores a la guerra, culminando con la huelga general de Petrogrado en el verano de 1914, que fue lo suficientemente seria como para que algunos observadores dudaran de si Rusia podría arriesgarse a movilizar su ejército para ir a la guerra. Las demandas de los trabajadores eran políticas además de económicas;

y sus quejas contra el régimen incluían responsabilizarlo del dominio extranjero en muchos sectores de la industria rusa, así como el empleo de la coerción contra los trabajadores mismos. En Rusia, los mencheviques percibían que perdían respaldo a medida que los obreros se volvían más violentos y beligerantes, mientras que los bolcheviques lo ganaban. Pero ello no alegró en forma perceptible a los líderes bolcheviques emigrados: debido a las malas comunicaciones con Rusia, es probable que no tuvieran plena conciencia de la situación, y su posición en la comunidad de rusos emigrados y socialistas europeos era cada vez más débil y aislada.[19]

Cuando en agosto de 1914 estalló la guerra en Europa y Rusia se alió con Francia e Inglaterra contra Alemania y Austria-Hungría, los emigrados políticos quedaron casi completamente aislados de Rusia, además de experimentar los problemas habituales para los residentes extranjeros en tiempos de guerra. En el movimiento socialista europeo en general, muchos que hasta entonces eran internacionalistas se hicieron patriotas de un día para otro cuando se declaró la guerra. Los rusos tenían menos inclinación que los otros por el patriotismo directo, pero la mayor parte de ellos adoptó la posición "defensista" que implicaba respaldar el esfuerzo bélico de Rusia en tanto éste se realizase en defensa del territorio ruso. Sin embargo, Lenin pertenecía al minoritario grupo de los "derrotistas", quienes repudiaban de plano la causa de su país: en lo que respecta a Lenin, consideraba que se trataba de una guerra imperialista, y lo mejor que se podía esperar era una derrota rusa que tal vez provocase la guerra civil y la revolución. Ésta era una postura controvertida, aun en el movimiento socialista, y los bolcheviques se encontraron con que los hacía objeto de muchas miradas frías. En Rusia, todos los bolcheviques conocidos —incluyendo a los diputados de la Duma— fueron arrestados durante el transcurso de la guerra.

Al igual que en 1904, la declaración rusa de guerra produjo una oleada pública de entusiasmo patriótico, mucho agitar de banderas patriotero, una moratoria temporal a los enfrentamientos internos y bienintencionados intentos por parte de la sociedad respetable y las organizaciones no gubernamentales de asistir al gobierno en su esfuerzo bélico. Pero una vez más, los ánimos no

tardaron en agriarse. El ejército ruso sufrió aplastantes derrotas y pérdidas (un total de cinco millones de bajas entre 1914-7), y el ejército alemán penetró profundamente en los territorios occidentales del imperio, provocando un caótico ingreso de refugiados a Rusia central. La derrota produce sospechas sobre traición en los altos niveles, y uno de los blancos principales fue la esposa de Nicolás, la emperatriz Alejandra, quien, por nacimiento, era una princesa alemana. El escándalo rodeaba la relación de Alejandra con Rasputin, un personaje dudoso pero carismático, en quien ella confiaba, por considerarlo un verdadero hombre de Dios que podía controlar la hemofilia de su hijo. Cuando Nicolás asumió las responsabilidades de comandante en jefe del ejército ruso, que lo alejaron de la capital durante largos períodos, Alejandra y Rasputin comenzaron a ejercer una desastrosa influencia sobre las designaciones ministeriales. Las relaciones entre el gobierno y la cuarta Duma se deterioraron drásticamente: el ánimo en la Duma y en la población educada en general fue capturado por la frase con que el dirigente de los cadetes Pavel Milyukov puntuó un discurso sobre las deficiencias del gobierno: "¿es estupidez o traición?" A fines de 1916, Rasputin fue asesinado por algunos jóvenes nobles cercanos a la corte y por un diputado de la Duma, cuyos motivos eran salvar el honor de Rusia y de la autocracia.

Las presiones de la Primera Guerra Mundial —e indudablemente las personalidades de Nicolás y su esposa, así como la tragedia familiar de la hemofilia de su pequeño hijo—[20] destacaron en un marcado relieve las características anacrónicas de la autocracia rusa e hicieron que Nicolás pareciera menos un defensor de la tradición autocrática que un involuntario caricaturista de ésta. El "juego de las sillas" ministerial de favoritos incompetentes en el gabinete, el curandero campesino y analfabeto en la corte, las intrigas de la alta nobleza que llevaron al asesinato de Rasputin y hasta la épica historia de la empecinada resistencia de éste a la muerte por veneno, balas y ahogamiento; todo parecía pertenecer a una época pasada, ser un acompañamiento grotesco e irrelevante a las realidades propias del siglo XX: trenes de tropas, guerra de trincheras y movilización en masa. Rusia no sólo tenía una población educada que percibía esto, sino también instituciones como la Duma,

los partidos políticos, los zemstvos y el comité de industrias de guerra de los industriales, que eran agentes potenciales de transición entre el viejo régimen y el nuevo mundo.

En vísperas de la Primera Guerra Mundial, la situación de la autocracia era precaria. La sociedad estaba profundamente dividida y la estructura burocrática era frágil y su capacidad estaba excedida. El régimen era tan vulnerable a cualquier tipo de sacudida u obstáculo que es difícil imaginar que hubiera podido sobrevivir por mucho tiempo, aun sin la guerra, si bien está claro que, bajo otras circunstancias, el cambio podía haberse producido menos violentamente y con menos consecuencias radicales que la forma en que esto ocurrió en 1917.

La Primera Guerra Mundial expuso e incrementó la vulnerabilidad del antiguo régimen ruso. El público aplaudió las victorias, pero no toleró las derrotas. Cuando éstas tenían lugar, la sociedad no se unía tras el gobierno (una reacción relativamente normal, especialmente si el enemigo invade el suelo patrio, y que fue la de Rusia en 1812 y en 1941-2) sino que se volvió violentamente contra éste, denunciando su incompetencia y atraso en tono de desprecio y superioridad moral. Ello sugiere que la legitimidad del régimen ya era extremadamente precaria, y que su supervivencia estaba estrechamente vinculada a los logros tangibles que obtuviera y, de no haberlos, a la mera suerte. El viejo régimen fue afortunado en 1904-6, otra ocasión en que las derrotas bélicas lo sumieron en la revolución, pues pudo salir de la guerra con relativa prontitud y honor, obteniendo además un importante empréstito posbélico de Europa, que por entonces estaba en paz. No tuvo tanta suerte en 1914-7. La guerra se prolongó demasiado, agotando no sólo a Rusia, sino a toda Europa. Más de un año antes de que el armisticio se celebrara en Europa, el viejo régimen de Rusia había muerto.

2. 1917: las revoluciones de febrero y octubre

En febrero de 1917, la autocracia se derrumbó ante las manifestaciones populares y el retiro del respaldo de la elite al régimen. En la euforia de la revolución, las soluciones políticas parecían fáciles. La futura forma de gobierno de Rusia sería, por supuesto, democrática. El sentido exacto de ese ambiguo término y la naturaleza de la nueva constitución de Rusia serían decididos por una asamblea constituyente, que sería elegida por el pueblo ruso en cuanto las circunstancias lo permitieran. Entretanto, las revoluciones de elite y popular —políticos liberales, las clases propietarias y profesionales y la oficialidad en la primera categoría; políticos socialistas, la clase obrera urbana y los soldados y marineros rasos en la segunda— coexistirían, tal como lo hicieran en los gloriosos días de la solidaridad nacional revolucionaria en 1905. En términos institucionales, el nuevo gobierno provisional representaría la revolución de elite, mientras que el recientemente revivido soviet de Petrogrado sería el portavoz de la revolución del pueblo. Su relación sería complementaria más que competitiva y el "poder dual" (el término se aplicaba a la coexistencia del gobierno provisional y el soviet) sería una fuente de fortaleza, no de debilidad. A fin de cuentas, los liberales rusos habían tendido a considerar aliados a los socialistas, cuyo interés especial en la reforma social era sólo comparable —y compatible— con el interés especial de los liberales en la democratización política. En forma similar, la mayor parte de los socialistas rusos estaban dispuestos a ver a los liberales como aliados, ya que aceptaban la noción marxista de que la revolución liberal burguesa tenía el primer lugar en la agenda y que los socialistas estarían dispuestos a respaldarla en la lucha contra la autocracia.

Pero ocho meses más tarde las esperanzas y expectativas de febrero se habían derrumbado. El "poder dual" resultó ser una ilusión

que enmascaraba algo que se parecía mucho al vacío de poder. La revolución popular se hizo cada vez más radical, mientras que la revolución de elite se desplazó hacia una ansiosa posición conservadora en defensa de la propiedad, la ley y el orden. El gobierno provisional apenas si sobrevivió al intento de golpe de derecha del general Kornilov lo suficiente como para sucumbir al golpe de izquierda de los bolcheviques, popularmente asociado al lema "todo el poder a los soviets". La tan esperada Asamblea Constituyente se reunió pero no obtuvo nada, y, en enero de 1918, fue disuelta sin ceremonias por los bolcheviques. En la periferia de Rusia, oficiales del antiguo ejército zarista convocaban a sus fuerzas para combatir a los bolcheviques, algunos bajo la bandera monárquica que parecía haber desaparecido para siempre desde 1917. La revolución no llevó la democracia liberal a Rusia. En cambio, trajo la anarquía y la guerra civil.

El paso directo del febrero democrático al octubre rojo asombró por igual a vencedores y vencidos. Para los liberales rusos, fue un choque traumático. La revolución —*su* revolución, tal como lo demostraba la historia de Europa occidental, y como lo aceptaban los marxistas que veían las cosas con objetividad— finalmente había ocurrido, sólo para serles arrebatada por fuerzas siniestras e incomprensibles. Los mencheviques y otros marxistas no bolcheviques se sintieron igualmente ultrajados: el momento aún no estaba maduro para una revolución socialista proletaria y era inexcusable que un partido marxista rompiera las reglas y se adueñase del poder. Los aliados, socios de Rusia en la guerra en Europa, quedaron horrorizados ante la catástrofe y se negaron a reconocer al nuevo gobierno, que se disponía a retirar unilateralmente a Rusia de la guerra. Los diplomáticos apenas si conocían los nombres de los nuevos regentes de Rusia, pero sospechaban lo peor y rogaban por una rápida resurrección de las esperanzas democráticas a las que habían dado la bienvenida en febrero. Los occidentales lectores de diarios se enteraron con horror del descenso de Rusia desde la civilización a las profundidades bárbaras del comunismo ateo.

Las cicatrices que dejó la revolución de octubre fueron hondas e hicieron más dolorosa y visible para el mundo exterior la

emigración de grandes cantidades de rusos educados en el transcurso e inmediatamente después de la guerra civil que siguió a la victoria bolchevique. Para los emigrados, la revolución bolchevique no fue tanto una tragedia en el sentido griego como un desastre inesperado, inmerecido y esencialmente injusto. A la opinión pública occidental y en particular estadounidense, le pareció que al pueblo ruso le había sido quitada con engaños la democracia liberal por la que había combatido por tanto tiempo con tanta nobleza. Teorías conspirativas que explicaban la victoria bolchevique ganaron amplia aceptación: la más popular era la de la conspiración judía internacional, ya que Trotsky, Zinoviev y muchos otros líderes bolcheviques eran judíos; pero otra teoría, revivida por Solyenitzin en *Lenin en Zurich*, representaba a los bolcheviques como a títeres de los alemanes, parte de un complot victorioso para sacar a Rusia de la guerra. Por supuesto que los historiadores tienden a considerar las teorías conspirativas con escepticismo. Pero las actitudes que permitieron que tales teorías proliferaran pueden haber influido en los enfoques académicos occidentales del problema. Hasta muy recientemente, la mayoría de las explicaciones históricas de la revolución bolchevique enfatizaban de una u otra forma su ilegitimidad, como si buscasen absolver al pueblo ruso de toda responsabilidad por el episodio y sus consecuencias.

En la clásica interpretación occidental de la victoria bolchevique y la subsiguiente evolución del poder soviético, el *deus ex machina* era el arma secreta bolchevique: organización y disciplina partidaria. El panfleto de Lenin *¿Qué hacer?* (véase *supra*, p. 46), en el que se fijaban los requisitos para la organización exitosa de un partido ilegal y conspirativo, se solía citar como texto básico; y se arguyó que las ideas de *¿Qué hacer?* moldearon al Partido Bolchevique en los años formativos y siguieron determinando la conducta bolchevique aun después de la salida de la clandestinidad en febrero de 1917. La política abierta, democrática y pluralista que imperó en Rusia en los meses que siguieron a febrero fue así subvertida, lo que culminó con la toma ilegal del poder por parte de los bolcheviques en octubre mediante un golpe organizado. La tradición bolchevique de organización centralizada y estricta disciplina partidaria llevó al nuevo régimen soviético al autoritarismo

represivo y echó los cimientos para la ulterior dictadura totalitaria de Stalin.[1]

Pero siempre ha habido problemas para aplicar este concepto general sobre los orígenes del totalitarismo soviético a la situación histórica específica que se desarrolló entre febrero y octubre de 1917. En primer lugar, el viejo Partido Bolchevique clandestino recibió un enorme aporte de nuevos integrantes, sobrepasando a todos los demás partidos en términos de afiliaciones, en particular en las fábricas y las fuerzas armadas. Para mediados de 1917, se había convertido en un partido de masas abierto, y se parecía poco a la elite disciplinada de revolucionarios de tiempo completo descripta en *¿Qué hacer?* En segundo lugar, en 1917, ni el partido en conjunto ni su dirigencia estaban unidos en las más básicas cuestiones de política. Por ejemplo, en octubre, los desacuerdos en el seno de la conducción del partido sobre cuán deseable o no era la insurrección fueron tan agudos que los bolcheviques debatieron el tema en forma pública en la prensa diaria.

Bien puede ser que la mayor fuerza de los bolcheviques en 1917 no consistiera en la estricta organización partidaria y la disciplina (que apenas si existía para ese momento), sino más bien en la posición partidaria de radicalismo intransigente, a la extrema izquierda del espectro político. Mientras que otros grupos socialistas y liberales competían por cargos en el gobierno provisional y en el soviet de Petrogrado, los bolcheviques se negaron a transigir y denunciaron la política de coalición y compromiso. Mientras que otros políticos, hasta entonces radicales, convocaban a la mesura y a ejercer el liderazgo en forma responsable y propia de estadistas, los bolcheviques se mantuvieron en las calles con la irresponsable y belicosa muchedumbre revolucionaria. A medida que se desintegraba la estructura de "poder dual", desacreditando a la conducción de los partidos de la coalición representados en la dirigencia del gobierno provisional y del soviet de Petrogrado, sólo los bolcheviques quedaron en posición de beneficiarse. Entre los partidos marxistas, sólo los bolcheviques habían superado los escrúpulos marxistas, interpretado el ánimo de la multitud y declarado su disposición a adueñarse del poder en nombre de la revolución proletaria.

La relación de "poder dual" entre el gobierno provisional y el soviet de Petrogrado solía interpretarse en términos de clase como una alianza entre burguesía y proletariado. Su supervivencia dependía de que continuase la cooperación entre estas clases y los políticos que decían representarlas; pero para el verano de 1917 quedó claro que el frágil consenso de febrero había quedado seriamente comprometido. A medida que la sociedad urbana se polarizaba crecientemente entre la derecha comprometida con la ley y el orden y la izquierda revolucionaria, el campo intermedio de la coalición democrática comenzó a agrietarse. En julio, multitudes de obreros, soldados y marineros salieron a las calles de Petrogrado, exigiendo que el soviet tomase el poder en nombre de la clase trabajadora y repudiando a los "diez ministros capitalistas" del gobierno provisional. En agosto, mes del abortado golpe del general Kornilov, un líder industrial urgió a los liberales a ser más decididos en la defensa de sus intereses de clase:

> Deberíamos decir... que la presente revolución es una revolución burguesa, que el orden burgués que existe en este momento es inevitable y que, dado que es inevitable, uno debe llegar a la conclusión completamente lógica e insistir en que aquellos que rigen el estado piensen en forma burguesa y actúen en forma burguesa.[2]

El "poder dual" fue concebido como un acuerdo interino que funcionaría hasta la convocatoria a una asamblea constituyente. Pero su desintegración bajo el ataque de la izquierda y la derecha y de la creciente polarización de la política rusa planteó preguntas perturbadoras acerca del futuro y del presente, a mediados de 1917. ¿Seguía siendo razonable esperar que los problemas políticos de Rusia fueran resueltos por un asamblea constituyente elegida por el voto popular y por la institucionalización formal de una democracia parlamentaria de modelo occidental? La solución de la asamblea constituyente, al igual que el "poder dual" interino, requería cierto grado de consenso político y de acuerdo en la necesidad de un compromiso. Las alternativas que se percibían al consenso y al compromiso eran la dictadura y la guerra civil. Así y todo, parecería que estas alternativas posiblemente fueran elegidas por

una sociedad turbulenta y violentamente polarizada que se había quitado los frenos gubernativos.

La revolución de febrero y el "poder dual"

En la última semana de febrero, la escasez de pan, las huelgas, paros y, finalmente, una manifestación en honor del Día Internacional de la Mujer realizada por obreras del distrito de Vyborg llevaron a las calles de Petrogrado una multitud que no pudo ser disuelta por las autoridades. La cuarta Duma, que había llegado al fin de su mandato, le pidió una vez más al Emperador un gabinete responsable y solicitó permanecer en sesiones mientras la crisis se prolongase. Ambas solicitudes fueron denegadas; pero un comité de la Duma no autorizado, dominado por los liberales del partido cadete y el bloque progresista se mantuvo en sesión. Los ministros del Emperador mantuvieron una última, indecisa reunión y luego abandonaron sus puestos. Los más cautos de entre ellos dejaron la ciudad de inmediato. El propio Nicolás II estaba ausente, ya que estaba visitando el estado mayor del ejército en Moguilev; su respuesta a la crisis fue una lacónica instrucción telegrafiada de que los desórdenes debían finalizar de inmediato. Pero la policía se desintegraba y las tropas de.la guarnición de Petrogrado llevadas a la ciudad para controlar a la muchedumbre, comenzaron a confraternizar con ésta. Para la noche del 28 de febrero, el comandante militar de Petrogrado debió informar que la multitud revolucionaria había tomado todas las estaciones de ferrocarril, todo el parque de artillería y, por lo que sabía, toda la ciudad; le quedaban muy pocas tropas confiables y ni siquiera funcionaban los teléfonos.

El comando supremo del Ejército tenía dos opciones, o enviar nuevas tropas que podían o no responderle o buscar una solución política con ayuda de los políticos de la Duma. Escogió la segunda alternativa. En Pskov, el tren que traía a Nicolás de regreso de Moguilev se encontró con emisarios del comando supremo y de la Duma quienes sugirieron respetuosamente que el Emperador abdicara. Tras discutirlo por un tiempo, Nicolás se demostró amablemente de

acuerdo. Pero tras aceptar inicialmente la sugerencia de que abdicara en favor de su hijo, pensó más a fondo en la delicada salud del zarevich y decidió en cambio abdicar en nombre propio y de Alexei en favor de su hermano, el Gran Duque Miguel. Siempre había sido un hombre de familia y pasó lo que quedaba del viaje reflexionando con notable calma e inocencia política acerca de su futuro como ciudadano privado:

> Dijo que se iría al extranjero mientras continuaran las hostilidades [de la guerra contra Alemania], regresaría después a Rusia, se afincaría en Crimea y se consagraría exclusivamente a la educación de su hijo. Algunos de sus asesores dudaron de que se le permitiera hacerlo, pero Nicolás replicó que en ninguna parte se negaba a los padres el derecho a educar a sus hijos.[3]

(Tras llegar a la capital, Nicolás fue enviado a reunirse con su familia a las afueras de Petrogrado, y de ahí en más, permanecieron discretamente bajo arresto domiciliario mientras el gobierno provisional y los aliados trataban de decidir qué hacer con él. No se alcanzó una solución. Ulteriormente, toda la familia fue enviada primero a Siberia, después a los Urales, siempre bajo arresto domiciliario, pero en condiciones cada vez más difíciles que Nicolás soportó con entereza. En julio de 1918, tras el estallido de la guerra civil, Nicolás y su familia fueron ejecutados por orden del soviet bolchevique de los Urales. Desde el momento de su abdicación hasta su muerte, Nicolás realmente actuó como un ciudadano privado, sin desempeñar absolutamente ningún papel político.)

En los días que siguieron a la abdicación de Nicolás, los políticos de Petrogrado estaban en un estado de gran excitación y actividad frenética. Su intención original había sido deshacerse de Nicolás, no de la monarquía. Pero al renunciar Nicolás en nombre de su hijo anuló la posibilidad de una regencia mientras éste fuese menor de edad; y el gran duque Miguel, que era un hombre prudente, declinó la invitación a suceder a su hermano. *De facto*, por lo tanto, Rusia ya no era una monarquía. Se decidió que la futura forma de gobierno del país sería determinada a su debido tiempo por una asamblea constituyente y que entre tanto un

"gobierno provisional" autodesignado se haría cargo de las responsabilidades del antiguo Consejo de Ministros imperial. El príncipe Gueorguii Lvov, un liberal moderado que encabezaba la Liga de *zemstvos*, fue designado al frente del nuevo gobierno. Su gabinete incluía a Pavel Milyukov, historiador y teórico del partido cadete, dos destacados industriales como ministros de finanzas y de comercio e industria y al abogado socialista Alexander Kerensky como ministro de justicia.

El gobierno provisional no tenía mandato electoral, y derivaba su autoridad de la ya extinguida Duma, del consentimiento del comando supremo del ejército y de acuerdos informales con organizaciones públicas como la liga de zemstvos y el comité de industrias de guerra. La vieja burocracia zarista proveyó su mecanismo ejecutivo pero, debido a la disolución de la Duma, no tenía un cuerpo legislativo que lo sustentase. Dadas su fragilidad y su falta de legitimidad formal, la asunción del poder por parte del nuevo gobierno pareció notablemente fácil. Las potencias aliadas lo reconocieron de inmediato. Las simpatías monárquicas parecían haber desaparecido de un día para otro en Rusia: en todo el décimo ejército, sólo dos oficiales se negaron a jurar lealtad al gobierno provisional. Como recordó más tarde un político liberal,

> ... individuos y organizaciones expresaron su lealtad al nuevo poder. La *stavka* [cuartel general de ejército] en su totalidad, seguida por todo el estado mayor, reconoció al gobierno provisional. Los ministros zaristas y algunos de los ministros asistentes fueron encarcelados, pero todos los demás funcionarios continuaron en sus puestos. Ministerios, oficinas, bancos, de hecho todo el mecanismo político de Rusia, no dejó de funcionar nunca. En ese respecto, el golpe de estado [de febrero] se produjo con tal suavidad que uno hasta llegaba a tener el vago presentimiento de que las cosas no habían terminado aquí, que la crisis no pasaría tan pacíficamente.[1]

De hecho, desde el comienzo mismo, había razones para dudar de la efectividad de la transferencia del poder. La razón más importante para esto era que el gobierno provisional tenía un competidor: la revolución de febrero había producido no una sino dos

autoridades autoconstituidas que aspiraban a un papel de alcance nacional. La segunda era el soviet de Petrogrado, conformado según el patrón del soviet de Petersburgo de 1905 por obreros, soldados y políticos socialistas. El soviet ya sesionaba en el palacio de Táuride cuando la creación del gobierno provisional fue anunciada el 2 de marzo.

La relación de "poder dual" entre el gobierno provisional y el soviet de Petrogrado emergió en forma espontánea, y el gobierno la aceptó en buena parte porque no tenía más remedio. En los términos prácticos más inmediatos, una docena de ministros sin fuerzas de seguridad a su disposición mal podrían haber desalojado del palacio (punto de reunión inicial tanto del gobierno como del soviet) a la desharrapada muchedumbre de obreros, soldados y marineros que allí entraba y salía, pronunciaba discursos, comía, dormía, debatía y escribía proclamas; y el ánimo de la multitud, que cada tanto irrumpía en la cámara del soviet con un policía cautivo o ex ministro zarista para depositar a los pies de los diputados, debe de haber disuadido cualquier intento en ese sentido. En términos más amplios, tal como le explicó a comienzos de marzo el ministro de guerra Guchkov al comandante en jefe del ejército,

> El gobierno provisional no tiene ningún poder real; y sus directivas son llevadas adelante sólo en la medida en que se lo permite el soviet de obreros y de delegados de los soldados, que usufructúa todos los elementos reales del poder, ya que las tropas, ferrocarriles, correo y telégrafo están todos en sus manos. Para decirlo en dos palabras, el gobierno provisional sólo existe en tanto el soviet le permite hacerlo.[3]

Durante los primeros meses, el gobierno provisional estuvo integrado básicamente por liberales, mientras que el comité ejecutivo del soviet estaba dominado por intelectuales socialistas, sobre todo mencheviques y SR en términos partidarios. Kerensky, integrante del gobierno provisional pero también socialista, quien había participado de la organización de las dos instituciones, actuaba de enlace entre ambas. Los socialistas del soviet pretendían ser custodios del gobierno provisional, protegiendo los intereses de la

clase trab sta el momento en que la revolución burgu-
sa concluyese. Esta deferencia hacia la burguesía era en parte r-
sultado de la buena educación marxista de los socialistas y en pa-
te producto de la cautela y la incertidumbre. Como notó Nikola
Sujanov, uno de los líderes mencheviques del soviet, era previsibl
que hubiese problemas en el futuro, y era mejor que los liberale
fuese responsables y, de ser necesario, culpables, de ellos:

> La democracia soviética debió confiarle el poder a los elementos propietarios, sus enemigos de clase, sin cuya participación no habría podido aplicar las técnicas de administración bajo tan desesperadas condiciones de desintegración ni lidiar con las fuerzas del zarismo y la burguesía, combinadas contra ella. Pero la *condición* de esta transferencia era que se asegurara a la democracia de una victoria completa sobre el enemigo de clase en el futuro cercano.[6]

Pero los obreros, soldados y marineros que constituían las filas del soviet no eran tan cautelosos. El 1º de marzo, antes del establecimiento formal del gobierno provisional o de la aparición de una "conducción responsable" en el soviet, se propaló la famosa orden núm. 1 en nombre del soviet de Petrogrado. La orden núm. 1 era un documento revolucionario y una afirmación del poder del soviet. Convocaba a la democratización del ejército mediante la creación de comités de soldados, la reducción de los poderes disciplinarios de los oficiales y, lo más importante, el reconocimiento de la autoridad del soviet en todas las cuestiones políticas que tuvieran que ver con las fuerzas armadas: afirmaba que ninguna orden del gobierno referida a las fuerzas armadas sería considerada válida sin la aprobación del soviet. Si bien la orden núm. 1 no indicaba en forma explícita que se realizaran elecciones para confirmar a los oficiales en sus puestos, de hecho tales elecciones tenían lugar en las unidades más rebeldes; y hubo informes que afirmaban que cientos de oficiales navales habían sido arrestados o muertos por los marineros de Kronstadt y de la flota del Báltico durante los días de febrero. Por lo tanto, la orden núm. 1 tenía fuertes connotaciones de guerra de clases y no daba esperanza alguna sobre la posibilidad de una cooperación entre las distintas clases. Presagiaba

la forma menos practicable de poder dual, es decir, una situación en la cual los reclutados para servir en las fuerzas armadas sólo reconocían la autoridad del soviet de Petrogrado, mientras que la oficialidad sólo reconocía la autoridad del gobierno provisional.

El comité ejecutivo del soviet hizo cuanto pudo por no comprometerse con la postura radical que implicaba la orden núm. 1. Pero en abril, Sujanov comentó acerca del "aislamiento de las masas" producido por la alianza *de facto* del comité ejecutivo con el gobierno provisional. Por supuesto que se trataba sólo de una alianza parcial. Había conflictos recurrentes entre el comité ejecutivo del soviet y el gobierno provisional en materia de política laboral y de los reclamos de tierras por parte de los campesinos. También había importantes desacuerdos referidos a la participación rusa en la guerra europea. El gobierno provisional continuaba firmemente comprometido con el esfuerzo bélico; y la nota del 18 de abril del ministro de relaciones exteriores Milyukov implicaba que seguía existiendo un interés en extender el control ruso a Constantinopla y los Estrechos (tal como se había acordado en los tratados secretos pactados entre el gobierno zarista y los aliados). Pero el rechazo público y nuevas manifestaciones callejeras lo forzaron a renunciar. El comité ejecutivo del soviet adoptó la posición defensista, favoreciendo la continuación de la guerra en tanto el territorio ruso fuese atacado, pero oponiéndose a los objetivos bélicos anexionistas y a los tratados secretos. Pero en el soviet —y en las calles, las fábricas y especialmente en los cuarteles— la actitud hacia la guerra tendía a ser más simple y drástica: basta de pelear, salir de la guerra, regresar las tropas a casa.

La relación que se desarrolló entre el comité ejecutivo del soviet y el gobierno provisional durante la primavera y el verano de 1917 fue intensa, íntima y pendenciera. El comité ejecutivo guardaba celosamente su identidad independiente, pero en última instancia ambas instituciones estaban demasiado ligadas como para ser indiferentes a su mutuo destino o para disociarse en la eventualidad de un desastre. El vínculo se estrechó en mayo, cuando el gobierno provisional dejó de ser exclusivamente liberal y se transformó en una coalición de liberales y socialistas, atrayendo a representantes de los principales partidos socialistas (mencheviques

y SR), cuya influencia era predominante en el comité ejecutivo del soviet. Los socialistas no estaban ansiosos por ingresar en el gobierno, pero llegaron a la conclusión de que era su deber afianzar el vacilante régimen en un momento de crisis nacional. Continuaron considerando al soviet como su esfera natural de acción política, especialmente cuando quedó claro que los nuevos ministros socialistas de agricultura y trabajo no podrían implementar sus políticas debido a la oposición liberal. Así y todo, habían realizado una elección simbólica: al asociarse más estrechamente con el gobierno provisional, los socialistas "responsables" se separaban (y por extensión, también lo hacía el comité ejecutivo del soviet) de la revolución popular "irresponsable".

La hostilidad popular hacia el gobierno provisional "burgués" creció a fines de la primavera, a medida que aumentaba el rechazo hacia la guerra y la situación económica se deterioraba en las ciudades. Durante las manifestaciones callejeras que tuvieron lugar en julio (las jornadas de julio), los manifestantes llevaban pancartas donde se exigía "todo el poder a los soviets" lo cual en la práctica hubiera significado que el gobierno provisional fuese expulsado del poder. Paradójicamente —aunque lógicamente en términos de su compromiso con el gobierno— el comité ejecutivo del soviet de Petrogrado rechazó el lema de "todo el poder a los soviets"; y, de hecho, la manifestación se dirigía tanto contra la presente dirigencia del soviet como contra el gobierno mismo. "¡Toma el poder, hijo de puta, cuando te lo dan!", gritó un manifestante, agitando su puño ante un diputado socialista.[7] Pero éste era un reclamo (¿tal vez una amenaza?) que aquellos que se habían comprometido al "poder dual" no estaban en condiciones de conceder.

Los bolcheviques

Para el momento de la revolución de octubre, virtualmente todos los principales bolcheviques habían emigrado al extranjero o estaban exiliados en regiones remotas del imperio ruso, a donde habían ido a dar tras ser arrestados en masa después del estallido

de la guerra, pues los bolcheviques no sólo se oponían a la participación rusa sino que argüían que una derrota rusa favorecería los intereses de la revolución. Los líderes bolcheviques que habían estado exiliados en Siberia, incluyendo a Stalin y Molotov, estuvieron entre los primeros que regresaron a las capitales. Pero aquellos que habían emigrado a Europa encontraron mucho más difícil regresar, por la sencilla razón de que Europa estaba en guerra. Regresar por el Báltico era peligroso y requería de la cooperación de los aliados, mientras que las rutas terrestres atravesaban territorio enemigo. Sin embargo, Lenin y otros integrantes de la comunidad que estaba emigrada en la Suiza neutral estaban muy ansiosos por volver; y, tras negociaciones conducidas por intermediarios, el gobierno alemán les ofreció la oportunidad de cruzar Alemania en un tren precintado. Estaba claro que a Alemania le convenía permitir que revolucionarios rusos que se oponían a la guerra regresaran a Rusia, pero los revolucionarios mismos debían evaluar cuán deseable era regresar frente al riesgo de quedar comprometidos políticamente. Lenin, junto a un pequeño contingente de emigrados predominantemente bolcheviques, decidió correr el riesgo y partió hacia fines de marzo. (Un grupo mucho más importante de revolucionarios rusos exiliados en Suiza, incluyendo a casi todos los mencheviques, decidió que sería más prudente esperar, una jugada astuta, pues evitaron toda la controversia y las acusaciones que provocó el viaje de Lenin. Un mes después, este grupo siguió los pasos del primero, también en un tren precintado obtenido mediante un arreglo similar con los alemanes.)

Antes del regreso de Lenin a Petrogrado a comienzos de abril, los ex exiliados en Siberia habían comenzado a reconstruir la organización bolchevique y publicar un periódico. En ese punto, los bolcheviques, como otros grupos socialistas, daban indicios de nuclearse en una coalición amplia en torno del soviet de Petrogrado. Pero los dirigentes mencheviques y SR del soviet no habían olvidado cuántos problemas podía causar Lenin, y aguardaban su regreso con intranquilidad. Ésta resultó justificada. El 3 de abril, cuando Lenin descendió del tren en la estación de Finlandia de Petrogrado, respondió brevemente al comité de recepción del soviet, le dirigió unas pocas palabras a la multitud en la voz áspera

que siempre molestó a sus oponentes y partió abruptamente para una recepción privada y un conciliábulo con sus colegas del Partido Bolchevique. Estaba claro que Lenin no había perdido sus viejos hábitos sectarios. No demostró señal alguna de las gozosas emociones que a menudo llevaban a viejos antagonistas políticos a abrazarse como hermanos en honor de la victoria revolucionaria.

La evaluación que hizo Lenin de la situación política, conocida en la historia como las tesis de abril era belicosa, intransigente y decididamente desconcertante para los bolcheviques de Petrogrado, quienes habían aceptado tentativamente la línea del soviet de unidad socialista y apoyo crítico al nuevo gobierno. Apenas deteniéndose en los logros de febrero, Lenin ya apuntaba a la segunda etapa de la revolución, el derrocamiento de la burguesía por parte del proletariado. No se debía respaldar al gobierno provisional, afirmaba Lenin. Las ilusiones socialistas de unidad y la "confianza ingenua" de las masas en el nuevo régimen debían ser destruidas. La actual dirigencia del soviet había sucumbido a la influencia burguesa y era inútil (en un discurso, Lenin empleó la caracterización de Rosa Luxemburgo acerca de la socialdemocracia alemana y la llamó "un cadáver hediondo").

Así y todo, Lenin predijo que los soviets —bajo una renovada conducción revolucionaria— serían las instituciones clave en la transferencia de autoridad de la burguesía al proletariado. "¡Todo el poder a los soviets!", uno de los lemas de las tesis de abril de Lenin era, en efecto, un llamado a la guerra de clases. "Paz, pan y tierra", otro de los lemas de abril de Lenin, tenía implicaciones igualmente revolucionarias. "Paz", según el empleo que le daba Lenin, no sólo significaba retirarse de la guerra imperialista sino reconocer que tal retirada "*es imposible...* sin derrocar al capital". "Tierra" significaba confiscación de las fincas de los terratenientes y su redistribución a los propios campesinos, algo muy cercano a las tomas de tierras espontáneas. No es sorprendente que un crítico haya acusado a Lenin de "plantar la bandera de la guerra civil en medio de la democracia revolucionaria".[8]

Los bolcheviques, aunque respetaban la visión y el liderazgo de Lenin se sintieron conmovidos ante las tesis de abril: algunos se sintieron inclinados a opinar que durante sus años de emigrado

había perdido contacto con las realidades de la vida en Rusia. Pero en los meses siguientes, los bolcheviques, bajo las exhortaciones y reproches de Lenin, efectivamente adoptaron una postura más intransigente que los aisló de la coalición socialista. Sin embargo, sin una mayoría bolchevique en el soviet de Petrogrado, el lema de Lenin "¡Todo el poder a los soviets!" no proveía a los bolcheviques de una guía de acción práctica. Si la estrategia de Lenin era la de un maestro de la política o la de un desequilibrado extremista —una contrapartida izquierdista al viejo socialista Plejánov, cuyo patriotismo irrestricto en el tema de la guerra lo había sacado de la corriente principal de la política socialista rusa— era una cuestión abierta.

La necesidad de unidad socialista parecía evidente a la mayor parte de los políticos asociados al soviet, quienes se enorgullecían de dejar de lado sus viejos desacuerdos sectarios. En junio, durante el primer congreso nacional de los soviets, un orador preguntó retóricamente si algún partido político estaba por sí solo en condiciones de asumir el poder, dando por sentado que la respuesta sería negativa. "¡Ese partido existe!", interrumpió Lenin. Pero a la mayor parte de los delegados esto les sonó más a bravata que a un desafío serio. Sin embargo, lo era, pues los bolcheviques ganaban apoyo popular, mientras que los socialistas de la coalición lo perdían.

Los bolcheviques aún estaban en minoría en el congreso de junio de los soviets, y aún debían ganar en alguna elección en las principales ciudades. Pero su creciente fuerza era evidente a nivel de las bases: en comités de los obreros de fábricas, en los comités de soldados y marineros de las fuerzas armadas y en los soviets locales de los distritos. La afiliación al Partido Bolchevique también crecía en forma espectacular, aunque los bolcheviques nunca tomaron una decisión formal de lanzar una campaña de reclutamiento en masa y parecieron casi sorprendidos por su propia convocatoria. Las cifras de afiliación al partido, por más que son inciertas y tal vez exageradas, dan una idea de sus dimensiones: 24.000 afiliados al Partido Bolchevique para el momento de la revolución de febrero (aunque esta cifra es particularmente sospechosa, ya que la organización del partido en Petrogrado sólo pudo identificar a unos 2.000 de sus integrantes en febrero y la de

Moscú, a 600); más de 100.000 afiliados para fin de abril; y, en octubre de 1917, un total de 350.000 miembros, incluyendo a 60.000 en Petrogrado y la provincia en torno de éste y 70.000 en Moscú y la adyacente región industrial central.[9]

La revolución popular

A comienzos de 1917, había siete millones de hombres bajo bandera y otros dos millones en la reserva. Las fuerzas armadas habían sufrido pérdidas tremendas, y el hastío con la guerra se evidenciaba en la creciente tasa de deserción y en la respuesta de los soldados a la confraternización impulsada por los alemanes en el frente. Para los soldados, la revolución de febrero era una promesa implícita de que la guerra no tardaría en concluir y esperaban impacientes a que el gobierno provisional se encargase de que esto ocurriera, si no por iniciativa propia, entonces bajo presión del soviet de Petrogrado. Al comienzo de la primavera de 1917, el ejército, con su nueva estructura democrática de comités electos, sus viejos problemas de suministros inadecuados y su ánimo inquieto e impredecible era, en el mejor de los casos, una fuerza de combate dudosa. En el frente, la moral no se había desintegrado por completo. Pero la situación en los cuarteles de todo el país, donde se encontraban estacionadas las tropas de reserva, era mucho más amenazadora.

Tradicionalmente se ha calificado como "proletarios" a los soldados y marineros de 1917, sea cual haya sido su ocupación en la vida civil. De hecho, la mayor parte de los reclutas eran campesinos, aunque había una cantidad desproporcionada de obreros en la flota del Báltico y en los ejércitos de los frentes septentrional y occidental, ya que habían sido reclutados en un área relativamente industrializada. En términos marxistas, puede argumentarse que los integrantes de las fuerzas armadas eran proletarios en virtud de su presente empleo, pero lo más importante es que así se veían a sí mismos. Como lo indica el estudio de Wildman,[10] en la primavera de 1917, los soldados de la línea de batalla —aunque estaban dispuestos a colaborar con los oficiales que aceptaban la revolución y

las nuevas líneas de conducta— percibían que tanto los oficiales como el gobierno provisional pertenecían a la clase de los "amos", mientras que ellos identificaban sus intereses con los de los obreros y con el soviet de Petrogrado. Para mayo, según reportó alarmado el comandante el jefe, el "antagonismo de clase" entre oficiales y tropas había socavado hondamente el espíritu de solidaridad patriótica del ejército.

Los obreros de Petrogrado ya habían demostrado su espíritu revolucionario en febrero, si bien ni habían sido suficientemente militantes ni estaban preparados en lo psicológico para resistirse a la creación del gobierno provisional "burgués". En los primeros meses después de la revolución de febrero, los principales reclamos formulados por los obreros de Petrogrado y otros lugares eran de índole económica, y se centraban en temas tan inmediatos como la jornada de ocho horas (rechazada por el gobierno provisional, alegando la situación de emergencia que creaba la guerra), salarios, horas extra y seguro de desempleo.[11] Pero nada garantizaba que esa situación continuase, dada la tradición de militancia política de la clase obrera rusa. Era cierto que la guerra había cambiado la composición de la clase obrera, aumentando en forma importante el porcentaje de mujeres, además de incrementar un poco el número total de trabajadores; y se creía habitualmente que las mujeres eran menos revolucionarias que los hombres. Sin embargo, fue la huelga de las trabajadoras en el día internacional de la mujer lo que precipitó la revolución de febrero; y era de esperar que las que tenían maridos en el frente se opusieran con más vigor a la continuación de la guerra. Petrogrado, como centro de la industria de municiones en la cual muchos trabajadores expertos habían sido eximidos del servicio militar, mantenía una proporción comparativamente alta de su clase obrera masculina anterior a la guerra. A pesar de las redadas policiales antibolcheviques del comienzo de la guerra y el siguiente arresto o conscripción en las fuerzas armadas de grandes cantidades de otros agitadores políticos, las principales plantas metalúrgicas y de producción de armas de Petrogrado empleaban a una cantidad sorprendentemente alta de obreros enrolados en los bolcheviques u otros partidos revolucionarios, llegados a la capital desde Ucrania y otras partes del imperio tras el estallido de la

guerra. Otros obreros revolucionarios regresaron a sus fábricas tras la revolución de febrero, incrementando así el potencial de nuevos desórdenes políticos.

La revolución de febrero había dado nacimiento a un formidable surtido de organizaciones obreras en todos los centros industriales de Rusia, especialmente en Petrogrado y Moscú. Los soviets de obreros se creaban no sólo a nivel metropolitano, como en el caso del soviet de Petrogrado, sino en el nivel inferior de distrito urbano, y allí la dirigencia solía surgir de los propios obreros más bien que de la inteliguentsia socialista, con el resultado de que allí el ánimo solía ser más radical. Se establecieron nuevos sindicatos; y a nivel de plantas, los trabajadores comenzaron a organizar comités de fábrica (que no eran parte de la estructura sindical y a menudo coexistían con las ramas sindicales locales) para tratar con los administradores. Los comités de fábrica, más cercanos a las bases, tendían a ser las organizaciones obreras más radicalizadas. Para fin de mayo de 1917, los bolcheviques tenían una posición dominante en los comités de fábrica de Petrogrado.

La función original de los comités de fábrica era actuar como vigilantes de los intereses de los obreros en los tratos de éstos con los administradores capitalistas de las fábricas. El término empleado para designar esta función era "control obrero" (*rabochii kontrol*), lo cual denotaba supervisión más bien que control en el sentido administrativo de la palabra. Pero en los hechos, los comités de fábrica solían ir más allá y hacerse cargo de las tareas de administración. En ocasiones, esto se vinculaba a disputas sobre contrataciones y despidos, o era producto del tipo de hostilidad de clase que llevó a los obreros de algunas plantas a poner capataces y administradores impopulares en carretillas y arrojarlos al río. En otras instancias, los comités de fábrica tomaban las riendas para salvar a los obreros del desempleo cuando el propietario o el administrador abandonaban la planta o amenazaban con cerrarla porque estaba perdiendo dinero. A medida que estos episodios se hacían más comunes, la definición de "control obrero" se aproximó más a una autogestión de los trabajadores.

Este cambio tuvo lugar mientras los ánimos políticos de los obreros se volvían cada vez más militantes y los bolcheviques ganaban

influencia en los comités de fábrica. Militancia significaba hostilidad a la burguesía y afirmación de la primacía de los obreros en la revolución: así como el significado revisado de "control obrero" era que los obreros debían ser amos de las plantas en las que trabajaban, entre la clase trabajadora surgía una conciencia según la cual "poder del soviet" significaba que los obreros debían ser los únicos amos de sus distritos, ciudades y, tal vez, la totalidad del país. Como teoría política, esto se aproximaba más al anarquismo o al anarcosindicalismo que al bolchevismo, y de hecho los líderes bolcheviques no compartían la idea de que la democracia obrera directa encarnada en los comités de fábrica y los soviets fuesen una alternativa viable ni deseable a su concepto de una "dictadura del proletariado" conducida desde el partido. De todos modos, los bolcheviques eran realistas y la realidad política de Petrogrado en el verano de 1917 era que el partido tenía un fuerte apoyo en los comités de fábrica y no quería perderlo. Por lo tanto, los bolcheviques estaban a favor del "control obrero", sin definir con demasiada precisión qué entendían por este término.

La creciente militancia obrera alarmó a los empleadores: una cantidad de plantas cerraron, y un destacado industrial opinó cautamente que "la huesuda mano del hambre" podía ser en última instancia el medio que regresara al orden a los trabajadores urbanos. Pero en el campo, la alarma y el miedo de los terratenientes ante los campesinos era mucho mayor. Las aldeas estaban tranquilas en febrero y muchos de los jóvenes campesinos no estaban allí pues habían sido reclutados para las fuerzas armadas. Pero para mayo, estaba claro que, al igual que en la revolución de 1905, el campo se deslizaba hacia el desorden en respuesta a la revolución urbana. Del mismo modo que en 1905-6, las casas solariegas fueron saqueadas e incendiadas. Además, los campesinos se apoderaban para su propio uso de tierras privadas y estatales. Durante el verano y con el aumento de los disturbios, muchos terratenientes abandonaron sus fincas y huyeron del campo.

Aunque aun después de las revueltas de 1905-6 Nicolás II se había aferrado a la idea de que los campesinos rusos amaban al zar, sean cuales fueren sus opiniones sobre los funcionarios locales y los terratenientes nobles, los campesinos demostraron que esto no era

en absoluto así con su reacción a las noticias de la caída de la monarquía y la revolución de febrero. En toda la Rusia campesina parece haberse dado por sentado que esta nueva revolución significaba —o se debía hacer que significara— que la antigua pretensión de posesión de las tierras por parte de los nobles quedaba revocada. La tierra debería pertenecer a quien la trabaja, escribieron los campesinos en las muchas peticiones que dirigieron esa primavera al gobierno provisional.[12] Al parecer, lo que esto significaba para los campesinos en términos concretos era que la tierra que habían trabajado para los nobles cuando eran siervos, y que había sido conservada por éstos tras el acuerdo emancipador, ahora debía pertenecerles. (En esos momentos, buena parte de esa tierra era arrendada por los terratenientes a los campesinos; en otros casos, quienes la cultivaban eran los terratenientes, empleando a los campesinos como mano de obra paga.)

Dado que los campesinos aún daban por sentado puntos de vista referidos a la tierra que se retrotraían más de medio siglo a la época de la servidumbre, no es sorprendente que las reformas agrarias llevadas adelante por Stolypin en los años que antecedieron a la Primera Guerra Mundial hubieran hecho escasa mella en la conciencia campesina. Aun así, la evidente vitalidad del *mir* campesino en 1917 sorprendió a muchos. Desde la década de 1880, los marxistas afirmaban que, en lo esencial, el *mir* se había desintegrado internamente y que sólo sobrevivía porque era una herramienta útil para el estado. Sobre el papel, el efecto de la reforma de Stolypin había consistido en disolver el *mir* en una importante cantidad de las aldeas de la Rusia europea. Pero así y todo, en 1917, el *mir* era claramente un factor básico en la percepción que los campesinos tenían de la tierra. En sus petitorios, los campesinos solicitaban una redistribución igualitaria de la tierra en poder de la nobleza, el estado, la iglesia; es decir, el mismo tipo de reparto equitativo entre hogares aldeanos que el *mir* había organizado tradicionalmente con los campos de la aldea. Cuando en el verano de 1917 comenzaron las tomas de tierra no autorizadas y a gran escala, éstas se realizaron en nombre de las comunidades aldeanas, no de hogares campesinos individuales, y el patrón general era que ulteriormente el *mir* dividía las nuevas tierras entre los aldeanos del

mismo modo en que había repartido las viejas tierras. Además, el *mir* a menudo reafirmaba su autoridad sobre sus ex integrantes en 1917-8: los "separatistas" de Stolypin, quienes habían dejado el *mir* para instalarse como pequeños granjeros independientes en los años anteriores a la guerra fueron, en muchos casos, forzados a regresar e integrar sus propiedades a las tierras comunales de la aldea.

A pesar de la seriedad del problema de la tierra y de los informes sobre tomas de tierra que comenzaron con el verano de 1917, el gobierno provisional le dio largas al problema de la reforma agraria. En principio, los liberales no se oponían a la expropiación de tierras privadas, y, en términos generales, parecen haber considerado que los reclamos campesinos eran justos. Pero estaba claro que cualquier reforma agraria radical plantearía problemas formidables. En primer lugar, el gobierno debería instalar un complicado mecanismo oficial de expropiación y transferencia de tierras, lo que casi con certeza estaba más allá de sus capacidades administrativas. En segundo lugar, no podía permitirse pagar las elevadas compensaciones a los terratenientes que la mayor parte de los liberales consideraba necesarias. La conclusión del gobierno provisional fue que sería mejor dejar de lado los problemas hasta que éstos pudieran ser satisfactoriamente resueltos por la asamblea constituyente. En el ínterin, advirtió al campesinado (aunque con escaso resultado) que de ningún modo tomara la ley en sus manos.

Las crisis políticas del verano

A mediados de junio, Kerensky, en esos momentos ministro de Guerra del gobierno provisional, alentó al ejército ruso a lanzar una importante ofensiva en el frente de Galitzia (Polonia). Era la primera iniciativa militar seria que se hacía desde la revolución de febrero, pues los alemanes se habían conformado con contemplar la desintegración de las fuerzas rusas sin comprometerse más en el este, y el mando supremo ruso, temiendo el desastre, se había resistido hasta el momento a la presión aliada para que tomase la ofensiva. La ofensiva rusa en Galitzia fracasó y se estima que

los rusos sufrieron unas 200.000 bajas. Fue un desastre en todo sentido. La moral en las fuerzas armadas se desintegró aún más: los alemanes comenzaron un exitoso contraataque que continuó durante el verano y el otoño. Las deserciones rusas, que ya crecían con la respuesta de los soldados a las noticias de las tomas de tierra, creció hasta alcanzar proporciones epidémicas. La credibilidad del gobierno provisional resultó gravemente dañada y la tensión entre gobierno y jefes militares aumentó. A comienzos de julio, una crisis gubernamental se precipitó con la retirada de todos los ministros del partido cadete (liberales) y la renuncia de la cabeza del gobierno provisional, el príncipe Lvov.

En medio de esta crisis, Petrogrado volvió a entrar en una erupción de manifestaciones de masas, violencia callejera y desorden popular entre el 3 y el 5 de julio, fase que fue conocida como "las jornadas de julio".[13] La multitud, que testigos contemporáneos calculan en hasta medio millón de personas, incluía grandes contingentes organizados de marineros de Kronstadt, soldados y obreros de las plantas de Petrogrado. Para el gobierno provisional, parecía un intento de insurrección bolchevique. Los marineros de Kronstadt, cuya llegada a Petrogrado precipitó los desórdenes, tenían bolcheviques entre sus líderes, llevaban banderas con el lema bolchevique "todo el poder a los soviets" y su destino inicial fue el cuartel general del Partido Bolchevique en el palacio Kseshinskaya. Pero cuando los manifestantes llegaron al palacio Kseshinskaya, la recepción de Lenin fue moderada, incluso abrupta. No los alentó a que realizaran actos de violencia contra el gobierno provisional ni la dirigencia del soviet; y aunque la multitud se dirigió hacia el soviet, en torno del cual se arremolinó amenazadoramente, no llevó a cabo ninguna acción. Confundidos y carentes de dirección y de planes específicos, los manifestantes vagaron por la ciudad, se dieron a la bebida y al saqueo y finalmente se dispersaron.

En cierto sentido, las jornadas de julio fueron una vindicación de la posición intransigente que Lenin había tomado a partir de abril, pues indicaban la fuerte oposición popular al gobierno provisional y al "poder dual", la impaciencia hacia los socialistas de la coalición y la buena disposición de los marineros de Kronstadt y otros para la confrontación violenta y probablemente la insurrección.

Pero en otro sentido las jornadas de julio fueron un desastre para los bolcheviques. Estaba claro que Lenin y el comité central bolchevique habían sido tomados por sorpresa. Ellos hablaban de insurrección en un sentido general, pero no tenían nada planeado. Los bolcheviques de Kronstadt, respondiendo al estado de ánimo de los marineros, habían tomado una iniciativa que, en los hechos, había sido desautorizada por el comité central bolchevique. Todo el episodio dañó la moral bolchevique y la credibilidad de Lenin como líder revolucionario.

El daño era aun mayor porque los bolcheviques, a pesar de la vacilante e incierta respuesta de su líder, fueron culpados por las jornadas de julio por el gobierno provisional y los socialistas moderados del soviet. El gobierno provisional decidió reprimir, cancelando la "inmunidad parlamentaria" que tenían los políticos de todos los partidos desde la revolución de febrero. Varios destacados bolcheviques fueron arrestados, además de Trotsky, quien había adoptado una posición cercana a la de Lenin en la extrema izquierda desde su regreso a Rusia en mayo y que en agosto se afiliaría oficialmente al Partido Bolchevique. Se emitieron órdenes para el arresto de Lenin y uno de sus más cercanos colaboradores en la dirección bolchevique, Grigorii Zinoviev. Además, durante las jornadas de julio, el gobierno provisional había afirmado que contaba con evidencia que confirmaba los rumores que sostenían que Lenin era un agente alemán, y los bolcheviques fueron vapuleados por una ola de denuncias patrióticas en la prensa que socavaron temporariamente su popularidad en las fuerzas armadas y las fábricas. El comité central bolchevique (e indudablemente también el propio Lenin) temía por la vida de Lenin. Pasó a la clandestinidad y, a comienzos de agosto, disfrazado de obrero, cruzó la frontera y se refugió en Finlandia.

Pero si bien es cierto que los bolcheviques estaban en problemas, lo mismo puede decirse del gobierno provisional, que a partir de julio encabezó Kerensky. La coalición liberal-socialista estaba en constante agitación, pues los socialistas eran impulsados hacia la izquierda por los integrantes del soviet y los liberales se desplazaban hacia la izquierda bajo la presión de los industriales, terratenientes y comandantes militares, crecientemente alarmados por

el derrumbe de la autoridad y los desórdenes populares. Kerensky, a pesar de un exaltado sentido de su propia misión de salvar a Rusia era esencialmente un intermediario y negociador de compromisos políticos, a quien no se consideraba muy confiable ni respetable. Según su triste queja: "lucho con los bolcheviques de la izquierda y los bolcheviques de la derecha, pero la gente pretende que me apoye en uno u otro de ellos... quiero tomar un camino intermedio, pero no me lo permiten".[14]

Cada vez parecía más posible que el gobierno provisional cayera en una u otra dirección. La pregunta era: ¿en cuál? La amenaza de la izquierda era una insurrección popular en Petrogrado o un golpe bolchevique. Este planteo había fracasado en julio, pero la actividad alemana en los frentes del noroeste había agudizado la tensión en las fuerzas armadas que rodeaban Petrogrado hasta un punto gravemente ominoso, y la llegada de desertores resentidos, armados y desempleados presumiblemente aumentaba el peligro de violencia callejera en la ciudad misma. La otra amenaza al gobierno provisional era la posibilidad de un golpe desde la derecha para que se estableciese una dictadura empeñada en la restauración de la ley y el orden. Por supuesto que, para el verano, esta posibilidad estaba siendo discutida en los altos círculos militares y contaba con el apoyo de algunos industriales. Había indicios de que incluso el partido cadete, que obviamente debía oponerse a un episodio de esa naturaleza en sus pronunciamientos públicos y antes de que ocurriese, podía llegar a aceptar el hecho consumado con considerable alivio.

En agosto, el golpe de derecha finalmente fue intentado por el general Lavr Kornikov, a quien Kerensky había designado recientemente comandante en jefe con la misión de restaurar el orden y la disciplina en el ejército ruso. Es evidente que Kornilov no actuaba impulsado por el interés personal sino por su sentido del interés nacional. De hecho, puede haber creído que Kerensky daría su beneplácito a una intervención del ejército para crear un gobierno fuerte que lidiara con los agitadores de izquierda, ya que Kerensky, advertido hasta cierto punto de las intenciones de Kornilov, trató con él con peculiar ambigüedad. Los malentendidos entre los dos principales actores complicaron la situación y la inesperada

caída de Riga en manos alemanas la víspera de la intentona de Kornilov sumó al ambiente de pánico, suspicacia y desesperación que cundía entre los líderes civiles y militares de Rusia. La última semana de agosto, desconcertado pero decidido, el general Kornilov despachó tropas del frente a Petrogrado, con el propósito manifiesto de aplacar los desórdenes en la capital y salvar la república.

El intento de golpe falló en buena parte debido a lo poco confiables que eran las tropas y al enérgico accionar de los obreros de Petrogrado. Los ferroviarios desviaron y obstruyeron los trenes de tropas; los impresores detuvieron la edición de los diarios que respaldaban la intentona de Kornilov; los metalúrgicos se precipitaron al encuentro de las tropas y les explicaron que Petrogrado estaba en calma y que sus oficiales los habían engañado. Sometida a esta presión, la moral de las tropas se desintegró, el golpe abortó antes de su ingreso en Petrogrado sin que hubiera enfrentamientos militares importantes y el general Krymov, el oficial al mando que actuaba bajo las órdenes de Kornilov, se rindió al gobierno provisional y después se suicidó. El propio Kornilov, arrestado en el estado mayor de ejército, no ofreció resistencia y asumió toda la responsabilidad.

En Petrogrado, los políticos del centro y la derecha se apresuraron a reafirmar su lealtad al gobierno provisional, aún encabezado por Kerensky. Pero la posición de Kerensky se había deteriorado aún más con su manejo del episodio de Kornilov y el gobierno resultó debilitado. El comité ejecutivo del soviet de Petrogrado también emergió del paso con escasa credibilidad, ya que la resistencia a Kornilov se organizó en gran parte en sindicatos y fábricas locales; y ello contribuyó a un crecimiento del respaldo a los bolcheviques que casi de inmediato permitió que éstos desplazaran a la vieja dirección menchevique-SR del soviet. El golpe más duro lo recibió el comando supremo del ejército, dado que el arresto del comandante en jefe y el fracaso del golpe lo dejaron desmoralizado y confuso; las relaciones entre oficiales y tropas se deterioraron drásticamente; y, como si todo eso fuese poco, el avance alemán continuaba, aparentemente con el objetivo final de ocupar Petrogrado. A mediados de septiembre, el general Alexéiev, sucesor de

Kornilov, renunció súbitamente a su cargo de comandante en jefe, prologando su renuncia con un emotivo tributo a los elevados motivos de Kornilov. Alexéiev sentía que ya no podía hacerse responsable de un ejército en el cual la disciplina se había derrumbado y "cuyos oficiales eran martirizados".

> En un sentido práctico, en esta hora de terrible peligro, puedo afirmar con horror que no tenemos ejército (al pronunciar estas palabras, la voz del general tembló, y derramó algunas lágrimas) mientras los alemanes se disponen, de un momento a otro, a lanzar su último y más poderoso golpe contra nosotros.[15]

La izquierda fue la que más ganó con el episodio Kornilov, ya que éste dio sustancia a la hasta entonces abstracta noción de un golpe contrarrevolucionario derechista, demostró la fuerza del sector obrero y, al mismo tiempo, convenció a muchos trabajadores de que sólo la vigilancia armada salvaría a la revolución de sus enemigos. Los bolcheviques, muchos de cuyos dirigentes estaban encarcelados o escondidos, no desempeñaron un papel especial en la resistencia concreta a Kornilov. Pero el nuevo giro de la opinión popular hacia ellos, ya discernible a principios de agosto, se aceleró mucho tras el abortado golpe de Kornilov; y, en un sentido práctico, cosecharían beneficios futuros de la creación de milicias obreras o "guardias rojos" que comenzó como respuesta a la amenaza de Kornilov. La fuerza de los bolcheviques radicaba en que eran el único partido que no estaba comprometido por su asociación con la burguesía y el régimen de febrero, además de ser el más firmemente identificado con las ideas de poder obrero e insurrección armada.

La revolución de octubre

De abril a agosto, el lema de los bolcheviques "todo el poder a los soviets" tuvo una intención esencialmente provocadora; era un desafío dirigido a los moderados que controlaban el soviet de Petrogrado y se resistían a tomar la totalidad del poder. Pero la situación

cambió tras el episodio de Kornilov y la pérdida de control por parte de los moderados. Los bolcheviques ganaron la mayoría en el soviet de Petrogrado el 31 de agosto y la mayoría en el soviet de Moscú el 5 de septiembre. Si el segundo congreso nacional de soviets, que debía reunirse en octubre siguiera la tendencia de lo ocurrido en las capitales ¿cuáles serían las consecuencias? ¿Querían los bolcheviques una transferencia de poder cuasi-legal a los soviets, basada en una decisión del congreso en el sentido de que el gobierno provisional ya no tenía mandato gubernativo? ¿O su viejo lema realmente era un llamado a la insurrección, o una afirmación de que los bolcheviques (a diferencia de los demás) tenían el valor de tomar el poder?

En septiembre, Lenin escribió desde su escondite en Finlandia urgiendo al Partido Bolchevique a prepararse para la insurrección armada. El momento revolucionario había llegado, dijo, y debía ser aprovechado antes de que fuera tarde. La demora resultaría fatal. Los bolcheviques debían actuar *antes* de la reunión del segundo congreso de los soviets, adelantándose a cualquier decisión que pudiera tomar el congreso.

El llamado de Lenin a la inmediata insurrección armada fue apasionado, pero no del todo convincente para quienes compartían con él el liderazgo. ¿Para qué los bolcheviques habían de jugarse en una apuesta desesperada cuando los acontecimientos claramente evolucionaban como a ellos les convenía? Además, Lenin no regresó a tomar las riendas ¿actuaría así si realmente hablara en serio? No cabe duda de que las acusaciones que se le habían formulado en el verano lo habían dejado alterado. Es posible que se hubiera quedado cavilando sobre éstas y sobre la vacilación del comité central durante las jornadas de julio, convencido de haber perdido una infrecuente ocasión de tomar el poder. Como sea, al igual que todos los grandes líderes, Lenin era temperamental. Su estado de ánimo podía pasar.

Ciertamente, el comportamiento de Lenin en ese período era contradictorio. Por un lado, insistía en la insurrección bolchevique. Por otro, se quedaba durante semanas en Finlandia, a pesar de que el gobierno provisional había liberado a los políticos de izquierda encarcelados en julio, que por entonces los bolcheviques

controlaban el soviet y que el momento en que Lenin corría grave peligro ya había pasado. Cuando finalmente regresó a Petrogrado, probablemente al final de la primera semana de octubre, continuó escondido, aislado hasta de los bolcheviques, comunicándose con el comité central a través de iracundas cartas de exhortación.

El 10 de octubre, el comité central bolchevique acordó que, en principio, un alzamiento era deseable. Pero estaba claro que muchos bolcheviques se sentían inclinados a usar su posición en el soviet para lograr una transferencia de poder cuasi legal y no violenta. Según recordó ulteriormente un integrante del comité bolchevique de Petrogrado:

> Apenas si alguno de nosotros consideró que el principio consistiría en una toma armada de todas las instituciones de gobierno a una hora dada... Considerábamos que el alzamiento sería una simple toma de poder por parte del soviet de Petrogrado. El soviet dejaría de acatar las órdenes del gobierno provisional, declararía que él mismo era la autoridad y sacaría de en medio a cualquiera que intentara evitar que esto fuese así.[16]

Trotsky, recientemente salido de prisión y ahora afiliado al Partido Bolchevique, era ahora el jefe de la mayoría bolchevique del soviet de Petrogrado. En 1905 también había sido uno de los dirigentes del soviet. Aunque no discrepaba abiertamente con Lenin (y ulteriormente afirmara que los puntos de vista de ambos eran idénticos), parece probable que también él albergara dudas acerca de la insurrección, y que opinara que el soviet podía y debía ocuparse del problema de derrocar al gobierno provisional.[17]

Dos de los viejos camaradas bolcheviques de Lenin, Grigorii Zinoviev y Lev Kamenev presentaron fuertes objeciones a la idea de una insurrección bolchevique. Opinaban que era irresponsable que los bolcheviques se adueñaran del poder mediante un golpe y poco realista creer que podían retener el poder por su cuenta. Cuando Zinoviev y Kamenev expusieron estos argumentos firmándolos con sus propios nombres en un diario no bolchevique (el *Novaya zhizn*, de Máximo Gorki), la ira y la frustración de Lenin alcanzaron nuevas cotas. Ello era comprensible, ya que no

sólo se trataba de un acto de desafío, sino de un anuncio público de que los bolcheviques planeaban secretamente una insurrección.

Bajo tales circunstancias, puede parecer notable que el golpe bolchevique de octubre *haya* sido exitoso. Pero, de hecho, la publicidad anticipada probablemente haya más bien ayudado a la causa de Lenin que lo contrario. Puso a los bolcheviques en una posición en la que habría sido difícil *no* actuar, a no ser que antes hubieran sido arrestados o hubieran percibido fuertes indicios de que los obreros, soldados y marineros del área de Petrogrado repudiarían cualquier acción revolucionaria. Pero Kerensky no adoptó medidas preventivas decisivas contra los bolcheviques, y el control por parte de éstos del comité militar-revolucionario del soviet de Petrogrado hizo que organizar un golpe fuese relativamente fácil. El propósito básico del comité militar-revolucionario era organizar la resistencia de los trabajadores contra la contrarrevolución encarnada en episodios como el de Kornilov, y Kerensky claramente no estaba en posición de interferir con tal actitud. La situación bélica también era un factor importante: los alemanes avanzaban y Petrogrado estaba amenazada. Los trabajadores ya habían rechazado una orden del gobierno provisional de evacuar las principales plantas industriales de la ciudad: no confiaban en las intenciones del gobierno para con la revolución y, por cierto, tampoco creían en su voluntad de combatir a los alemanes. (Paradójicamente, dada la adhesión de los obreros al lema de "paz" de los bolcheviques, tanto ellos como los bolcheviques reaccionaron belicosamente cuando la amenaza alemana se volvió inmediata y concreta: tras la caída de Riga, en el otoño y el invierno de 1917 apenas si se oyeron los viejos lemas pacifistas.) Si Kerensky hubiese intentado desarmar a los obreros mientras los alemanes se aproximaban, probablemente habría sido linchado por traidor y capitulacionista.

La insurrección comenzó el 24 de octubre, víspera del comienzo del segundo congreso de los soviets, cuando las fuerzas del comité militar-revolucionario de los soviets comenzaron a ocupar instalaciones gubernamentales clave, tomando las oficinas de telégrafo y estaciones de ferrocarril, bloqueando los puentes de la ciudad y rodeando el Palacio de Invierno, donde sesionaba el

gobierno provisional. Casi no encontraron resistencia violenta. Las calles permanecieron en calma, y los ciudadanos continuaron con sus tareas de rutina. Durante la noche del 24-25 de octubre Lenin salió de la clandestinidad y se unió a sus camaradas en el instituto Smolny, una ex escuela de señoritas devenida en cuartel general del soviet; también él estaba en calma, recuperado al parecer de su acceso de ansiedad nerviosa, y retomó sus funciones de dirigente con toda normalidad.

Para la tarde del 25, el golpe prácticamente había triunfado, con la irritante salvedad de que el Palacio de Invierno, que albergaba a los integrantes del gobierno provisional, no había sido tomado. El palacio cayó tarde por la noche, en el transcurso de un confuso ataque contra un cuerpo de defensores que iba en rápida disminución. Fue un episodio menos heroico que lo que pretendieron los ulteriores relatos soviéticos: el acorazado *Aurora*, amarrado en el río Neva frente al palacio no disparó ni un tiro con munición activa, y las fuerzas atacantes permitieron que Kerensky se escurriera por una puerta lateral y abandonara la ciudad en automóvil. También fue ligeramente insatisfactorio como espectáculo político, ya que el congreso de los soviets —que postergó su primera sesión por unas horas a instancias de los bolcheviques— finalmente comenzó a sesionar antes de la caída del palacio, frustrando así el deseo de los bolcheviques de hacer un espectacular anuncio de apertura. Aun así, el hecho de base era indiscutible: el régimen de febrero había sido derrocado y el poder había pasado a los triunfadores de octubre.

Claro que esto dejaba una pregunta sin respuesta. ¿*Quiénes* eran los triunfadores de octubre? Al instar a los bolcheviques a la insurrección ante el congreso de los soviets, Lenin claramente había querido que ese título les correspondiera a los bolcheviques. Pero el hecho es que los bolcheviques habían organizado el alzamiento por medio del comité militar-revolucionario del soviet de Petrogrado; e, intencionalmente o no, el congreso le había dado largas al asunto hasta la víspera del encuentro del congreso nacional de los soviets. (Ulteriormente, Trotsky describiría esto como una estrategia brillante —presumiblemente de su autoría, ya que está claro que no la trazó Lenin— que empleó a los soviets para

legitimar la toma del poder por parte de los bolcheviques).[18] Cuando la novedad se difundió por las provincias, la versión más difundida afirmaba que los soviets habían tomado el poder.

La cuestión no quedó totalmente aclarada en el congreso de los soviets que se inauguró en Petrogrado el 25 de octubre. Según resultó, una neta mayoría de los delegados del congreso acudió con un mandato que respaldaba la transferencia de todo el poder a los soviets. Pero éstos no eran un grupo exclusivamente bolchevique (300 de los 670 delegados eran bolcheviques, lo que le daba al partido una posición dominante pero no una mayoría), y tal mandato no implicaba necesariamente la aprobación de la acción preventiva de los bolcheviques. Ésta fue violentamente criticada en la primera sesión por un importante grupo de Mencheviques y SR, quienes luego abandonaron el congreso en señal de protesta. Fue cuestionada en un tono más conciliador por un grupo encabezado por Martov, el viejo amigo de Lenin; pero Trotsky, en una frase memorable, consignó estas críticas al "basurero de la historia".

En el congreso, los bolcheviques llamaron a una transferencia del poder a los soviets de obreros soldados y campesinos en todo el país. En lo que hacía al poder central, indudablemente la consecuencia lógica era que el lugar del viejo gobierno provisional sería tomado por el comité central ejecutivo permanente de los soviets, elegido por el congreso y que incluía a representantes de distintos partidos políticos. Pero esto no fue así. Para sorpresa de muchos delegados, se anunció que las funciones del gobierno central serían asumidas por un nuevo consejo de comisarios del pueblo, cuyo padrón enteramente bolchevique fue leído al congreso el 26 de octubre por un portavoz del Partido Bolchevique. La cabeza del nuevo gobierno era Lenin y Trotsky era comisario del pueblo (ministro) de Asuntos Exteriores.

Algunos historiadores han sugerido que el gobierno unipartidista de los bolcheviques fue el resultado de un accidente histórico más bien que de una intención,[19] es decir, que los bolcheviques no tenían el propósito de tomar el poder para ellos solos. Pero si la intención que está en cuestión es la de Lenin, el argumento

parece dudoso; y Lenin aplastó las objeciones de otros dirigentes de su partido. Parece claro que en septiembre y octubre Lenin quería que el poder lo tomaran los bolcheviques, no los soviets multipartidarios. Ni siquiera pretendía usar a los soviets como fachada, sino que aparentemente hubiera preferido hacer un golpe abiertamente bolchevique. No hay duda de que en las provincias el resultado inmediato de la revolución de octubre fue que los soviets tomaron el poder; y los soviets locales no siempre estaban dominados por los bolcheviques. Aunque la actitud de los bolcheviques hacia los soviets está abierta a distintas interpretaciones,[20] tal vez sea justo decir que en principio no tenían objeción a que los soviets ejercieran el poder a nivel local, siempre y cuando fuesen confiablemente bolcheviques. Pero este requisito difícilmente fuera compatible con las elecciones democráticas en las que participaran otros partidos políticos.

Ciertamente Lenin tenía una postura muy firme en lo que respecta a coaliciones en el nuevo gobierno, el concejo de comisarios del pueblo. En noviembre de 1917, cuando el comité central bolchevique discutió la posibilidad de pasar de un gobierno totalmente bolchevique a una coalición socialista amplia, Lenin se opuso férreamente, incluso cuando varios bolcheviques renunciaron al gobierno como protesta. Ulteriormente, unos pocos "SR de izquierda" (integrantes de una división del partido SR que había aceptado el golpe de octubre) fueron admitidos al concejo de comisarios del pueblo, pero se trataba de políticos que no tenían nna base partidaria fuerte. Fueron separados del gobierno en 1918, cuando los SR de izquierda organizaron un alzamiento en protesta contra el tratado de paz recientemente firmado con Alemania. Los bolcheviques no hicieron ningún otro esfuerzo por formar una coalición con otros partidos.

Los bolcheviques ¿tenían, o creían tener, mandato popular para gobernar solos? En las elecciones para designar la asamblea constituyente (que se celebraron, tal como estaba previsto antes del golpe de octubre, en noviembre de 1917) los bolcheviques obtuvieron el 25 por ciento del voto popular. Esto los ubicó detrás de los SR, quienes obtuvieron el 40 por ciento de los votos (los SR de izquierda, que respaldaban el golpe bolchevique, no estaban diferenciados

En las boletas de sufragio). Los bolcheviques esperaban un mejor resultado y ello tal vez es explicable si uno examina más de cerca la votación.[21] Los bolcheviques ganaron en Petrogrado y Moscú y posiblemente en el conjunto de la Rusia urbana. En las fuerzas armadas, cuyos cinco millones de votos se contaron en forma independiente, los bolcheviques tuvieron la mayoría absoluta en los ejércitos de los frentes septentrional y occidental y en la flota del Báltico, los electorados que mejor conocían y donde eran más conocidos. En los frentes meridionales y en la flota del mar Negro, perdieron ante los partidos SR y ucraniano. La victoria general de los SR se debió al voto campesino de las aldeas. Pero había cierta ambigüedad en esto. Es probable que al votar, los campesinos sólo tomaran en cuenta un tema, y los programas agrarios de los SR y los bolcheviques eran casi idénticos. Pero los SR eran mucho más conocidos para los campesinos, quienes eran sus votantes tradicionales. En los lugares donde los campesinos conocían el programa bolchevique (generalmente como resultado de su proximidad a ciudades, cuarteles o ferrocarriles, lugares donde la campaña bolchevique había sido más intensa) los votos se dividían entre los bolcheviques y los SR.

Como sea, en la política democrática, una derrota es una derrota. Pero los bolcheviques no adoptaron ese punto de vista en las elecciones a la asamblea constituyente: no abdicaron al no triunfar (y cuando la asamblea se reunió y demostró hostilidad, la disolvieron sin más trámite). Sin embargo, en términos de su mandato para gobernar, argumentaron que no pretendían representar al total de la población. Habían tomado el poder en nombre de la clase obrera. La conclusión que se deduce de las elecciones del segundo congreso de los soviets y la asamblea constituyente es que, en octubre y noviembre de 1917, obtenían más votos obreros que ningún otro partido.

¿Pero qué ocurriría si en algún momento los obreros les retiraran su apoyo? La pretensión bolchevique de representar la voluntad del proletariado estaba tan basada en la fe como en la observación. En términos de Lenin, era muy posible que en algún momento del futuro la conciencia proletaria de los trabajadores fuera menos aguda que la del Partido Bolchevique, lo cual no necesariamente

revocaría el mandato gubernativo del partido. Probablemente, los bolcheviques no esperaban que esto ocurriese. Pero muchos de sus oponentes de 1917 sí esperaban que fuese así y daban por sentado que el partido de Lenin no cedería el poder si perdía el apoyo de la clase obrera. Engels había advertido que un partido socialista que tomara prematuramente el poder podía quedar aislado y verse obligado a convertirse en una dictadura represiva. Estaba claro que los líderes bolcheviques, en particular Lenin, estaban dispuestos a correr ese riesgo.

3. La guerra civil

La toma de poder de octubre no fue el fin de la revolución bolchevique sino su comienzo. Los bolcheviques tomaron el control de Petrogrado y, después de una semana de combates callejeros, de Moscú. Pero los soviets surgidos en la mayor parte de los centros provinciales aún debían seguir el ejemplo de la capital en lo que se refería a derrocar la burguesía (a nivel local, esto a menudo significaba expulsar a un "comité de seguridad pública" constituido por la ciudadanía más sólida de la ciudad); y, si un soviet local era demasiado débil como para adueñarse del poder, difícilmente pudiera esperar refuerzos de las capitales. En las provincias, como en el centro, los bolcheviques debían adaptar sus actitudes a los soviets locales que habían afirmado exitosamente su autoridad pero en los que predominaban los mencheviques y SR. Además, la Rusia rural había en gran medida descartado la autoridad emanada de las ciudades. Las áreas fronterizas y no rusas del viejo imperio exhibían diferentes grados y complejidades de desorden. Si los bolcheviques habían tomado el poder con la intención de gobernar en un sentido convencional, los esperaban largos y difíciles enfrentamientos contra las tendencias anárquicas, descentralizantes y separatistas.

De hecho, la futura forma de gobierno de Rusia seguía siendo una pregunta sin respuesta. A juzgar por el golpe de octubre en Petrogrado, los bolcheviques sentían reservas hacia su propio lema "todo el poder a los soviets". Por otro lado, en el invierno de 1917-8, este lema parecía adecuado al ánimo imperante en las provincias, aunque tal vez esto no sea más que otra forma de decir que por el momento la autoridad gubernamental central se había derrumbado. Aún quedaba por ver qué querían decir exactamente los bolcheviques con su otro lema: "dictadura del proletariado". Si, tal como había sugerido Lenin en sus escritos recientes, significara

aplastar los esfuerzos contrarrevolucionarios de las antiguas clases propietarias, la nueva dictadura debería instalar órganos coercitivos comparables en su función a la policía secreta zarista; si significara una dictadura del Partido Bolchevique, como sospechaban muchos de los oponentes políticos de Lenin, que otros partidos políticos continuaran existiendo planteaba serios problemas. Pero, ¿podía el nuevo régimen permitirse actuar en forma tan represiva como la vieja autocracia zarista, y podía conservar el respaldo popular si lo hacía? Además, el concepto de "dictadura del proletariado" parecía implicar poderes amplios e independencia de todas las instituciones proletarias, incluyendo sindicatos y comités de fábrica. ¿Qué ocurriría si los sindicatos y comités de fábrica tuvieron diferentes conceptos de los derechos de los trabajadores? Si el "control obrero" en las fábricas significara la autogestión obrera ¿era esto compatible con la planificación centralizada del desarrollo económico que los bolcheviques percibían como objetivo socialista básico?

El régimen revolucionario de Rusia también debía considerar su posición en el escenario mundial. Los bolcheviques se consideraban parte de un movimiento proletario revolucionario internacional, y esperaban que su éxito en Rusia disparase revoluciones similares en toda Europa; originariamente, no concebían a la nueva república soviética como a un estado-nación que tendría relaciones diplomáticas convencionales con otros estados. Cuando Trotsky fue designado comisario de Asuntos Exteriores, esperaba propalar unas pocas proclamas revolucionarias y luego dedicarse a otra cosa; como representante soviético en las negociaciones de paz con Alemania que se desarrollaron en Brest-Litovsk intentó (sin éxito) subvertir todo el proceso diplomático pasando por alto a los representantes oficiales alemanes y dirigiéndose directamente al pueblo alemán y en particular a los soldados alemanes del frente oriental. El reconocimiento de la necesidad de practicar una diplomacia convencional se demoró debido a la profunda convicción de los líderes bolcheviques de que durante sus primeros años la revolución rusa no sobreviviría por mucho tiempo sin el respaldo de otras revoluciones obreras en los países capitalistas avanzados de Europa. Sólo cuando gradualmente quedó claro que la Rusia revolucionaria

un fenómeno aislado, comenzaron a revaluar su posición con respecto al mundo externo, y, para ese entonces la costumbre de mezclar llamados a la revolución con contactos más convencionales entre estados se había afirmado.

Los límites territoriales de la nueva república soviética y la política a seguir con respecto a las nacionalidades no rusas eran otro gran problema. Antes de la guerra, Lenin había prestado un cauto aval al principio de autodeterminación nacional. Sin embargo, para los marxistas, la cuestión de clase siempre fue más importante que la nacional; y a los bolcheviques les costaba mucho creer que movimientos separatistas nacionales dirigidos contra un estado "capitalista" o "autocrático" fuesen comparables en modo alguno a los movimientos separatistas que repudiaban la causa revolucionaria internacionalista que representaba la nueva república soviética.

Para los bolcheviques de Petrogrado era igualmente natural esperar un poder revolucionario triunfante en Azerbayán que en Hungría, aunque difícilmente los azeríes, como ex súbditos del Petersburgo imperial que eran, apreciaran esto. También era natural que los bolcheviques respaldaran los soviets obreros en Ucrania y se opusieran a los "burgueses" nacionalistas ucranianos, más allá del hecho de que los soviets (que reflejaban la clase obrera ucraniana) estaban compuestos de rusos, judíos y polacos que no sólo eran "extranjeros" para los nacionalistas, sino también para el campesinado ucraniano. El dilema de los bolcheviques —que tuvo su ilustración más espectacular cuando el Ejército Rojo entró en Polonia en 1920 y los obreros de Varsovia se resistieron a la "invasión rusa"— era que, en la práctica, las políticas del internacionalismo proletario tenían una desconcertante similitud con las prácticas del viejo imperialismo ruso.[1]

Pero la conducta y las políticas de los bolcheviques tras la revolución de octubre no se gestaron en un vacío, y el factor de la guerra civil es casi siempre crucial para explicarlas. La guerra civil estalló a mediados de 1918, pocos meses después de la conclusión formal del tratado de paz de Brest-Litovsk entre Rusia y Alemania y de la retirada definitiva de Rusia de la guerra europea. Se combatió en varios frentes contra una variedad de ejércitos blancos (es decir, antibolcheviques) que tenían el respaldo de diversas potencias

extranjeras, incluidas algunas de las que fueron aliadas de Rusia en la Primera Guerra Mundial. Los bolcheviques la percibieron como una guerra de clases, tanto en términos domésticos como internacionales: proletariado ruso contra burguesía rusa; revolución internacional (encarnada por la república soviética) contra capitalismo internacional. La victoria roja (bolchevique) de 1920 era, por lo tanto, un triunfo proletario, pero lo arduo de la lucha había dejado claras la fuerza y la determinación de los enemigos de clase del proletariado. Aunque las potencias capitalistas intervencionistas se habían retirado, los bolcheviques no creían que tal retirada fuese permanente. Esperaban que cuando el momento les resultara oportuno, las fuerzas del capitalismo internacional regresarían y aplastarían la revolución obrera internacional en su lugar de origen.

Es indudable que la guerra civil tuvo un inmenso impacto sobre los bolcheviques y sobre la joven república soviética. Polarizó la sociedad, dejando perdurables resentimientos y cicatrices; y la intervención extranjera produjo en los soviéticos, un temor permanente, con connotaciones de paranoia y xenofobia, a ser "rodeados por el capitalismo". La guerra civil devastó la economía, paralizó casi por completo la industria y vació las ciudades. Ello tuvo implicaciones políticas además de económicas y sociales, ya que significaba una desintegración y dispersión, al menos temporaria, del proletariado industrial, la clase en cuyo nombre los bolcheviques habían tomado el poder.

Los bolcheviques hicieron su primera experiencia de gobierno en el contexto de la guerra civil e indudablemente esto moldeó en muchos aspectos importantes el desarrollo ulterior del partido.[2] Más de medio millón de comunistas sirvieron en el Ejército Rojo en un momento u otro de la guerra civil (y, de este grupo, aproximadamente la mitad se unió al Ejército Rojo antes de afiliarse al Partido Bolchevique). De todos los integrantes del Partido Bolchevique en 1927, el 33 por ciento se habían afiliado en los años 1917-20, mientras que sólo un 1 por ciento lo había hecho antes de 1917.[3] De modo que la vida clandestina del partido prerrevolucionario —la experiencia formativa de la "vieja guardia" de dirigentes bolcheviques— sólo era conocida de oídas por la mayoría de los integrantes del partido. Para la cohorte que se había unido al partido

durante la guerra civil, el partido era una hermandad de combatientes en el más literal de los sentidos. Los comunistas que habían servido en el Ejército Rojo llevaron la jerga militar al lenguaje de la política partidaria e hicieron que las botas y la chaqueta militar —que vestían incluso aquellos que habían permanecido en puestos civiles o eran demasiado jóvenes para combatir— fuesen prácticamente un uniforme para los integrantes del partido entre la década de 1920 y el comienzo de la de 1930.

Según juzgó un historiador, la experiencia de la guerra civil "militarizó la cultura política revolucionaria del movimiento bolchevique", dejando un legado que incluía "la disposición a emplear la coerción, el gobierno por medio de decretos (*administrirovanie*), la administración centralizada [y] la justicia sumaria".[4] Esta visión de los orígenes del autoritarismo soviético (y estalinista) es, en muchos aspectos, más satisfactoria que la tradicional interpretación occidental, que enfatiza el pasado prerrevolucionario del partido y el aval de Lenin a una organización partidaria centralizada y una disciplina estricta. Sin embargo, otros factores que reforzaron las tendencias autoritarias del partido también deben ser tomados en cuenta. En primer lugar, la dictadura de una minoría debía ser casi fatalmente autoritaria y aquellos que estuvieran a su servicio tendrían una extrema propensión a desarrollar la tendencia al autoritarismo y la prepotencia que Lenin criticó frecuentemente en los años que siguieron a 1917. En segundo lugar, el Partido Bolchevique debió sus éxitos de 1917 al respaldo de los trabajadores, soldados y marineros de Rusia; y tales personas sentían mucha menos inclinación que los intelectuales del viejo bolchevismo a preocuparse por aplastar a la oposición o por imponer su autoridad por la fuerza más bien que mediante una considerada persuasión.

Finalmente, al considerar la relación entre la guerra civil y el gobierno autoritario, debe recordarse que había una relación de reciprocidad entre los bolcheviques y el ambiente político de 1918-20. La guerra civil no fue un imprevisible acto de Dios en el que los bolcheviques no tenían responsabilidad alguna. Por el contrario, los bolcheviques se asociaron al enfrentamiento armado y la violencia en los meses que mediaron entre febrero y octubre de 1917; y,

como los líderes bolcheviques bien sabían antes de que ocurriera, su golpe de octubre fue percibido por muchos como una provocación directa a la guerra civil. La guerra civil ciertamente le dio al nuevo régimen su bautismo de fuego, influenciando así su futuro desarrollo. Pero los bolcheviques se habían arriesgado y tal vez incluso habían buscado un bautismo de esa índole.[5]

La guerra civil, el Ejército Rojo y la Cheka

Inmediatamente después del golpe bolchevique de octubre, los diarios del Partido Cadete propalaron una convocatoria a las armas para salvar la revolución, las tropas leales del general Krasnov se enfrentaron sin éxito contra fuerzas probolcheviques y guardias rojos en la batalla de los altos de Pulkovo cerca de Petrogrado, y hubo intensos combates en Moscú. En ese enfrentamiento preliminar, los bolcheviques resultaron victoriosos. Pero existía la casi certeza de que deberían combatir otra vez. En los grandes ejércitos rusos de los frentes meridionales de la guerra contra Alemania y Austria-Hungría, los bolcheviques fueron mucho menos populares que en el noroeste. Alemania continuaba en guerra con Rusia y, a pesar de que a los alemanes les convenía que hubiera paz en el frente oriental, el nuevo régimen ruso no podía contar con la benevolencia de Alemania, ni con lá simpatía de las potencias aliadas. Como escribió en su diario el comandante de las fuerzas alemanas del frente oriental a comienzos de febrero de 1918, en vísperas de la renovada ofensiva alemana que siguió a la ruptura de las negociaciones de paz en Brest-Litovsk,

> No hay otro camino, pues de otra forma estas bestias [los bolcheviques] aniquilarán a los ucranianos, los fineses y los baltos, luego reclutarán a la callada un nuevo ejército revolucionario y convertirán al resto de Europa en una pocilga... toda Rusia no es más que un gran montón de gusanos, una miserable masa pululante.[6]

Durante las negociaciones de paz de enero en Brest, Trotsky había rechazado los términos que ofrecieron los alemanes e intentado

una estrategia de "ni guerra, ni paz", lo cual significaba que los rusos ni continuarían la guerra ni firmarían una paz inaceptable. Esto no era más que una bravata, pues el ejército ruso que estaba en el frente se estaba disgregando, mientras que el alemán, a pesar de los llamados bolcheviques a la hermandad de la clase obrera, no. Los alemanes ignoraron el alarde de Trotsky y ocuparon grandes sectores de Ucrania.

Lenin consideraba imprescindible que se firmara la paz cuanto antes. Ello era muy racional, dado el estado de las fuerzas combatientes rusas y la posibilidad de que los bolcheviques pronto se encontrasen comprometidos en una guerra civil; además, antes de la revolución de octubre, los bolcheviques afirmaron en repetidas oportunidades que Rusia debía retirarse de inmediato de la guerra imperialista europea. Sin embargo, sería bastante erróneo considerar que antes de octubre los bolcheviques eran algo que pudiera considerarse seriamente un "partido de la paz". Los obreros de Petrogrado que habían estado dispuestos a combatir a Kerensky junto a los bolcheviques en octubre, habían estado igualmente dispuestos a combatir por Petrogrado contra los alemanes. Este ánimo belicoso se reflejó fuertemente en el Partido Bolchevique durante los primeros meses de 1918, y ulteriormente fue un valioso recurso para el nuevo régimen a la hora de pelear en la guerra civil. Para la época de las negociaciones de Brest, Lenin tuvo grandes inconvenientes para persuadir incluso al comité central bolchevique de la necesidad de firmar la paz con Alemania. Los "comunistas de izquierda" del partido —grupo que incluía al joven Nikolai Bujarin, quien posteriormente ganaría un lugar en la historia como último dirigente de la oposición a Stalin— abogaban por una guerra de guerrillas revolucionaria contra el invasor alemán; y los SR de izquierda, quienes en ese momento estaban aliados con los bolcheviques, adoptaron una postura similar. Lenin finalmente forzó la aprobación de su decisión en el Concejo Comité Central bolchevique amenazando con renunciar, pero fue una dura batalla. Lo términos que Alemania impuso tras su exitosa ofensiva fueron considerablemente más duros que los que habían ofrecido en enero. (Pero los bolcheviques tuvieron suerte: posteriormente, Alemania perdió la guerra europea, y, por lo tanto sus conquistas en el Este.)

La paz de Brest-Litovsk sólo dio un breve respiro a la amenaza militar. Oficiales del antiguo ejército ruso concentraban fuerzas en el sur, el territorio cosaco del Don y el Kuban, mientras que el almirante Kolchak establecía un gobierno antibolchevique en Siberia. Los británicos desembarcaron tropas en los dos puertos más boreales de Rusia, Arjangelsk y Murmansk, con el propósito declarado de combatir a los alemanes, pero en los hechos con intención de apoyar a la oposición local al nuevo régimen ruso.

Por un extraño capricho de la guerra, había hasta tropas no rusas atravesando el territorio ruso, la legión checa, compuesta de unos 30.000 hombres pretendía alcanzar el frente occidental antes de que terminase la guerra europea, de modo de reforzar su vieja pretensión independentista combatiendo junto a los aliados contra sus antiguos amos austríacos. Al encontrarse con que no podían cruzar las líneas de batalla desde el lado ruso, los checos comenzaron un inverosímil viaje hacia el *este* por el ferrocarril transiberiano, con la intención de llegar a Vladivostok y regresar a Europa por mar. Los bolcheviques autorizaron el viaje, pero ello no impidió que los soviets locales reaccionasen con hostilidad al arribo de contingentes de extranjeros armados a las estaciones de ferrocarril que jalonaban el trayecto. En mayo de 1918, los checos chocaron por primera vez con un soviet dominado por los bolcheviques en la ciudad de Chelyabinsk en los Urales. Otras unidades checas respaldaron a los SR rusos en Samara cuando éstos se alzaron contra los bolcheviques y establecieron una fugaz república del Volga. Los checos prácticamente terminaron por abrirse paso peleando para salir de Rusia y pasaron muchos meses hasta que todos fueron evacuados de Vladivostok y enviados de vuelta a Europa por mar.

La guerra civil en sí —"rojos" bolcheviques contra "blancos" rusos antibolcheviques— comenzó en el verano de 1918. En ese momento, los bolcheviques trasladaron su capital a Moscú, pues Petrogrado se había librado del peligro de captura por parte de los alemanes sólo para ser atacada por un ejército blanco al mando del general Iudenich. Pero amplias áreas del país no se encontraban bajo el control efectivo de Moscú (entre ellas Siberia, Rusia meridional, el Cáucaso, Ucrania e incluso buena parte de la

región de los Urales y del Volga, donde bolcheviques locales dominaban esporádicamente muchos de los soviets urbanos) y ejércitos blancos amenazaban a la república soviética desde el este, el noroeste y el sur. Entre las potencias aliadas, Gran Bretaña y Francia eran muy hostiles al nuevo régimen ruso y respaldaban a los blancos, aunque su intervención militar directa fue en una escala bastante pequeña. Tanto los Estados Unidos como Japón enviaron tropas a Siberia —los japoneses con la esperanza de conquistas territoriales, los estadounidenses en un fallido esfuerzo de refrenar a los japoneses, garantizar la seguridad del ferrocarril transiberiano y tal vez respaldar al gobierno siberiano de Kolchak si éste resultara compatible con los estándares democráticos estadounidenses.

Aunque en 1919 la situación de los bolcheviques parecía realmente desesperada y el territorio que controlaban firmemente equivalía aproximadamente a la de Rusia moscovita del siglo XVI, sus oponentes también enfrentaban problemas formidables. En primer lugar, los ejércitos blancos operaban en gran medida independientemente unos de otros, sin dirección central ni coordinación. En segundo lugar, el control de los blancos sobre sus bases territoriales era aún más tenue que el de los bolcheviques. Donde instalaba gobiernos regionales, la maquinaria administrativa debía ser instalada prácticamente desde cero, con resultados extremadamente insatisfactorios. Los sistemas de comunicaciones y transporte de Rusia, históricamente altamente centralizados en torno de Moscú y Petersburgo no facilitaban las operaciones de los blancos en la periferia. Los fuerzas blancas no sólo eran hostigadas por los rojos sino por los llamados "ejércitos verdes" —bandas de campesinos y cosacos que no se comprometían con ningún bando pero que desarrollaban la mayor parte de su actividad en las áreas en que estaban basados los blancos. Los ejércitos blancos, bien provistos de oficiales del antiguo ejército zarista, tenían dificultades para mantener sus filas dotadas de reclutas y conscriptos que obedecieran a aquéllos.

La fuerza de combate de los bolcheviques era el Ejército Rojo, organizada bajo el mando de Trotsky, designado comisario de guerra desde la primavera de 1918. El Ejército Rojo debió ser organizado desde la nada, pues la desintegración del antiguo ejército ruso

había llegado demasiado lejos para ser detenida (los bolcheviques anunciaron su total desmovilización en cuanto llegaron al poder). El núcleo del Ejército Rojo, formado a comienzos de 1918, consistía en guardias rojos de las fábricas y unidades probolcheviques del ejército y la armada. Se expandió mediante el reclutamiento voluntario y, a partir del verano de 1918, la conscripción selectiva. Obreros y comunistas eran los primeros en ser reclutados, y durante toda la guerra civil proveyeron una alta proporción de las tropas de combate. Pero para el fin de la guerra civil, el Ejército Rojo era una institución inmensa con un total de cinco millones de integrantes, en su mayor parte campesinos conscriptos. Sólo aproximadamente una décima parte de éstos eran combatientes (las fuerzas desplegadas por rojos o blancos sobre un frente dado rara vez sobrepasaban los 10.000 hombres), mientras que los demás revistaban en las áreas de suministros, transporte o administración. Hasta un punto considerable, el Ejército Rojo debió salvar la brecha dejada por el derrumbe de la administración civil: era la mayor burocracia, y la que mejor funcionaba, de las que el régimen soviético tuvo en sus comienzos, y tenía prioridad sobre los recursos disponibles.

Aunque muchos bolcheviques sentían una predilección ideológica por unidades de tipo miliciano como los guardias rojos, el Ejército Rojo estaba organizado desde el principio como un ejército regular, los soldados estaban sometidos a la disciplina militar y los oficiales no eran elegidos sino designados. Debido a la escasez de militares profesionales entrenados, Trotsky y Lenin insistieron en emplear oficiales del antiguo ejército zarista, aunque esta política era muy criticada en el Partido Bolchevique y la facción llamada "oposición militar" intentó revertirla en dos congresos partidarios consecutivos. Al final de la guerra, el Ejército Rojo contaba con más de 50.000 ex oficiales zaristas, la mayor parte de ellos conscriptos; y la gran mayoría de sus comandantes militares de alta graduación provenía de este sector. Para asegurarse de que los viejos oficiales mantuvieran su lealtad, se le adjudicaba a cada uno un comisario político, por lo general comunista, quien debía confirmar todas las órdenes y compartía la responsabilidad última de éstas con los comandantes militares.

Además de sus fuerzas militares, el régimen soviético no tardó en crear una fuerza de seguridad: la Comisión Extraordinaria de todas las Rusias para la lucha contra la contrarrevolución, el sabotaje y la especulación, conocida como Cheka. Cuando se fundó esta institución en diciembre de 1917, su misión inmediata fue controlar el brote de bandidismo, saqueos y pillaje de locales de bebidas alcohólicas que siguió a la toma del poder de octubre. Pero no tardó en asumir las funciones más amplias de policía de seguridad, a cargo de lidiar con las conspiraciones contra el régimen y vigilar a los grupos de cuya lealtad se sospechaba, incluyendo a los "enemigos de clase" burgueses, funcionarios del antiguo régimen e integrantes de los partidos políticos de oposición. Tras el estallido de la guerra civil, la Cheka se convirtió en un órgano de terror, administrando justicia sumaria, lo que incluía ejecuciones, haciendo arrestos en masa y tomando rehenes al azar en áreas dominadas por los blancos o que se sospechaba que simpatizaban con éstos. Según cifras bolcheviques referidas a veinte provincias de la Rusia europea en 1918 y la primera mitad de 1919, al menos 8.389 fueron fusilados sin juicio por la Cheka y 87.000 resultaron arrestados.[7]

El terror rojo de los bolcheviques tuvo su equivalente en el terror blanco que practicaron las fuerzas antibolcheviques en las regiones que controlababan, y ambos bandos se acusaron mutuamente del mismo tipo de atrocidades. Sin embargo, los bolcheviques no ocultaban su empleo del terror (que no sólo incluía justicia sumaria sino también castigos aleatorios no relacionados con transgresiones específicas, cuyo propósito era la intimidación de un grupo específico o de la población en su conjunto); y se enorgullecían de su dura actitud acerca de la violencia, que evitaba la melindrosa hipocresía de la burguesía y que admitía que el gobierno de cualquier clase, incluido el proletariado, implica la coerción sobre otras clases. Lenin y Trotsky se mostraron despectivos hacia los socialistas que no comprendían la necesidad del terror. "Si no estamos dispuestos a fusilar a un saboteador o un guardia blanco ¿de qué revolución estamos hablando?", preguntó Lenin en tono admonitorio a sus colegas del nuevo gobierno.[8]

Cuando los bolcheviques buscaban paralelos históricos a las actividades de la Cheka, normalmente se referían al terror revolucionario de 1794 en Francia. No percibían paralelo alguno con la policía secreta del zar, aunque éste ha sido trazado a menudo por historiadores occidentales. De hecho, la Cheka actuaba en forma mucho más abierta y violenta que la antigua policía: por un lado, su estilo se asemejaba más a la "venganza de clase" de los marineros del Báltico contra sus oficiales en 1917, por otro a la pacificación armada del campo conducida por Stolypin en 1906-7. El paralelo con la policía secreta zarista se volvió más apropiado después de la guerra civil, cuando la Cheka fue reemplazada por la GPU (el nombre de la policía secreta de Stalin cambió varias veces, GPU, OGPU, NKVD, etc. Para simplificar hemos utilizado GPU en todo el texto, hasta el período más reciente, en que se denomina KGB) —una medida asociada con el abandono del terror y la extensión de la legalidad— y los órganos de seguridad se hicieron más rutinarios, más burocráticos y discretos en sus métodos operativos. En esta perspectiva a largo plazo, se perciben claramente fuertes elementos de continuidad (aunque al parecer no hubo continuidad de personal) entre las policías secretas zarista y soviética; y cuanto más claros se hacían éstos, más evasiva e hipócrita era la forma en que los soviéticos se referían a sus organismos de seguridad.

Tanto el Ejército Rojo como la Cheka hicieron importantes contribuciones a la victoria bolchevique en la guerra civil. Sin embargo, sería inadecuado describir esa victoria simplemente en términos de poderío militar y de terror, especialmente dado que hasta ahora nadie ha dado con una forma de estimar la relación de fuerzas entre rojos y blancos. El respaldo activo y la aceptación pasiva de la sociedad también deben ser tomados en cuenta y de hecho es probable que tales factores haya sido cruciales. Los rojos contaban con el respaldo de la clase obrera urbana y el Partido Bolchevique suministraba su núcleo organizativo. Los blancos contaban con el respaldo de las antiguas clases media y alta, mientras que el principal agente organizativo era un sector de la antigua oficialidad zarista. Pero indudablemente fue el campesinado, que constituía la gran mayoría de la población, el que definió la situación.

Tanto el Ejército Rojo como los ejércitos blancos reclutaban campesinos en los territorios que controlaban y ambos tenían importantes tasas de deserción. Sin embargo, a medida que la guerra civil progresaba, las dificultades de los blancos con sus conscriptos campesinos se volvieron más serias que las de los rojos. Los campesinos se sentían resentidos por la política de requisición de granos de los bolcheviques (véase *infra* pág. 108), pero los blancos no eran distintos en este aspecto. A los campesinos no los entusiasmaba servir en ningún ejército, como quedó ampliamente demostrado por la experiencia del ejército ruso en 1917. Sin embargo, las deserciones en masa de campesinos en 1917 estaban estrechamente vinculadas a las tomas de tierras y su redistribución por parte de las aldeas. Para fines de 1918, este proceso se había completado en gran parte (lo cual redujo considerablemente la oposición de los campesinos a servir en el ejército) con aprobación de los bolcheviques. Por su parte, los blancos no aprobaban las tomas de tierra y respaldaban la posición de los antiguos terratenientes. De modo que en el crucial tema de la tierra, los bolcheviques eran el mal menor.[9]

Comunismo de guerra

Los bolcheviques se hicieron cargo de una economía de guerra en un estado próximo al colapso y su primer y abrumador problema fue cómo hacer para mantenerla en funcionamiento.[10] Éste fue el contexto pragmático de las políticas económicas de la guerra civil que posteriormente fueron denominadas "comunismo de guerra". Pero también había un contexto ideológico. En última instancia, los bolcheviques pretendían abolir la propiedad privada y el libre mercado y distribuir la producción de acuerdo con las necesidades, y, en el corto plazo, era de esperar que escogieran las políticas que los acercasen a la consecución de estos ideales. El equilibrio entre pragmatismo y la ideología en el comunismo de guerra ha sido motivo de debate durante mucho tiempo,[11] con el problema de que políticas como la nacionalización y la distribución por parte del estado pueden ser explicadas plausiblemente

tanto como respuesta pragmática a las exigencias de la guerra o como imperativo ideológico del comunismo. Se trata de un debate en el cual los estudiosos de ambos bandos pueden citar los pronunciamientos de Lenin o de otros prominentes bolcheviques, ya que los propios bolcheviques no estaban seguros de cuál era la respuesta. Desde la perspectiva bolchevique de 1921, cuando el comunismo de guerra fue descartado en favor de la nueva política económica, está claro que es preferible la interpretación pragmática: dado que el comunismo de guerra fracasó, cuanto menos se hable de su sustrato ideológico, mejor. Pero desde la perspectiva marxista temprana —por ejemplo, la de Bujarin y Preobrayensky en su clásico *ABC del comunismo* (1919)— lo contrario era cierto. Mientras las políticas del comunismo de guerra estaban en vigor, era natural que los bolcheviques les dieran una justificación ideológica, para afirmar que el partido, armado de la ideología científica del marxismo controlaba por completo la realidad, no que se debatía como mejor podía para seguirla.

La pregunta que subyace tras el debate es ¿a qué velocidad creían los bolcheviques que podían avanzar hacia el comunismo? La respuesta depende de si se habla de 1918 o de 1920. Los primeros pasos de los bolcheviques fueron cautelosos, como también lo eran sus pronunciamientos acerca del futuro. Sin embargo, desde el estallido de la guerra civil a mediados de 1918 la cautela inicial de los bolcheviques comenzó a desaparecer. Para lidiar con una situación desesperada, se volvieron hacia políticas más radicales y, al hacerlo, trataron de extender la esfera de control centralizado del gobierno más lejos y a más velocidad de lo que era su intención original. En 1920, mientras los bolcheviques se dirigían a la victoria en la guerra civil y al desastre en lo económico, se impuso un ánimo de euforia y desesperación. Mientras el viejo mundo desaparecía entre las llamas de la revolución y la guerra civil, a muchos bolcheviques les parecía que estaba por alzarse un mundo nuevo, como un fénix, de entre las cenizas. Esta esperanza, tal vez, le debía más a la ideología anarquista que al marxismo, pero aun así estaba expresada en términos marxistas: con el triunfo de la revolución proletaria, la transición al comunismo era inminente y posiblemente ocurriera en semanas o meses.

Esta secuencia queda claramente ilustrada por una de las áreas clave de la política económica, la nacionalización. Como buenos marxistas que eran, los bolcheviques nacionalizaron la banca y el crédito muy poco tiempo después de la revolución de octubre. Pero *no* se embarcaron de inmediato en una total nacionalización de la industria: los primeros decretos de nacionalización sólo se aplicaron a grandes establecimientos como los talleres Putilov, que ya estaban estrechamente ligados al estado a través de la producción para la defensa y los contratos gubernamentales.

Sin embargo, diversas circunstancias extendieron el alcance de la nacionalización mucho más allá de las intenciones de corto plazo de los bolcheviques. Los soviets locales expropiaron plantas por cuenta propia. Algunas plantas fueron abandonadas por sus propietarios y administradores; otras fueron nacionalizadas a pedido de los trabajadores, quienes habían expulsado a los antiguos administradores o incluso a pedido de los administradores, que requerían protección contra obreros revoltosos. En el verano de 1918, el gobierno promulgó un decreto que nacionalizaba toda la industria pesada y para el otoño de 1919 se estimaba que más del 80 por ciento de tales empresas habían sido nacionalizadas. Éste excedía ampliamente las capacidades organizativas del flamante Supremo Consejo Económico: en la práctica, si los trabajadores mismos no podían mantener las plantas en funcionamiento organizando el suministro de insumos brutos y la distribución de productos manufacturados, a menudo las plantas simplemente eran cerradas. Pero, ya que habían llegado hasta allí, los bolcheviques decidieron ir aún más lejos. En noviembre de 1920, el gobierno nacionalizó aun la industria en pequeña escala, al menos sobre el papel. Por supuesto que en la práctica los bolcheviques encontraban difícil poner nombre o identificar sus nuevas adquisiciones, por no hablar de dirigirlas. Pero en teoría todo el circuito de producción ahora estaba en manos del poder soviético, e incluso los talleres artesanales y los molinos de viento eran parte de la economía centralizada.

Hacia el fin de la guerra civil, una secuencia similar llevó a los bolcheviques a una prohibición casi absoluta del libre comercio y a una economía virtualmente carente de dinero. De sus predecesores

habían heredado el racionamiento en las ciudades (introducido en 1916) y el monopolio estatal del granos que en teoría requería que los campesinos entregasen todos sus excedentes (introducido en la primavera de 1917 por el gobierno provisional). Pero en las ciudades aún escaseaban el pan y otros alimentos porque los campesinos eran refractarios a venderlos cuando casi no había bienes manufacturados que comprar en el mercado. Poco después de la revolución de octubre los bolcheviques trataron de aumentar la oferta de granos ofreciéndoles a los campesinos bienes manufacturados más bien que dinero a cambio de éste. También nacionalizaron el comercio mayorista y, tras el estallido de la guerra civil, prohibieron la venta minorista de hasta los alimentos más básicos y los productos manufacturados e intentaron transformar las cooperativas de consumidores en una red de distribución propiedad del estado. Éstas eran medidas de emergencia orientadas a manejar la crisis de alimentos en las ciudades y los problemas de suministros del ejército. Pero obviamente los bolcheviques podían justificarlas en términos ideológicos, y así lo hicieron.

A medida que empeoraba la crisis de los alimentos en las ciudades, el trueque se convirtió en la forma básica de intercambio y el dinero perdió su valor. Para 1920, los sueldos y salarios se pagaban parcialmente en especie (comida y mercadería) y hubo hasta un intento de diseñar un presupuesto basado en bienes de consumo más bien que en el dinero. Los servicios urbanos, en la medida en que funcionaban en las ciudades en crisis, ya no debían ser pagados por los usuarios individuales. Algunos bolcheviques afirmaron que éste era un triunfo ideológico: una "extinción del dinero" que indicaba cuán cerca se encontraba la sociedad del comunismo. Sin embargo, para observadores menos optimistas, se parecía más a una inflación descontrolada.

Desgraciadamente para los bolcheviques, la ideología y las necesidades prácticas no siempre convergían con tanta precisión. Las divergencias (además de ciertas incertidumbres bolcheviques acerca de qué significaba exactamente su ideología en términos prácticos) eran particularmente evidentes en las políticas que afectaban a la clase obrera. Por ejemplo, en lo que hacía al salario, los bolcheviques tenían más bien instintos igualitarios que una política

práctica estrictamente igualitaria. Para maximizar la producción, intentaron mantener las remuneraciones por cantidad de trabajo producido en la industria, aunque los trabajadores consideraban que esta base de pago era esencialmente no igualitaria e injusta. Las escasez y el racionamiento probablemente hayan tendido a reducir las desigualdades urbanas durante el período de guerra civil, pero esto mal podía computarse como un triunfo bolchevique. De hecho, el sistema de racionamiento bajo el comunismo de guerra favorecía a ciertas categorías de la población, que incluían el personal del Ejército Rojo, los obreros especializados de industrias clave, los administradores comunistas y algunos grupos de la inteliguentsia.

Otra cuestión delicada era la organización en las fábricas. ¿Las fábricas debían ser administradas por los propios obreros (cómo parecía sugerir el aval dado por los bolcheviques en 1917 al "control obrero") o por administradores designados por el estado que siguiesen las directivas de agencias centrales de planificación y coordinación? Los bolcheviques preferían la segunda opción, pero el resultado efectivo en el transcurso del comunismo de guerra fue un compromiso, con considerables variaciones entre un lugar y otro. Algunas fábricas continuaron siendo administradas por comités obreros electos. Otras lo eran por un director designado, a menudo un comunista pero a veces el antiguo administrador, ingeniero jefe o hasta el propietario de la planta. En otros casos, un trabajador o grupo de trabajadores del comité de la fábrica o el sindicato local era designado para que administrase la planta y este acuerdo de transición —a mitad de camino entre el control obrero y la administración designada— era a menudo el más exitoso.

En sus tratos con los campesinos, el primer problema de los bolcheviques era la cuestión práctica de conseguir comida. La obtención de grano por parte del estado no mejoró con la proscripción del comercio privado de granos ni ofreciendo productos manufacturados en lugar de dinero a modo de pago: el estado aún tenía demasiados pocos bienes que ofrecer y los campesinos aún se mostraban reticentes a entregar su producción. Dada la urgente necesidad de alimentar a las ciudades y al Ejército Rojo, al estado no le quedaba mucha más opción que apoderarse de la producción de los

campesinos mediante la persuasión, la astucia, las amenazas o la fuerza. Los bolcheviques adoptaron una política de requisición de granos, y enviaron brigadas de obreros y de soldados —a menudo armados y, de ser posible, provistos de mercancías para el trueque— para sacar el grano escondido en los graneros de los campesinos. Obviamente, ello tensó las relaciones entre el régimen soviético y el campesinado. Pero los blancos hacían lo mismo, como siempre lo hizo todo ejército de ocupación. Que los bolcheviques necesitaran vivir de la tierra probablemente los haya sorprendido más a ellos que a los campesinos.

Pero había otros aspectos de la política bolchevique que obviamente sorprendían y alarmaban al campesinado. En primer lugar, procuraron facilitar la obtención de grano dividiendo las aldeas en bandos opuestos. Como creían que el crecimiento del capitalismo rural ya había producido diferenciaciones de clase significativas entre los campesinos, los bolcheviques creían que recibirían el respaldo instintivo de los campesinos pobres y carentes de tierra y la oposición instintiva de los más ricos. Por lo tanto, comenzaron a organizar comités de pobres en las aldeas, alentando a éstos a cooperar con las autoridades soviéticas en la extracción de grano de los graneros de los campesinos más ricos. El intento resultó en un lamentable fracaso, en parte por la habitual solidaridad de la aldea frente al mundo exterior y en parte porque muchos campesinos que antes eran pobres y carecían de tierra ahora tenían una mejor posición como consecuencia de las tomas y redistribuciones de tierra de 1917-8. Lo que era peor, les demostró a los campesinos que la comprensión de los bolcheviques de la revolución en el campo era muy diferente de la que tenían ellos.

Para los bolcheviques, que aún pensaban en términos del viejo debate marxista con los populistas, el *mir* era una institución en decadencia, corrompida por el estado zarista y socavada por el surgimiento del capitalismo rural y carente de todo potencial para el desarrollo socialista. Además, los bolcheviques creían que la "primera revolución" del campo —tomas de tierra y redistribución igualitaria— ya estaba siendo seguida por una "segunda revolución", una guerra de clases de campesinos pobres contra campesinos ricos,

que estaba destruyendo la unidad de la comunidad aldeana y que en última instancia quebraría la autoridad del *mir*.[12] Por su parte, los campesinos consideraban al *mir* una auténtica institución campesina, históricamente abusada y explotada por el estado, que finalmente se había librado de la autoridad estatal y llevado a cabo una revolución campesina.

Aunque en 1917-8 los bolcheviques les habían permitido a los campesinos hacer las cosas a su manera, sus planes de largo plazo para el campo eran tan intrusivos como lo habían sido los de Stolypin. Desaprobaban casi todos los aspectos del orden rural tradicional, desde el *mir* y la práctica de dividir la tierra en franjas hasta la familia patriarcal (el *ABC del comunismo* incluso esperaba con anhelo el momento en que las familias campesinas abandonaran la costumbre "bárbara" y dispendiosa de comer en familia y se uniesen a sus vecinos en un comedor comunitario).[13] Como Stolypin, intervenían en los asuntos de la aldea; y, aunque en principio no podían compartir el entusiasmo de éste por una pequeña burguesía de granjeros de pequeña escala, aún sentían un desagrado tan hondo por el atraso campesino como para continuar la política de Stolypin de consolidar las dispersas parcelas familiares en bloques sólidos aptos para la producción agrícola moderna a pequeña escala.[14]

Pero lo que de veras interesaba a los bolcheviques era la agricultura a gran escala y sólo la necesidad política de ganarse a los campesinos los había llevado a avalar la distribución de grandes fincas que ocurrió en 1917-8. En algunas de las tierras estatales que quedaban, instalaron granjas del estado (*sovjozy*) —que eran, en efecto, el equivalente socialista de la agricultura socialista a gran escala, con administradores designados que supervisaban la tarea de trabajadores agrícolas que se desempeñaban a cambio de una remuneración. Los bolcheviques también creían que las granjas colectivas (*koljozy*) eran preferibles, en términos políticos a la agricultura campesina tradicional o de pequeñas propiedades; y algunas de estas granjas colectivas se establecieron en el período de guerra civil, habitualmente por parte de obreros o soldados licenciados que huían del hambre que reinaba en las ciudades. Las granjas colectivas no dividían su tierra en parcelas, como la aldea

campesina tradicional, sino que trabajaban la tierra y comercializaban la producción en forma colectiva. A menudo, los primeros granjeros comunitarios tenían una ideología semejante a la de los fundadores de las comunidades agrícolas utopistas de los Estados Unidos y otros lugares, y unificaban prácticamente todos sus recursos y posesiones; y, como los utopistas, rara vez tenían éxito como granjeros o siquiera en sobrevivir como comunidad armoniosa. Los campesinos veían con suspicacia tanto a las granjas estatales como a las colectivas. Eran demasiado pocas y demasiado débiles como para representar un peligro serio para la agricultura campesina tradicional. Pero el mero hecho de que existieran les recordaba a los campesinos que los bolcheviques tenían ideas raras y que no había que confiar mucho en ellos.

Visiones del nuevo mundo

Había una veta locamente impracticable y utópica en buena parte del pensamiento bolchevique durante la guerra civil.[15] Indudablemente todas las revoluciones exitosas tienen esa características: los revolucionarios siempre deben estar impulsados por el entusiasmo y las esperanzas irracionales, ya de que otra forma, una evaluación de sentido común haría que los riesgos y costos de la revolución sobrepasasen a sus posibles beneficios. Como su socialismo era científico, los bolcheviques creían ser inmunes al utopismo. Pero tuvieran o no razón sobre la naturaleza intrínsecamente científica del marxismo, hasta la ciencia requiere de intérpretes humanos, quienes formulan juicios subjetivos y tienen sus propias inclinaciones emocionales. Los bolcheviques eran entusiastas de la revolución, no asistentes de laboratorio.

Que Rusia estaba lista para la revolución de 1917 era una estimación subjetiva, por más que los bolcheviques citaran a la ciencia social marxista para sustentarla. Que la revolución mundial era inminente era una cuestión de fe más que una predicción científica (a fin de cuentas, en términos marxistas, los bolcheviques podían haber cometido un error y tomado el poder demasiado pronto). La creencia de que Rusia estaba al borde de la transformación al

comunismo, que propulsó las últimas políticas económicas del comunismo de guerra, apenas si encontraba alguna justificación en la teoría marxista. Para 1920, la percepción que los bolcheviques tenían del mundo real estaba distorsionada casi cómicamente en muchos aspectos. Ordenaron al Ejército Rojo que avanzara sobre Varsovia porque les pareció evidente que los polacos reconocerían que las tropas eran hermanos proletarios, no agresores rusos. En el frente doméstico, confundieron la inflación galopante y la devaluación de la moneda con la desaparición del dinero que traería el comunismo. Cuando la guerra y la hambruna produjeron bandas de niños sin hogar durante la guerra civil, algunos bolcheviques consideraron que se trataba de una bendición disfrazada, ya que el estado les podría dar una educación verdaderamente colectivista (en orfanatos) y no estarían expuestos a la influencia burguesa de la antigua familia.

Este mismo espíritu se percibía en el primer enfoque bolchevique de las tareas de gobierno y administración. En este caso, los textos utópicos consistían en la afirmación de Marx y Engels de que bajo el comunismo el estado terminaría por extinguirse y los pasajes de *Estado y revolución* (1917) de Lenin en los que éste sugería que en última instancia la administración dejaría de ser asunto de profesionales de plena dedicación y se transformaría en una tarea rotativa de toda la ciudadanía. Sin embargo, en la práctica, Lenin siempre mantuvo un duro realismo acerca de las tareas de gobierno: no fue de esos bolcheviques que, al ver el derrumbe de la antigua maquinaria en los años que mediaron entre 1917 y 1920, llegaron a la conclusión de que el estado se extinguía a medida que Rusia se aproximaba al comunismo.

Pero Bujarin y Preobrayenski, autores del *ABC del comunismo* (1919) fueron mucho más lejos. Tenían la clase de visión de un mundo despersonalizado y científicamente regulado que el escritor ruso contemporáneo Evguenii Zmyatin satirizó en *Nosotros* (1920) y que George Orwell describiría posteriormente en *1984*. Este mundo era la antítesis de cualquier Rusia real pasada, presente o futura; y esto debe haberlo hecho particularmente atractivo en medio del caos de la guerra civil. Al explicar cómo sería posible llevar adelante una economía de planificación centralizada una

vez que se hubiese extinguido el estado, Bujarin y Preobrayenski escribieron:

> La dirección central se confiará a distintas oficinas contables o divisiones estadísticas. Allí se mantendrá un control diario de la producción y sus necesidades; también se decidirá si enviar o no trabajadores a uno u otro lugar, cuándo hacerlo y cuánto trabajo hay para realizar. Como todos estarán acostumbrados desde la infancia al trabajo social, y como todos comprenderán que el trabajo es necesario y que la vida es más fácil cuando se conduce de acuerdo a un plan predeterminado y cuando el orden social se asemeja a una máquina bien regulada, todo se hará según las indicaciones de las divisiones estadísticas. No habrá necesidad de ministros de estado en particular, ni de policía, ni prisiones, ni de leyes ni decretos —nada de eso. Del mismo modo que en una orquesta todos los intérpretes observan la batuta del director y actúan siguiendo las indicaciones de ésta, aquí todos consultarán los informes estadísticos y orientarán sus tareas según lo que éstos indiquen.[16]

Para nosotros, esto puede tener resonancias siniestras debido al *1984* de Orwell, pero en términos contemporáneos era un pensamiento osado y revolucionario tan excitantemente moderno (y alejado de la realidad cotidiana) como el arte futurista. La guerra civil fue una época en que florecieron la experimentación intelectual y cultural, y en que una actitud iconoclasta hacia el pasado era de rigor entre los jóvenes intelectuales radicales. Las máquinas —incluyendo la "máquina bien regulada" de la sociedad futura— fascinaban a artistas e intelectuales. Los sentimientos, la espiritualidad, la tragedia humana y la psicología individual no eran lo que se usaba y solían ser denunciados como "pequeño burgueses". Artistas de vanguardia como el poeta Vladimir Maiakovsky y el director teatral Vsevolod Meyerhold percibían el arte revolucionario y la política revolucionaria como parte de la misma protesta contra el viejo mundo burgués. Se contaron entre los primeros integrantes de la inteliguentsia que aceptaron la revolución de octubre y ofrecieron sus servicios al nuevo gobierno soviético, produciendo carteles propagandísticos en estilo cubista y futurista, pintando

consignas revolucionarias en las paredes de los antiguos palacios, poniendo en escena recreaciones en masa de las victorias callejeras de la revolución, incorporando acrobacia y mensajes de relevancia política al teatro convencional y diseñando monumentos no figurativos a los héroes revolucionarios del pasado. De haber ocurrido las cosas como querían los artistas de vanguardia, el arte tradicional burgués habría sido liquidado aún más rápidamente que los partidos políticos burgueses. Sin embargo, los líderes bolcheviques no estaban muy convencidos de que el futurismo artístico y el bolchevismo fuesen inseparables aliados naturales y adoptaron una actitud más cauta hacia los clásicos.

La ética de la liberación revolucionaria era aceptada en forma más entusiasta por los bolcheviques (o al menos por los intelectuales bolcheviques) en lo que hacía al tema de las mujeres y la familia. Los bolcheviques respaldaban la emancipación de la mujer, como lo había hecho la mayor parte de la inteliguentsia radical rusa desde la década de 1860. Como Friederich Engels, quien escribió que en la familia moderna el marido es el "burgués" y la esposa la "proletaria", veían a las mujeres como a un grupo explotado. Para el fin de la guerra civil, se habían aprobado leyes que facilitaban el divorcio, anulaban el estigma que hasta entonces pendía sobre los hijos ilegítimos, autorizaban el aborto y dictaminaban que las mujeres tenían los mismos derechos —incluyendo los salariales— que los hombres.

Mientras que sólo los pensadores bolcheviques más radicales hablaban de destruir la familia, se daba por sentado en forma general que mujeres y niños eran las víctimas potenciales de la opresión en el interior de las familias y que la familia tendía a inculcar valores burgueses. El Partido Bolchevique estableció secciones femeninas independientes (*ienotdeli*) para organizar y educar a las mujeres, proteger sus intereses y ayudarla a desempeñar roles independientes. Los jóvenes comunistas tenían sus propias organizaciones independientes: el Komsomol [Juventud Comunista] para adolescentes y adultos jóvenes, los jóvenes pioneros para quienes tenían entre diez y catorce años, que instaban a sus integrantes a detectar tendencias "burguesas" en sus hogares y escuelas e intentaran reeducar a padres y maestros que sintieran nostalgia del

pasado, rechazaran a los bolcheviques y a la revolución o se aferraran a "supersticiones religiosas". Aunque algunas de las consignas empleadas durante la guerra civil, "¡abajo la tiranía capitalista de los padres!", era un poco demasiado entusiasta para los bolcheviques de más edad, por lo general se apreciaba el espíritu de rebelión juvenil y, en los primeros años del partido, se lo respetaba.

Sin embargo, la liberación sexual era una causa de los jóvenes comunistas que más bien incomodaba a la dirigencia bolchevique. Debido a la postura del partido con respecto al aborto y al divorcio, generalmente se daba por sentado que los bolcheviques preconizaban el "amor libre", por lo cual se entendía el sexo promiscuo. Ciertamente, ése no era el caso de Lenin: su generación estaba contra la moralidad hipócrita de la burguesía, pero enfatizaba el valor de las relaciones de camaradería entre los sexos y consideraba que la promiscuidad era frívola. Hasta Alexandra Kollontai, la dirigente bolchevique que más escribió acerca de cuestiones sexuales y era más o menos feminista, creía más bien en el amor que en la teoría del sexo como "vaso de agua" que a menudo se le atribuía.

Pero el enfoque "vaso de agua" era popular entre los jóvenes comunistas, especialmente los hombres que habían aprendido su ideología en el Ejército Rojo, para quienes el sexo indiscriminado era casi un rito de iniciación comunista. Su actitud reflejaba una relajación bélica y posbélica de la moral que fue aún más marcada en Rusia que en los demás países europeos. Los comunistas de más edad debían tolerarla —daban por sentado que el sexo era una cuestión privada y, al fin y al cabo, eran revolucionarios, no burgueses hipócritas— así como debían tolerar a los cubistas, los partidarios del esperanto y los nudistas quienes, en un acto de afirmación ideológica, a veces abordaban desnudos los tranvías de Moscú. Pero les parecía que tales cosas iba en detrimento de la alta seriedad de la revolución.

Los bolcheviques en el poder

Una vez tomado el poder, los bolcheviques debían aprender a gobernar. Prácticamente ninguno de ellos tenía experiencia administrativa: hasta el momento, la mayor parte de ellos eran

revolucionarios profesionales, u obreros o periodistas independientes (Lenin daba como profesión la de "hombre de letras" [*literator*]). Despreciaban a las burocracias y sabían poco respecto a la forma en que funcionaban. No sabían nada sobre presupuestos. Como Anatolii Lunacharsky, jefe del Comisariato de Ilustración Popular, escribió sobre su primer funcionario de finanzas:

> Cuando nos trajo dinero del banco, lucía una expresión del asombro más profundo. Aún le parecía que la revolución y la organización del nuevo poder eran una suerte de juego mágico, y que en un juego mágico es imposible recibir dinero de verdad.[17]

Durante la guerra civil, la mayor parte del talento organizativo de los bolcheviques se volcó al Ejército Rojo, el comisariato de alimentos y la Cheka. Los organizadores competentes de los comités partidarios y soviets locales eran continuamente destinados al Ejército Rojo o enviados a otras misiones de detección de problemas. Los ex ministerios del gobierno central (ahora llamados comisariados populares) eran administrados por un pequeño grupo de bolcheviques, casi todos intelectuales, bajo quienes se desempeñaban funcionarios que en su mayor parte habían trabajado anteriormente para los gobiernos zarista y provisional. La autoridad central estaba confusamente dividida entre el gobierno (Consejo de Comisarios del Pueblo), el Comité Ejecutivo Central de los Soviets y el Comité Central del Partido Bolchevique y su secretaría y división para asuntos organizativos y políticos, respectivamente llamados Orgburó y Politburó.

Los bolcheviques describían su gobierno como una "dictadura del proletariado", concepto que, en lo operativo, se parecía mucho a una dictadura del Partido Bolchevique. Desde el principio estuvo claro que éste dejaba poco lugar a otros partidos políticos: los que no fueron proscriptos por apoyar a los blancos o (en el caso de los SR) por organizar una revuelta fueron acosados o intimidados por los arrestos durante la guerra civil y forzados a autodisolverse a comienzos de la década de 1920. Pero qué significaba la dictadura en términos de gobierno estaba mucho menos claro. Parecían haber dado por sentado que la organización del partido se mantendría

independiente del gobierno y libre de toda función administrativa, tal como habría ocurrido si los bolcheviques hubieran llegado a ser partido gobernante en un sistema político multipartidario.

Lo bolcheviques también describían su gobierno como "poder de los soviets". Pero ésta nunca fue una descripción muy precisa, en primer lugar porque la revolución de octubre fue ante todo el golpe de un partido, no de los soviets y en segundo lugar porque el nuevo gobierno central (designado por el comité central bolchevique) no tenía nada que ver con los soviets. El nuevo gobierno asumió el control de las diversas burocracias ministeriales del gobierno provisional, que a su vez las había heredado del consejo de ministros del zar. Pero los soviets sí desempeñaban un papel a nivel local, donde la vieja maquinaria administrativa se había desintegrado por completo. Ellos (o más precisamente sus comités ejecutivos) devinieron en órganos locales del gobierno central, creando sus propios departamentos burocráticos de finanzas, educación, agricultura, etc. Esta función administrativa justificaba la existencia de los soviets, aun después de que las elecciones en los soviets se hubieran vuelto apenas más que una formalidad.

Al comienzo, el gobierno central (el Consejo de Comisarios del Pueblo) parecía ser el eje del nuevo sistema político. Pero para fines de la guerra civil ya había indicios de que el comité central del Partido Bolchevique y el politburó tendían a usurpar los poderes del gobierno, mientras que a nivel local, los comités del partido predominaban sobre los soviets. La primacía del partido sobre los órganos de estado llegaría a ser una característica permanente del sistema soviético. Sin embargo, se ha argumentado que Lenin (quien enfermó gravemente en 1921 y murió en 1924) se habría resistido a tal tendencia de no haber estado alejado de la escena por su enfermedad, y que su intención era que el gobierno, no el partido, desempeñara el papel dominante.[18]

Es cierto que para tratarse de un revolucionario creador de un partido revolucionario, Lenin exhibía una tendencia extrañamente conservadora en lo que hace a las instituciones. Quería un gobierno de verdad, no una suerte de directorio improvisado, del mismo modo en que quería un verdadero ejército, verdaderas leyes y tal vez, en última instancia, un verdadero imperio ruso. Sin

embargo, debe recordarse que, en los hechos, los integrantes de su gobierno eran, en efecto, escogidos por el comité central bolchevique y su politburó. Lenin encabezaba el gobierno pero también era la cabeza *de facto* del comité central y el politburó; y eran estos órganos partidarios más bien que el gobierno los que se ocupaban de las cuestiones centrales militares y de política exterior durante la guerra civil. Según la opinión de Lenin, la gran ventaja del sistema desde el punto de vista gubernativo probablemente fuera que sus burocracias incluían muchos expertos técnicos (especialistas en finanzas, ingeniería, ley, salud pública, etc.), el empleo de cuyos conocimientos Lenin consideraba esencial. El Partido Bolchevique estaba desarrollando su propia burocracia, pero no empleaba a quienes no fuesen afiliados al partido. En el partido, particularmente entre los afiliados obreros, existía gran suspicacia hacia los "expertos burgueses". Esto ya había quedado por la fuerte oposición bolchevique en 1918-9 al empleo por parte del ejército de militares profesionales (los antiguos oficiales zaristas).

La naturaleza del sistema político que emergió después de que los bolcheviques tomaran el poder debe explicarse no sólo en términos de eficiencia institucional sino en los que hacen a la naturaleza del Partido Bolchevique. Era un partido con tendencias autoritarias, y que siempre había tenido un líder fuerte, incluso dictatorial, según quienes se oponían a Lenin. Siempre se habían enfatizado la unidad y la disciplina partidaria. Antes de 1917, los bolcheviques que estaban en desacuerdo con Lenin en alguna cuestión importante habitualmente abandonaban el partido. En el período 1917-20, Lenin debió enfrentarse con el disenso y aun con facciones disidentes organizadas dentro del partido, pero parece haber considerado que ésta era una situación anormal e irritante, y finalmente tomó pasos decisivos para cambiarla (véase *infra*, pp. 130-131). En cuanto a la oposición o las críticas que se originaran fuera del partido, los bolcheviques no estuvieron dispuestos a tolerarlo con paciencia ni antes ni después de la revolución. Según comentó admirado años más tarde Vyacheslav Molotov, joven allegado a Lenin y a Stalin, Lenin era aún más duro que Stalin a comienzos de la década de 1920 y "no

habría tolerado oposición alguna, de haber habido ocasión de que ésta se manifestara".[19]

Otra característica clave del Partido Bolchevique era su pertenencia a la clase obrera, debido a la imagen que tenía de sí mismo, a la naturaleza de su respaldo en la sociedad y, en buena parte, de los afiliados al partido. Según la opinión prevaleciente en el partido, los bolcheviques de clase obrera eran "duros", mientras que aquellos que provenían de la inteliguentsia tendían a ser "blandos". Probablemente esto tenga algo de cierto, aunque Lenin y Trotsky, intelectuales ambos, eran notables excepciones. Bien puede ser que los rasgos autoritarios, antiliberales, duros y represivos del partido hayan sido reforzados por el influjo de afiliados obreros y campesinos en 1917 y los años de guerra civil.

El pensamiento político de los bolcheviques se centraba en los temas de clase. Creían que la sociedad se dividía en clases antagónicas, que la lucha política reflejaba la lucha social y que los integrantes del proletariado urbano y de otras clases hasta entonces explotadas, eran aliados naturales de la revolución. Según esa interpretación, los bolcheviques consideraban enemigos naturales a los integrantes de las antiguas clases explotadoras y privilegiadas. Mientras que la cercanía de los bolcheviques al proletariado hacía parte de su identidad emocional, su odio y su suspicacia hacia los "enemigos de clase", ex nobles, integrantes de la burguesía capitalista, kulaks (campesinos prósperos) y otros eran aún más hondo y tal vez, en última instancia, más significativo. Para los bolcheviques, las antiguas clases privilegiadas no sólo eran contrarrevolucionarias por definición; el solo hecho de que existieran constituía una conspiración contrarrevolucionaria. Lo que hacía aún más amenazadora a esta conspiración interna era que, como demostraban la teoría y la realidad de la intervención extranjera en la guerra civil, estaba respaldada por las fuerzas del capitalismo internacional.

Los bolcheviques creían que para consolidar la victoria proletaria en Rusia era necesario no sólo eliminar las viejas formas de explotación de clase, sino invertirlas. Una forma de hacerlo era aplicando los principios de la "justicia de clase":

> En los antiguos tribunales, la minoría de clase de los explotadores juzgaba a la mayoría trabajadoras. Los tribunales del proletariado son instituciones en las que la mayoría obrera juzga a la minoría explotadora. Han sido establecidos con ese propósito. Los jueces designados provienen exclusivamente de la clase obrera. El único derecho que les queda a los explotadores es el derecho a ser juzgados.[20]

Es evidente que no se trata de principios igualitarios. Pero durante el período de la revolución y transición al socialismo, los bolcheviques nunca pretendieron ser igualitarios. Desde el punto de vista bolchevique, era imposible considerar que todos los ciudadanos eran iguales, dado que algunos de ellos eran enemigos de clase del régimen. De modo que la constitución de la república rusa de 1918, concedía el derecho al voto a todos los "trabajadores" (sea cual fuere su nacionalidad y sexo), pero se lo negaba a todos los integrantes de las clases explotadoras y otros enemigos identificables del estado soviético: patronos, personas que vivieran de ingresos que no se había ganado o de rentas, kulaks, sacerdotes, ex gendarmes y algunas otras categorías de funcionarios zaristas, y oficiales del ejército blanco.

La pregunta "¿quién gobierna?" puede ser planteada en términos abstractos, pero también tiene el significado concreto de "¿quién obtendrá los puestos de trabajo?". El poder político había cambiado de manos y (según creían los bolcheviques, como recurso temporal) se debían encontrar nuevos jefes que tomaran el lugar de los que había hasta el momento. Dada la orientación del pensamiento bolchevique, la clase era un criterio de selección inevitable. Tal vez algunos intelectuales, incluyendo a Lenin, arguyeran que la educación era tan importante como la clase, mientras que algunos otros temían que los obreros que se alejaban de sus puestos fabriles perdieran su identidad proletaria. Pero en general, el consenso predominante del partido estipulaba que los únicos a quienes el nuevo régimen podía confiar el poder eran los proletarios que habían sido víctimas de la explotación del viejo régimen.[21]

Para el fin de la guerra civil, decenas de miles de trabajadores, soldados y marineros —al principio bolcheviques y aquellos que

pelearon junto a éstos en 1917, pero más adelante los que se distinguían en el Ejército Rojo o en los comités de fábrica, quienes eran jóvenes y comparativamente bien educados, o simplemente aquellos que demostraban ambición de ascender— se habían vuelto "cuadros", es decir personas a cargo de tareas de responsabilidad, generalmente administrativas. Estaban en el mando del Ejército Rojo, en la Cheka, la administración de alimentos y en la burocracia del partido y de los soviets. Muchos fueron designados administradores de fábricas, generalmente los que provenían de comités de fábrica o sindicatos locales. En 1920-1, no les quedaba completamente claro a los jefes del partido si este programa de "ascenso obrero" podía continuar en gran escala, ya que el padrón originario de obreros afiliados al partido había quedado muy raleado y el derrumbe industrial y la escasez de alimentos en las ciudades que se produjeron durante la guerra civil dispersaron y desmoralizaron a la clase obrera industrial de 1917. Así y todo, la experiencia les había enseñado a los bolcheviques qué era aquello que llamaban "dictadura del proletariado". No era una dictadura colectiva de clase ejercida por obreros que conservaban sus viejos trabajos fabriles. Era una dictadura administrada por "cuadros" de plena dedicación o por jefes, en la cual la mayor cantidad posible de jefes eran ex obreros.

4. La NEP y el futuro de la revolución

La victoria de los bolcheviques en la guerra civil los enfrentó a los problemas internos del caos administrativo y la devastación económica del país. Las ciudades estaban hambreadas y medio vacías. La producción de carbón había caído en forma catastrófica, los ferrocarriles se derrumbaban y la industria estaba casi paralizada. Los campesinos expresaban un revoltoso resentimiento ante las requisiciones de alimentos. Había decaído la siembra y dos años consecutivos de sequía habían llevado a la región del Volga, entre otras, al borde de la hambruna. Las muertes producidas por el hambre y las epidemias de 1921-2 sobrepasaron a la totalidad de las bajas producidas por la Primera Guerra Mundial y la guerra civil. Además, la emigración de unos dos millones de personas durante los años de guerra y revolución había privado a Rusia de buena parte de su elite educada.

Había más de cinco millones de hombres en el Ejército Rojo, y el fin de la guerra civil significó que muchos de ellos fueron dados de baja. Para los bolcheviques, ésta fue una operación mucho más difícil de lo previsto: significó desmantelar buena parte de lo que el régimen había logrado construir desde la revolución de octubre. El Ejército Rojo había sido la espina dorsal de la administración bolchevique durante la Primera Guerra Mundial y la economía del comunismo de guerra. Además, los soldados del Ejército Rojo constituían el mayor cuerpo de "proletarios" del país. El proletariado era la base de sustentación social escogida por los bolcheviques, y que desde 1917, a todos los fines prácticos, definían al proletariado como los obreros, soldados, marineros y campesinos pobres de Rusia. Ahora, un importante sector del grupo de soldados y marineros estaba a punto de desaparecer; y, peor aún, los soldados licenciados —desempleados, hambrientos, a menudo varados lejos de sus hogares por los problemas de transporte—

demostraban su descontento. Con los dos millones de hombres dados de baja en los primeros meses de 1921, los bolcheviques descubrieron que los combatientes de la revolución podían transformarse en bandidos de un día para otro.

El destino del núcleo del proletariado de obreros industriales era igualmente alarmante. El cierre de industrias, la conscripción en las fuerzas armadas, el ascenso a tareas administrativas y, ante todo, el abandono de las ciudades producido por el hambre había reducido el número de trabajadores industriales de 3,6 millones en 1917 a 1,5 millones en 1920. Una considerable proporción de estos trabajadores había regresado a sus aldeas natales, donde aún tenían familiares, y recibido parcelas de tierra como integrantes de la comunidad de la aldea. Los bolcheviques no sabían cuántos trabajadores había en los aldeas ni cuánto tiempo éstos permanecerían allí. Tal vez simplemente se hubieran reabsorbido en el campesinado y no regresaran jamás a las ciudades. Pero, sean cuales fueren las perspectivas a largo plazo, la situación inmediata estaba clara: más de la mitad de la "clase dictatorial" de Rusia se había esfumado.[1]

Originariamente, los bolcheviques contaban con que el proletariado europeo —que para el fin de la Primera Guerra Mundial parecía al borde la revolución— apoyara la revolución rusa. Pero la ola revolucionaria europea de posguerra se aplacó, dejando a los bolcheviques sin pares europeos a los que pudieran considerar aliados permanentes. Lenin llegó a la conclusión de que la falta de apoyo externo hacía imprescindible que los bolcheviques obtuvieran el respaldo del campesinado ruso. Pero las requisas y el derrumbe del mercado producidos por el comunismo de guerra habían alejado a los campesinos quienes, en algunas zonas, estaban en abierta insurrección. En Ucrania, un ejército campesino encabezado por Nestor Majno combatía contra los bolcheviques. En Tambov, importante región agrícola de Rusia central, un alzamiento campesino sólo logró ser reprimido mediante el envío de 50.000 tropas del Ejército Rojo.[2]

El peor golpe para el nuevo régimen llegó cuando, tras un brote de huelgas obreras en Petrogrado, los marineros de la cercana base naval de Kronstadt se rebelaron.[3] Los hombres de Kronstadt,

héroes de las jornadas de julio de 1917, que habían apoyado a los bolcheviques en la revolución de octubre, habían devenido en figuras cuasi legendarias de la mitología bolchevique. La prensa soviética, en lo que parece haber sido su primer intento importante de esconder verdades desagradables, afirmó que la revuelta había sido inspirada por emigrados y conducida por un misterioso general blanco. Pero los rumores que circularon en el décimo congreso del partido no decían lo mismo.

La revuelta de Kronstadt pareció una separación simbólica entre la clase obrera y el Partido Bolchevique. Fue una tragedia, tanto para quienes opinaron que los trabajadores habían sido traicionados como para quienes opinaban que los trabajadores habían traicionado al partido. Por primera vez el régimen soviético había apuntado sus armas sobre el proletariado revolucionario. Además, el trauma de Kronstadt ocurrió en forma simultánea con otro desastre para la revolución. Comunistas alemanes, alentados desde Moscú por dirigentes de la Internacional Comunista, hicieron una intentona revolucionaria que fracasó miserablemente. Su derrota significó que aun para los más optimistas de los bolcheviques la revolución europea dejó de parecer inminente. La revolución rusa debería sobrevivir por su cuenta, sin ayuda de nadie.

Las revueltas de Kronstadt y de Tambov, alimentadas por reclamos económicos y políticos, hicieron patente la necesidad de una nueva política económica para remplazar al comunismo de guerra. El primer paso, tomado en la primavera de 1921, fue finalizar las requisas de productos a los campesinos, sustituyéndolas por un impuesto en especie. Lo que ello significaba en la práctica era que el estado sólo tomaba un monto fijo en vez de apoderarse de todo aquello a lo que pudiera echarle mano (ulteriormente, con la reestabilización de la moneda durante la primera mitad de la década de 1920, el impuesto en especie devino en un más convencional impuesto en dinero).

Como presumiblemente el impuesto en especie les dejaba a los campesinos un excedente comercializable, el paso lógico siguiente era permitir una resurrección del comercio privado legal y un intento de aplastar el floreciente mercado negro. En la primavera de 1921, Lenin aún se oponía con energía a la legalización

del comercio, a la que consideraba un repudio a los principios comunistas, pero la ulterior resurrección espontánea del comercio privado (a menudo avalada por los autoridades locales) enfrentó a la dirigencia con un hecho consumado, que aceptó. Estos pasos fueron el comienzo de la nueva política económica, generalmente conocida por el acrónimo NEP.[4] Se trató de una respuesta improvisada a circunstancias económicas desesperadas, iniciada con escasas discusión y debate (y poco disenso visible) en el partido y su dirigencia. El impacto benéfico sobre la economía fue rápido y espectacular.

Siguieron nuevos cambios económicos, que en su conjunto representaron el abandono del sistema que, en forma retrospectiva, comenzó a ser denominado "comunismo de guerra". En la industria, el programa de nacionalización total fue abandonado y se permitió que el sector privado volviese a constituirse, aunque el estado mantuvo el control de los elementos clave de la economía, incluyendo la industria pesada y la banca. Se invitó a inversionistas extranjeros a tomar concesiones en empresas industriales y mineras y proyectos de desarrollo. El Comisariato de finanzas y el Banco del estado comenzaron a seguir los consejos de los viejos expertos en finanzas "burgueses", y a presionar para obtener la estabilización de la moneda y limitar el gasto público y del gobierno. El presupuesto del gobierno central fue severamente recortado, y se hicieron esfuerzos por aumentar los ingresos fiscales originados en la recaudación impositiva. Servicios como las escuelas y la atención médica, gratuitos hasta ese momento, ahora debían ser pagados por los usuarios individuales; el acceso a las pensiones por jubilación, enfermedad o desempleo fue restringido dándoles una base contributiva.

Desde el punto de vista comunista, la NEP fue un retroceso, y una admisión parcial de fracaso. Muchos comunistas se sintieron hondamente decepcionados: la revolución parecía haber cambiado muy pocas cosas. Moscú, capital soviética desde 1918 y cuartel general de la Internacional Comunista se transformó en una atareada ciudad en los primeros años de la NEP, aunque en lo externo aún era el Moscú de 1913, con campesinas que vendían papas en los mercados, campanas de iglesia y sacerdotes que convocaban

a los fieles, prostitutas, pordioseros y carteristas desempeñando su actividad en calles y estaciones de ferrocarril, canciones gitanas en los clubes nocturnos, gente que asistía al teatro vistiendo abrigos de pieles y medias de seda. En este Moscú, los comunistas de chaqueta de cuero aún parecían sombríos extranjeros y el lugar donde se podía ver a los veteranos del Ejército Rojo era haciendo cola en la agencia de empleos. Los dirigentes revolucionarios, incongruentemente alojados en el Kremlin o en el Hotel Luxe, miraban al futuro con desconfianza.

La disciplina de la retirada

La retirada estratégica que representó la NEP fue, decía Lenin, forzada por condiciones económicas desesperadas y por la necesidad de consolidar las victorias alcanzadas por la revolución. Su propósito era restaurar la destrozada economía y calmar los temores de la población no proletaria. La NEP implicaba concesiones al campesinado, la inteliguentsia y la pequeña burguesía urbana; relajar los controles sobre la vida económica, social y cultural; la sustitución de la coerción por la conciliación en el trato de los comunistas con el conjunto de la sociedad. Pero Lenin dejó muy claro que este relajamiento no debía extenderse a la esfera política. Dentro del partido comunista, "la más leve violación de la disciplina debe ser castigada severa, estricta, implacablemente".

> Un ejército en retirada requiere de cien veces más disciplina que un ejército que avanza, pues durante un avance, todos empujan hacia adelante. Si ahora todos comenzaran a retroceder a toda prisa, se produciría un desastre inmediato e inevitable... cuando un verdadero ejército está en retirada, las ametralladoras se mantienen listas y cuando una retirada ordenada degenera en retirada desordenada, se da la orden, con toda razón, de abrir fuego.

En lo que respecta a los demás partidos políticos, su libertad para expresar sus puntos de vista debía ser restringida con aún más se-

veridad que durante la guerra civil, en especial cuando pretendían hacer propias las nuevas actitudes moderadas de los bolcheviques.

> Cuando un menchevique dice, "te retiras; yo siempre aconsejé retirarse; estoy de acuerdo contigo, soy de los tuyos, retirémonos juntos", le respondemos, "las manifestaciones públicas de menchevismo son penadas con la muerte por nuestros tribunales, pues de no ser así, no serían nuestros tribunales, sino Dios sabe qué".[5]

La introducción de la NEP fue acompañada del arresto de un par de miles de mencheviques, incluyendo a todos los integrantes del comité central menchevique. En 1922, un grupo de SR de derecha fue sometido a juicio público por crímenes contra el estado: a algunos se les dieron sentencias de muerte, aunque al parecer éstas no se ejecutaron. En 1922 y 1923, algunos cientos de prominentes cadetes y mencheviques fueron deportados por la fuerza de la república soviética. A partir de este momento, todos los partidos que no fueran el gobernante partido comunista (como ahora se llamaba habitualmente al Partido Bolchevique) fueron efectivamente proscriptos.

La disposición de Lenin a aplastar a la oposición real o potencial quedó demostrada en forma alarmante en una carta secreta enviada al politburó el 19 de mayo de 1922, en la que instaba a sus colegas a aprovechar la oportunidad que daba la hambruna de quebrar el poder de la iglesia ortodoxa. "Precisamente ahora, y sólo ahora, cuando en las regiones afectadas por la hambruna se come carne humana y cientos, si no miles, de cadáveres yacen en los caminos, podemos (y por lo tanto, debemos) llevar adelante la requisición de bienes eclesiásticos con la energía más desesperada e implacable..." En Shuia, donde la campaña para apoderarse de bienes de la iglesia para aliviar la hambruna había provocado violentas manifestaciones, Lenin aconsejó que "la mayor cantidad posible" de eclesiásticos y burgueses locales fuese arrestada y llevada a juicio. El juicio debía finalizar

> ... con el fusilamiento de una cantidad muy importante de los más influyentes y peligrosos integrantes de las centurias negras de la ciudad

> de Shuia, así como de... Moscú... y otros centros espirituales. Cuantos más representantes del clero reaccionario y la burguesía reaccionaria logremos fusilar en esta ocasión, mejor. Ha llegado el momento de darles a esos especímenes una lección tal que por algunas docenas de años ni se les ocurra pensar en resistir.[6]

En forma simultánea, la cuestión de la disciplina *dentro* del partido comunista estaba siendo reexaminada. Por supuesto que los bolcheviques siempre habían puesto un marcado énfasis teórico en la disciplina partidaria, que se remontaba al panfleto *¿Qué hacer?* publicado por Lenin en 1902. Todos los bolcheviques aceptaban el principio de centralismo democrático, lo que significaba que los afiliados al partido podían debatir libremente cualquier tema hasta que se alcanzara una decisión política al respecto, pero que quedaban comprometidos a aceptar la decisión que contara con el voto final en el congreso del partido o en el comité central. Pero el principio de centralismo democrático no bastaba para determinar las convenciones partidarias referidas al debate interno, cuánto debate era aceptable, cuán severamente podían ser criticados los líderes del partido, si los críticos podían o no organizar "facciones" o grupos de presión referidos a cuestiones específicas, etcétera.

Antes de 1917, el debate partidario interno significaba, a todos los fines prácticos, el debate interno de la comunidad de intelectuales bolcheviques emigrados. Debido a la posición dominante de Lenin, los emigrados bolcheviques eran un grupo más unificado y homogéneo que sus pares mencheviques y SR, quienes tendían a aglutinarse en pequeños grupos, cada uno de los cuales tenía sus propios dirigentes e identidades políticas. Lenin se opuso con fuerza al desarrollo de cualquier situación como ésa en el bolchevismo. Cuando otra poderosa personalidad bolchevique, Alexander Bogdanov, comenzó a formar un grupo de discípulos que compartían su enfoque filosófico y político entre los emigrados pos-1905, Lenin obligó a Bogdanov y a su grupo a abandonar el Partido Bolchevique, aunque el grupo realmente no era una facción política ni una oposición partidaria interna.

La situación cambió en forma radical tras la revolución de febrero, con la fusión de los contingentes de bolcheviques emigrados y

clandestinos en una dirigencia del partido más amplia y diversificada y el enorme aumento en el número total de afiliados. En 1917, los bolcheviques se preocupaban más por aprovechar la ola de revolución popular que por la disciplina partidaria. Muchos individuos y grupos dentro del partido no estaban de acuerdo con Lenin en temas políticos centrales, tanto antes como después de octubre, y la opinión de Lenin no prevalecía siempre. Algunos grupos se consolidaron en facciones semipermanentes, aun después de que sus plataformas fueran rechazadas por mayoría en el comité central o en un congreso del partido. Las facciones minoritarias (compuestas en gran parte de antiguos intelectuales bolcheviques) habitualmente no abandonaban el partido, como lo habrían hecho después de 1917. Ahora, su partido estaba en el poder en un estado virtualmente unipartidario; de modo que abandonar el partido significaba abandonar por completo la vida política.

Sin embargo, a pesar de esos cambios, las viejas premisas teóricas de Lenin sobre la disciplina y la orientación partidaria aún hacían parte de la ideología bolchevique hacia el fin de la guerra civil, como quedó claro por la forma en que los bolcheviques manejaron la nueva organización internacional comunista con base en Moscú, la Internacional Comunista. En 1920, cuando el segundo congreso de la Internacional Comunista discutió los requisitos de admisión, los dirigentes bolcheviques insistieron en imponer condiciones claramente basadas en el modelo pre-1917 del Partido Bolchevique ruso, aunque en su momento ello significó excluir al importante y popular Partido Socialista Italiano (que quería unirse a la Internacional sin purgarse antes de sus grupos de derecha y de centro) y debilitar a la Internacional Comunista como competidor de la renacida Internacional Socialista europea. Las "21 condiciones" para la admisión adoptadas por la Internacional Comunista requerían, en efecto, que los partidos afiliados a ella debían ser minorías ubicadas en la extrema izquierda, que reclutaran exclusivamente revolucionarios de alto compromiso y preferentemente formadas a partir de una escisión (comparable a la de bolcheviques y mencheviques en 1903) en la cual la izquierda partidaria se hubiera separado en forma demostrable de las "reformistas" alas de centro y de derecha. La unidad, la disciplina, la

intransigencia y el profesionalismo revolucionario eran condiciones esenciales para cualquier partido comunista que debiera operar en un ambiente hostil.

Por supuesto que esas mismas reglas no se aplicaban a los bolcheviques mismos, dado que éstos ya habían tomado el poder. Podía haberse argumentado que el partido gobernante de un estado unipartidario debía, en primer lugar, convertirse en partido de masas y, en segundo lugar, dar cabida e incluso institucionalizar la diversidad de opiniones. De hecho, eso era lo que venía ocurriendo en el Partido Bolchevique desde 1917. Dentro de su dirigencia se habían desarrollado facciones divididas por temas políticos específicos que (violando los principios del centralismo democrático) tendían a seguir existiendo aun después de perder en la votación final. Para 1920, las facciones que participaban en el debate corriente sobre el papel de los sindicatos habían devenido en grupos bien organizados que no sólo ofrecían plataformas políticas que competían entre sí, sino que buscaron respaldo en los comités partidarios locales durante las discusiones y la elección de delegados que precedió al décimo congreso del partido. En otras palabras, el Partido Bolchevique exhibía una versión propia de la política "parlamentaria" en la que las facciones desempeñaban el papel de los partidos políticos en un sistema multipartidario.

Desde el punto de vista de los historiadores occidentales posteriores —y de hecho, del de cualquier observador externo con valores liberaldemocráticos— éste era obviamente un desarrollo admirable y un cambio positivo. Pero los bolcheviques no eran liberales-demócratas; y existía considerable inquietud en las filas bolcheviques con respecto a la posibilidad de que el partido se fragmentase, perdiendo así su legendaria unidad poderosa y su sentido de la orientación. Lenin ciertamente no aprobaba este nuevo estilo de política partidaria. En primer lugar, el debate por los sindicatos —que era totalmente periférico con respeto a los problemas urgentes e inmediatos que los bolcheviques enfrentaban con el fin de la guerra civil— consumía una enorme cantidad del tiempo y las energías de los dirigentes. En segundo lugar, las facciones cuestionaban en forma implícita el liderazgo personal de Stalin en el partido. Una de las facciones en el debate por los

sindicatos será conducida por Trotsky, el hombre más importante del partido después de Lenin a pesar de su afiliación relativamente reciente. Otra facción, la "oposición de los trabajadores", conducida por Alexander Shlyapnikov, pretendía tener una relación con los afiliados obreros del partido, lo que potencialmente podía ser muy dañino para el núcleo de la antigua dirigencia de emigrados intelectuales encabezados por Lenin.

Por lo tanto, Lenin se dispuso a destruir las facciones y el faccionalismo dentro del Partido Bolchevique. Para hacerlo, empleó tácticas que no sólo eran facciosas, sino directamente conspirativas. Tanto Molotov como Anastas Mikoian, un joven armenio perteneciente al grupo de Stalin, describieron posteriormente el entusiasmo y la dedicación con que comenzó su operación durante el décimo congreso del partido, celebrado a comienzos de 1921, reuniéndose en secreto con sus partidarios, dividiendo las grandes delegaciones provinciales comprometidas con facciones de oposición y elaborando listas de opositores que debían ser excluidos mediante el voto en las elecciones del comité central. Lenin incluso quiso convocar a "un antiguo camarada comunista de la clandestinidad, quien tiene tipos móviles y una imprenta manual", para imprimir y distribuir panfletos en forma secreta, sugerencia a la que Stalin se opuso argumentando que podía ser tildada de faccionalismo.[7] (Ésta no fue la única ocasión en los primeros años soviéticos en que Lenin revertiría a los hábitos conspirativos del pasado. Según recordó Molotov, durante un momento difícil de la guerra civil, Lenin convocó a los dirigentes y les dijo que la caída del régimen soviético era inminente. Había falsos documentos y direcciones secretas preparados para todos: "El partido pasa a la clandestinidad".)[8]

Lenin derrotó a la facción de Trotsky y a la oposición de los trabajadores en el décimo congreso, asegurándose una mayoría leninista en el nuevo comité central y remplazando dos integrantes trotskistas de la secretaría del comité central por un leninista, Molotov. Pero de ninguna manera esto fue todo. En una jugada que paralizó a los líderes facciosos, el grupo de Lenin presentó, y el décimo congreso aprobó, una resolución, "de la unidad partidaria", que ordenaba que las facciones existentes se disolvieran y prohibía toda actividad facciosa en el interior del partido.

Lenin dijo que la prohibición de las facciones sería temporal. Es concebible que haya sido una afirmación sincera, pero es más probable que Lenin se haya dado así espacio para retroceder en el caso de que su prohibición resultase inaceptable para la mayoría del partido. Ocurrió que esto no fue así: la totalidad del partido parecía bien dispuesta a sacrificar las facciones en aras de la unidad, probablemente porque las facciones no habían arraigado entre las bases partidarias y muchos las contemplaban como prerrogativa de intelectuales intrigantes.

La resolución "de la unidad partidaria" contenía una cláusula secreta que permitía al partido expulsar a los facciosos recalcitrantes y al comité central expulsar a cualquiera de sus integrantes electos que fuese considerado culpable de faccionalismo. Pero había fuertes reservas con respecto a esta cláusula en el politburó, y nunca fue invocada formalmente en vida de Lenin. Sin embargo, en el otoño de 1921 se condujo una purga total del partido a instancias de Lenin. Ello significó que para conservar la afiliación al partido, todo comunista debía comparecer frente a una comisión de purga, justificar sus credenciales revolucionarias y, de ser necesario, defenderse de las críticas. El principal objetivo declarado de las purgas de 1921 era deshacerse de los "carreristas" y "enemigos de clase"; no estaba dirigida formalmente a los partidarios de las facciones derrotadas. Aun así Lenin enfatizaba que "todos los integrantes del partido comunista ruso que sean sospechosos o no confiables en el grado más mínimo... deben ser eliminados" (es decir, expulsados del partido); y, como comenta T. H. Rigby, es difícil creer que no había opositores entre el 25 por ciento de integrantes del partido que se consideró necesario descartar.[9]

Mientras que ningún opositor destacado fue expulsado del partido en la purga, no todos los integrantes de las facciones opositoras de 1920-1 escaparon sin castigo. La secretaría del comité central, encabezada ahora por uno de los hombres de Lenin, estaba a cargo de los nombramientos y la distribución de personal del partido; y procedió a enviar a una cantidad de destacados integrantes de la llamada oposición de los trabajadores a destinos que los mantuvieran lejos de Moscú y, por lo tanto, los excluyeran en la práctica de participar activamente de la política directiva. La

práctica de tales "métodos administrativos" para reforzar la unidad del liderazgo fue muy desarrollada ulteriormente por Stalin cuando éste llegó a secretario general del partido (es decir, jefe de la secretaría del comité central) en 1922; y a menudo los estudiosos han considerado que ése fue el momento preciso de la muerte de la democracia en el seno del partido comunista soviético. Pero se trató de una práctica que nació con Lenin y surgió de los conflictos del décimo congreso partidario, cuando Lenin aún era el estratega en jefe y Stalin y Molotov sus fieles secuaces.

El problema de la burocracia

Como revolucionarios que eran, todos los bolcheviques estaban en contra de la "burocracia". No tenían problemas para verse en el papel de dirigentes partidarios o comandantes militares, pero ¿qué verdadero revolucionario admitiría que se había vuelto un burócrata, un *chinovnik* del nuevo régimen? Al discutir las funciones administrativas, su lenguaje se llenaba de eufemismos: los funcionarios comunistas eran "cuadros" y las burocracias comunistas eran "cuadros" y "órganos del poder soviético". La palabra "burocracia" siempre era peyorativa: los "métodos burocráticos" y las "soluciones burocráticas" debían ser evitados a toda costa, y la revolución debía ser protegida de la "degeneración burocrática".

Pero todo esto no debe oscurecer el hecho de que los bolcheviques habían establecido una dictadura que tenía el propósito de gobernar la sociedad pero también el de transformarla. No podían lograr esos objetivos sin una maquinaria burocrática, ya que rechazaban de plano la idea de que la sociedad fuese capaz de autogobernarse o de transformarse en forma espontánea. De modo que la pregunta era: ¿qué clase de maquinaria administrativa necesitaban? Habían heredado una vasta burocracia gubernamental centralizada, cuyas raíces en las provincia se habían desintegrado. Tenían soviets, que se habían hecho cargo parcialmente de las funciones de los gobiernos locales en 1917. Finalmente, tenían al propio Partido Bolchevique, una institución cuya función previa

de preparar y llevar a cabo una revolución era claramente inadecuada a la situación posterior a octubre.

La antigua burocracia gubernamental, ahora bajo el control de los soviets, aún empleaba a muchos funcionarios y expertos heredados del régimen zarista, y los bolcheviques temían la capacidad de éstos para socavar y sabotear sus políticas revolucionarias. En 1922, Lenin escribió que la "nación conquistada" que era la vieja Rusia ya estaba en el proceso de imponerle sus valores a los "conquistadores" comunistas:

> Si tomamos a Moscú, con sus 4.700 comunistas en puestos de responsabilidad, si tomamos esa enorme maquinaria burocrática, esa gigantesca pila, debemos preguntarnos: ¿Quién dirige a quién? Dudo mucho de que se pueda decir verazmente que los comunistas la dirigen. A decir verdad, no dirigen sino que son dirigidos... [la] cultura de la [antigua burocracia] es miserable, insignificante, pero aun así, está en un nivel más elevado que la nuestra. Miserable y baja como es, es superior a la de nuestros administradores comunistas responsables, pues a éstos les falta capacidad administrativa.[10]

Aunque Lenin percibía el peligro de que los valores comunistas quedaran refundidos en la antigua burocracia, opinaba que los comunistas no tenían más remedio que trabajar con ésta. Necesitaban los conocimientos técnicos de la antigua burocracia —no sólo la técnica administrativa, sino sus conocimientos especializado de áreas como las finanzas gubernamentales, la administración ferroviaria, pesos y medidas o relevamiento geológico que los comunistas mismos no podían pretender proveer. Para Lenin, cualquier afiliado al partido que no se diera cuenta de la necesidad que el partido tenía de los "expertos burgueses" —incluidos aquellos que habían trabajado como funcionarios o consultores del antiguo régimen— era culpable de "soberbia comunista", lo cual significaba una creencia ignorante e infantil de que los comunistas podían resolver por sí mismos todos los problemas. Pasaría mucho tiempo antes de que el partido pudiera abrigar la esperanza de entrenar a una cantidad suficiente de comunistas expertos. Hasta entonces, los comunistas debían aprender a trabajar junto a los

expertos burgueses manteniéndolos firmemente controlados al mismo tiempo.

Las opiniones de Lenin sobre los expertos eran generalmente aceptadas por otros dirigentes del partido, pero eran menos populares entre las bases comunistas. La mayor parte de los comunistas tenían escasa idea del tipo de experiencia necesario en los niveles más altos del gobierno. Pero tenían una idea clara de qué significaba a nivel local que los funcionarios subalternos del antiguo régimen lograran insertarse en los soviets en funciones similares a las que desempeñaban anteriormente, o que un contador jefe desaprobase a los activistas comunistas locales de una planta a su cargo, o incluso que el maestro de escuela de una aldea fuera un creyente religioso que causaba problemas con el Komsomol y enseñaba el catecismo en la escuela.

Para la mayor parte de los comunistas era evidente que sí debía hacerse algo importante, había que hacerlo por medio del partido. Por supuesto que el aparato central del partido no podía competir con la vasta burocracia gubernamental en la administración cotidiana; era demasiado pequeño para eso. Pero a nivel local, donde los comités del partido y los soviets construían desde cero, la situación era distinta. El comité del partido comenzó a surgir como autoridad local dominante pasada la guerra civil, cuando los soviets comenzaron a decaer a un papel secundario no muy distinto del de los antiguos zemstvos. Las políticas transmitidas a través de la cadena de mandos del partido (del politburó, el orgburó o el comité central a los comités partidarios locales) tenían muchas más oportunidades de ser ejecutadas que la masa de decretos e instrucciones que el gobierno central les transmitía a los caóticos y poco cooperativos soviets. El gobierno no tenía poderes para contratar ni despedir a los integrantes de los soviets, y tampoco tenía un control presupuestario muy efectivo. Por otro lado, los comités partidarios estaban controlados por comunistas que estaban obligados por la disciplina partidaria a obedecer a las instrucciones de los órganos partidarios superiores. Los secretarios del partido que encabezaban estos comités, aunque formalmente eran elegidos por sus organizaciones partidarias locales, en la práctica podían ser desplazados y remplazados por la secretaría del comité central del partido.

Pero había un problema. El aparato del partido —una jerarquía de comités y "cuadros" (en realidad funcionarios designados), encabezados por la secretaría del comité central del partido— era, a todos los fines y propósitos, una burocracia; y la burocracia era algo que a los comunistas les desagradaba por principio. En la lucha por la sucesión ocurrida a mediados de la década de 1920 (véase *infra*, pp. 140-141), Trotsky intentó desacreditar a Stalin, secretario general del partido, señalando que éste había construido una burocracia partidaria y la estaba manipulando para sus propios fines políticos. Sin embargo, esta crítica parece haber hecho poca mella en el partido en general. Una de las razones de esto era que la designación (más que la elección) de secretarios del partido no estaba tan alejada de las tradición bolchevique como pretendía Trotsky: en los viejos días del partido clandestino anterior a 1917, los comités siempre se basaron en gran parte en la conducción de revolucionarios profesionales enviados por el centro bolchevique; e incluso cuando los comités dejaron la clandestinidad en 1917, tendían a enviar solicitudes urgentes de "cuadros del centro" más que a insistir en su derecho democrático a elegir a sus dirigentes locales.

Sin embargo, en términos más generales, la mayor parte de los comunistas simplemente no consideraban el aparato del partido como una burocracia en sentido peyorativo. Para ellos (igual que para Max Weber) una burocracia operaba mediante un conjunto claramente definido de leyes y precedentes, y también se caracterizaba por un alto grado de especialización y deferencia ante el conocimiento especializado. Pero el aparato partidario de la década de 1920 no estaba especializado en ningún aspecto significativo y (fuera de los asuntos militares y de seguridad) no daba lugar a expertos profesionales. No se instaba a sus funcionarios a que hicieran las cosas según las reglas: al comienzo, no había compilaciones de decretos del partido a las que recurrir y, posteriormente, cualquier secretario que adhiriese a la letra de alguna vieja directiva del comité central más bien que responder al espíritu de la línea partidaria vigente se exponía a ser reprendido por sus "tendencias burocráticas".

Cuando los comunistas decían que no querían una burocracia, lo que querían decir era que no querían una maquinaria ad-

ministrativa que no pudiera o no quisiera responder a órdenes revolucionarias. Pero, según ese criterio, querían, y mucho, contar con una estructura administrativa que *sí* respondiera a órdenes revolucionarias; una que tuviese funcionarios dispuestos a aceptar órdenes de los líderes revolucionarios y que estuviera dispuesta a llevar adelante políticas radicales de transformación social. Ésa era la función revolucionaria que el aparato (o burocracia) del partido podía llevar a cabo, y así lo reconocían instintivamente la mayor parte de los comunistas.

La mayor parte de los comunistas también creían que los órganos de la "dictadura proletaria" debían ser proletarios, con lo que querían decir que debían ser ex obreros quienes ocuparan los puestos administrativos de responsabilidad. Tal vez no fuese exactamente esto lo que Marx tenía en mente cuando hablaba de una dictadura proletaria, y tampoco era exactamente la idea de Lenin. (Los obreros, escribió Lenin en 1923, "quieren construir un mejor aparato para nosotros, pero no saben cómo hacerlo. No pueden construirlo. Aún no han desarrollado la cultura que ello requiere; y lo que se requiere es cultura").[11] Aun así, se daba por sentado en todos los debates del partido que la salud política, fervor revolucionario y ausencia de "degeneración burocrática" de una institución dada estaban en relación directa con el porcentaje de sus cuadros que se originara en la clase trabajadora. El criterio de clase se aplicaba a todas las burocracias, incluido el aparato partidario. También se aplicaba al reclutamiento de afiliados del partido, que necesariamente afectaría la composición de la futura elite administrativa soviética.

En 1921, la clase obrera industrial estaba en ruinas, y la relación del régimen con la misma estaba en estado de crisis. Pero para 1924, la reactivación económica había allanado algunas de las dificultades, y la clase obrera comenzaba a recuperarse y crecer. Ese año, el partido reafirmó su compromiso con una identidad proletaria al anunciar la "leva Lenin", una campaña para afiliar al partido a cientos de miles de obreros. En esta decisión estaba implícito el compromiso de continuar la creación de una "dictadura proletaria" al alentar a los obreros a desplazarse a tareas administrativas.

Para 1927 y tras tres años de intenso reclutamiento entre la clase obrera, el partido comunista tenía un total de más de un millón entre afiliados plenos y aspirantes; el 39 por ciento de ellos era, en ese momento, obrero y el 56 por ciento había sido obrero en el momento de afiliarse al partido.[12] La diferencia entre esos dos porcentajes indica el tamaño aproximado del grupo de comunistas obreros que se había desplazado en forma permanente a empleos administrativos y otras tareas jerárquicas. Para los obreros que se unieron al partido en el transcurso de la primera década de poder soviético, las posibilidades de ulterior ascenso a tareas administrativas (aun si se excluyen los ascensos posteriores a 1927) erau al menos del 50 por ciento.

El aparato del partido era más popular entre los ascendentes comunistas de clase obrera que la burocracia del gobierno, en parte porque los trabajadores se sentían más cómodos en un ambiente partidario y en parte porque las deficiencias educativas eran un problema menor para un secretario de partido a nivel local que para, digamos, un jefe de departamento en el comisariato de finanzas del gobierno. En 1927, el 49 por ciento de los comunistas que ocupaban cargos de responsabilidad en el aparato del partido eran ex obreros, mientras que la proporción de comunistas que ocupaban puestos en el gobierno y en la burocracia de los soviets era del 35 por ciento. Esta discrepancia era aún más marcada en los niveles más altos de la jerarquía administrativa. Muy pocos de los comunistas que ocupaban los puestos gubernativos de más alto nivel eran de extracción obrera, mientras que casi la mitad de los secretarios regionales de partido (jefes de organizaciones *oblast'*, *guberniya*, y *krai*) eran ex obreros.[13]

La lucha por el liderazgo

Mientras Lenin vivió, los bolcheviques lo reconocieron como líder del partido. Sin embargo, formalmente el partido no tenía un jefe, y la idea de que necesariamente necesitaban uno repugnaba a los bolcheviques. En momentos de turbulencia política, podía llegar a ocurrir que sus camaradas del partido reprendieran

a Lenin por su excesivo empleo de la autoridad personal; y, aunque lo habitual era que Lenin insistiera en que las cosas se hicieran a su modo, no requería adulación ni ninguna demostración en particular de respeto. Los bolcheviques sólo sentían desprecio por Mussolini y sus fascistas italianos, y los consideraban primitivos en lo político debido a sus uniformes de opereta y sus juramentos de lealtad a *il Duce*. Además, habían aprendido las lecciones de la historia y no tenían intención de dejar que la revolución rusa degenerara como lo hizo la revolución francesa cuando Napoleón se declaró a sí mismo emperador. El bonapartismo —la transformación de un líder guerrero revolucionario en dictador— era un peligro que se solía discutir en el Partido Bolchevique, en general en referencia implícita a Trotsky, creador del Ejército Rojo y héroe de la juventud comunista durante la guerra civil. Se daba por sentado que cualquier Bonaparte en potencia sería una figura carismática, dotada de una oratoria contagiosa y visiones grandiosas, y que probablemente vistiera uniforme.

Lenin murió en enero de 1924. Pero su salud había estado gravemente deteriorada desde mediados de 1921, y a partir de entonces su participación activa en la vida política sólo fue intermitente. En mayo de 1922, un ataque de apoplejía lo dejó parcialmente paralizado y un segundo ataque, en marzo de 1923, provocó un incremento de la parálisis y la pérdida del habla. Por lo tanto, su muerte política fue un proceso gradual y el propio Lenin pudo observar sus primeros resultados. Sus responsabilidades como jefe de gobierno fueron tomadas por tres suplentes, de los cuales el más importante era Alexei Rykov, quien sucedió a Lenin como jefe del consejo de comisarios del pueblo. Pero estaba claro que la principal sede del poder no estaba en el gobierno sino en el politburó del partido, que tenía siete miembros plenos, entre los que se contaba Lenin. Los otros integrantes del politburó eran Trotsky (comisario de guerra), Stalin (secretario general del partido), Zinoviev (jefe de la organización partidaria de Leningrado y también cabeza de la Internacional Comunista), Kamenev (jefe de la organización partidaria de Moscú), Rykov (primer presidente suplente del consejo de comisarios del pueblo) y Mijail Tomsky (jefe del consejo central de sindicatos).

Durante la enfermedad de Lenin —y, en realidad, aun después de su muerte— el politburó se comprometió a actuar como dirigencia colectiva, y todos sus integrantes negaron vehementemente que alguno de ellos estuviera en condiciones de remplazar a Lenin ni de aspirar a una posición de autoridad similar a la de éste. Sin embargo, una feroz aunque furtiva lucha por la sucesión se desarrollaba en 1923, entre el triunvirato de Zinoviev, Kamenev y Stalin por un lado y Trotsky por el otro. Trotsky —quien siempre tuvo una posición independiente en cuestiones de liderazgo, tanto por su ingreso tardío al Partido Bolchevique como por su espectacular desempeño desde ese momento— era percibido como un ambicioso aspirante a la posición suprema, aunque él lo negaba enérgicamente. En *El nuevo camino*, escrito a fines de 1923, Trotsky se defendió advirtiendo que la vieja guardia del Partido Bolchevique estaba perdiendo su espíritu revolucionario, sucumbiendo al "faccionalismo conservador y burocrático" y comportándose cada vez más como una pequeña elite gobernante cuya única preocupación era mantenerse en el poder.

Lenin, alejado por su enfermedad de la conducción activa, pero que aún estaba en condiciones de observar las maniobras de quienes aspiraban a sucederlo, estaba desarrollando una percepción igualmente escéptica del politburó, al que comenzó a calificar de "oligarquía". En el llamado "testamento" de diciembre de 1922, Lenin pasaba revista a las cualidades de diversos dirigentes partidarios —incluyendo a los dos que identificó como los más destacados, Stalin y Trotsky— en la práctica condenándolos a todos con sus leves elogios. Su comentario sobre Stalin fue que éste había acumulado enormes poderes como secretario general del partido, pero que tal vez no fuese capaz de emplearlos con la suficiente cautela. Una semana después, tras un choque entre Stalin y la esposa de Lenin, Nadezhda Krupskaya, con respecto al régimen que debía seguir Lenin en su lecho de enfermo, Lenin agregó una posdata a su testamento en la que afirmaba que Stalin era "demasiado insolente" y que debía ser desplazado de su cargo de secretario general.[14]

En esos momentos, muchos bolcheviques se habrían sorprendido de haberse enterado de que la estatura política de Stalin se

asemejaba a la de Trotsky. Stalin no tenía ninguno de los atributos que los bolcheviques asociaban normalmente a un liderazgo destacado. No era una figura carismática, ni un buen orador, ni un distinguido teórico marxista como Lenin o Trotsky. No era héroe de guerra, hijo destacado de la clase obrera y ni siquiera valía nada como intelectual. En palabras de Nikolai Sujanov, era "un borrón grisáceo", buen político de bambalinas, experto en los mecanismos internos del partido, pero que carecía de atractivo personal. Se daba por sentado en forma general que quien dominaba en el triunvirato del politburó era Zinoviev más bien que Stalin. Sin embargo, Lenin estaba en mejor posición que los demás para estimar las capacidades de Stalin, pues éste había sido su mano derecha en las luchas internas del partido en 1920-1.

La batalla entre el triunvirato y Trotsky se definió en el invierno de 1923-4. A pesar de la existencia de una prohibición formal de las facciones partidarias, la situación era comparable en muchos aspectos a la de 1920-1, y la estrategia de Stalin se pareció mucho a la empleada por Lenin en esa ocasión. En las discusiones partidarias y la elección de delegados que precedieron a la decimotercera conferencia del partido, los partidarios de Trotsky hicieron una campaña opositora, mientras que el aparato partidario fue movilizado en respaldo de la "la mayoría del comité central", es decir, del triunvirato. "La mayoría del comité central" triunfó, si bien hubo bolsones de resistencia pro Trotsky en las células partidarias de la burocracia del gobierno central, las universidades y el Ejército Rojo.[15] Tras la votación inicial, una intensa presión sobre las células pro Trotsky hizo que muchos integrantes de éstas se pasaran a la mayoría. Unos pocos meses después, cuando se eligieron delegados en la primavera de 1924 para el inminente congreso del partido, el respaldo a Trotsky parecía haberse evaporado casi por completo.

Se trató esencialmente de una victoria del aparato partidario; es decir, de una victoria para el secretario general, Stalin. El secretario general estaba en condiciones de manipular lo que un estudioso ha llamado "un flujo circular del poder".[16] El secretariado designaba a los secretarios que encabezaban las organizaciones partidarias locales y también podía despedirlos si demostraban

inclinaciones facciosas indeseables. Las organizaciones partidarias locales elegían delegados a las conferencias y congresos nacionales del partido, y se hizo cada vez más frecuente que los secretarios fuesen elegidos habitualmente como cabezas de la lista local de delegados. A su vez, los congresos nacionales del partido elegían a los integrantes del comité central del partido, el politburó y el orgburó, y, por supuesto, de las secretarías. En síntesis, el secretario general no sólo podía castigar a sus oponentes políticos sino manipular los congresos que aseguraban que él continuara en su cargo.

Una vez que ganó la crucial batalla de 1923-4, Stalin pasó a consolidar su ventaja en forma sistemática. En 1925, rompió con Zinoviev y Kamenev, forzándolos a una posición defensiva que hizo que ellos parecieran los agresores. Posteriormente, Zinoviev y Kamenev se unieron a Trotsky en una oposición conjunta, que Stalin venció fácilmente: los partidarios de aquéllos se encontraron con que los designaban en puestos en provincias lejanas; y, aunque los líderes opositores aún podían hacer oír su voz en los congresos partidarios, los delegados opositores presentes eran tan pocos que sus jefes quedaban como intrigantes irresponsables que habían perdido todo contacto con el ánimo que predominaba en el partido. En 1927 los líderes de la oposición y muchos de quienes los respaldaban fueron finalmente expulsados del partido por violar la regla que prohibía las facciones. A continuación, Trotsky y muchos otros opositores fueron enviados a un exilio administrativo en provincias distantes.

En el debate entre Stalin y Trotsky se invocaron temas de fondo referidos a la estrategia de industrialización y a la política hacia los campesinos. Pero Stalin y Trotsky no estaban hondamente divididos en estos importantes asuntos (véase *infra*, pp. 147-149): ambos eran industrializadores que no sentían particular ternura hacia los campesinos, si bien la postura de Stalin a mediados de la década de 1920 fue más moderada que la de Trotsky; y, unos años después Stalin fue acusado de plagiar las políticas de Trotsky en su primer plan quinquenal de industrialización rápida. Para las bases partidarias, el desacuerdo entre los contendientes sobre temas de fondo se percibía con mucha menos claridad que algunas de sus características personales. Se sabía generalmente (aunque ello no

necesariamente suscitaba aprobación) que Trotsky era un intelectual judío que durante la guerra civil había demostrado implacabilidad, así como un estilo de conducción pomposo y carismático; de Stalin, una figura más neutra y oscura, se sabía que no era carismático ni intelectual ni judío.

En cierto sentido, el tema de fondo en un conflicto entre la maquinaria partidaria y quienes la desafían es la maquinaria misma. De modo que fueran cuales fuesen sus desacuerdos con la facción dominante, todas las oposiciones de la década de 1920 terminaban formulando la misma queja: el partido se había "burocratizado" y Stalin había matado la tradición de democracia interna partidaria.[17] Este punto de vista "oposicionista" se le ha atribuido a Lenin en sus últimos años,[18] tal vez con alguna razón, pues también él había sido alejado a la fuerza del círculo interno de dirigentes, aunque en su caso ello ocurrió más bien por enfermedad que por haber sido derrotado políticamente. Pero es difícil interpretar a Lenin, mentor político de Stalin en tantos aspectos, como a un verdadero converso a la causa de la democracia partidaria en tanto oposición a la maquinaria del partido. En el pasado, lo que preocupaba a Lenin no había sido tanto la concentración del poder *per se*, sino la cuestión de en manos de quién se concentraba el poder. En este orden de cosas, en su testamento de diciembre de 1922 Lenin no proponía reducir los poderes de la secretaría del partido. Simplemente dijo que alguien que no fuera Stalin debía ser designado como secretario general.

Aun así y sean cuales fueren los elementos de continuidad entre Lenin y el Stalin de la década de 1920, la muerte de Lenin y la lucha por su sucesión constituyeron un punto de inflexión político. En su lucha por el poder, Stalin empleó métodos leninistas contra sus oponentes, pero lo hizo con un esmero y una implacabilidad que Lenin —cuya autoridad personal en el partido estaba bien establecida— nunca alcanzó. Una vez llegado al poder, Stalin comenzó por hacerse cargo del papel desempeñado originariamente por Lenin: el de primero entre sus pares del politburó. Pero, en el transcurso, Lenin había sido transformado por la muerte en el Líder, dotado de cualidades cuasi divinas, más allá del error o del reproche, y su cuerpo, embalsamado, fue depositado reverentemente

en el Mausoleo Lenin para que inspirase al pueblo.[19] El culto póstumo a Lenin había destruido el viejo mito bolchevique de un partido sin líderes. Si el nuevo líder quería ser más que el primero ente pares, ahora tenía un cimiento sobre el cual construir.

Construyendo el socialismo en un país

Desde el poder, los bolcheviques resumieron sus objetivos como "la construcción del socialismo". Por más vago que fuese su concepto del socialismo, tenían una clara idea de que las claves para la "construcción del socialismo" eran el desarrollo económico y la modernización. Como prerrequisitos para el socialismo, Rusia necesitaba más fábricas, ferrocarriles, maquinarias y tecnología. Necesitaba urbanización, que la población se desplazara del campo a las ciudades y una clase obrera urbana más vasta y permanente. Necesitaba una alfabetización popular más amplia, más escuelas, más obreros calificados y más ingenieros. Construir el socialismo significaba transformar a Rusia en una sociedad industrial moderna.

Los bolcheviques tenían una imagen clara de esta transformación porque se trataba esencialmente de la misma transformación producida por el capitalismo en los países occidentales más avanzados. Pero los bolcheviques habían tomado el poder en forma "prematura", es decir que se habían comprometido a realizar por su cuenta en Rusia la tarea de los capitalistas. Los mencheviques opinaban que esto era riesgoso en la práctica y altamente dudoso en teoría. Los propios bolcheviques no sabían realmente cómo lo harían. En los primeros años después de la revolución de octubre, a menudo daban a entender que Rusia necesitaría de la asistencia de la Europa occidental industrializada (una vez que Europa hubiera seguido el ejemplo revolucionario de Rusia) para avanzar hacia el socialismo. Pero el movimiento revolucionario europeo se derrumbó y dejó a los bolcheviques en la duda de cómo seguir adelante; así y todo, seguían decididos a avanzar de alguna manera. En 1923, al reevaluar las discusiones referidas a la revolución prematura, Lenin continuaba opinando que las objeciones de los

mencheviques eran "infinitamente triviales". En una situación revolucionaria, como dijo Napoleón de la guerra, "*on s'engage et puis on voit*". Los bolcheviques habían corrido el riesgo y, según concluyó Lenin, ahora —seis años después— no cabía duda de que "en términos generales" habían tenido éxito.[20]

Tal vez esto fuera hacer de necesidad virtud, pues hasta los bolcheviques más optimistas habían quedado conmovidos por la situación económica que debieron enfrentar al finalizar la guerra civil. Era como si, burlándose de los anhelos de los bolcheviques, Rusia se hubiese deshecho del siglo XX y hubiera revertido de un atraso comparativo a un atraso total. Las ciudades se extinguían, las máquinas se herrumbraban en fábricas abandonadas, las minas se habían inundado y la mitad de la clase trabajadora había sido aparentemente reabsorbida por el campesinado. Como revelaría el censo de 1926, la Rusia europea estaba en realidad *menos* urbanizada en los años inmediatamente posteriores a la guerra civil que en 1897. Los campesinos habían regresado a su tradicional agricultura de subsistencia, al parecer con la intención de recrear la edad de oro anterior a la institución de la servidumbre.

La introducción de la NEP en 1921 fue una admisión de que los bolcheviques tal vez pudieran hacer el trabajo de los grandes capitalistas pero que, por el momento, no podían seguir adelante sin los pequeños. En las ciudades, se permitió revivir al comercio privado y a la industria privada en pequeña escala. En el campo, los bolcheviques ya habían permitido que los campesinos hiciesen como mejor les pareciese en lo referido a la tierra, y ahora estaban ansiosos de asegurarse de que desempeñaran adecuadamente su papel de "pequeños burgueses" proveedores del mercado urbano así como el de consumidores de los bienes de consumo producidos en las ciudades. La política de asistir a los campesinos para que consolidasen sus propiedades (comenzada por Stolypin) fue continuada por los autoridades soviéticas en la década de 1920, aunque sin ataques frontales contra la autoridad del *mir*. Desde el punto de vista bolchevique, la agricultura capitalista campesina en pequeña escala era preferible a los tradicionales cultivos comunitarios de cuasi subsistencia de la aldea, e hicieron cuanto pudieron por estimularla.

Pero la actitud de los bolcheviques hacia el sector privado durante la NEP siempre fue ambivalente. La necesitaban para restaurar la economía, destrozada después de la guerra civil, y daban por sentado que probablemente la necesitarían para las etapas tempranas del desarrollo económico ulterior. Sin embargo, una resurrección parcial del capitalismo repugnaba y asustaba a la mayor parte de los afiliados al partido. Cuando se otorgaron "concesiones" para manufacturas y minas a empresas extranjeras, las autoridades soviéticas merodeaban inquietas, a la espera del momento en que la empresa pareciera lo suficientemente sólida como para quitarle la concesión y comprarles el negocio a los inversores. Los empresarios privados locales ("hombres de la NEP") eran objeto de gran suspicacia, y las restricciones sobre sus actividades llegaron a ser tan agobiantes que para la segunda mitad de la década de 1920 muchas de las empresas de éstos fueron a la quiebra, y los que quedaron tomaron la apariencia de dudosos especuladores que operaban en los límites de la ley.

La relación de los bolcheviques con los campesinos durante la NEP fue aún más contradictoria. La agricultura colectiva y en gran escala era su objetivo de largo plazo, pero las opiniones predominantes a mediados de la década de 1920 afirmaban que ésta era una perspectiva realizable sólo en un futuro lejano. En el ínterin, se debía conciliar con el campesinado, permitiéndole seguir su propia senda de pequeño burgués; e iba en interés del estado alentar a los campesinos a mejorar sus métodos agrícolas y aumentar su producción. Ello implicaba que el régimen toleraba y hasta aprobaba a los campesinos que trabajaban duro y eran exitosos en sus explotaciones individuales.

Sin embargo, en la práctica, los bolcheviques eran suspicaces hacia los campesinos que prosperaban más que sus vecinos. Consideraban que tales campesinos eran explotadores en potencia y capitalistas rurales, clasificándolos a menudo como "kulaks", lo cual se traducía en que sufrían muchas discriminaciones, entre otras, la pérdida del derecho al voto. A pesar de todo lo que decían sobre forjar una alianza con el campesino "medio" (categoría intermedia entre "próspero" y "pobre", que englobaba a la gran mayoría de los campesinos) los bolcheviques estaban constantemente

atentos a signos de diferenciación de clase entre los campesinos, esperando la oportunidad de participar en una lucha de clases, respaldando a los campesinos pobres contra los ricos.

Pero era la ciudad, no la aldea, lo que los bolcheviques percibían como clave del desarrollo económico. Cuando hablaban de construir el socialismo, el principal proceso que tenían en mente era la industrialización, que en última instancia transformaría no sólo la economía urbana sino también la rural. En el período que siguió inmediatamente a la guerra civil, tan sólo restablecer la producción industrial a los niveles de 1913 parecía una tarea gigantesca: el plan de electrificación de Lenin fue prácticamente el unico esquema de desarrollo de largo alcance de la primera mitad de la década de 1920 y, a pesar de toda la publicidad que se le dio, sus objetivos originales eran bastante modestos. Pero en 1924-5, una recuperación inesperadamente veloz de la industria y la economía en general provocó una oleada de optimismo entre los líderes bolcheviques, así como una revaluación de las posibilidades de un desarrollo industrial importante en el futuro cercano. Feliks Dzerzhinsky, jefe de la Cheka durante la guerra civil y uno de los mejores organizadores del partido, ocupó la presidencia del Consejo Económico Supremo (Vesenja) en 1924 y comenzó a forjar a partir de él un poderoso ministerio de industria que, al igual que sus predecesores zaristas, se centraba mayormente en el desarrollo de la industria metalúrgica, metalmecánica y de construcción de máquinas. El nuevo optimismo en materia de rápido desarrollo industrial quedaba reflejado en la confiada afirmación que Dzerzhinsky hizo a fines de 1925:

> Estas nuevas tareas [de industrialización] no sólo son tareas de aquellas que considerábamos en términos abstractos hace diez, quince o hasta veinte años, cuando decíamos que es imposible construir el socialismo sin fijar un curso para la industrialización del país. Ahora, no planteamos esa cuestión en términos teóricos generales, sino como objetivo definido y concreto de nuestra actual actividad económica.[21]

No existía un verdadero desacuerdo entre los dirigentes del partido respecto a cuán deseable era una rápida industrialización,

aunque, inevitablemente, el tema fue invocado por uno y otro bando durante los enfrentamientos de facciones de mediados de la década de 1920. A Trotsky, uno de los pocos bolcheviques que apoyó la planificación económica estatal, aun en los sombríos primeros años de la NEP, le habría gustado defender la causa de la industrialización contra sus adversarios políticos. Pero en 1925 Stalin dejó claro que la industrialización ahora era *su* causa, además de una de las más altas prioridades. En el octavo aniversario de la revolución de octubre, Stalin comparó la reciente decisión del partido de embarcarse en la industrialización sobre la base de un plan quinquenal con la histórica decisión de Lenin de tomar el poder en 1917.[22] Era una comparación audaz, que sugería no sólo la importancia a la que Stalin aspiraba para sí, sino la importancia que le concedía a la política de industrialización. Al parecer, ya estaba reservando su lugar en la historia como sucesor de Lenin: Stalin el Industrializador.

La nueva orientación del partido se expresaba en la consigna de Stalin "socialismo en un solo país". Con esto quería decir que Rusia se preparaba a industrializarse, a volverse fuerte y poderosa y a crear las condiciones necesarias para el socialismo mediante sus propios esfuerzos independientes. La modernización nacional, no la revolución internacional, era el objetivo prioritario del partido comunista soviético. Los bolcheviques no necesitaban revoluciones en Europa como soporte de su propia revolución proletaria. No necesitaban la buena voluntad de los extranjeros —fueran éstos revolucionarios o capitalistas— para construir el poder soviético. Como en octubre de 1917, les bastaba con sus propias fuerzas para triunfar.

Ante el hecho innegable del aislamiento soviético del resto del mundo más la intención de Stalin de industrializar a cualquier precio, "socialismo en un solo país" era un lema convocante útil y una buena estrategia política. Pero era la clase de estrategia que los antiguos bolcheviques, entrenados en la estricta escuela de la teoría marxista, a menudo se sentían obligados a discutir aunque no tuvieran objeciones prácticas serias al respecto. Al fin y al cabo, había problemas *teóricos* que solucionar, perturbadoras resonancias de chovinismo nacional, como si el partido hiciese concesiones a las

masas políticamente atrasadas de la población soviética. Primero, Zinoviev (jefe de la Internacional Comunista hasta 1926) y luego Trotsky mordieron el anzuelo, planteando objeciones ideológicamente impecables y políticamente desastrosas al "socialismo en un solo país". Las objeciones permitieron a Stalin denigrar a sus oponentes, señalando al mismo tiempo el hecho políticamente ventajoso de que Stalin había tomado una postura favorable a la construcción de la nación y a la fuerza nacional de Rusia.[23]

Cuando Trotsky, un intelectual judío, señaló que los bolcheviques siempre habían sido internacionalistas, los partidarios de Stalin lo tildaron de cosmopolita a quien Rusia le importaba menos que Europa. Cuando Trotsky afirmó, correctamente, que él no era menos industrializador que Stalin, los hombres de Stalin recordaron que había preconizado el reclutamiento laboral en 1920 y que por lo tanto, a diferencia de Stalin, probablemente fuera un industrialista dispuesto a sacrificar los intereses de la clase obrera rusa. Sin embargo, cuando la forma en que se financiaría la industrialización se convirtió en tema de debate y Trotsky arguyó que el comercio exterior y los créditos eran esenciales si no se quería que la población rusa sufriera más allá de lo tolerable, esto no sólo se tomó como otra prueba del "internacionalismo" de Trotsky, por no hablar de su falta de realismo, ya que cada vez parecía más lejana la posibilidad de que el comercio exterior en gran escala y los créditos fuesen obtenibles. En contraste, Stalin tomaba una posición que era simultáneamente patriótica y práctica: la Unión Soviética no necesitaba ni deseaba rogarle favores al Occidente capitalista.

Sin embargo, el financiamiento del camino a la industrialización era un tema serio, que no sería resuelto mediante alardes retóricos. Los bolcheviques sabían que la acumulación de capital había sido un requisito previo para la revolución industrial burguesa y que, como Marx había descripto vívidamente, ese proceso había implicado el sufrimiento de la población. El régimen soviético también debía acumular capital para industrializarse. La antigua burguesía rusa ya había sido expropiada, y la nueva burguesía de los "hombres de la NEP" y los kulaks no había tenido tiempo de acumular demasiado. Si, aislada políticamente como consecuencia

de la revolución, Rusia ya no podía seguir el ejemplo de Witte y obtener capitales de Occidente, el régimen debería recurrir a sus propios recursos y a los de la población, que aún era predominantemente campesina. De modo que ¿la industrialización soviética significaba "oprimir a los campesinos"? Si así era ¿podría el régimen sobrevivir al enfrentamiento político que probablemente se produciría?

A mediados de la década de 1920, este tema era motivo de debate entre el oposicionista Preobrayensky y el por entonces estalinista Bujarin. Estos dos, coautores en su momento del *ABC del comunismo*, eran conocidos teóricos marxistas, respectivamente especializados en economía y en teoría política. Durante el debate que los enfrentó, Preobrayensky —argumentando como economista— dijo que sería necesario extraer del campesinado un "tributo" para pagar la industrialización, en buena parte invirtiendo los términos de intercambio en detrimento del sector rural. A Bujarin esto le parecía inaceptable en términos políticos, y objetó que era probable que alienara a los campesinos y que el régimen no podía arriesgarse a quebrar la alianza obrero-campesina que según Lenin constituía la base de la NEP. El debate no tuvo un resultado concluyente, ya que Bujarin concedió que era necesario industrializar y, por lo tanto, acumular capital de alguna manera y Preobrayensky concedió que la coerción y el enfrentamiento violento con los campesinos no eran deseables.[24]

Stalin no participó en el debate, lo que llevó a muchos a dar por sentado que compartía la postura de su aliado Bujarin. Sin embargo, ya había algunos indicios de que la actitud de Stalin hacia el campesinado era menos conciliadora que la de Bujarin: había adoptado una línea más dura frente a la amenaza representada por los kulaks y, en 1925, se había disociado en forma explícita de la alegre exhortación de Bujarin al campesinado a "enriquecerse", con la bendición del régimen. Además, Stalin se había comprometido muy firmemente con el programa industrializador; y la conclusión que se extrajo del debate Preobrayensky-Bujarin era que Rusia debía posponer su industrialización o arriesgarse a un importante enfrentamiento con el campesinado. Stalin no era hombre de anunciar políticas impopulares por adelantado, pero,

en retrospectiva, no es difícil ver qué conclusión prefería. Como notó en 1927, la recuperación económica que trajo la NEP, que llevó la producción industrial y el tamaño del proletariado industrial casi a los niveles de preguerra, había cambiado el equilibrio de poder entre ciudad y campo en favor de la ciudad. Stalin tenía intención de industrializar, y si ello significaba un enfrentamiento político con el campo, Stalin consideraba que ganaría "la ciudad", es decir, el proletariado urbano y el régimen soviético.

Al presentar la NEP en 1921, Lenin la describió como una retirada estratégica, un período para que los bolcheviques reagruparan sus tropas y recuperaran fuerzas antes de renovar el asalto revolucionario. Menos de una década más tarde, Stalin abandonó la mayor parte de las políticas de la NEP e inició una nueva fase de transformación revolucionaria con el primer plan quinquenal de industrialización y la colectivización de la agricultura campesina. Stalin afirmó, e indudablemente así lo creía, que ése era el verdadero camino leninista, la senda que Lenin habría seguido de haber vivido. Otros dirigentes del partido, entre ellos Bujarin y Rykov no estuvieron de acuerdo, como se discutirá en el siguiente capítulo, pues señalaron que Lenin había dicho que las políticas moderadas y conciliadoras de la NEP debían ser seguidas "seriamente y por un largo tiempo" antes de que el régimen estuviese en condiciones de dar nuevos pasos decisivos hacia el socialismo.

Los historiadores están divididos con respecto al legado político de Lenin. Algunos aceptan que, para bien o para mal, Stalin fue su verdadero heredero, mientras que otros ven a Stalin esencialmente como al que traicionó la revolución de Lenin. Por supuesto que esta última visión fue la que adoptó Trotsky, quien se veía como el heredero rival, pero así y todo no tenía, en principio, desacuerdos con el abandono de Stalin de la NEP y con el impulso de éste hacia la transformación económica y social mediante el primer plan quinquenal. En la década de 1970 y luego, brevemente durante la era de la *perestroika* de Gorbachov en la Unión Soviética, los estudiosos que veían una divergencia fundamental entre el leninismo (o "bolchevismo original") y el estalinismo se sintieron atraídos a Stalin por la "alternativa Bujarin".[25] En efecto, la

alternativa Bujarin consistía en prolongar en lo inmediato la NEP, lo que entrañaba la posibilidad de que, una vez alcanzado el poder, los bolcheviques hubieran podido alcanzar sus metas revolucionarias económicas y sociales mediante métodos evolutivos.

El interrogante de si Lenin habría abandonado la NEP para fines de la década de 1920 o no es una de esas cuestiones de "si..." de la historia que jamás tendrán respuesta definitiva. Durante sus últimos años, 1921-3, era pesimista ante las perspectivas de transformación radical —como lo eran todos los líderes bolcheviques en esos momentos— y se sentía ansioso por que el partido dejara de lado cualquier añoranza que quedara sobre las recién descartadas políticas del comunismo de guerra. Pero él era un pensador y político excepcionalmente volátil, cuyo punto de vista —como el de otros líderes bolcheviques— podría haber cambiado radicalmente en respuesta a la veloz recuperación económica de 1924-5. Al fin y al cabo, en enero de 1917, Lenin habría creído posible que "las batallas decisivas de la revolución" no llegarían durante su vida, pero en septiembre de ese mismo año, insistía en la necesidad absoluta de tomar el poder en nombre del proletariado. A Lenin generalmente no le gustaba ser objeto pasivo de las circunstancias, y en esencia, ésta era la visión que los bolcheviques tenían de sí mismos en lo que respecta a la NEP. Era un revolucionario por temperamento y, en términos políticos y sociales, la NEP no era de ningún modo la realización de sus objetivos revolucionarios.

Sin embargo, más allá del debate referido a Lenin queda la cuestión mayor de si el conjunto del Partido Bolchevique estaba dispuesto a aceptar a la NEP como fin y resultado de la revolución de octubre. Tras la denuncia por parte de Jrushov de los abusos de la era de Stalin en el vigésimo congreso del partido en 1956, muchos intelectuales soviéticos de la antigua generación escribieron memorias sobre sus juventudes en la década de 1920 en las cuales la NEP casi parecía una edad de oro; y a menudo los historiadores occidentales han adoptado un punto de vista similar. Pero, vistas en retrospectiva, las virtudes de la NEP —relativas relajación y diversidad dentro de la sociedad, actitud comparativamente *laissez-faire* de parte del régimen— no eran cualidades que los comunistas revolucionarios apreciaron demasiado en su momento.

comunistas de la década de 1920 temían a los enemigos de clase, intolerantes hacia la diversidad cultural y se sentían incómodos ante la falta de unidad en la dirigencia partidaria, así como ante la pérdida del sentido de unidad y propósito. Querían que su transformación transformara al mundo, pero durante la NEP quedó claro que mucho del mundo viejo había sobrevivido.

Para los comunistas, la NEP olía a Termidor, el período de degeneración de la gran revolución francesa. En 1926-7, el enfrentamiento entre la dirigencia del partido y la oposición alcanzó nuevas cotas de encono. Ambos bandos se acusaban de conspiración y de traición a la revolución. Se citaban frecuentemente analogías con la revolución francesa, a veces con respecto a las acusaciones de "degeneración termidoriana", otras —ominosamente— en referencia a los efectos salutíferos de la guillotina. (En el pasado, los intelectuales bolcheviques se enorgullecían de su conocimiento de la historia revolucionaria, que les enseñó cómo las revoluciones caen cuando comienzan a devorar a los suyos.)[26]

También había indicios de que el descontento no se limitaba a la elite del partido. Muchos comunistas y simpatizantes de las bases, especialmente los jóvenes, comenzaban a desilusionarse, y se inclinaban a creer que la revolución no había sido más que una etapa pasajera. Los obreros (incluidos los obreros comunistas) sentían resentimiento ante los privilegios de los "expertos burgueses" y los funcionarios soviéticos, las ganancias de los astutos hombres de la NEP, el elevado desempleo y la perpetuación de la desigualdad de oportunidades y estándares de vida. Los agitadores y propagandistas del partido debían responder frecuentemente a la airada pregunta "¿Entonces, por qué peleamos?". El ánimo reinante en el partido no era de satisfacción porque finalmente la joven república soviética hubiera ingresado a un remanso de paz. Era un ánimo de descontento, insatisfacción y beligerancia apenas contenida y, particularmente entre la juventud del partido, de nostalgia por los viejos días heroicos de la guerra civil. Para el partido comunista —que en la década de 1920 era un partido joven, forjado por las experiencias de la revolución y la guerra civil, y que aún se percibía como (según la frase de Lenin en 1917) "la clase obrera en armas"— la paz tal vez había llegado demasiado pronto.

5. La revolución de Stalin

El programa industrializador del primer plan quinquenal (1929-32) y la colectivización forzada de la agricultura que lo acompañó se han descripto a menudo como una "revolución desde arriba". Pero la imaginería de la guerra se le puede aplicar en forma igualmente apropiada y en su momento —"en el furor de la batalla", como les gustaba decir a los comentaristas soviéticos—; las metáforas bélicas eran aún más comunes que las revolucionarias. Los comunistas eran "combatientes"; las fuerzas soviéticas debían ser "movilizadas" a los "frentes" de la industrialización y la colectivización; eran de esperar "contraataques" y "emboscadas" de los enemigos de clase burgueses y kulak. Era una guerra contra el atraso de Rusia y al mismo tiempo, una guerra contra los enemigos de clase del proletariado, dentro y fuera del país. Según la interpretación de historiadores posteriores éste fue, de hecho, el período de la "guerra de Stalin contra la nación".[1]

La imaginería bélica tenía la clara intención de simbolizar un retorno al espíritu de la guerra civil y del comunismo de guerra y un repudio de los poco heroicos compromisos de la NEP. Pero Stalin no se limitaba a jugar con símbolos, pues, en muchos aspectos, la Unión Soviética bajo el Plan Quinquenal realmente parecía un país en guerra. La oposición política y la resistencia a las políticas del régimen eran denunciadas como traición y a menudo castigadas con severidad propia de tiempos de guerra. La necesidad de estar atentos a espías y saboteadores se transformó en un tema constante en la prensa soviética. Se exhortaba a la población a la solidaridad patriótica, y ésta debió hacer muchos sacrificios por el "esfuerzo bélico" de la industrialización: como una recreación más profunda (aunque no intencional) de las condiciones de tiempos de guerra, se reintrodujo el racionamiento a las ciudades.

Aunque la atmósfera de crisis de época de guerra a veces se percibe como una mera respuesta a las tensiones producidas por las forzadas industrialización y colectivización, en realidad era anterior a éstas. El estado psicológico de emergencia bélica comenzó con la gran alarma de guerra de 1927, momento en que se difundió ampliamente la creencia de que una nueva intervención militar de los países capitalistas era inminente. La Unión Soviética acababa de sufrir una serie de reveses en su política exterior y en la Internacional Comunista: un allanamiento británico a la misión comercial soviética (ARCOS) de Londres, el ataque del Kuomintang nacionalista contra sus aliados comunistas en China, el asesinato político de un diplomático plenipotenciario soviético en Polonia. Trotsky y otros oposicionistas responsabilizaban a Stalin de los desastres de la política exterior, en particular el de China. Una cantidad de dirigentes soviéticos y de la Internacional Comunista interpretaron públicamente estos reproches como evidencia de una conspiración antisoviética dirigida por Gran Bretaña, que probablemente culminaría con un ataque militar combinado contra la Unión Soviética. La tensión en el frente interno aumentó cuando la GPU (sucesora de la Cheka) comenzó a detener a presuntos enemigos del régimen y la prensa informó acerca de incidentes de terrorismo antisoviético y del descubrimiento de conspiraciones internas contra el régimen. En espera de una guerra, los campesinos comenzaron a retacearle grano al mercado; y hubo compras de bienes de consumo impulsadas por el pánico por parte de la población rural y urbana.

La mayor parte de los historiadores occidentales llegan a la conclusión de que no había un peligro de intervención real e inmediato; ésta era también la opinión del Comisariato soviético de asuntos exteriores y, casi con certeza, de integrantes del Politburó como Alexei Rykov, poco inclinados a pensar en términos conspirativos. Pero otros integrantes de la dirigencia del partido se alarmaban con más facilidad. Entre ellos, el excitable Bujarin, por entonces a cargo de la Internacional Comunista, donde medraban los rumores alarmistas y escaseaban las informaciones concretas sobre las intenciones de los gobiernos extranjeros.

La actitud de Stalin es más difícil de evaluar. Se mantuvo en silencio durante los meses de ansiosas discusiones sobre el peligro

de guerra. Luego, a mediados de 1927, con gran habilidad enfocó la discusión sobre la oposición. Aunque negó que la guerra era inminente, vilipendió de todas formas a Trotsky por haber afirmado que, como Clemenceau durante la Primera Guerra Mundial, continuaría la oposición activa a la dirigencia de su país aun si el enemigo estuviese a las puertas de la capital. A los comunistas leales y patriotas soviéticos, esto casi les sonaba a traición; y probablemente tuvo un papel decisivo en permitirle a Stalin que asestase su golpe final a la oposición pocos meses después, cuando Trotsky y otros dirigentes opositores fueron expulsados del partido.

El enfrentamiento entre Stalin y Trotsky en 1927 dio ocasión a un ominoso aumento de la temperatura política. Quebrando lo que hasta entonces había sido un tabú del Partido Bolchevique, la dirigencia autorizó el arresto y el exilio administrativo de opositores políticos, así como otras formas de acoso de la GPU a la oposición. (El propio Trotsky fue exiliado a Alma-Ata tras su expulsión del partido; en enero de 1929, por orden del politburó, fue deportado de la Unión Soviética.) A fines de 1929, en respuesta a informes de la GPU sobre el peligro que representaba un golpe de la oposición, Stalin presentó al politburó una serie de propuestas que sólo se pueden comparar a la tristemente célebre ley de sospechosos de la revolución francesa.[2] Sus propuestas, que se aceptaron, pero no se hicieron públicas eran que

> ... quienes propaguen las opiniones de la oposición deben ser considerados cómplices peligrosos de los enemigos externos e internos de la Unión Soviética y que tales personas serán sentenciadas como "espías" por decreto administrativo de la GPU; que la GPU debe organizar una red de agentes vastamente ramificada con la misión de detectar elementos hostiles dentro del aparato gubernativo, aun en los niveles más altos de éste, y dentro del partido, incluyendo en órganos conductivos. "Quienquiera que despierte la más pequeña sospecha debe ser desplazado", concluyó Stalin...[3]

La atmósfera de crisis generada por la culminación del enfrentamiento con la oposición y el temor a una guerra se exacerbó en los primeros meses de 1928 con el estallido de un importante

enfrentamiento con el campesinado (véase *infra*, pp. 158-164) y la formulación de cargos por deslealtad contra la antigua inteliguentsia "burguesa". En marzo de 1928, el fiscal del estado anunció que un grupo de ingenieros en la región de Shajti en la cuenca del Don sería juzgado por sabotaje deliberado de la industria minera y conspiración con potencias extranjeras.[4] Éste fue el primero de una serie de juicios ejemplificadores a expertos burgueses, en los cuales la parte acusadora asoció la amenaza interna de los enemigos de clase con la amenaza de intervención de potencias capitalistas extranjeras y los acusados confesaron su culpabilidad y ofrecieron pormenorizados testimonios de sus actividades clandestinas.

Los juicios, amplios extractos de los cuales se dieron a conocer literalmente en los diarios, implicaban el abierto mensaje de que, a pesar de su pretendida lealtad hacia el poder soviético, la inteliguentsia burguesa seguía siendo un enemigo de clase con el cual, por definición, no se podía contar. Menos abierto, pero claramente audible para los capataces y administradores comunistas que trabajaban con expertos burgueses era que también ellos estaban en falta, que eran culpables de estupidez y credulidad, si no de cosas peores, al haber permitido que los expertos los engañaran.[5]

La nueva política recurría a los sentimientos de suspicacia y hostilidad hacia las antiguas clases privilegiadas que eran endémicos en la clase obrera rusa y las bases comunistas. Sin duda, era en parte una respuesta al escepticismo de muchos expertos e ingenieros de que los elevados objetivos que se fijaba el primer plan quinquenal pudieran alcanzarse. Aun así, fue una política que tuvo enormes costos para un régimen que se disponía a embarcarse en un programa de industrialización a marchas forzadas, así como la campaña de 1928-9 contra los enemigos "kulak" del sector agrícola. Al país le faltaban expertos de toda clase, en especial ingenieros, cuyos conocimientos eran cruciales para el impulso modernizador (en 1928, la gran mayoría de los ingenieros rusos calificados eran "burgueses" y no comunistas).

Las razones de Stalin para lanzar su campaña antiexpertos han desconcertado a los historiadores. Como las acusaciones de

conspiración y sabotaje eran tan inverosímiles, y las confesiones de los acusados, fraudulentas u obtenidas mediante coerción, a menudo se da por sentado que no es posible que Stalin y sus colegas hayan creído en ellas. Sin embargo, a medida que surgen nuevos datos de los archivos, se refuerza cada vez más la impresión de que Stalin (aunque no necesariamente sus colegas del politburó) realmente creía en estas conspiraciones —o al menos, creía a medias, dándose cuenta al mismo tiempo de que se le podía dar un ventajoso empleo político a esa creencia.

Cuando Viacheslav Menyinskii, cabeza del OGPU (anteriormente GPU) le envió a Stalin material originado en el interrogatorio a expertos a quienes se acusaba de pertenecer al "partido industrial", cuyos dirigentes supuestamente habían planeado un golpe respaldado por capitalistas emigrados y coordinados con planes para una intervención militar extranjera, Stalin replicó en términos que sugieren que aceptó literalmente las confesiones y que se tomaba muy en serio el peligro de guerra inminente. La evidencia más interesante, le dijo Stalin a Menyinskii, era la que se refería a la ocasión de la planeada intervención militar:

> Resulta que habían planeado la intervención para 1930, y que luego la pospusieron para 1931 o incluso 1932. Eso es muy probable y es importante. Es tan importante porque es información que se origina en una fuente primaria, es decir, del grupo de Riabushinskii, Gukasov, Denisov y Nobel' [capitalistas que tenían importantes intereses en la Rusia prerrevolucionaria], que representa el más poderoso de todos los grupos socioeconómicos en la URSS y en la emigración, los más poderosos en términos de capital y de conexiones con los gobiernos francés e inglés.

Ahora que tenía la evidencia en sus manos, concluía Stalin, el régimen soviético podría darle intensa publicidad en el frente doméstico y en el exterior "paralizando y deteniendo así todo intento de intervención durante los próximos uno o dos años, lo cual es de la mayor importancia para nosotros".[6]

Más allá de qué, o en qué forma, Stalin y los otros dirigentes creyeran con respecto a conspiraciones antisoviéticas y amenazas

militares inmediatas, estas ideas se diseminaron ampliamente en la Unión Soviética. Ello no sólo fue así por los esfuerzos propagandísticos del régimen, sino porque tales conceptos, al reforzar prejuicios y temores ya existentes, eran creíbles para amplios sectores de la opinión pública soviética. A partir de fines de la década de 1920, se invocaban regularmente conspiraciones internas y externas para explicar problemas como la escasez de alimentos y las interrupciones en la industria, el transporte y la energía. En forma similar, el peligro de guerra se incorporó a la mentalidad soviética de la época, y recurrentes alarmas de guerra ocuparon la atención del politburó y del público lector de periódicos hasta el verdadero estallido de la guerra en 1941.

Stalin contra la derecha

En el invierno de 1927-8, la conducción del partido se dividió sobre la política a seguir respecto del campesinado, con Stalin de un lado y un grupo que ulteriormente se conoció como "la oposición de derecha" del otro. El problema inmediato era el suministro de grano. A pesar de una buena cosecha en el otoño de 1927, la comercialización por parte de los campesinos y el suministro por parte del estado cayeron muy por debajo de lo que se esperaba. El temor a la guerra era un factor, pero también lo era el bajo precio que el estado pagaba por el grano. Ante la inminencia del programa industrializador, la pregunta era si el régimen debía correr el riesgo político de presionar más a los campesinos o aceptar las consecuencia económicas de comprar la buena voluntad de éstos.

Durante la NEP, parte de la filosofía económica del régimen consistió en aumentar la acumulación de capital del estado pagando precios relativamente bajos por la producción agrícola de los campesinos, cobrando al mismo tiempo precios relativamente altos por los bienes manufacturados que producía la industria nacionalizada. Pero en los hechos, esta situación siempre había estado mitigada por la existencia de un mercado libre de granos, que mantenía los precios que pagaba el estado cercanos al nivel que señalaba el mercado. Por entonces, el estado no quería enfrentarse al cam-

pesinado y, por lo tanto, había hecho concesiones cuando, como ocurrió en la "crisis de las tijeras" de 1923-4, la discrepancia entre los precios agrícolas e industriales era demasiado pronunciada.

Sin embargo, en 1927, el inminente programa de industrialización cambió la ecuación en muchas formas. Que el suministro de granos no fuera confiable ponía en peligro los planes para una exportación de grano en gran escala que compensaría la importación de maquinarias extranjeras. Una suba del precio del grano reduciría los fondos disponibles para la expansión industrial, y tal vez hiciera imposible cumplir con el plan quinquenal. Además, como se daba por sentado que una proporción muy importante de todo el grano que se comercializaba venía de sólo una pequeña proporción de los agricultores campesinos de Rusia, parecía de esperar que el aumento del precio del grano beneficiaría a los "kulaks" —enemigos del régimen— más bien que al conjunto del campesinado.

En el decimoquinto congreso del partido, celebrado en diciembre de 1927, los principales temas de discusión pública fueron el plan quinquenal y la excomunión de la "oposición de izquierda" (trotskista-zinovievista). Pero entre bambalinas, el tema del suministro de granos ocupaba buena parte del pensamiento de los dirigentes, y se mantenían ansiosas discusiones con los delegados de las principales regiones productoras de grano del país. Poco después del congreso, una cantidad de integrantes del politburó y del comité central partieron en misiones investigativas de urgencia a esas regiones. El propio Stalin, en uno de sus infrecuentes viajes a la provincia desde la guerra civil, fue a investigar la situación en Siberia. El comité del partido en Siberia, encabezado por una de las estrellas ascendentes del partido, el bien educado y eficiente Serguei Syrtsov, estaba intentando evitar enfrentamientos con los campesinos por los suministros, y Rykov (jefe del gobierno soviético e integrante del politburó) le había asegurado que ésa era la línea correcta a seguir. Pero Stalin opinaba de otra manera. Al regresar de Siberia a comienzos de 1928, dio a conocer su punto de vista ante el politburó y el comité central.[7]

Stalin llegó a la conclusión de que el problema básico era que los kulaks estaban acumulando grano a escondidas con el propósito

de tener como rehén al estado soviético. Las medidas conciliatorias como elevar el precio del grano o incrementar el suministro de bienes manufacturados para el campo no tenían sentido, ya que las demandas de los kulaks no harían más que ir en aumento. De todas maneras, el estado no podía permitirse ceder a tales demandas, pues la inversión industrial tenía la prioridad. La solución de corto plazo (a la que se ha designado como el método "Urales-Siberia" de lidiar con el campesinado) era la coerción: los "especuladores" campesinos debían ser combatidos mediante el artículo 107 del Código Penal, designado en origen para lidiar con especuladores urbanos.

Stalin sugirió que la solución de largo plazo era forzar la colectivización agrícola, lo que aseguraría un suministro de grano confiable para las necesidades de las ciudades, el Ejército Rojo y la exportación, quebrando además el dominio de los kulaks en el mercado de granos. Stalin negaba que esta política implicara medidas radicales contra los kulaks ("dekulakización") o un regreso a las prácticas de requisición de grano de la guerra civil. Pero la negativa misma tenía una resonancia siniestra: para los comunistas a la busca de líneas orientativas, la referencia a las políticas de la guerra civil unidas a la ausencia de toda referencia a la NEP equivalía a una señal de ataque.

La política de Stalin —confrontación antes que conciliación, persecuciones, registro de graneros, bloqueo de rutas para impedir que los campesinos llevasen su producto a comerciantes que ofrecieran precios más altos que los del estado— se puso en marcha en la primavera de 1928 y produjo una mejora temporaria en el nivel del suministro de granos, además de un marcado ascenso de la tensión en el campo. Pero también había mucha tensión en torno a la nueva política en el interior del partido. En enero, organizaciones partidarias locales habían recibido diversas instrucciones, que a veces se contradecían, de los inspectores del politburó y el comité central. Mientras Stalin les decía a los comunistas siberianos que fuesen duros, Moshe Frumkin (comisario suplente de finanzas) recorría la vecina región de los Urales septentrionales aconsejando conciliar y ofrecer bienes manufacturados en intercambio directo por el grano; y Nikolai Uglanov (jefe de la organización

partidaria de Moscú y aspirante a integrar el politburó) daba consejos parecidos en la región del Volga inferior, notando de paso que la excesiva presión desde el centro había llevado a algunos funcionarios locales del partido a emplear indeseables métodos propios del "comunismo de guerra" para obtener el grano.[8] Accidental o deliberadamente, Stalin había dejado mal parados a hombres como Frumkin y Uglanov. En el politburó, dejó de lado su práctica inicial de construir un consenso y simplemente hacía aprobar sus decisiones políticas a la fuerza de la forma más arbitraria y provocativa.

Una oposición de derecha a Stalin comenzaba a aglutinarse en la dirigencia del partido a comienzos de 1928, a pocos meses de la derrota final de la oposición de izquierda. La esencia de la postura de la derecha era que el marco político y las políticas sociales básicas de la NEP debían permanecer inmutables, y que éstas representaban el verdadero enfoque leninista de la construcción del socialismo. La derecha se oponía a la coerción a los campesinos, el excesivo énfasis en el peligro kulak y las polítdcas destinadas a estimular una guerra de clases en el campo que enfrentara a los campesinos pobres con los más ricos. Al argumento de que la coerción contra los campesinos era necesaria para garantizar el suministro de granos (y por lo tanto, la exportación de granos que financiaría el proyecto de industrialización), la derecha respondía sugiriendo que las metas de producción industrial del primer plan quinquenal debían mantenerse "realistas" es decir, relativamente bajas. La derecha también se oponía a la nueva política de guerra de clase agresiva contra la antigua inteliguentsia ejemplificada por el juicio de Shajti, e intentaba neutralizar la atmósfera de crisis engendrada por la constante discusión de la inminencia de la guerra y el peligro de espías y saboteadores.

Los dos principales derechistas del politburó eran Rykov, cabeza del gobierno soviético y Bujarin, editor en jefe de *Pravda*, cabeza de la Internacional Comunista y destacado teórico marxista. Tras sus desacuerdos políticos con Stalin subyacía la noción de que éste había cambiado unilateralmente las reglas del juego político según se jugaba éste desde la muerte de Lenin, descartando abruptamente las convenciones de la conducción colectiva y

aparentemente abandonando en forma simultánea las bases políticas fundamentales de la NEP. Bujarin, ardiente polemista pro Stalin en las batallas con los trotskistas y zinovievistas experimentaba una particular sensación de haber sido traicionado en lo personal. Stalin lo había tratado como a un par político, asegurándole que ambos eran los dos "Himalayas" del partido, pero sus acciones sugerían que sentía poco respeto genuino por Bujarin en lo político y en lo personal. Bujarin reaccionó impetuosamente ante esta decepción, dando el paso, políticamente desastroso, de iniciar conversaciones secretas con algunos de los dirigentes de la derrotada oposición de izquierda en el verano de 1928. Acusó en privado a Stalin de ser un "Gengis Khan" que destruiría a la revolución, lo cual llegó rápidamente a oídos de éste, pero no contribuyó a la credibilidad de Bujarin entre aquellos a los que tan recientemente había atacado en nombre de Stalin.

A pesar de esta iniciativa privada de Bujarin, los derechistas del politburó no hicieron ningún intento real de organizar una facción opositora (ya que habían observado los castigos por "faccionalismo" que había recibido la izquierda), y llevaron adelante sus discusiones con Stalin y sus partidarios en el politburó a puertas cerradas. Sin embargo, esta táctica también resultó tener serias desventajas, ya que los derechistas encubiertos del Politburó se vieron obligados a participar en ataques públicos a un vago y anónimo "peligro derechista" —lo cual significaba la tendencia a la cobardía, la falta de seguridad en el liderazgo y la falta de confianza revolucionaria— en el partido. Para quienes estaban afuera del círculo cerrado de la dirigencia partidaria quedaba claro que se estaba desarrollando alguna clase de lucha por el poder, pero pasaron muchos meses hasta que se definió claramente cuáles eran los temas en discusión y la identidad de los acusados de derechistas. Los derechistas del politburó no podían buscar un apoyo en gran escala en el partido, y su plataforma sólo fue dada a conocer en forma de distorsionada paráfrasis por sus opositores, además de a través de ocasionales sugerencias y referencias propias de las fábulas de Esopo por los propios derechistas.

Las dos principales bases de poder de la derecha eran la organización del partido de Moscú, encabezada por Uglanov y el consejo

central de sindicatos, encabezado por el derechista integrante del politburó Mijail Tomsky. El primero cayó en manos de los estalinistas en el otoño de 1928, tras lo cual fue sometido a una purga dirigida por el viejo allegado a Stalin, Viacheslav Molotov. El segundo cayó unos meses después, esta vez mediante una operación conducida por un ascendente partidario del estalinismo, Lazar Kaganovich, por entonces sólo aspirante a integrar el politburó, pero ya conocido por su dureza y su habilidad política gracias a su intervención previa en la notoriamente problemática organización del partido en Ucrania. Aislados y sin iniciativa, los derechistas del politburó finalmente fueron identificados por sus nombres y llevados a juicio a comienzos de 1929. Tomsky perdió la conducción de los sindicatos y Bujarin fue desplazado de sus puestos de la Internacional Comunista y del consejo editorial de *Pravda*. Rykov —el decano de los derechistas del politburó, político más cauto y pragmático que Bujarin, pero tal vez una fuerza a ser tomada más en serio que éste en la cúpula del partido— continuó al frente del gobierno soviético por casi dos años después del derrumbe de la derecha, pero fue remplazado por Molotov en 1930.

La verdadera fuerza de la derecha en el seno del partido y la elite administrativa es difícil de evaluar, dada la ausencia de conflicto abierto o facciones organizadas. La purga intensiva de la burocracia del partido y el gobierno que siguió a la derrota de la derecha, hace suponer que tal vez la derecha tenía (o se creía que tenía) considerable apoyo.[9] Sin embargo, los funcionarios desplazados por derechismo no necesariamente eran derechistas ideológicos. El rótulo de derechistas se aplicaba tanto a los disidentes ideológicos como al "peso muerto" burocrático —es decir, aquellos funcionarios a quienes se consideraba demasiado incompetentes, apáticos y corruptos para estar a la altura de los requerimientos de la agresiva revolución desde arriba ejectutada por Stalin. Está claro que estas categorías no eran idénticas: ponerles el mismo rótulo era simplemente una de las formas de los estalinistas de desacreditar a la derecha ideológica.

Del mismo modo que quienes se habían opuesto previamente a Stalin, la derecha fue derrotada por la máquina partidaria que controlaba Stalin. Pero en contraste con otras luchas por el

liderazgo, ésta implicaba temas de discusión de principios y políticas claramente definidos. Como tales temas no eran sometidos a voto, sólo podemos especular con respecto a la actitud del conjunto del partido. La plataforma de la derecha entrañaba un menor riesgo de conmoción social y política, y no requería que los cuadros del partido cambiaran los hábitos y la orientación de la NEP. Del lado del debe, la derecha prometía mucho menos que Stalin en materia de logros; y, a fines de la década de 1920, el partido tenía hambre de logros y no contaba con nuestro conocimiento retrospectivo de cuáles sería los costos. A fin de cuentas, lo que proponía la derecha era un programa moderado, de poca ganancia y poco conflicto para un partido que era belicosamente revolucionario, se sentía amenazado por una variedad de enemigos internos y externos y continuaba creyendo que la sociedad podía y debía ser transformada. Lenin había ganado aceptación con un programa como ése en 1921. Pero en 1928-9, la derecha no tenía un Lenin que la condujera; y las políticas de retirada de la NEP ya no podían ser justificadas (como en 1921) por la inminencia del colapso económico total y la revuelta popular.

Si los líderes de la derecha no buscaron publicitar su plataforma o forzar un debate generalizado en el partido sobre los temas en discusión, ello puede haberse debido a que tenían buenas razones que iban más allá de sus declamados escrúpulos sobre la unidad partidaria. La plataforma de la derecha era racional y tal vez también (como ellos decían) leninista, pero no era una buena plataforma para hacer campaña dentro del partido comunista. En términos políticos, los derechistas tenían la clase de problemas que, por ejemplo, enfrentarían los líderes conservadores británicos si debieran hacer concesiones importantes a los sindicatos o los republicanos estadounidenses si planearan aumentar los controles federales e iucrementar la regulación gubernamental a las empresas privadas. Por razones pragmáticas, tales políticas podían prevalecer en las discusiones a puertas cerradas del gobierno (en eso consistía la esperanza y la estrategia de la derecha en 1928). Pero no proveían de buenas consignas con las que movilizar a los fieles del partido.

Mientras que la derecha, como las oposiciones que habían existido previamente, también enarbolaba la causa de una democracia

más amplia dentro del partido, ello tenía un valor dudoso a la hora de obtener votos comunistas. Los funcionarios partidarios locales se quejaban de que socavaba su autoridad. En una discusión particularmente áspera ocurrida en los Urales, a Rykov se le dijo que la intención de la derecha parecía ser la de atacar a "los secretarios [regionales] del partido",[10] es decir, culparlos por cualquier cosa que anduviera mal y, además, pretender que no tenían derecho a sus cargos por no haber sido elegidos como corresponde. Desde el punto de vista del funcionario provincial intermedio, los derechistas eran más bien elitistas que demócratas, hombres que, tal vez por estar demasiado tiempo en Moscú, habían perdido contacto con las bases partidarias.

El programa industrializador

Para Stalin, como para el principal modernizador del último período zarista, el conde Witte, un veloz desarrollo de la industria pesada de Rusia era un requisito previo a la fuerza nacional y el poderío militar. "En el pasado", dijo Stalin en febrero de 1931,

> ... no teníamos patria, ni podíamos tenerla. Pero ahora que hemos derrocado al capitalismo y el poder está en nuestras manos, en manos del pueblo, tenemos una patria y debemos defender su independencia. ¿Queréis que nuestra patria socialista sea derrotada y pierda su independencia? Si no queréis que eso ocurra, debéis terminar con su atraso lo antes posible y construir su economía socialista con ritmo, genuinamente.

Éste era un asunto de total urgencia, pues el ritmo de la industrialización determinaría si la patria socialista sobrevivía o se derrumbaba ante sus enemigos.

> Aminorar el ritmo significaría quedar por el camino. Y los que quedan por el camino son derrotados. Pero no queremos ser derrotados. ¡No, nos negamos a ser derrotados! Una característica de la historia de la vieja Rusia fueron las continuas derrotas que le hizo sufrir

> su atraso. Fue derrotada por mogoles. Fue derrotada por beys turcos. Fue derrotada por gobernantes feudales suecos. Fue derrotada por nobles polacos y lituanos. Fue derrotada por capitalistas británicos y franceses. Fue derrotada por barones japoneses. Todos la derrotaban —debido a su atraso, debido a su atraso militar, atraso cultural, atraso agrícola... estamos cincuenta o cien años por detrás de los países avanzados. Debemos compensar esa brecha en diez años. O lo hacemos o nos hundimos.[11]

Con la adopción del primer plan quinquenal en 1929, la industrialización se convirtió en la primera prioridad del régimen soviético. La agencia estatal que encabezaba la marcha a la industrialización, el Comisariato de la Industria Pesada (sucesor del Supremo Consejo Económico) fue dirigido entre 1930 y 1937 por Sergo Orzhonikidze, uno de los integrantes más poderosos y dinámicos de la dirigencia estalinista. El primer plan quinquenal se centró en el hierro y el acero, llevando las plantas ya establecidas en Ucrania a su máxima capacidad productiva y construyendo desde cero nuevos complejos inmensos como Magnitogorsk en los Urales meridionales. Las plantas de producción de tractores también tenían alta prioridad, no sólo por las necesidades inmediatas de la agricultura colectivizada (aumentadas por el hecho de que los campesinos habían sacrificado sus animales de tiro durante el proceso de colectivización) sino porque podían ser reconvertidas para producir tanques con relativa facilidad. La industria de máquinas-herramienta se expandió rápidamente con el fin de librar al país de la importación de maquinarias del extranjero. La industria textil languidecía, a pesar del hecho de que el estado había invertido intensamente para desarrollarla durante la NEP y de que contaba con una fuerza de trabajo amplia y experta. Pero, como se dice que dijo Stalin, el Ejército Rojo no combatiría con cuero y tela sino con metal.[12]

La prioridad que se le dio al metal estaba inextricablemente ligada con consideraciones de seguridad nacional y defensa, pero, en lo que respecta a Stalin, parecía tener un significado que iba más allá de esto. A fin de cuentas, Stalin era un revolucionario bolchevique que había tomado su nombre de la palabra rusa *stal'*, que

significa "acero"; y, a comienzos de la década de 1930, el culto a la producción de acero y hierro de fundición sobrepasaba incluso al naciente culto a Stalin. Todo se sacrificaba al metal en el primer plan quinquenal. De hecho, la inversión en carbón, energía eléctrica y ferrocarriles fue tan insuficiente que las escaseces de combustibles y energía a menudo amenazaban con paralizar a las plantas metalúrgicas. Para Gleb Krzhizhanovsky, el antiguo bolchevique que encabezó la comisión de planificación estatal hasta 1930, Stalin y Molotov estaban tan obsesionados con la producción de metal que tendían a olvidar que las plantas dependían de la materia prima que les llegaba por ferrocarril y del suministro sostenido de combustible, agua y electricidad.

Así y todo, la organización de suministros y distribución fue posiblemente la más formidable de las tareas de las que se hizo cargo el estado en el transcurso del primer plan quinquenal. Tal como lo hizo (sin éxito y en forma temporal) una década antes bajo el comunismo de guerra, el estado tomó el control casi total de la economía, la distribución y el comercio urbanos; y esta vez su participación fue permanente. La limitación de las manufacturas y el comercio privado comenzó en los últimos años de la NEP, y el proceso se aceleró con una campaña contra los hombres de la NEP —que combinó la denigración en la prensa, el acoso legal y financiero con el arresto de muchos hombres de negocios por "especulación"— en 1928-9. Para comienzos de la década de 1930, hasta los pequeños artesanos y tenderos habían sido forzados a abandonar sus actividades o a integrar cooperativas supervisadas por el estado. Con la colectivización simultánea de buena parte de la agricultura campesina, la vieja economía mixta de la NEP desaparecía rápidamente.

Para los bolcheviques, el principio de planificación centralizada y control estatal de la economía tenía gran significado, y la introducción, en 1929, del primer plan quinquenal fue un hito en el camino al socialismo. Ciertamente fue en estos años que se echaron los cimientos institucionales de la economía planificada soviética, aunque fue un período de transición y experimentación en el cual el componente "planificador" del crecimiento económico no siempre puede ser tomado muy literalmente. El primer

plan quinquenal tenía una relación mucho más tenue con el funcionamiento real de la economía que los planes quinquenales posteriores: de hecho, era un híbrido de planificación económica genuina con exhortación política. Una de las paradojas de la época era que en el momento álgido del plan, los años 1929-31, las agencias planificadoras estatales estaban siendo tan implacablemente purgadas de derechistas, ex mencheviques y economistas burgueses que apenas si conseguían mantenerse en funcionamiento.

Tanto antes como después de su introducción en 1929, el primer plan quinquenal pasó por muchas versiones y revisiones, con distintos equipos planificadores que respondían en distinto grado a la presión de los políticos.[13] La versión básica que se adoptó en 1929 no tomó en cuenta la colectivización de la agricultura, subestimó ampliamente la necesidad de mano de obra de la industria y trató en forma harto difusa temas como la producción y el comercio artesanales, en los que la política del régimen seguía siendo ambigua e inarticulada. El plan fijó metas de producción —aunque en áreas clave, como la metalúrgica, éstas fueron elevadas repetidamente una vez que el plan estuvo en marcha— pero sólo dio indicaciones muy vagas con respecto a la obtención de los recursos necesarios para aumentar la producción. Ni las sucesivas versiones del plan ni la declaración final de los logros del plan tenían mucha relación con la realidad. Incluso el título del plan resultó no ser exacto, pues finalmente se decidió completar (o concluir) el primer plan quinquenal en su cuarto año.

Se instó a la industria a exceder las metas del plan más bien que simplemente cumplir con ellas. En otras palabras, este plan no pretendía adjudicar recursos o equilibrar demandas, sino hacer avanzar la economía a cualquier costo. Por ejemplo, la planta de fabricación de tractores de Stalingrado sólo podía cumplir con el plan produciendo *más* tractores que lo planeado, aun si esto produjera un total desbarajuste en las plantas encargadas de suministrarle metal, partes eléctricas y neumáticos. Las prioridades de suministro no estaban determinadas por un plan escrito sino por una serie de decisiones *ad hoc* del comisariato para la industria pesada, el consejo gubernamental de trabajo y defensa y aun el politburó del partido. Había feroces competencias en torno de

la lista oficial de los proyectos y empresas de máxima prioridad (*udarnye*), ya que ser incluido en ella significaba que los proveedores debían ignorar todos los contratos y obligaciones previos hasta que cumplieran con sus obligaciones hacia los *udarnye*.

Pero las máximas prioridades cambiaban constantemente en respuesta a la crisis, a inminentes desastres o a una nueva elevación de las metas en alguno de los sectores industriales clave. Las "rupturas en el frente industrializador" significaban que nuevas reservas de hombres y materiales debían ser desviadas hacia allí, proveían un elemento de emoción a la cobertura realizada por la prensa soviética que, de hecho, se extendía a la vida cotidiana de los industrializadores soviéticos. El industrial soviético exitoso durante el plan quinquenal probablemente no fuese un funcionario independiente sino más bien un movedizo empresario, dispuesto a tomar atajos y aprovechar cualquier oportunidad de ganarles de mano a sus competidores. El fin —cumplir con las metas y aun excederlas— era más importante que los medios; y hubo casos en que plantas desesperadamente necesitadas de suministros emboscaron trenes de carga y requisaron lo que llevaban, sin consecuencias más graves que una ofendida nota de queja de las autoridades a cargo del transporte.

Sin embargo, a pesar del énfasis puesto en el aumento inmediato de la producción industrial, el verdadero propósito del primer plan quinquenal era construir. Los gigantescos nuevos proyectos de plantas en construcción —de autos en Nizhny Novgorod (Gorki), tractores en Stalingrado y Jarkov, metalurgia en Kuznetsk y Magnitogorsk, acero en Dniper (Zaporoye) y muchas otras— consumieron inmensas cantidades de recursos durante el primer plan quinquenal, pero sólo llegaron a su capacidad productiva total después de 1932, durante el segundo plan quinquenal (1933-7). Eran una inversión a futuro. Debido a la magnitud de la inversión, las decisiones tomadas durante el primer plan quinquenal con respecto a la ubicación de los nuevos gigantes industriales rediseñaron en los hechos el mapa económico de la Unión Soviética.[14]

Ya en 1925, en el transcurso del conflicto entre Stalin y la oposición zinovievista, el tema de las inversiones había desempeñado

un papel en la política interna partidaria, ya que quienes hacían campaña en nombre de Stalin se habían asegurado de que los dirigentes partidarios regionales comprendieran los beneficios que los planes industrializadores de éste traerían a sus regiones. Pero fue en los últimos años de la década de 1920, cuando las decisiones del primer plan quinquenal se hicieron inminentes, cuando los ojos de los bolcheviques realmente se abrieron a una dimensión política totalmente nueva: la competencia entre regiones por ser sedes de la industrialización. En la decimosexta conferencia del partido de 1929, a los oradores les costó mantenerse concentrados en la lucha ideológica con la derecha ya que estaban intensamente preocupados por asuntos más prácticos: como notó con acritud un viejo bolchevique: "Todos los discursos terminan con... '¡Dennos una fábrica en los Urales y al demonio con los derechistas! ¡Dennos una usina eléctrica y al demonio con los derechistas!'"[15]

Las organizaciones partidarias de Ucrania y de los Urales se enfrentaron duramente por la distribución de fondos de inversión para la construcción de complejos mineros y metalúrgicos y de plantas para la construcción de máquinas; y su rivalidad —que atrajo la participación de importantes políticos de nivel nacional como Lazar Kaganovich, ex secretario del partido en Ucrania y Nikolai Shvernik, quien encabezó la organización partidaria en los Urales antes de hacerse cargo de la dirección de los sindicatos a nivel nacional— continuaría durante toda la década de 1930. También surgieron intensas rivalidades respecto a la ubicación de plantas específicas cuya construcción estaba prevista como parte del primer plan quinquenal. Media docena de ciudades rusas y ucranianas se postularon para que se radicara en ellas la planta de tractores que finalmente se instaló en Jarkov. Una batalla parecida, probablemente la primera de su tipo, se venía disputando encarnizadamente desde 1926 en torno de la ubicación de la planta de fabricación de máquinas de los Urales (Uralmash): la ciudad que finalmente triunfó, Sverdlovsk comenzó la construcción con fondos propios y sin autorización central de modo de forzar la decisión de Moscú con respecto al lugar de radicación.[16]

La fuerte competencia entre regiones (por ejemplo, entre Ucrania y lo Urales) a menudo terminaba con una doble victoria:

la autorización para construir dos plantas independientes, una en cada región, aun si la intención original de los planificadores había sido la de construir sólo una planta. Éste fue uno de los factores que provocaron el continuo aumento de las metas y el crecimiento incontrolable de los costos que caracterizaron al primer plan quinquenal. Pero ése no fue el único factor, pues los políticos y planificadores centrales de Moscú obviamente padecían de "gigantomanía", la obsesión con lo enorme. La Unión Soviética debía construir y producir más que ningún otro país. Sus plantas debían ser las más nuevas y mayores del mundo. No sólo debía alcanzar el desarrollo económico de Occidente, sino superarlo.

Como Stalin no se cansaba de señalar, la tecnología moderna era esencial para el proceso de alcanzar y sobrepasar. Las nuevas fábricas de automóviles y tractores fueron construidas para producir mediante el sistema de línea de montaje, aunque muchos expertos habían aconsejado que éste no se adoptara, porque el legendario capitalista Ford debía ser derrotado en su propio juego. En la práctica, las nuevas cintas transportadoras a menudo permanecieron ociosas durante el primer plan quinquenal, mientras los obreros armaban trabajosamente los tractores sobre el piso de la fábrica con el sistema tradicional. Pero incluso una cinta transportadora ociosa cumplía una función. En términos concretos, era parte de la inversión del primer plan quinquenal para la producción futura. En términos simbólicos, al ser fotografiado por la prensa soviética y admirado por los visitantes oficiales y extranjeros, transmitía el mensaje que Stalin quería que el pueblo soviético y el mundo recibieran: la atrasada Rusia no tardaría en convertirse en la "América soviética"; su gran paso al desarrollo económico ya estaba siendo dado.

Colectivización

Los bolcheviques siempre creyeron que la agricultura colectiva era superior a la explotación agrícola campesina individual, pero durante la NEP se dio por sentado que convertir a los campesinos a este punto de vista sería un proceso largo y arduo. En 1928, las granjas colectivas (*koljozy*) sólo ocupaban el 1,2 de la superficie

sembrada total, el 1,5 de la cual estaba ocupada por explotaciones del estado y el restante 97,3 cultivada individualmente por campesinos.[17] El primer plan quinquenal no preveía ninguna transición a gran escala a la agricultura colectivizada durante su desarrollo; y, de hecho, los formidables problemas de la industrialización rápida parecían más que suficientes para mantener ocupado al régimen durante los siguientes años aun sin agregarles una reorganización fundamental de la agricultura.

Sin embargo, como lo reconocía Stalin —y como también lo hicieron Preobrayensky y Bujarin en sus debates de pocos años antes (véase *supra*, pp. 148-150)— la cuestión de la industrialización estaba estrechamente vinculada a la cuestión de la agricultura campesina. Para que el proyecto de industrialización fuese exitoso, el estado necesitaba suministros de grano confiables y bajos precios del grano. La crisis de suministros de 1927-8 destacó el hecho de que los campesinos —o al menos la pequeña minoría de campesinos relativamente prósperos que suministraban la mayor cantidad de grano del mercado— podían "tomar al estado de rehén" en tanto existiera un mercado libre y los precios que el estado le adjudicaba al grano fuesen negociables en la práctica, tal como había ocurrido durante la NEP.

Ya en enero de 1928, Stalin había manifestado que consideraba al especulador kulak culpable de la crisis de suministros, y que creía que la colectivización de la agricultura campesina proveería el mecanismo de control que el estado necesitaba para garantizar suministros al precio y en el momento que el estado considerase adecuados. Pero el aliento a la colectivización voluntaria en 1928 y la primera mitad de 1929 sólo produjo resultados modestos; y los suministros siguieron siendo un problema agudo, que preocupaba al régimen no sólo por la carestía de alimentos en las ciudades sino por el compromiso de exportar granos como medio de financiar la compra de bienes industriales en el exterior. A medida que iban en aumento los métodos coercitivos de obtención de suministros preconizador por Stalin, aumentó la hostilidad entre el régimen y el campesinado: a pesar de los intensos esfuerzos por desacreditar a los kulaks y estimular el antagonismo de clase en el seno del campesinado, la unidad aldeana más

bien parecía fortalecerse que derrumbarse internamente ante las presiones externas.

En el verano de 1929, una vez que eliminó en buena parte el mercado libre de granos, el régimen impuso cuotas de suministro y penas por no cumplir con ellas. En otoño, los ataques a los kulaks se hicieron más estridentes, y los dirigentes del partido comenzaron a hablar de un irresistible movimiento campesino hacia la colectivización en masa. Indudablemente, esto reflejaba su sensación de que el enfrentamiento del régimen con las campesinos había llegado tan lejos que ya no le era posible retroceder, ya que pocos pueden haberse engañado con la idea de que el proceso pudiera ser llevado adelante sin una áspera lucha. En palabras de Iurii Pyatakok, un ex trotskista que se había convertido en entusiasta partidario del primer plan quinquenal:

> No hay solución para el problema de la agricultura en el marco de la explotación individual, y por lo tanto, *estamos obligados a adoptar una tasa extrema de colectivización de la agricultura*... En nuestra tarea, debemos adoptar los ritmos de la guerra civil. Claro que no digo que debamos adoptar los métodos de la guerra civil, sino que cada uno de nosotros... debe obligarse a trabajar con la misma tensión con que trabajábamos en tiempos de la lucha armada contra nuestro enemigo de clase. *Ha llegado el período heroico de nuestra construcción del socialismo.*[18]

Para fines de 1929, el partido se había comprometido en un programa absoluto de colectivización de la agricultura campesina. Pero los kulaks, enemigos de clase del régimen soviético, no serían admitidos en las nuevas granjas colectivas. Sus tendencias explotadoras ya no podían ser toleradas, anunció Stalin en diciembre. Los kulaks debían ser "liquidados como clase".

El invierno de 1929-30 fue una época de frenesí, en la cual el ánimo apocalíptico y la retórica encendidamente revolucionaria del partido realmente recordaban a las del "período heroico" previo, la desesperada culminación de la guerra civil y el comunismo de guerra en 1920. Pero en 1930, lo que los comunistas llevaban a las aldeas no sólo era una revolución retórica, y no se limitaban a saquear

sus alimentos y después partir, como hicieron durante la guerra civil. La colectivización era un intento de reorganizar la vida campesina, estableciendo al mismo tiempo controles administrativos que llegaran hasta las aldeas. La naturaleza exacta de la reorganización requerida no debe haber quedado clara para muchos comunistas de provincia, dado que las instrucciones del centro eran tan fervientes como imprecisas. Pero sí quedaba claro que el control era uno de los objetivos, y que el método de la reorganización era el enfrentamiento beligerante.

En términos prácticos, la nueva política requería que los funcionarios del campo forzaran un enfrentamiento inmediato con los kulaks. Ello significaba que los comunistas locales entraban en las aldeas, juntaban una pequeña banda de campesinos pobres o codiciosos y procedían a intimidar a un puñado de familias de "kulaks" (que en general eran los campesinos más ricos, pero a veces simplemente campesinos que no eran queridos en las aldeas o que habían incurrido en el desagrado de las autoridades locales por algún otro motivo), los expulsaban de sus casas y confiscaban sus propiedades.

Al mismo tiempo, a los funcionarios se les ordenaba alentar a los demás campesinos a organizarse voluntariamente en comunas, y quedaba claro por el tono de las instrucciones centrales en el invierno de 1929-30 que ese movimiento "voluntario" tenía que producir resultados rápidos y espectaculares. Lo que esto significaba habitualmente en la práctica era que los funcionarios convocaban a una reunión en la aldea, anunciaban la organización de un koljoz y sermoneaban y amedrentaban a los aldeanos hasta que un número suficiente de éstos aceptaba inscribir sus nombres como integrantes voluntarios del koljoz. Una vez que esto se lograba, los iniciadores del nuevo koljoz debían intentar hacerse de los animales de los aldeanos —el principal bien mueble entre los que constituían las propiedades de los aldeanos— y declararlos propiedad de la comuna. Además, los colectivizadores comunistas (y en particular aquellos que pertenecían al Komsomol) solían profanar la iglesia e insultar a los "enemigos de clase" locales, como el sacerdote y el maestro.

Estas acciones produjeron inmediatamente indignación y caos en el campo. Antes que entregar sus animales, muchos campesinos

prefirieron sacrificarlos de inmediato, o se apresuraron a venderlos en la ciudad más próxima. Algunos kulaks expropiados huyeron a las ciudades, pero otros se escondían en los bosques durante el día y regresaban a aterrorizar la aldea por la noche. Llorosas campesinas, a menudo acompañadas del sacerdote, insultaban a los colectivizadores. A menudo los funcionarios eran golpeados, apedreados o víctimas de disparos de agresores invisibles cuando llegaban a las aldeas o se alejaban de éstas. Muchos nuevos integrantes del koljoz dejaban apresuradamente las aldeas para encontrar trabajo en las ciudades o en los nuevos proyectos en construcción.

Ante este evidente desastre, el régimen reaccionó de dos maneras. En primer lugar, llegó la OGPU a arrestar a los kulaks expropiados y a otros revoltosos, y ulteriormente organizó deportaciones en masa a Siberia, los Urales y el norte. En segundo lugar, la dirigencia del partido retrocedió algunos pasos del enfrentamiento extremo con el campesinado a medida que se acercaba el momento de la siembra de primavera. En marzo, Stalin publicó el famoso artículo titulado "Mareados por el éxito", en el que culpó a las autoridades locales por excederse en el cumplimiento de sus instrucciones y ordenó que la mayor parte de los animales colectivizados (con excepción de aquellos que habían pertenecido a los kulaks) fueran devueltos a sus propietarios originales.[19] Aprovechando la ocasión, los campesinos se apresuraron a retirar sus nombres de las listas de integrantes de los koljoz, haciendo caer la proporción de hogares campesinos oficialmente colectivizados en toda la Unión Soviética de más de la mitad a menos de un cuarto entre el 1º de mayo y el 1º de junio de 1930.

Se dice que algunos colectivizadores comunistas, traicionados y humillados por la publicación de "Mareados por el éxito", volvieron el retrato de Stalin de cara a la pared y se sumieron en la melancolía. Así y todo, el colapso del proyecto de colectivización sólo fue temporario. Decenas de miles de comunistas y obreros urbanos (incluidos los conocidos "25.000-ers", reclutados ante todo en las grandes plantas de Moscú, Leningrado y Ucrania) fueron urgentemente movilizados para que trabajasen en el campo como organizadores y presidentes de koljoz. Una vez más, se

persuadió o forzó pacientemente a los aldeanos a que se enrolaran en los koljoz, esta vez conservando sus vacas y pollos. Según cifras oficiales soviéticas, para 1932, el 62 por ciento de los hogares aldeanos había sido colectivizado. Para 1937, la cifra había ascendido al 93 por ciento.[20]

Es indudable que la colectivización representó una verdadera "revolución desde arriba" en el campo. Pero no fue exactamente la clase de revolución que describió la prensa soviética de la época, que exageró enormemente el alcance de los cambios acaecidos; y en algunos respectos, fue una reorganización de la vida campesina menos drástica que la intentada durante las reformas de Stolypin durante el período zarista tardío (véase *supra*, p. 150). Según la prensa soviética, el koljoz era una unidad mucho más grande que la antigua aldea y sus métodos agrícolas se habían transformado con la mecanización y la introducción de tractores. De hecho, buena parte de los tractores eran imaginarios para comienzos de la década de 1930; y los muy publicitados "koljoz gigantes" de 1930-1 se derrumbaron rápidamente o simplemente fueron eliminados, como habían sido creados, sobre el papel. El típico koljoz era la antigua aldea, con sus campesinos —ahora en cantidad algo menor debido a la emigración, las deportaciones y la considerable merma de los animales de tiro— viviendo en las mismas cabañas de madera y arando los mismos campos de la aldea que antes. Las principales transformaciones ocurridas en la aldea fueron las vinculadas a su administración y a sus procedimientos de comercialización.

El *mir* aldeano fue abolido en 1930, y la administración del koljoz que lo remplazó estaba encabezada por un presidente designado (al comienzo, habitualmente un obrero o un comunista de la ciudad). Dentro de la aldea-koljoz, la dirigencia tradicional campesina había sido intimidada y en parte eliminada con la deportación de los kulaks. Según el historiador ruso V. P. Danilov, 381.000 hogares campesinos —al menos un millón y medio de personas— fueron dekulakizados y deportados en 1930-1, sin contar a aquellos que sufrieron el mismo destino en 1932 y los primeros meses de 1933.[21] (Más de la mitad de los kulaks deportados fueron puestos a trabajar en la industria y la construcción; y, aunque la

mayoría de ellos trabajaba en un régimen de libertad y no como convictos, aún se les prohibía abandonar la región a la que habían sido deportados y no podían regresar a sus aldeas natales).

Las granjas colectivas debían entregar cantidades fijas de grano y alimentos al estado, cuyo costo se dividió entre los integrantes del koljoz según su contribución en trabajo. Sólo el producto de las pequeñas parcelas privadas de los campesinos se seguía comercializando en forma individual y esta concesión no se formalizó hasta muchos años después del proyecto colectivizador. Para el producto general de cada koljoz, las cuotas de entrega eran muy altas —hasta el 40 por ciento de la cosecha, lo que equivalía a dos o tres veces el porcentaje que los campesinos comercializaban hasta entonces— y los precios muy bajos. Los campesinos recurrieron a todo su repertorio de evasión y resistencia pasiva, pero el régimen se mantuvo firme y tomó todo lo que pudo, incluyendo alimentos y semillas. El resultado fue que las principales zonas de producción de granos del país —Ucrania, Volga central, Kasajstan y el Cáucaso meridional— quedaron sumidos en la hambruna durante el verano de 1932-3. La hambruna dejó un legado de enorme resentimiento: según rumores que circulaban en la región del Volga central, los campesinos la consideraron como un deliberado castigo del régimen por haberse resistido a la colectivización. Cálculos recientes basados en datos de archivo soviéticos han demostrado que las muertes producidas por la hambruna de 1933 oscilaron entre los tres y cuatro millones.[22]

Una de las consecuencias inmediatas de la hambruna fue que en diciembre de 1932, el régimen reintrodujo los pasaportes internos, concediéndolos en forma automática a la población urbana aunque no a la rural: durante toda la crisis se hicieron todos los esfuerzos posibles para que los hambreados campesinos no abandonaran el campo en busca del refugio y las raciones ofrecidas por las ciudades. Es indudable que esto reforzó la creencia de los campesinos de que la colectivización era una segunda servidumbre; y también produjo entre algunos observadores occidentales la impresión de que uno de los propósitos de la colectivización era mantener a los campesinos confinados en las granjas. Ésta no era la intención del régimen (a no ser bajo las circunstancias especiales que

creó la hambruna), ya que su objetivo principal durante la década de 1930 era una rápida industrialización, la que implicaba una rápida expansión de la fuerza de trabajo urbana. Hacía tiempo que se daba por cierto que el campo ruso tenía un gran exceso de población, y los dirigentes soviéticos esperaban que la colectivización y la mecanización racionalizaran la producción agrícola, de ese modo reduciendo aún más la cantidad de brazos requerida por la agricultura. En términos funcionales, la relación entre colectivización y el movimiento industrializador soviético tenía mucho en común con el movimiento de cercamiento privado de tierras hasta entonces comunales y la revolución industrial ocurridos en Gran Bretaña hacía más de un siglo.

Claro que probablemente ésta no fuera una analogía que los dirigentes soviéticos evocaran: a fin de cuentas, Marx había enfatizado el sufrimiento provocado por el cercamiento y el desarraigo campesino en Gran Bretaña, aunque ese proceso rescató a los campesinos de "la idiotez de la vida rural" y, en el largo plazo, los elevó a un nivel superior de existencia social al transformarlos en proletarios urbanos. Los comunistas soviéticos pueden haber sentido alguna ambivalencia acerca de la colectivización y la resultante emigración campesina, que era una desconcertante mezcla de partida voluntaria hacia los recientemente creados empleos industriales, huida de los koljoz y partida involuntaria por medio de la deportación. Pero también está claro que se sentían a la defensiva y avergonzados por los desastres provocados por la colectivización y trataron de esconder todo el proceso detrás de una cortina de humo de evasivas, afirmaciones increíbles y falso optimismo. Así, en 1931, un año en que dos millones y medio de campesinos emigró definitivamente a las ciudades, Stalin hizo la increíble afirmación de que los koljoz habían resultado tan atractivos para los campesinos que éstos ya no sentían la tradicional urgencia de huir de las miserias de la vida rural.[23] Pero esto sólo fue el preámbulo de su argumento principal, que el reclutamiento de mano de los koljoz debía sustituir a la espontánea e impredecible partida de los campesinos.

Durante el período 1928-32, la población urbana de la Unión Soviética se incrementó en unos doce millones de personas, y al

menos diez millones de personas dejaron la agricultura y se convirtieron en asalariados.[24] Éstas eran cifras enormes, un trastorno demográfico sin precedentes en la experiencia de Rusia, y, se ha afirmado, de ningún otro país en un período tan corto. Los campesinos jóvenes y sanos estaban desproporcionadamente representados en la migración, e indudablemente esto contribuyó al subsiguiente debilitamiento de la agricultura colectivizada y la desmoralización del campesinado. Pero, en esos mismos términos, la migración hizo parte de la dinámica de la industrialización de Rusia. Por cada tres campesinos que se unían a granjas colectivas durante el primer plan quinquenal, un campesino dejaba la aldea para convertirse en obrero o empleado administrativo en algún otro lugar. Los desplazamientos fueron una parte tan grande de la revolución de Stalin como la colectivización misma.

Revolución cultural

La lucha contra los enemigos de clase fue una gran preocupación de los comunistas durante el primer plan quinquenal. Durante la campaña de colectivización, la "liquidación de los kulaks como clase" era el punto focal de la actividad comunista. En la reorganización de la economía urbana, los empresarios privados (hombres de la NEP) eran los enemigos de clase a eliminar. Estas políticas —todas las cuales implicaban el repudio del enfoque más conciliador que había prevalecido durante la NEP— tenían su contrapartida en la esfera cultural e intelectual, en la cual el enemigo de clase era la inteliguentsia burguesa. La lucha contra la vieja inteliguentsia, los valores culturales burgueses, el elitismo, el privilegio y la rutina burocrática constituyeron el fenómeno que los contemporáneos llamaron "revolución cultural".[25] El propósito de la revolución cultural era establecer la "hegemonía" comunista y proletaria, lo que en términos prácticos significaba tanto afirmar el control del partido sobre la vida cultural como abrir la elite administrativa y profesional a una nueva cohorte de jóvenes comunistas y trabajadores.

La revolución cultural fue iniciada por la dirigencia del partido —o, más precisamente, por la facción de Stalin dentro de la

dirigencia— en la primavera de 1928, cuando el anuncio del inminente juicio de Shajti (véase *supra*, p. 155) se unió a un llamado a la vigilancia comunista en la esfera cultural, un nuevo examen del papel de los expertos burgueses y el rechazo de las pretensiones de la antigua inteliguentsia a la superioridad cultural y al liderazgo. Esta campaña se vinculaba estrechamente a la lucha de Stalin contra la derecha. Se representaba a los derechistas como a protectores de la inteliguentsia burguesa, demasiado confiados en lo consejos de expertos no pertenecientes al partido, complacientes ante la influencia de los expertos y ex funcionarios zaristas en el seno de la burocracia gubernamental y propensos a ser infectados por el "liberalismo corrupto" y los valores burgueses. Se inclinaban a preferir los métodos burocráticos antes que los revolucionarios y favorecían al aparato del gobierno antes que al partido. Además, probablemente fuesen intelectuales europeizados que habían perdido contacto con las bases partidarias.

Pero la revolución cultural iba más allá de una lucha facciosa en el interior de la dirigencia. El combate contra el dominio cultural burgués atraía mucho a la juventud comunista, así como a una cantidad de organizaciones militantes comunistas cuyo crecimiento se había visto frustrado por la dirigencia del partido durante la NEP, y aun a grupos de intelectuales no comunistas pertenecientes a distintos campos que disentían con la dirigencia establecida de sus profesiones. Grupos como la asociación rusa de escritores proletarios (RAPP) y la Liga de ateos militantes se habían agitado durante toda la década de 1920 en favor de políticas de confrontación cultural más agresivas. Los jóvenes estudiosos de la Academia comunista y del Instituto de profesores rojos deseaban a toda costa enfrentarse a los enquistados estudiosos de más edad, en su mayoría no comunistas que aún dominaban en muchos campos académicos. El comité central del Komsomol y su secretaría, que siempre tendían al "vanguardismo" revolucionario y aspiraban a un papel más importante en la definición de política, sospechaba que hacía tiempo las muchas organizaciones con las que el Komsomol tenía divergencias políticas habían sucumbido a la degeneración burocrática. Pa-

ra los jóvenes radicales, la revolución cultural era una vindicación y, según lo expresó un observador, una liberación.

Desde esta perspectiva, la revolución cultural fue un movimiento juvenil iconoclasta y beligerante, cuyos activistas, como las de los guardias rojos de la revolución cultural china de la década de 1960 no eran de ninguna manera una dócil herramienta de la dirigencia partidaria. Eran de mentalidad intensamente partidista, y afirmaban que, como comunistas, tenían derecho a conducir y dar órdenes a los demás, pero al mismo tiempo, tenían una hostilidad instintiva hacia la mayor parte de las autoridades y las instituciones existentes, sospechadas de tendencias burocráticas y "objetivamente contrarrevolucionarias". Eran conscientes de su identidad proletaria (aunque la mayor parte de los activistas pertenecían, por origen o por ocupación, a los sectores medios), desdeñosos de la burguesía y en particular, de los respetables y maduros "burgueses hipócritas". Su piedra de toque revolucionaria era la guerra civil, donde también se originaba buena parte de la imaginería de su retórica. Eran enemigos jurados del capitalismo, pero tendían a admirar a los Estados Unidos, pues su capitalismo era moderno y en gran escala. La innovación radical en cualquier campo los atraía enormemente.

Como muchas de las iniciativas tomadas en nombre de la revolución cultural eran espontáneas, producían algunos efectos inesperados. Los militantes llevaron sus campañas antirreligiosas a las aldeas durante el momento álgido de la colectivización, confirmando así las sospechas de los campesinos de que el koljoz era obra del Anticristo. Ataques de la "caballería ligera" del Komsomol interrumpían el trabajo en las oficinas del gobierno; y el "ejército cultural" del Komsomol (creado con el objetivo principal de combatir al analfabetismo) estuvo a punto de tener éxito en su intención de abolir los departamentos de educación locales —lo cual ciertamente no era un objetivo de la dirigencia del partido— a los que consideraban burocráticos.

Jóvenes entusiastas interrumpían la representación de obras "burguesas" en los teatros del estado silbando y abucheando. En literatura, los militantes de la RAPP lanzaron una campaña contra el respetado (aunque no estrictamente proletario) escritor

Máximo Gorki en el preciso momento en que Stalin y otros dirigentes del partido trataban de persuadirlo de que regresara de su exilio en Italia. Aun en el dominio de la teoría política, los radicales seguían su propio camino. Creían, como lo habían creído muchos entusiastas comunistas durante la guerra civil, que un cambio apocalíptico era inminente: que el estado se extinguiría, llevándose consigo a instituciones tales como la ley y las escuelas. A mediados de 1930, Stalin afirmó muy claramente que tal creencia era un error. Pero su pronunciamiento prácticamente fue ignorado hasta que, más de un año después, la dirigencia del partido comenzó un serio intento de disciplinar a los activistas de la revolución cultural y terminar con sus "estúpidas intrigas".

En campos como la ciencia social y la filosofía, los jóvenes revolucionarios culturales a veces eran empleados por Stalin y por la dirigencia del partido para desacreditar teorías asociadas con Trotsky o con Bujarin, atacar a ex mencheviques o facilitar la subordinación de respetadas instituciones culturales "burguesas" al control del partido.[26] Pero este aspecto de la revolución cultural coexistió con un breve florecimiento de utopismo visionario que estaba lejos del mundo de la política práctica y de las intrigas facciosas. Los visionarios —a menudo marginales en sus propias profesiones cuyas ideas habían parecido hasta entonces excéntricas e irrealizables— se ocupaban de planes para nuevas "ciudades socialistas", proyectos para la vida comunitaria, especulaciones sobre la transformación de la naturaleza y la imagen del "nuevo hombre soviético". Se tomaban en serio la consigna del plan quinquenal que afirmaba que "estamos construyendo un nuevo mundo"; y, durante unos pocos años, entre el fin de la década de 1920 y el comienzo de la de 1930, sus ideas también fueron tomadas seriamente y recibieron amplia publicidad además de, en muchos casos, considerable financiación de diversas agencias del gobierno y otros organismos oficiales.

Aunque la revolución cultural se describía como proletaria, ello no debe ser tomado literalmente en lo que hace al dominio de la alta cultura y la erudición, En literatura, por ejemplo, los jóvenes activistas de la RAPP empleaban "proletario" como sinónimo de "comunista": cuando hablaban de establecer la "hegemonía proletaria",

expresaban su propio deseo de dominar el campo literario y de ser reconocidos como únicos representantes acreditados del partido comunista en las organizaciones literarias. Sin duda, los arepistas no eran totalmente cínicos al invocar el nombre del proletariado, pues hacían cuanto podían por alentar actividades culturales en las fábricas y abrir canales de comunicación entre los escritores profesionales y la clase obrera. Pero todo esto se parecía mucho al espíritu del "ir al pueblo" de los populistas de la década de 1870[27] (véase *supra*, pp. 138-139). Los dirigentes de la inteliguentsia de la RAPP eran más bien partidarios del proletariado que parte de éste.

Donde el aspecto proletario de la revolución cultural sí tenía solidez era en la política de "ascenso" proletario que el régimen estimulaba vigorosamente durante ese período. La traición de la inteliguentsia burguesa, dijo Stalin refiriêndose al juicio de Shajti, hacía imprescindible entrenar a sus reemplazantes proletarios a la máxima velocidad posible. La vieja dicotomía que enfrentaba a los rojos con los expertos debía ser abolida. Era hora de que el régimen soviético adquiriera su propia inteliguentsia (término que, en la forma en que lo empleaba Stalin se aplicaba tanto a la elite de especialistas como a la administrativa), y esa nueva inteliguentsia debía ser reclutada entre las clases bajas, en particular la clase obrera urbana.[28]

La política de "ascender" a los trabajadores a tareas administrativas y de enviar a jóvenes trabajadores a recibir educación superior no era nueva, pero nunca había sido implementada con tanta urgencia o en una escala tan enorme como durante la revolución cultural. Enormes cantidades de trabajadores fueron ascendidos directamente a la administración industrial, se convirtieron en funcionarios de los soviets o del partido o fueron designados como reemplazantes de los "enemigos de clase" purgados del gobierno central o de la burocracia sindical. De las 861.000 personas clasificadas como "cuadros conductivos o especialistas" en la Unión Soviética a fines de 1933, más de 140.000 —más de uno en seis— habían estado empleados en trabajos manuales sólo cinco años antes. Pero ésta era sólo la punta del iceberg. La cantidad total de trabajadores que se desplazaron a trabajos administrativos durante el

primer plan quinquenal fue probablemente de al menos un millón y medio.

Al mismo tiempo, Stalin lanzó una campaña intensiva para enviar a jóvenes obreros y comunistas a recibir educación superior, produciendo un importante trastorno en las universidades y escuelas técnicas, indignando a los profesores "burgueses" y, mientras duró el primer plan quinquenal, haciendo muy difícil que los egresados de la educación secundaria pertenecientes a familias del sector medio pudieran acceder a la educación terciaria. Unos 150.000 obreros y comunistas ingresaron en la educación superior durante el primer plan quinquenal, la mayor parte para estudiar ingeniería, ya que por entonces se consideraba que los conocimientos técnicos, no la ciencia social marxista, eran la mejor calificación para el liderazgo en una sociedad en vías de industrializarse. El grupo, que incluía a Nikita Jrushov, Leonid Brezhnev, Alexei Kosyguin y una miríada de otros futuros dirigentes del partido y el gobierno, se transformaría en el núcleo de la elite política estalinista tras las grandes purgas de 1937-8.

Para los integrantes de este grupo privilegiado —"hijos de la clase obrera", como posteriormente se llamaban a sí mismos— la revolución realmente había cumplido con sus promesas de darle el poder al proletariado y transformar a los trabajadores en amos del estado. Sin embargo, para otros integrantes de la clase trabajadora, el balance final de la revolución de Stalin fue mucho menos favorable. Durante el primer plan quinquenal, los niveles de vida y el salario real cayeron marcadamente para la mayor parte de los trabajadores. Los sindicatos fueron agotados tras la destitución de Tomsky y perdieron toda capacidad real de presionar en nombre de los derechos de los trabajadores en las negociaciones con los administradores. A medida que nuevos trabajadores de origen campesino (incluyendo a ex kulaks) ocupaban en masa los puestos de trabajo industriales, la sensación de los dirigentes del partido de que tenían una relación especial con la clase obrera, y con obligaciones especiales, se debilitó.[29]

El trastorno social y demográfico durante el período del primer plan quinquenal fue enorme. Millones de campesinos habían

abandonado las aldeas, expulsados por la colectivización, la dekulakización o la hambruna, o habían sido atraídos por las nuevas oportunidades de trabajo surgidas en las ciudades. Las esposas de los hogares urbanos también trabajaban, porque con un salario no alcanzaba; las esposas rurales habían sido abandonadas por esposos que desaparecían en las ciudades; los niños perdidos o abandonados por sus padres merodeaban en bandas de jóvenes sin hogar (*beprizornye*). Estudiantes de secundaria "burgueses" que habían contado con ir a la universidad se encontraban con el camino bloqueado, mientras que jóvenes obreros que sólo tenían una educación general de siete años eran reclutados para que estudiaran ingeniería. Hombres de la NEP y kulaks expropiados huían a ciudades a donde no fueran conocidos para iniciar allí una nueva vida. Los hijos de sacerdotes abandonaban sus hogares para evitar el estigma de la condición de sus padres. Trenes llevaban cargas de deportados y convictos a lugares desconocidos y no deseados. A los trabajadores especializados se los "ascendía" a administradores o se los "movilizaba" a distantes lugares donde se construía, como Magnitogorsk; los comunistas eran enviados al campo a administrar granjas colectivas; los oficinistas eran despedidos durante las "limpiezas" de agencias gubernamentales. Una sociedad que apenas había tenido tiempo de asentarse después de los trastornos de la guerra, la revolución y la guerra civil hacía una década, era conmocionada despiadadamente otra vez por la revolución de Stalin

La declinación del nivel y la calidad de vida afectaban a prácticamente todas las capas de la población, urbana y rural. Quienes más sufrían de resultas de la colectivización eran los campesinos. Pero la vida en las ciudades era dura debido al racionamiento de alimentos, las colas, la constante escasez de bienes de consumo, incluyendo calzado y vestimenta, el grave hacinamiento habitacional, las infinitas incomodidades asociadas a la eliminación del comercio privado y el deterioro de todos los servicios urbanos. La población urbana de la Unión Soviética se disparó, pasando de los 29 millones de comienzos de 1929 a casi 40 millones a comienzos de 1933: un incremento del 38 por ciento en cuatro años. La población de Moscú saltó de algo más de dos millones a fines de 1926 a 3,7 millones al comienzo de 1933; en el mismo período, la

población de Sverdlovsk (Ekaterinburgo), una ciudad industrial de los Urales, aumentó un 346 por ciento.[30]

También en la esfera política había habido cambios, aunque de tipo más sutil y gradual. El culto a Stalin empezó en serio al fin de 1929 con la celebración de su quincuagésimo cumpleaños. En las conferencias del partido y otras grandes reuniones, se volvió habitual recibir la entrada de Stalin con frenéticos aplausos. Pero Stalin, quien recordaba el ejemplo de Lenin, parecía no darle importancia a tanto entusiasmo; y su posición de secretario general del partido no cambió en lo formal.

Con el recuerdo del implacable ataque a la oposición de izquierda, los líderes "derechistas" se cuidaban; y una vez que fueron derrotados, su castigo fue proporcionalmente mesurado. Pero ésta fue la última oposición abierta (o cuasi abierta) en el seno del partido. La prohibición a las facciones, que desde 1921 existía en teoría, ahora existía en la práctica, con el resultado de que las potenciales facciones automáticamente devenían en conspiraciones. Los desacuerdos abiertos en materia de política ahora eran una rareza en los congresos partidarios. La conducción del partido cada vez tenía una actitud más secreta acerca de sus deliberaciones y las minutas de las reuniones del comité central ya no circulaban rutinariamente ni eran accesibles a las bases partidarias. Los líderes —en particular el supremo Líder— comenzaron a cultivar atributos divinos, haciéndose misteriosos e inescrutables.

La prensa soviética también cambió, volviéndose mucho menos vivaz e informativa en materia de asuntos internos que en la década de 1920. Se pregonaban los logros económicos, a menudo de una forma que implicaba una flagrante distorsión de la realidad y manipulación de las estadísticas; y las noticias referidas a la hambruna de 1932-3 nunca llegaron a los diarios. Las exhortaciones a mayor productividad y a estar atentos a los "saboteadores" eran la orden del día. Los diarios ya no incluían anuncios de estilo occidental de la última película de Mary Pickford ni reportaban hechos menudos como accidentes callejeros, violaciones y robos.

El contacto con Occidente se volvió mucho más restringido y peligroso durante el primer plan quinquenal. El aislamiento de Rusia frente al mundo exterior había comenzado con la revolución de

1917, pero en la década de 1920 había bastante tráfico y comunicación. Los intelectuales aún podían publicar en el exterior; aún se podían leer diarios extranjeros. Pero la suspicacia hacia los extranjeros fue un rasgo prominente en los juicios ejemplificadores de la revolución cultural, que reflejaba una creciente xenofobia de la dirigencia e indudablemente también de la población. La meta de "autarquía económica" del primer plan quinquenal también implicaba alejarse del mundo exterior. En esta época las fronteras cerradas, la mentalidad de asedio y el aislamiento cultural que caracterizarían a la Unión Soviética del período de Stalin (y post-Stalin) se establecieron firmemente.[31]

Como en tiempos de Pedro el Grande, el pueblo enflaquecía mientras el estado engordaba. La revolución de Stalin había extendido el control estatal directo a toda la economía urbana y aumentado en gran medida la capacidad del estado de sacar provecho de la agricultura campesina. También fortaleció mucho el brazo policial del estado y creó el gulag, el imperio de campos de trabajo que se asoció íntimamente al proyecto industrializador (primordialmente como fuente de fuerza de trabajo de condenados para las áreas donde la mano de obra libre escaseaba), que crecería rápidamente en las siguientes décadas. La persecución a los "enemigos de clase" durante la colectivización y la revolución cultural dejó un complejo legado de resentimiento, miedo y suspicacia, además de alentar prácticas como la denuncia, las purgas y la "autocrítica". Cada recurso, cada nervio habían llegado a su máxima tensión en el curso de la revolución de Stalin. Quedaba por ver hasta qué punto había logrado su objetivo de sacar a Rusia del atraso.

6. Finalizar la revolución

En términos de Crane Brinton, una revolución es como una fiebre que se apodera de un paciente, sube hasta alcanzar una crisis y finalmente cede, dejando que el paciente prosiga su vida normal, "tal vez hasta fortalecido por la experiencia en algunos aspectos, al menos inmunizado por un tiempo contra un ataque similar, pero ciertamente no convertido en una persona totalmente distinta de la que era".[1] Para emplear la metáfora de Brinton, la revolución rusa pasó por varios accesos de fiebre. Las revoluciones de 1917 y la guerra civil fueron el primer acceso, la "revolución de Stalin" del período del primer plan quinquenal fue el segundo y las grandes purgas el tercero. En esta esquema, el período de la NEP fue un período de convalecencia seguido de una recaída, o, según algunos, de una nueva inyección de virus en el desdichado paciente. Un segundo período de convalecencia comenzó a mediados de la década de 1930 con las políticas de estabilización que Trotsky denominó "el Termidor soviético" y Timasheff "la gran retirada".[2] Tras otra recaída durante las grandes purgas de 1937-8, la fiebre pareció curada y un tembloroso paciente se levantó de su cama para intentar proseguir con su vida normal.

Pero, ¿era realmente el paciente la misma persona de antes de sus accesos de fiebre revolucionaria? ¿Seguía allí su vida anterior para que la retomara? Ciertamente, la "convalecencia" de la NEP aparejó en muchos aspectos la continuación de la clase de vida que había sido interrumpida por el estallido de la guerra en 1914, los trastornos revolucionarios de 1917 y la guerra civil. Pero la "convalecencia" de la década de 1930 fue de otra naturaleza, pues para entonces muchos de los vínculos con la vida anterior se habían roto. No se trataba tanto de retomar la vida anterior como de comenzar una nueva.

Las estructuras de la vida cotidiana en Rusia habían sido transformadas por los trastornos del primer plan quinquenal en

una forma que no había ocurrido con la experiencia revolucionaria de 1917-20. En 1924, durante el interludio de la NEP, un moscovita que volviese a su ciudad después de diez años de ausencia podía haber tomado la guía de teléfonos de su ciudad (inmediatamente reconocible, pues su diseño y formato apenas si habían cambiado desde los años de la preguerra) y aún hubiese tenido una buena posibilidad de encontrar allí a sus antiguos doctor, abogado y hasta agente de bolsa, su pastelero favorito (que aún publicaba un discreto aviso donde ofrecía el mejor chocolate importado), la taberna local y el cura párroco, así como las firmas que antes habían reparado sus relojes o le habían suministrado materiales de construcción o cajas registradoras. Diez años más tarde, a mediados de la década de 1930, casi todos estos nombres habrían desaparecido, y el viajero que regresaba había quedado aún más desorientado ante el cambio de nombre de muchas calles y plazas de Moscú y la destrucción de iglesias y otros hitos familiares. En pocos años más, la propia guía de teléfonos de la ciudad desaparecería, para no reaparecer hasta medio siglo más tarde.

Como las revoluciones implican una concentración anormal de energía humana, idealismo e ira, es natural que su intensidad comience a decrecer después de cierto punto. Pero ¿cómo se finaliza una revolución sin repudiarla? Éste es un problema difícil para los revolucionarios que permanecen en el poder el tiempo suficiente para ver como merma el impulso revolucionario. Quien fue revolucionario difícilmente pueda seguir la metáfora de Brinton y afirmar que se ha recuperado de la fiebre revolucionaria. Pero Stalin estuvo a la altura del desafío. Su manera de terminar con la revolución fue declarar la victoria.

La retórica de la victoria llenó el aire de la primera mitad de la década de 1930. Un nuevo diario, llamado *Nuestros logros*, fundado por el escritor Maximo Gorki, sintetizaba este espíritu. Las batallas de la industrialización y la colectivización han sido ganadas, proclamaban los propagandistas soviéticos. Los enemigos de clase habían sido liquidados. El desempleo había desaparecido. La educación primaria se había vuelto universal y obligatoria y (se afirmaba), el nivel de alfabetización de los adultos en la Unión Soviética alcanzaba el 90 por ciento.[3] Con su Plan, la Unión Soviética había dado un

gigantesco paso adelante en el dominio humano del mundo: los hombres ya no eran víctimas indefensas de fuerzas económicas que no podían controlar. Un "nuevo hombre soviético" emergía como resultado del proceso de construcción del socialismo. Hasta el medio ambiente físico estaba siendo transformado, y las fábricas se alzaban en la estepa vacía mientras los científicos soviéticos se consagraban a "la conquista de la naturaleza".[4]

Decir que la revolución había triunfado equivalía a decir que la revolución había terminado. Era hora de disfrutar de los frutos de la victoria, si es que había alguno, o al menos de descansar del agotador ejercicio revolucionario. A mediados de la década de 1930, Stalin decía que la vida se había hecho más ligera y prometía "una día de fiesta en nuestra calle". Las virtudes del orden, la moderación, la previsibilidad y la estabilidad volvieron a gozar del favor oficial. En la esfera económica, el segundo plan quinquenal (1933-7) fue más sobrio y realista que su desmedidamente ambicioso predecesor, aunque el énfasis puesto en la construcción de una poderosa base industrial no cambió. En el campo, el régimen tuvo gestos conciliatorios hacia el campesinado, y en el marco de la colectivización se procuró que el koljoz funcionara. Un observador no marxista, Nicholas Timasheff describió con aprobación lo que veía como "una gran retirada" de los valores y métodos revolucionarios.

En este capítulo, analizaré tres aspectos de la transición de revolución a posrevolución. La primera sección trata de la naturaleza de la victoria revolucionaria proclamada por el régimen en la década de 1930 "Revolución cumplida". La segunda sección examina las políticas y tendencias termidorianas de ese mismo período "Revolución traicionada". El tema de la tercera sección, "Terror", son las grandes purgas de 1937-8. Éste arroja otra luz sobre el "retorno a la normalidad" de la segunda sección, y nos recuerda que la normalidad puede ser casi tan elusiva como la victoria. Del mismo modo en que la declaración de victoria revolucionaria por parte del régimen era hueca en buena parte, también había mucho de fingimiento y engañifa en las aseveraciones de que la vida volvía a la normalidad, por más que la población quisiera aceptarlas. No es fácil terminar una revolución. El virus revolucionario sigue en el organismo y, en momentos de debilidad, puede recrudecer. Ello

ocurrió durante las grandes purgas, un acceso final de fiebre revolucionaria que quemó casi todo lo que quedaba de la revolución, energía, idealismo, compromiso, leguaje y, finalmente, a los revolucionarios mismos.

"Revolución cumplida"

Cuando el decimoséptimo congreso del partido se reunió a comienzos de 1934, se lo denominó "Congreso de los triunfadores". El triunfo en cuestión era la transformación económica ocurrida durante el período del primer plan quinquenal. La economía urbana había sido completamente nacionalizada con excepción de un pequeño sector cooperativo; la agricultura había sido colectivizada. De modo que la revolución había cambiado exitosamente los modos de producción; como todo marxista sabe, el modo de producción es la base económica sobre la cual reposan toda la superestructura de la sociedad, la política y la cultura. Ahora que la Unión Soviética tenía una base socialista ¿cómo no iban a adaptarse a ella las superestructuras? Al cambiar la base, los comunistas habían hecho todo lo que había que hacer —y probablemente todo lo que se podía hacer en términos marxistas— para crear una sociedad socialista. Lo demás era cuestión de tiempo. Una economía socialista produciría el socialismo, del mismo modo que el capitalismo había producido la democracia burguesa.

Ésa era la formulación teórica. En la práctica, la mayor parte de los comunistas entendían la misión revolucionaria y la victoria en términos más simples. La misión había sido la industrialización y la modernización económica, anunciada en el primer plan quinquenal. Cada nueva chimenea de fábrica y cada nuevo tractor eran una señal de victoria. Si la revolución había logrado sentar los cimientos de un poderoso estado industrializado moderno capaz de defenderse de sus enemigos externos en la Unión Soviética, había cumplido con su misión. En estos términos ¿qué había logrado?

Nadie podía dejar de percibir las señales visibles del programa industrializador soviético. Había obras en construcción en todas partes. Hubo un decidido desarrollo urbano durante el primer

plan quinquenal: los viejos centros industriales se expandieron enormemente, tranquilas ciudades de provincia se transformaron con la llegada de grandes fábricas y nuevos asentamientos industriales y mineros brotaron en toda la Unión Soviética. Enormes nuevas plantas metalúrgicas y de fabricación de máquinas se construían o ya estaban en funciones Se construyeron el ferrocarril de Truksib y la gigantesca represa hidroeléctrica del Dnieper.

Tras cuatro años y medio, se declaró que el primer plan quinquenal había alcanzado sus objetivos. Los resultados oficiales, que fueron motivo de intensa propaganda soviética en los frentes interno y externo, deben ser considerados con gran cautela. Aun así, los economistas occidentales por lo general han aceptado que hubo un crecimiento real, que equivalió a lo que Walter Rostow denominó posteriormente "despegue" industrial. Al resumir los logros del primer plan quinquenal, un historiador económico británico nota que "aunque las afirmaciones referidas al conjunto de la operación son dudosas, no cabe duda de que nació una poderosa industria ingenieril, y que la producción de máquinas-herramientas, turbinas, tractores, equipos metalúrgicos, etc. ascendió en porcentajes realmente impresionantes". Aunque la producción de acero no alcanzó la meta fijada, de todas formas aumentó (según las cifras soviéticas) en casi un 50 por ciento. La producción de mineral de hierro casi se duplicó, aunque el incremento planeado era aun mayor, y la hulla y el hierro de fundición casi se duplicaron en el período 1927-8 a 1932.[5]

Ello no significa que no hubiera problemas con un programa de industrialización que enfatizaba la velocidad y la cantidad con tan fanática implacabilidad. Los accidentes industriales eran comunes; había un inmenso desperdicio de materiales; la calidad era baja, y el porcentaje de producción defectuosa, alto. La estrategia soviética era cara en términos financieros y humanos; y no necesariamente óptima siquiera en términos de tasas de crecimiento: un economista occidental ha calculado que la Unión Soviética habría podido alcanzar niveles de crecimiento similares para mediados de la década de 1930 sin abandonar el marco de la NEP.[6] Con demasiada frecuencia, "cumplir y exceder el cumplimiento" del plan significaba ignorar toda planificación racional y limitar el foco a unas pocas metas de producción a expensas de

todo lo demás. Tal vez hubiera nuevas fábricas que producían bienes tan llenos de atractivo como tractores y turbinas, pero hubo una decidida escasez de clavos y materiales de embalaje durante todo el primer plan quinquenal, y todas las ramas de la industria resultaron afectadas por el derrumbe de los recursos campesinos de tracción a sangre que ocurrió como inesperada consecuencia de la colectivización. La industria carbonífera de la cuenca del Don estaba en crisis en 1932, y una cantidad de otros sectores industriales clave tenían graves problemas de construcción y producción.[7]

A pesar de los problemas, la industria era la esfera en la cual la dirigencia soviética realmente creía estar logrando algo notable. Prácticamente todos los comunistas opinaban así, aun aquellos que previamente habían simpatizado con la oposición de izquierda o de derecha; y algo de estos mismos orgullo y excitación se veía en la generación más joven, más allá de afiliaciones partidarias, y hasta cierto punto, en el conjunto de la población urbana. Muchos ex trotskistas habían abandonado su oposición porque se entusiasmaron con el primer plan quinquenal, y hasta el propio Trotsky en esencia lo aprobaba. Los comunistas que se habían inclinado a la derecha en 1928-9 se habían retractado, asociándose plenamente al programa industrializador. En la contabilidad interior de muchos que hasta entonces dudaban, Magnitogosk, la planta de tractores de Stalingrado y los otros grandes proyectos industriales compensaban los aspectos negativos de la carrera de Stalin, por ejemplo, la pesada represión y los excesos en la colectivización.

La colectivización era el talón de Aquiles del primer plan quinquenal, una fuente permanente de crisis, enfrentamientos y soluciones improvisadas. En su aspecto positivo, proveyó el deseado mecanismo para la obtención de grano por parte del estado a precios bajos y no negociables y a un volumen mayor que el que los campesinos estaban dispuestos a vender. Del lado del debe, dejó a los campesinos resentidos y poco dispuestos a trabajar, provocó el sacrificio de hacienda a enorme escala, llevó a la hambruna de 1932-3 (que provocó crisis en toda la economía y el sistema administrativo) y forzó al estado a invertir mucho más en el sector agrícola que lo previsto en la estrategia original de "exprimir al campesinado".[8] En teoría, la colectivización podía haber significado muchas cosas. Tal

como se practicaba en la Unión Soviética de la década de 1930, era una forma extrema de explotación económica estatal, que el campesinado comprensiblemente percibió como "una segunda servidumbre". Ello no sólo fue desmoralizador para los campesinos, sino para los cuadros del partido que lo experimentaron de primera mano.

Nadie estaba realmente satisfecho con la colectivización; los comunistas la veían como una batalla ganada, pero a un costo muy alto. Además, el koljoz que finalmente llegó a existir era muy diferente del koljoz de los sueños comunistas o al que representaba la propaganda soviética. El verdadero koljoz era pequeño, basado en las aldeas, y primitivo, mientras que el koljoz soñado era una exhibición a gran escala de agricultura moderna y mecanizada. Al verdadero no sólo le faltaban tractores, que se concentraban en terminales locales de tractores y maquinaria, sino que de hecho sufría una grave escasez de tracción debido al sacrificio de caballos ocurrido durante la colectivización. El nivel de vida en la aldea cayó abruptamente con la colectivización, y en muchos lugares llegó al más desnudo nivel de subsistencia. La electricidad rural era aún menos frecuente que en la década de 1920 debido a la desaparición de los molineros "kulak" cuyos molinos hidráulicos la generaban. Para desazón de muchos funcionarios comunistas rurales, la agricultura colectivizada ni siquiera se había socializado por completo cuando se permitió a los campesinos que conservaran pequeñas parcelas privadas, aunque esto les permitía evitar el trabajo en los campos colectivos. Como admitió Stalin en 1935, la parcela privada era esencial para la supervivencia de la familia campesina, ya que proveía la mayor parte de la leche, huevos y hortalizas que consumían los campesinos (y el resto del país). Durante buena parte de la década de 1930, la única paga que los campesinos recibían por su trabajo en el koljoz era una pequeña parte de la cosecha de granos.[9]

En que lo que respecta a los objetivos políticos de la revolución, apenas se exageraría si se dijese que la supervivencia del régimen durante los meses de ansiedad de 1931, 1932 y 1933 les pareció a muchos comunistas un triunfo en sí misma, tal vez incluso un milagro. Pero no era una victoria como para celebrarla en público. Se necesitaba algo más, preferiblemente algo que tuviera que ver con el socialismo. A comienzos de la década de 1930, la moda era hablar de

la "construcción del socialismo" y la "construcción socialista". Pero estas frases, que nunca se definieron en forma precisa, sugerían un proceso más que un resultado. Con la introducción de la nueva constitución soviética de 1936, Stalin indicó que la fase de "construcción" estaba esencialmente terminada. Ello significaba que la instalación del socialismo en la Unión Soviética era una misión cumplida.

Teóricamente, era un salto considerable. El significado exacto de "socialismo" siempre fue vago, pero si se consideraba como guía el *Estado y revolución* de Lenin (escrito en septiembre de 1917), éste aparejaba una democracia local ("soviética"), la desaparición del enfrentamiento de clases y la extinción del estado. Este último requerimiento era un problema, ya que ni el más optimista de los marxistas soviéticos podía sostener que el estado soviético se había extinguido o exhibiese señales de hacerlo en el futuro cercano. El problema se solucionó introduciendo una distinción teórica nueva, o a la que al menos no se le había prestado atención hasta entonces, entre socialismo y comunismo. Al parecer, sólo bajo el *comunismo* se extinguiría el estado. El socialismo, aunque no era el objetivo final de la revolución, era lo mejor que podía obtenerse en un mundo de estados-nación mutuamente antagónicos en el cual la Unión Soviética estaba rodeada de capitalistas. Con el advenimiento de la revolución mundial, el estado podría extinguirse. Hasta entonces, debía seguir siendo fuerte y poderoso para proteger de su enemigos a la única sociedad socialista del mundo.

¿Cuáles eran las características del socialismo que existía en esos momentos en la Unión Soviética? La respuesta a esa pregunta la dio la nueva constitución soviética, la primera desde la constitución revolucionaria de la república de Rusia de 1918. Para comprenderla, debemos recordar que según la teoría marxista-leninista, existía una fase transitoria de dictadura del proletariado entre la revolución y el socialismo. Esta fase, que en Rusia comenzó en octubre de 1917, se caracterizaba por una intensa guerra de clases, que se producía cuando las antiguas clases propietarias se resistían a su expropiación y destrucción a manos del estado proletario. Era el fin de la guerra de clases, explicó Stalin al presentar su nueva constitución, lo que marcaba la transición de la dictadura del proletariado al socialismo.

Según la nueva constitución, todos los ciudadanos soviéticos tenían iguales derechos y gozaban de libertades civiles apropiadas al

socialismo. Ahora que la burguesía capitalista y los kulaks habían sido eliminados, la lucha de clases había desaparecido. Aún existían clases en la sociedad soviética —la clase obrera, el campesinado, y la inteliguentsia (que, en su definición estricta, no constituía una clase sino un estrato)— pero sus relaciones estaban libres de antagonismo y explotación. Tenían idéntica jerarquía, y también eran iguales en su devoción al socialismo y al estado soviético.[10]

Estas afirmaciones han enfurecido a muchos comentaristas no soviéticos en el transcurso de los años. Los socialistas han negado que el sistema estalinista fuese un verdadero socialismo; otros han señalado que las promesas de libertad e igualdad hechas por la constitución eran un engaño. Aunque hay espacio para discutir acerca del grado de fraudulencia o del grado de la intención de defraudar,[11] tales reacciones son comprensibles, pues la constitución sólo tenía un vínculo muy tenue con la realidad soviética. Sin embargo, en el contexto de la presente discusión, no hace falta tomar demasiado en serio a la constitución: en lo que hace a las afirmaciones de victoria revolucionaria, eran un agregado que tenía poca carga emocional tanto para el partido comunista como para la sociedad en su conjunto. A la mayor parte de las personas les daba igual, a otras las confundió. Una conmovedora respuesta a la noticia de que el socialismo ya existía provino de un joven periodista, verdadero creyente en el futuro socialista que sabía cuán primitiva y miserable era la vida en su aldea natal. Entonces, ¿*esto* era el socialismo? "Nunca, antes ni después, experimenté tal decepción, tal desazón".[12]

La garantía de igualdad de derechos de la nueva constitución constituía un verdadero cambio con respecto a la constitución de la república de Rusia de 1918. La constitución de 1918 había sido explícita en *no* conceder igualdad de derechos: se privaba a los integrantes de la antiguas clases explotadoras del derecho a votar en las elecciones soviéticas, y el voto de los obreros urbanos tenía un peso que se negaba al voto campesino. Asociada a este esquema, a partir de la revolución regía una elaborada estructura de leyes de discriminación de clase diseñada para poner a los obreros en una posición privilegiada y perjudicar a la burguesía. Ahora, con la constitución de 1936, todos, fuera cual fuere la clase a la que pertenecían, tenían derecho al voto. La categoría estigmatizada de las "personas

sin derecho a voto" (*lishentsy*) desapareció. Las políticas y prácticas de discriminación de clase ya estaban en extinción antes de la nueva constitución. Por ejemplo, para el ingreso a la sus universidades se había dejado de lado hacía algunos años la discriminación en favor de los obreros.

Así, el abandono de la discriminación de clase era real, aunque de ninguna manera tan completa como pretendía la constitución, y tropezó con considerable resistencia por parte de los comunistas, acostumbrados a hacer las cosas a la vieja usanza.[13] El significado del cambio podía interpretarse de dos maneras. Por un lado, el abandono de la discriminación de clase podía ser considerado un requisito previo a la igualdad socialista ("revolución cumplida"). Por otro, podía ser interpretado como el definitivo alejamiento del proletariado por parte de régimen ("revolución traicionada"). El estatus de la clase obrera y su relación con el poder soviético bajo el nuevo régimen no quedaban claros. Nunca hubo un anuncio oficial directo de que la era de la dictadura del proletariado hubiese finalizado (aunque ésa era la consecuencia lógica que entrañaba el que la Unión Soviética hubiera entrado en la era del socialismo), pero los usos comenzaron a descartar términos como "hegemonía proletaria" en favor de fórmulas más blandas como "el papel protagónico de la clase obrera".

Críticos marxistas como Trotsky podían decir que el partido había perdido sus puntos de referencia al permitir que la burocracia remplazara a la clase obrera como fuente principal de respaldo social. Pero Stalin veía las cosas de otra manera. Desde el punto de vista de Stalin, uno de los grandes logros de la revolución había sido la creación de "una nueva inteliguentsia soviética" (lo cual esencialmente significaba una nueva elite administrativa y profesional) reclutada entre la clase obrera y el campesinado. El régimen soviético ya no debía depender de la continuidad de funcionarios de las antiguas elites, sino que ahora podía confiar en su propia elite de "cuadros conductivos y especialistas" producidos por él mismo, hombres que debían su ascenso y sus carreras a la revolución y en cuya completa lealtad a ésta (y a Stalin) se podía confiar. Dado que el régimen tenía esta "nueva clase"[14] —"los obreros y campesinos de ayer, ascendidos a puestos de mando"— como base social, todo el tema del proletariado y de su relación especial con el régimen perdió importancia a ojos de Stalin. A

fin de cuentas, como queda implícito en sus comentarios al décimo octavo congreso del partido en 1939, la flor de la antigua clase obrera revolucionaria había sido trasplantada de hecho a la nueva inteliguentsia soviética, y si los obreros que no habían podido ascender estaban envidiosos, tanto peor para ellos. Caben pocas dudas de que éste punto de vista les parecía perfectamente lógico a los "hijos de la clase obrera" de la nueva elite, quienes, como suelen hacer quienes ascienden socialmente en cualquier entorno, estaban simultáneamente orgullosos de su modesto origen y felices de haberlo dejado muy atrás.

"Revolución traicionada"

El compromiso de *liberté, égalité, fraternité* es parte de casi todas las revoluciones, pero es un compromiso del que los revolucionarios que triunfan se desdicen casi inevitablemente. Como habían leído a Marx, lo bolcheviques ya sabían que esto era así. Hicieron cuanto pudieron, incluso en la euforia de octubre, por ser revolucionarios científicos y no utopistas soñadores. Acotaron sus promesas de *liberté, égalité* y *fraternité* con referencias a la guerra de clases y a la dictadura del proletariado. Pero era tan difícil repudiar las clásicas consignas revolucionarias como lo hubiera sido llevar adelante una revolución exitosa sin entusiasmo. Emocionalmente, los primeros líderes bolcheviques no podían menos que ser un poco igualitarios y libertarios; y también, a pesar de toda su teoría marxista, eran un poco utópicos. Los nuevos bolcheviques surgidos durante 1917 y la guerra civil tenían la misma respuesta emocional sin las inhibiciones intelectuales. Aunque los bolcheviques no tuvieron la idea inicial de hacer una revolución igualitaria, libertaria y utópica, la revolución hizo a los bolcheviques esporádicamente igualitarios, libertarios y utópicos.

La vertiente ultrarrevolucionaria del bolchevismo posoctubre se destacó durante la guerra civil y ulteriormente en la revolución cultural que acompañó al primer plan quinquenal. Se manifestaba en una militancia de la guerra entre clases, rechazo agresivo del privilegio social, antielitismo, igualitarismo salarial, iconoclasia cultural, hostilidad hacia la familia y experimentación en todos los campos,

desde los métodos organizativos hasta la educación. En tiempos de Lenin, tales tendencias fueron peyorativamente tildadas de "izquierdistas" o "vanguardistas"; pero los dirigentes también las contemplaban con cierta indulgencia, considerándolas producto de la exuberancia revolucionaria juvenil o de un instinto proletario carente de orientación. Lo paradójico del abandono que hizo Stalin del entusiasmo revolucionario era que éste tenía hondas raíces en la tradición leninista y la ideología bolchevique.

Con la "gran retirada" de la década de 1930, el partido estalinista abandonó la iconoclasia y el fervor antiburgués de la revolución cultural y se volvió, por así decirlo, respetable. La respetabilidad significaba nuevos valores culturales y morales, que reflejaban la transición metafórica de la juventud proletaria a la madurez de clase media; una busca del orden y de una rutina manejable; y la aceptación de una jerarquía social basada en la educación, la ocupación y el estatus. La autoridad debía ser obedecida más que cuestionada. La tradición debía ser respetada más que descartada. Aún se describía el régimen como "revolucionario", pero ello cada vez más significaba revolucionario por origen y por legitimidad más bien que revolucionario en la práctica. Éstos fueron los cambios que Trotsky denunció en su *La revolución traicionada*. A muchos de ellos, por supuesto, se les puede dar otra interpretación, verbigracia, la de necesarios ajustes pragmáticos de la situación postrevolucionaria, si uno acepta la premisa de Stalin de que los objetivos revolucionarios habían sido alcanzados, no abandonados.

En la industria, con el segundo plan quinquenal que marcó una transición a una planificación más sobria, con menos consignas acerca de metas inalcanzables y más racionalidad, la orden del día de la década de 1930 era aumentar la productividad y desarrollar especializaciones. El principio de los incentivos materiales se arraigó firmemente, con un incremento del trabajo medido por unidades de producción, diferenciación de los salarios obreros según el grado de especialización y premios por productividad por encima de la media. Se subieron los salarios de los especialistas y, en 1932, el salario promedio de ingenieros y técnicos fue más alto con relación al salario obrero promedio que en ninguna época anterior o posterior a ésa en el período soviético. Eran políticas lógicas, dada la

prioridad del estado respecto de un crecimiento industrial rápido, pero acentuaron el alejamiento del régimen de la identificación revolucionaria original con la clase obrera. La denuncia que hizo Stalin del igualitarismo vulgar (*uvravnilovka*) en la política salarial en su célebre discurso de las "seis condiciones" del 23 de junio de 1931[15] no fue tan notable por su contenido concreto (dado que las tendencias niveladoras del primer plan quinquenal fueron espontáneas en buena parte) como por su descuidada falta de respeto por una de las vacas sagradas de la revolución obrera.

El movimiento estajanovista (así llamado por un minero de carbón que había roto récords en la cuenca del Don) fue tal vez el ejemplo más curioso de la ética soviética posrevolucionaria y de la actitud ambivalente del régimen hacia los trabajadores. El estajanovista superaba los promedios y era generosamente recompensado por sus logros y celebrado por los medios, pero en el mundo real experimentaba casi inevitablemente el repudio y el resentimiento de sus colegas obreros. También era un innovador y un racionalizador de la producción, a quien se instaba a cuestionar la sabiduría conservadora de los expertos y denunciar los tácitos acuerdos entre los administradores de fábricas, los ingenieros y las ramas sindicales para resistir la constante presión desde arriba para que superasen los promedios. El movimiento estajanovista glorificaba a los trabajadores individuales, pero al mismo tiempo era antiobrero y, en ciertos aspectos, antiadministradores.[16]

Los modos y estilos de dirigir también cambiaron. En la década de 1920, los modales proletarios eran cultivados incluso por los intelectuales bolcheviques: cuando Stalin le dijo a un público del partido que él era un hombre "tosco", esto sonó más a autoglorificación que a modestia. Pero en la década de 1930, Stalin comenzó a presentarse ante los comunistas soviéticos y los entrevistadores extranjeros como un hombre de cultura, como Lenin. Entre sus colegas de la dirigencia del partido, los recientemente ascendidos Jrushov, confiados en sus orígenes proletarios, pero temerosos de comportarse como campesinos, comenzaban a sobrepasar a los Bujarin, quienes confiaban en su cultura pero temían comportarse como intelectuales burgueses. En un nivel más bajo del mundo oficial, los comunistas procuraban comprender las reglas del comportamiento educado

y dejar de lado sus botas del ejército y gorras de visera, pues no querían ser tomados por integrantes del proletariado que no ascendía. Un nuevo tono del complacido didactismo propio de una maestra de escuela, que luego sería familiar para generaciones de visitantes de Intourist, se podía detectar en las páginas de *Pravda*.

En educación, la reorientación de políticas de la década de 1930 fue un contraste espectacular con lo hecho hasta entonces. Las tendencias educativas progresistas de la década de 1920 se habían desbocado durante la revolución cultural, y a menudo se había remplazado la enseñanza formal en aulas por "trabajos de utilidad social" realizados fuera de la escuela, y las lecciones, libros de texto, tareas para el hogar y evaluación individual de logros académicos habían quedado casi totalmente desacreditados. Entre 1931 y 1934 estas tendencias se invirtieron abruptamente. En una fecha posterior de la década del 1930 reaparecieron los uniformes escolares, que hicieron que las niñas y niños de las escuelas secundarias soviéticas se pareciesen mucho a sus predecesores de los liceos zaristas. La reorganización de la educación superior también representó en muchos respectos un retorno a las normas tradicionales anteriores a la revolución. Los antiguos profesores recuperaron su autoridad; los requerimientos de ingreso volvieron a basarse en criterios académicos más bien que políticos y sociales; y se reinstauraron los exámenes, graduaciones y títulos académicos.[17]

La historia, materia vetada al poco tiempo de la revolución con el argumento de que era irrelevante para la vida contemporánea y había sido empleada tradicionalmente para inculcar el patriotismo y la ideología de la clase dominante, reapareció en los programas de escuelas y universidades. Mijail Pokrovsky, un antiguo bolchevique y destacado historiador marxista cuyos discípulos se habían mostrado muy activos en la rama académica de la revolución cultural, fue criticado en forma póstuma por reducir la historia a un registro abstracto de conflictos de clase sin nombres, fechas, héroes ni emociones convocantes. Stalin ordenó que se escribieran nuevos libros de texto de historia, muchos de ellos escritos por los antiguos enemigos de Pokrovsky, los historiadores "burgueses" convencionales que sólo daban un reconocimiento obligado al marxismo. Los héroes regresaron a la historia: uno de los primeros éxitos fue *Napoleón* de Tarlé,

pero la rehabilitación se extendió a grandes líderes rusos como Iván el Terrible (quien purgó a los boyardos rusos en el siglo XVI) y Pedro el Grande (el "zar transformador", arquitecto de la primera modernización de Rusia a comienzos del siglo XVIII).[18]

La maternidad y las virtudes de la familia también fueron exaltadas a partir de la mitad de la década de 1930. A pesar de sus reservas acerca de la liberación sexual, los bolcheviques legalizaron el aborto y el divorcio al poco tiempo de la revolución, y popularmente se los consideraba enemigos de la familia y de los valores morales tradicionales. En la década de 1920, la dirigencia había adherido al principio de que la intervención del estado en materia de moralidad sexual privada era indeseable, aunque siempre dando por sentado que todos los aspectos de la conducta personal de un *comunista* debían estar abiertos al escrutinio de sus camaradas del partido. En la década de 1930, la "gran retirada" de Stalin no sólo implicó una afirmación de los valores familiares tradicionales sino una extensión del principio de legítimo escrutinio de la conducta personal que se aplicaba exclusivamente de los comunistas a la población en general.

En la era de Stalin, se hizo más difícil obtener el divorcio, el concubinato perdió valor legal y las personas que se tomaban a la ligera sus responsabilidades familiares fueron criticadas con aspereza ("un mal marido y padre no puede ser un buen ciudadano"). La homosexualidad masculina se convirtió en delito; y en 1936, tras una discusión pública de los puntos de vista pro y antiaborto, el aborto se proscribió. Los anillos de casamiento de oro reaparecieron en el mercado y los tradicionales árboles de año nuevo (llamados *elki* y que son el equivalente ruso de los árboles de Navidad) fueron revividos "para darles alegría a los niños soviéticos"[19] Para los comunistas que habían asimilado las actitudes más emancipadas propias del período anterior, todo esto se parecía mucho a la temida hipocresía del pequeño burgués, especialmente dado el tono sentimental y santurrón que se empleaba ahora para hablar de la familia y los niños. Por supuesto que las políticas que más chocaban a los intelectuales comunistas eran a menudo aquellas que eran recibidas con más entusiasmo por la mayoría "hipócrita y pequeño burguesa" de la población soviética.[20]

En este período hubo un retroceso en el respaldo a la causa de la emancipación femenina, al menos en lo que respecta a las mujeres

rusas educadas y de clase media.[21] El antiguo estilo de mujer comunista liberada, declaradamente independiente y comprometida ideológicamente en temas como el aborto ya no causaba simpatía. El nuevo mensaje era que primero venía la familia, a pesar del creciente número de mujeres que recibían educación y tenían empleos pagos. Ningún logro superaba al de ser una esposa y madre exitosa. En una campaña que habría sido inconcebible en la década de 1920, esposas de los integrantes de la nueva elite soviética fueron destinadas a actividades comunitarias voluntarias que se parecían mucho a las obras de caridad de la clase alta que las feministas rusas comunistas y aun liberales siempre despreciaron. En un "encuentro de esposas" nacional en 1936, las esposas de administradores e ingenieros describieron los éxitos del movimiento voluntario en un encuentro en el Kremlin al que asistieron Stalin y el jefe del ejército Klim Voroshilov, a quienes las esposas les regalaron camisas rusas tradicionales bordadas con sus propias manos. Posteriormente, se publicaron las minutas del encuentro en un bonito volumen forrado en papel estampado de rosas.[22]

El aburguesamiento no se limitaba a las mujeres. En la década de 1930, los privilegios y un alto nivel de vida devinieron en una consecuencia normal y casi obligatoria del estatus de las elites, en contraste con la situación de la década de 1920, durante la cual los ingresos de los comunistas estaban limitados, al menos en teoría, por un "máximo del partido" que evitaba que sus salarios fueron superiores a la remuneración promedio de un obrero especializado. La elite —que incluía a profesionales (comunistas y no afiliados) así como funcionarios comunistas— estaba separada de la masa de la población no sólo por sus altos salarios, sino por su acceso privilegiado a servicios y bienes de consumo y a diversas recompensas materiales y honoríficas. Los integrantes de la elite podían usar tiendas que no estaban abiertas al público en general, comprar productos que no estaban disponibles para los demás consumidores y tomarse vacaciones en centros especiales y confortables dachas. A menudo vivían en bloques de apartamentos especiales e iban a trabajar en autos con chofer. Muchas de esas disposiciones surgieron de los sistemas de distribución cerrados que se desarrollaron durante el plan quinquenal en respuesta a las graves carestías, para luego perpetuarse.

Los dirigentes del partido aún eran un poco susceptibles en la cuestión de los privilegios de elite; la exhibición conspicua o la codicia podían ser motivo de reprimendas o incluso pagarse con la vida durante las grandes purgas. Como sea, hasta cierto punto los privilegios de la elite permanecían ocultos. Aún quedaban muchos antiguos bolcheviques que promulgaban una vida ascética y criticaban a quienes sucumbían al lujo: los ataques de Trotsky en ese sentido en *La revolución traicionada* no son muy diferentes de los comentarios que hizo el estalinista ortodoxo Molotov en sus memorias;[23] y el consumo conspicuo y la tendencia a la acumulación eran algunos de los abusos por los cuales los funcionarios comunistas caídos en desgracia eran habitualmente criticados durante las grandes purgas. Huelga decir que para los marxistas la emergencia de una clase burocrática privilegiada, la "nueva clase" (por emplear el término popularizado por el marxista yugoeslavo Milovan Djilas) o "la nueva nobleza de servicio" (en palabras de Robert Tucker) planteaba problemas conceptuales.[24] La forma en que Stalin lidió con estos problemas fue tildando a esta nueva clase privilegiada de "inteliguentsia", desplazando así el foco de la superioridad socioeconómica a la intelectual. Según presentaba las cosas Stalin, esta inteliguentsia (nueva elite) tenía un papel de vanguardia comparable al que el partido comunista desarrollaba en la política; en tanto vanguardia cultural, necesariamente tenía un acceso más amplio a los valores culturales (incluyendo bienes de consumo) que los disponibles, por el momento, para el resto de la población.[25]

La vida cultural fue muy afectada por la nueva orientación del régimen. En primer lugar, los intereses culturales y una conducta cultivada (*kul'turnost'*) se contaban entre las señales visibles del estatus de elite que se suponía que los funcionarios comunistas debían exhibir. En segundo lugar, los profesionales no comunistas —es decir, la antigua "inteliguentsia burguesa"— pertenecían a la nueva elite, se mezclaba socialmente con funcionarios comunistas y compartía los mismos privilegios. Ello constituía un verdadero repudio del viejo sesgo antiexpertos del partido que hizo posible la revolución cultural (en su discurso de las "seis condiciones" de 1931, Stalin había invertido la marcha con respecto a la cuestión del "sabotaje" por parte de la inteliguentsia burguesa, afirmando simplemente que la

antigua inteliguentsia técnica había abandonado sus intentos de sabotear la economía soviética al darse cuenta de que los riesgos eran demasiados y de que el programa industrializador ya estaba asegurado). Con el regreso de la antigua inteliguentsia a las simpatías del poder, la inteliguentsia comunista —especialmente los activistas de la revolución cultural— cayeron en desgracia ante la conducción del partido. Una de las premisas básicas de la revolución cultural era que la era revolucionaria necesitaba una cultura que no fuera la de Pushkin y *El lago de los cisnes*. Pero en la era de Stalin, con la inteliguentsia burguesa defendiendo firmemente el legado cultural y un público recientemente ascendido a la clase media que buscaba cultura accesible que conocer, Pushkin y *El lago de los cisnes* triunfaron.

Sin embargo, era demasiado pronto para hablar de un verdadero regreso a la normalidad. Había tensiones externas, que se incrementaron sin cesar a lo largo de la década de 1930. En el "congreso de los triunfadores" de 1934, uno de los temas de discusión fue la reciente llegada al poder de Hitler en Alemania, episodio que dio significado concreto a los hasta entonces informes temores de intervención militar por parte de potencias capitalistas occidentales. Había vertientes internas de diversos tipos. Hablar de valores familiares era muy bonito, pero una vez más, como en la guerra civil, ciudades y estaciones de ferrocarril estaban colmadas de niños abandonados y huérfanos. El aburguesamiento sólo era posible para una pequeña minoría de habitantes de las ciudades; los demás estaban apiñados en "apartamentos comunales", donde varias familias compartían una sola habitación y compartían baño y cocina en lo que había sido antes una residencia unifamiliar, y el racionamiento de bienes básicos aún estaba vigente. Stalin podía decirles a los koljozniks que "la vida mejora, camaradas", pero en ese momento —comienzos de 1935— sólo dos cosechas los separaban de la hambruna de 1932-3.

La precariedad de la "normalidad" posrevolucionaria quedó demostrada en el invierno de 1934-5. El racionamiento de pan debía levantarse el 1º de enero de 1935, y el régimen tenía planeada una campaña propagandística con el tema de "la vida mejora". Los diarios celebraban la abundancia de bienes que pronto habría disponibles (aun admitiendo que sólo fuera en algunos locales especiales de alto precio) y describían con entusiasmo la alegría y la elegancia de los bai-

les de máscaras con que los moscovitas recibían el año nuevo. En febrero, un congreso de koljozniks debía endosar el nuevo estatuto del koljoz, que garantizaba la parcela privada y les hacía otras concesiones a los campesinos. Tal como se esperaba, todo esto ocurrió en los primeros meses de 1935, pero en una atmósfera de tensión y amenaza, marcada por el asesinato en diciembre de Serguei Kirov, jefe del partido de Leningrado. Este episodio puso frenéticos al partido y a sus conductores; en Lenigrado se produjeron arrestos en masa. A pesar de todos los indicios y símbolos de un "regreso a la normalidad" posrevolucionario, la normalidad aún estaba muy lejos.

Terror

Imaginen que dijéramos, oh, lectores, que el milenio pugna en el umbral, pero que no se consiguen ni hortalizas, debido a los traidores. De ser así ¡con qué ímpetu atacaría uno a los traidores!... En lo que respecta al ánimo de hombres y mujeres, ¿no basta con ver a qué punto había llegado la SOSPECHA? A menudo decíamos que ésta llegaba a lo sobrenatural; lo que parece exagerado: pero oigamos al frío testimonio de los testigos. Un patriota aficionado a la música no podría tocar unas notas en su cuerno de caza, sentado pensativamente en la azotea, sin que Mercier lo interprete como una señal de que un comité conspirador le hace a otro... Louvet, con su capacidad para discernir los misterios del futuro, ve que volveremos a ser convocados por una depuración a la sala de la administración; y entonces los anarquistas matarán a veintidós de nosotros a la salida. Es cosa de Pitt y Coburgo; del oro de Pitt... Detrás, a los costados, delante, nos rodea un inmenso, sobrenatural juego de conspiraciones, y quien mueve los hilos es Pitt.[26]

El 29 de julio de 1936, el comité central envió una carta secreta a todas las organizaciones partidarias locales llamada "De la actividad terrorista del bloque contrarrevolucionario trotskista-zinovievista" en la que se afirmaba que los anteriores grupos oposicionistas se habían convertido en imanes para "espías, provocadores, divisionistas, guardias blancos [y] kulaks" que odiaban al poder soviético, habían sido responsables del asesinato de Serguei Kirov, el jefe del partido de Leningrado. La vigilancia —"la capacidad de reconocer a un enemigo

del partido por bien disfrazado que esté"— era un atributo esencial de todo comunista.[27] Esta carta fue el preludio al primer juicio ejemplificador de las grandes purgas, ocurrido en agosto, en el cual Lev Kamenev y Grigorii Zinoviev, dos ex líderes de la oposición, fueron encontrados culpables de complicidad en el asesinato de Kirov y condenados a muerte.

En un segundo juicio ejemplificador celebrado a comienzos de 1937 el énfasis se puso en el sabotaje industrial. El principal acusado era Iurii Pyatakov, un ex trotskista quien había sido mano derecha de Orzhonikidze en el comisariato para la industria pesada desde comienzos de la década de 1930. En junio de ese mismo año, el mariscal Tujachevsky y otros jefes militares fueron acusados de espiar para Alemania y ejecutados inmediatamente tras un juicio sumario secreto. En el último de los juicios ejemplificadores, celebrados en marzo de 1938, los acusados incluían a Bujarin y Rykov, ex líderes de la derecha y a Guenrij Yagoda, ex jefe de la policía secreta. En todos estos juicios, los antiguos bolcheviques acusados confesaron diversos crímenes extraordinarios, que describieron ante el tribunal con gran lujo de detalles. Casi todos ellos fueron sentenciados a muerte.[28]

Además de sus crímenes más flagrantes, entre los que se contaban los asesinatos de Kirov y del escritor Máximo Gorki, los conspiradores confesaron muchos actos de sabotaje realizados con la intención de provocar descontento popular contra el régimen para facilitar el derrocamiento de éste. Éstos incluían la organización de accidentes en minas y fábricas en los que murieron muchos trabajadores, provocar demoras en el pago de salarios y entorpecer la circulación de bienes de modo que los comercios rurales se vieran privados de azúcar y tabaco y las panaderías urbanas, de pan. Los conspiradores también confesaron haber practicado habitualmente el engaño, fingiendo haber renunciado a sus puntos de vista oposicionistas y proclamando su adhesión a la línea del partido, sin dejar nunca de disentir, dudar y criticar en privado.[29]

Se afirmó que agencias de inteligencia extranjeras —alemana, japonesa, británica, francesa, polaca— estaban detrás de las conspiraciones, cuyo objetivo final era lanzar un ataque militar contra la unión soviética, derrocar al régimen comunista y restaurar el capitalismo. Pero el eje de la conspiración era Trotsky, a quien se acusaba no sólo

de agente de la Gestapo sino además (¡desde 1926!) del servicio de inteligencia británico, y que actuaba como intermediario entre las potencias extranjeras y su red de conspiradores en la Unión Soviética.[30]

Las grandes purgas no fueron el primer episodio de terror de la revolución rusa. El terror contra los "enemigos de clase" había sido parte de la guerra civil, así como de la colectivización y la revolución cultural. De hecho, en 1937 Molotov afirmó que existía una continuidad directa entre el juicio de Shajti y del "partido industrial" de la revolución cultural y el presente —con la importante diferencia de que esta vez quienes llevaban adelante la conspiración contra el poder soviético no eran "especialistas burgueses" sino comunistas, o al menos personas que "se hacían pasar" por tales, logrando así penetrar posiciones clave en el gobierno y el partido.[31]

Los arrestos en masa en los rangos jerárquicos comenzaron durante el fin de 1936, particularmente en la industria. Pero fue en un plenario del comité central celebrado en febrero-marzo de 1937 que Stalin, Molotov y Nikolai Eyov (ahora al frente de la NKVD, nombre que recibió la policía secreta a partir de 1934) dieron la señal para que la caza de brujas comenzara en serio.[32] Durante dos años enteros, 1937 y 1938, funcionarios jerárquicos comunistas en todas las ramas de la burocracia —gobierno, partido, industrial, militar, y, finalmente, policial— fueron denunciados y arrestados como "enemigos del pueblo". Algunos fueron fusilados; otros desaparecieron en el gulag. En su discurso secreto ante el vigésimo congreso del partido, Jrushov reveló que de los 139 miembros plenos y aspirantes del comité central elegidos en el "congreso de los triunfadores" del partido en 1939, todos menos 41 fueron víctimas de las grandes purgas. La continuidad del liderazgo quedó casi totalmente quebrada: las purgas no sólo destruyeron a la mayor parte de los integrantes sobrevivientes de la cohorte de antiguos bolcheviques, sino también gran parte de las cohortes partidarias formadas durante la guerra civil y el período de colectivización. Sólo veinticuatro integrantes del comité central elegido en el décimo octavo congreso del partido en 1939 habían integrado el anterior comité central, elegido hacía cinco años.[33]

Los comunistas en altos puestos no fueron las únicas víctimas de las purgas. La inteliguentsia (tanto la antigua inteliguentsia "burguesa" como la inteliguentsia comunista de la década de 1920, en particu-

lar los activistas de la revolución cultural) resultaron duramente golpeados. También lo fueron los antiguos "enemigos de clase" —los sospechosos habituales para todo terror revolucionario ruso, aun cuando, como en 1937, no fueran específicamente designados —y cualquier otro que alguna vez hubiese figurado en una lista negra oficial por cualquier motivo. Las personas con familiares en el exterior o conexiones extranjeras corrían especial peligro. Stalin incluso emitió una orden secreta especial para arrestar a decenas de miles de "ex kulaks y delincuentes", lo que incluía a reincidentes, ladrones de caballos y sectarios religiosos con antecedentes penales, y fusilarlos o enviarlos al gulag; además, 10.000 delincuentes empedernidos que cumplían penas en el gulag debían ser fusilados.[34] La dimensión total de las purgas, que fue motivo de especulación en Occidente durante muchos años, está comenzando a emerger con más claridad a medida que los estudiosos investigan archivos soviéticos previamente inaccesibles. Según los archivos de la NKVD, la cantidad de condenados a los campos de trabajo del gulag ascendió en medio millón en los dos años que comenzaron el 1º de enero de 1937, llegando al millón trescientos mil el 1º de enero de 1939. En este último año, el 42 por ciento de los prisioneros del gulag estaba condenado por delitos "políticos" (contrarrevolución, espionaje, etc.), el 24 por ciento estaba clasificado como "elementos socialmente dañinos o socialmente peligrosos" y los demás eran delincuentes comunes. Pero muchas víctimas de las purgas fueron ejecutadas en la cárcel y nunca llegaron al gulag. La NKVD registró 681,692 de estas ejecuciones en 1937-8.[35]

¿Qué sentido tuvieron las grandes purgas? Las explicaciones que invocan la razón de estado (extirpación de una potencial quinta columna en tiempos de guerra) no son convincentes; las explicaciones en nombre de necesidades totalitarias sólo generan la pregunta de qué son las necesidades totalitarias Si analizamos el fenómeno de las grandes purgas en el contexto de la revolución, la pregunta se vuelve menos desconcertante. Sospechar de los enemigos —a sueldo de países extranjeros, a menudo ocultos, comprometidos en constantes conspiraciones para destruir la revolución y producirle sufrimiento al pueblo— es un rasgo constante de la mentalidad revolucionaria que Thomas Carlyle captó vívidamente en el pasaje sobre el terror jacobino de 1794 citado al comienzo de esta sección. En cir-

cunstancias normales, las personas rechazan la idea de que es mejor que perezcan diez inocentes a dejar en libertad a un culpable; bajo las circunstancias anómalas de una revolución, a menudo la aceptan. Ser importante no es garantía de seguridad en una revolución; más bien, todo lo contrario. Que las grandes purgas hayan descubierto tantos "enemigos" disfrazados de dirigentes revolucionarios no debería sorprender a quienes hayan estudiado la revolución francesa.

No es difícil rastrear la génesis revolucionaria de las grandes purgas. Como se dijo, Lenin no sentía escrúpulos sobre el empleo del terror revolucionario y no toleraba la oposición ni dentro ni fuera del partido. Aun así, en tiempos de Lenin se trazaba una nítida distinción entre los métodos permisibles de lidiar con la oposición exterior al partido y aquellos que podían usarse contra la disidencia interna. Los antiguos bolchevique adherían al principio de que los desacuerdos internos del partido quedaban fuera del alcance de la policía secreta, ya que los bolcheviques nunca debían seguir el ejemplo de los jacobinos, que habían vuelto el terror contra sus propios camaradas. Aunque ese principio era admirable, debe decirse que el hecho de que los líderes bolcheviques debieran formularlo es revelador y con respecto a la atmósfera de la política interna del partido.

A comienzos de la década de 1920, cuando la oposición organizada fuera del Partido Bolchevique desapareció y las facciones partidarias internas fueron prohibidas formalmente, los grupos disidentes del partido heredaron el lugar de los viejos partidos de oposición externos, de modo que no es de extrañar que fuesen tratados de forma parecida. Como sea, no se elevaron muchas protestas en el partido comunista cuando, a fines de la década de 1920, Stalin empleó a la policía secreta contra los trotskistas y luego (siguiendo el ejemplo de la forma en que Lenin trató a los dirigentes cadetes y mencheviques en 1922-3) deportó a Trotsky fuera del país. Durante la revolución cultural, los comunistas que habían trabajado estrechamente junto a los caídos en desgracia "expertos burgueses" parecían en peligro de ser acusados de algo peor que estupidez. Stalin retrocedió e incluso permitió que los líderes derechistas siguieran en cargos de autoridad. Pero esto era actuar a contrapelo: estaba claro que a Stalin le costaba —como a muchos integrantes de las bases comunistas— tolerar a quienes alguna vez habían sido oposicionistas.

Una práctica revolucionaria que es importante para comprender la génesis de las grandes purgas es la periódica "limpieza" (*chistki*, "purgas" con minúscula) de su padrón que el partido llevó a cabo a partir de comienzos de la década de 1920. La frecuencia de las purgas partidarias aumentó desde fines de la década de 1920: las hubo en 1929, 1933-4, 1935 y 1936. En una purga partidaria, todo afiliado al partido debía presentarse y justificarse ante una comisión de purga, refutando las críticas que se le hicieran allí mismo o que lo acusaran a través de denuncias secretas. El efecto de las purgas repetidas fue que las viejas contravenciones aparecían una y otra vez, haciendo virtualmente imposible dejarlas de lado. Parientes indeseables, contactos prerrevolucionarios con otros partidos, haber integrado facciones opositoras en el pasado, incluso confusiones burocráticas y errores de identidad pasados; todas estas cosas pendían del cuello de los afiliados, y se hacían más pesadas a cada año. La sospecha de la dirigencia del partido de que éste estaba lleno de afiliados indignos y poco confiables parecía exacerbarse más bien que aplacarse con cada nueva purga.[36]

Además, cada purga creaba más enemigos potenciales del régimen, ya que aquellos que eran expulsados del partido tendían a quedar resentidos por el golpe a su lugar en la sociedad y sus perspectivas de ascenso. En 1937, un integrante del comité central sugirió ante un tribunal que probablemente hubiese más *ex* comunistas que afiliados activos en el país, y quedaba claro que ése era un pensamiento que a él y otros los perturbaba mucho.[37] Porque el partido ya tenía tantos enemigos... ¡Y muchos de ellos estaban ocultos! Estaban los antiguos enemigos, quienes habían perdido sus privilegios durante la revolución, sacerdotes, etc. Y ahora había *nuevos* enemigos, las víctimas de la liquidación como clase de los hombres de la NEP y los kulaks. Un kulak, hubiera sido o no enemigo declarado del poder soviético antes de su deskulakización, ahora indudablemente lo era. Lo peor acerca de eso era que tanta cantidad de kulaks expropiados huían a las ciudades, comenzaban nuevas vidas, ocultaban su pasado (así debían hacerlo si deseaban conseguir trabajo), se hacían pasar por honrados trabajadores; en síntesis, se convertían en enemigos ocultos de la revolución. ¡Cuántos aparentemente leales jóvenes del Komsomol andaban por ahí ocultando el hecho de que sus padres habían sido kulaks o sacerdotes! No era sorprendente que, como advertía Stalin, los ene-

migos de clase individuales se volvieron *aún más peligrosos* cuando la clase enemiga era destruida. Claro que era así, pues la destrucción de la clase los había perjudicado en lo personal; se les había dado una causa real y concreta para estar resentidos contra el régimen soviético.

El volumen de denuncias en los legajos de todos los administradores comunistas crecía incesantemente año a año. Uno de los aspectos populistas de la revolución de Stalin consistía en instar a los ciudadanos del común a sentar por escrito sus quejas contra los "abusos de poder" de los funcionarios locales; y las consiguientes investigaciones a menudo terminaban con el remoción del funcionario en cuestión. Pero muchas de las quejas se originaban tanto en la malevolencia como en la busca de justicia. Un resentimiento generalizado, más bien que las infracciones que se invocaban, parece haber inspirado muchas de las denuncias contra presidentes de koljoz y otros funcionarios rurales que airados koljozniks redactaron en grandes cantidades durante la década de 1930.[38]

Sin participación popular, las grandes purgas nunca podrían haber experimentado el crecimiento exponencial que tuvieron. Las denuncias originadas en el interés propio desempeñaron un papel, así como las quejas contra autoridades que se basaban en ofensas reales. La manía de ver espías recrudeció, como había ocurrido tantas veces en el transcurso de los últimos veinte años: una joven pionera, Lena Petrenko, capturó a un espía en el tren a su regreso del campamento de verano cuando lo oyó hablar en alemán; otro ciudadano vigilante le tiró de la barba a un religioso mendicante y ésta se le quedó en la mano, desenmascarando así a un espía que acababa de cruzar la frontera. En las reuniones de "autocrítica" en oficinas y células del partido, el miedo y la suspicacia se combinaban para producir la persecución de chivos emisarios, acusaciones histéricas y atropellos.[39]

Sin embargo, esto era algo distinto del terror popular. Como el terror jacobino de la revolución francesa, se trataba de un terror de estado en el cual las víctimas visibles eran los hasta entonces dirigentes revolucionarios. En contraste con anteriores episodios de terror revolucionario, la violencia popular espontánea desempeñó un papel limitado. Además, el foco del terror se había desplazado de los "enemigos de clase" originarios (nobles, sacerdotes y otros verdade-

ros opositores a la revolución) a los "enemigos del pueblo" dentro de las propias filas revolucionarias.

De todas maneras, las diferencias entre ambos casos son tan intrigantes como sus similitudes. En la revolución francesa, Robespierre, instigador del terror, terminó como víctima de éste. En contraste, durante el gran terror de la revolución rusa, el principal terrorista, Stalin, sobrevivió incólume. Aunque eventualmente Stalin sacrificó a su dócil herramienta (Eyov, jefe del NKVD entre septiembre de 1936 y diciembre de 1938 fue arrestado en la primavera de 1939 y posteriormente fusilado) nada indica que le haya parecido que las cosas se le iban de las manos o que se sintiera en peligro, o que se haya librado de Eyov por otra razón que la prudencia maquiavélica.[40] El repudio de las "purgas en masa" y la revelación de los "excesos" de vigilancia en el décimo octavo congreso del partido en marzo de 1939 fue conducido con calma; en su discurso, Stalin le prestó poca atención al tema, aunque pasó un minuto refutando comentarios aparecidos en la prensa extranjera que afirmaban que las purgas habían debilitado a la Unión Soviética.[41]

Al leer las transcripciones de los juicios ejemplificadores de Moscú, y de los discursos de Stalin y de Molotov en el plenario de febrero-marzo, lo que impresiona es no sólo la teatralidad de los procedimientos sino su aire de puesta en escena, lo que tienen de forzado y calculado, la ausencia de toda respuesta emocional cruda por parte de los dirigentes ante la revelación de la traición de sus colegas. Hay una diferencia en este terror revolucionario; se siente en él la mano de un director, si no de un dramaturgo.

En *El 18 brumario de Luis Bonaparte*, Marx formuló su famoso comentario de que los grandes hechos ocurren dos veces, la primera como tragedia, la segunda como farsa. Aunque el gran terror de la revolución rusa no fue una farsa, sí tuvo las características de una reposición, de una puesta en escena basada en un modelo anterior. Es posible que, como sugiere el biógrafo ruso de Stalin, el terror jacobino realmente le haya servido de modelo a Stalin: ciertamente el término "enemigos del pueblo" que parece haber sido introducido por Stalin en el discurso soviético con relación a las grandes purgas tenía antecedentes revolucionarios franceses.[42] Desde ese punto de vista, se hace más fácil comprender el porqué de esa barroca escenografía de denuncias que crecían exponencialmente y galopante suspicacia po-

matar enemigos políticos. De hecho, es tentador ir más allá y sugerir que, al poner en escena un terror (que, según la secuencia revolucionaria clásica debe preceder a Termidor, no seguirlo) Stalin puede haber sentido que refutaba definitivamente la acusación de Trotsky de que su gobierno había llevado a un "termidor soviético".[43] ¿Quién podría decir que Stalin era un revolucionario termidoriano, un traidor a la revolución tras un despliegue de terror revolucionario que sobrepasaba incluso al de la Revolución francesa?

¿Cuál fue el legado de la revolución rusa? Hasta el fin de 1991 se podía decir que el sistema soviético lo era. Las banderas rojas y los estandartes que proclamaban "¡Lenin vive! ¡Lenin está con nosotros!" estuvieron allí hasta último momento. El gobernante Partido Comunista era un legado de la revolución; también lo eran las granjas colectivas, los planes quinquenales y septenales, la crónica escasez de bienes de consumo, el aislamiento cultural, el gulag, la división del mundo en bandos "socialista" y "capitalista" y la aseveración de que la Unión Soviética era la "conductora de las fuerzas progresistas de la humanidad". Aunque el régimen y la sociedad ya no eran revolucionarios, la revolución continuó siendo la piedra fundamental de la tradición nacional soviética, foco de patriotismo, materia a ser aprendida por los niños en las escuelas y motivo de celebración en el arte público soviético.

La Unión Soviética también dejó un complejo legado internacional. Fue la gran revolución del siglo XX, el símbolo del socialismo, el antiimperialismo y el rechazo al viejo orden de Europa. Para bien o para mal, los movimientos socialistas y comunistas del siglo XX han vivido a su sombra, así como los movimientos de liberación tercermundistas de la posguerra. La guerra fría fue parte del legado de la revolución rusa, así como un tributo retrospectivo a su perdurable valor simbólico. La revolución rusa representó para algunos la esperanza de liberarse de la opresión, para otros la pesadilla de la posibilidad de un triunfo mundial del comunismo ateo. La revolución rusa estableció una definición de socialismo basada en la toma del poder del estado y su empleo como herramienta de transformación social y económica.

Las revoluciones tienen dos vidas. En la primera, se las conside-

la segunda, dejan de ser parte del presente y se desplazan a la historia y la leyenda nacional. Devenir en parte de la historia no significa el total alejamiento de la política, como se ve en el ejemplo de la revolución francesa que, a dos siglos de ocurrida, aún es piedra de toque en el debate político francés. Pero impone cierta distancia; y, en lo que respecta a los historiadores, permite mayor imparcialidad y desapego en los juicios. Para la década de 1990, ya hacía tiempo que la revolución rusa debía haber sido transferida del presente a la historia, pero la esperada transferencia se demoraba. En Occidente, a pesar de la persistencia de actitudes propias de la guerra fría, los historiadores, aunque no los políticos, habían decidido hasta cierto punto que la revolución rusa pertenecía a la historia. Sin embargo, en la Unión Soviética, la interpretación de la revolución rusa siguió siendo un tema cargado de consecuencias políticas hasta la era de Gorbachov y, en cierto modo, incluso más allá de ésta. Con el derrumbe de la Unión Soviética, la revolución rusa no se hundió grácilmente en la historia. Fue arrojada allí —"al basurero de la historia", según la frase de Trotsky— con un ánimo de vehemente repudio nacional.

Este repudio, que equivalía a un deseo de olvidar no sólo la revolución rusa, sino toda la era soviética, dejó un extraño vacío en la conciencia histórica rusa. Pronto, en el tono de la jeremiada de Peter Chaadaev sobre la no entidad de Rusia un siglo y medio antes, se elevó un coro de lamentos referidos a la fatal inferioridad histórica de Rusia, su atraso y su exclusión de la civilización. Para los rusos de fines del siglo XX, ex ciudadanos soviéticos, parecía que lo que se había perdido con el descrédito del mito de la revolución no era tanto la creencia en el socialismo como la confianza en el significado de Rusia para el mundo. La revolución le dio a Rusia un sentido, un destino histórico. A través de la revolución, Rusia se convirtió en pionera, dirigente internacional, modelo e inspiración para "las fuerzas progresistas de todo el mundo". Ahora, al parecer de un día para otro, todo eso desapareció. La fiesta había terminado; tras setenta y cuatro años, Rusia había caído desde "la vanguardia de la historia" a su antigua posición de postrado atraso. Fue un momento doloroso para Rusia y para la revolución rusa cuando se reveló que "el futuro de la humanidad progresista" era, en realidad, el pasado.

Notas

Introducción

[1] La expresión "revolución rusa" nunca se usó en Rusia. La forma adoptada en la Unión Soviética era "revolución de octubre" o simplemente "octubre". El término postsoviético favorito parece ser "la revolución bolchevique" o a veces "el *putsch* bolchevique".
[2] Las fechas anteriores al cambio de calendario de 1918 se dan en el estilo antiguo, que en 1917 iba trece días por detrás del calendario occidental que Rusia adoptó en 1918.
[3] Crane Brinton, *The Anatomy of Revolution* (ed. rev.; Nueva Cork, 1965) [*Anatomía de la revolución*, México, Fondo de Cultura Económica, 1965]. En la revolución francesa, el 9 de Termidor (27 de julio de 1794) era la fecha del calendario revolucionario en que cayó Robespierre. La palabra "termidor" se emplea para sintetizar tanto el fin del terror revolucionario como el de la fase heroica de la revolución.
[4] Véase *infra*, cap. 6, p. 166.
[5] Mis opiniones acerca del terror de estado tienen una considerable deuda con el artículo de Colin Lucas, "Revolutionary Violence, the People and the Terror", incluido en K. Baker (ed.), *The Political Culture of Terror* (Oxford, 1994).
[6] El nombre del partido cambió de partido laborista social-democrático ruso (bolchevique) a partido comunista (bolchevique) ruso (después, de la Unión Soviética) en 1918. Los términos "bolchevique" y "comunista" eran intercambiables en la década de 1920, pero comunista fue el término habitual en la de 1930.
[7] Adam B. Ulam, "The Historical Role of Marxism", en su *The New Face of Soviet Totalitarianism* (Cambridge, Mass., 1963), p. 35.
[8] "Las grandes purgas" es un término occidental, no soviético. Por muchos años no existió una forma pública aceptable de referirse al episodio en Rusia, pues oficialmente éste nunca ocurrió; en las conversaciones privadas se lo mencionaba en foma oblicua como "1937". La confusión terminológica entre "purgas" y "grandes purgas" proviene del empleo soviético de un eufemismo: cuando el terror finalizó con un semirrepudio en

el decimoctavo congreso del partido en 1939, lo que se repudió nominalmente fueron las "purgas en masa" (*massovye chitski*), aunque, de hecho, no había habido purgas partidarias en sentido estricto desde 1936. El eufemismo se empleó brevemente en ruso, pero no tardó en desaparecer, mientras que pasó a ser permanente en el idioma inglés.

[9] *The Great Terror* es el título original de la obra clásica de Robert Conquest sobre el tema.

1. El escenario

[1] Frank Lorimer, *The Population of the Soviet Union* (Ginebra, 1946), 10, 12.

[2] A.G. Rashin, *Formirovanie rabochego klassa Rossi* (Moscú, 1958), p. 328.

[3] Barbara A. Anderson, *Internal Migration during Modernization in Late Nineteenth Century Russia* (Princeton, NJ, 1980), pp. 32-8.

[4] A. Gerschenkron, *Economic Backwardness in Historical Perspective* (Cambridge, Mass. 1962), pp. 5-30. [*El atraso económico en su perspectiva histórica*, Barcelona, Ariel, 1970].

[5] Sobre rebeldía campesina y rebelión obrera, véase Leopold Haimson, "The Problem of Social Stability in Urban Russia, 1905-1917", *Slavic Review*, 23, nro. 4 (1964), pp. 633-7.

[6] Véase Marc Raeff, *Origins of the Russian Intelligentsia. The Eigteenth Century Nobility* (Nueva York, 1966).

[7] Richard S. Wortman trata el tema en *The Development of a Russian Legal Conscience* (Chicago, 1976), pp. 286-9 y *passim*.

[8] Véase el argumento en Richard Pipes, *Russia under the Old Regime* (Nueva York, 1974), cap. 10.

[9] Sobre la previsión de los populistas sobre este tema, véase Gerschenkron, *Economic Backwardness*, pp. 167-73.

[10] Para una visión negativa, véase Richard Pipes, *Social Democracy and the St Petersburg Labor Movement, 1885-1897* (Cambridge, Mass., 1963); para una más positiva, véase Allan K. Wildman, *The Makings of a Workers' Revolution. Russian Social Democracy, 1891-1903* (Chicago, 1967).

[11] Citado de Sidney Harcavee, *First Blood. The Russian Revolution of 1905* (Nueva York, 1964), p. 23.

[12] Para un análisis del padrón bolchevique y menchevique hasta 1907, véase David Lane, *The Roots of Russian Communism* (Assen, Holanda, 1969), pp. 22-3; 26.

[13] Para un lúcido análisis de la división, véase Jerry F. Hough y Merle Fainsod, *How the Soviet Union is Governed* (Cambridge, Masss., 1979), pp. 21-6.

[14] Citado de Trotsky, "Our Political tasks" (1904) en Isaac Deutscher, *The Prophet Armed* (Londres, 1970), pp. 91-2. [*El profeta armado*, México, Era, 1966].
[15] Haimson, "The Problem of Social Stability", pp. 624-33.
[16] Véase Roberta Thompson Manning, "Zemstvo and Revolution: The Onset of the Gentry Reaction, 1905-1907", en Leopold Haimson, ed., *The Politics of Rural Russia, 1905-1914* (Bloomington, Ind., 1979).
[17] Mary Schaeffer Conroy, *Petr Arkad'evich Stolypin, Practical Politics in Late Tasrist Russia* (Boulder, Colo, 1976), p. 98.
[18] Véase Doroty Atkinson, "The Statistics of the Russian Land Commune, 1905-1917", *Slavic Review*, 32, nro. 4 (1973).
[19] Para una vívida descripción ficticia de lo que ello significaba en términos psicológicos, véase Alexander Solyenitsin, *Lenin in Zurich* ((Nueva York, 1976) [*Lenin en Zurich*, Barcelona, Barral, 1976].
[20] Esta tragedia familiar se describe en forma compasiva y comprensiva en *Nicholas and Alexandra* de Robert K. Massie (Nueva York, 1976) [*Nicolás y Alejandra, el amor y la muerte en la Rusia Imperial*, ediciones B, S.A., 2004].

2. Las revoluciones de febrero y octubre

[1] Para un relevamiento historiográfico crítico de este argumento, véase Stephen F. Cohen , "Bolshevism and Stalinism", en Robert C. Tucker, ed., *Stalinism* (Nueva York, 1977).
[2] Citado de W.G. Rosenberg, *Liberals in the Russian Revolution* (Princeton, NJ, 1974), p. 209.
[3] George Katkov, *Russia, 1917: The February Revolution* (Londres, 1967), p. 444.
[4] A. Tyrkova-Williams, *From Liberty to Brest Litovsk* (Londres, 1919), p. 25.
[5] Citado de Allan K. Wildman, *The End of the Russian Imperial Army* (Princeton, NJ, 1980), p. 260.
[6] Sujanov, *The Russian Revolution, 1917*, i, pp. 104-5.
[7] Citado de Leonard Schapiro, *The Origin of the Comunist Autocracy* (Cambridge, Mass., 1955), 42 (nro. 20).
[8] V. I. Lenin, *Obras Completas* (Moscú, El Progreso, 1987), xxiv, pp. 21-6. El crítico que Lenin cita es Goldenberg.
[9] Para un minucioso análisis de los datos de afiliación de 1917, véase T. H. Rigby, *Communist Party Membership in the USSR, 1917-1967* (Princeton, NJ, 1968), cap. 1.

[10] Wildman, *The End of the Russian Imperial Army*. Además de su tema central, el ejército en el perído febrero-abril de 1917, este libro incluye uno de los mejores análisis que existen sobre la transferencia del poder en febrero.
[11] Marc Ferro, *The Russian Revolution of February 1917*, trad. del francés por J. L. Richards (Londres, 1972), pp. 112-21.
[12] *Ibid.*, pp. 121-30.
[13] Respecto de las jornadas de julio, véase A. Rabinowitch, *Prelude to the Revolution: The Petrograd Bolsheviks and the July 1917 Uprising* (Bloomington, Ind., 1968).
[14] Citado de A. Rabinowitch, *The Bolsheviks Come to Power* (Nueva York, 1976), p. 115.
[15] Entrevista de un periódico al general Alexéiev (*Rech'*, 13 sept. 1917, p. 3), en Robert Paul Browder y Alexander F. Kerensky, ed. *The Russian Provisional Government 1917. Documents* (Stanford, 1961), iii, p. 1622.
[16] Citado de Robert V. Daniels, *Red October* (Nueva York, 1967), p. 82.
[17] Las acciones e intenciones de los principales participantes bolcheviques de la revolución de octubre fueron sometidos ulteriormente a muchas revisiones autoelogiosas y mitificación política, no sólo en las historias estalinistas oficiales, sino también en la clásica historia-y-memoria de Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa* [México, Era, 1963]. Véase el análisis en Daniels, *Red October*, cap. 11.
[18] L. Trotsky, The History of the Russian Revolution, trad. por Max Eastman (Ann Arbor, Mich., 1960) iii, caps. 4-6. [*Historia de la Revolución Rusa*, México, Era, 1963].
[19] Véase, por ejemplo, Roy A. Medvedev, *Let History Judge. The Origins and Consequences of Stalinism* (1ra edición; Nueva York, 1973), pp. 381-4.
[20] Para una interpretación, véase John Keep, *The Russian Revolution. A Study in Mass Mobilization* (Nueva York, 1976), pp. 306-81, 464-71.
[21] El análisis que se da a continuación está basado en O. Radkey, *Russia Goes to the Polls. The Election of te All-Russian Constituent Assembly 1917* (Ithaca, NY, 1989).

3. La guerra civil

[1] Para un valioso análisis de estos temas, véase Ronald G. Suny, "Nationalism and Class in the Russian Revolution: a Comparative Discussion" en E. Frankel, J. Frankel y B. Knei-Paz (eds.), *Russia in Revolution: Reassesment of 1917* (Cambridge, 1992).

[2] Respecto del impacto de la guerra civil, véase D. Koenker, W. Rosenberg y R. Suny (eds.), *Party, State, and Society in the Russian Civil War* (Bloomington, Ind. 1989).
[3] T. H. Rigby, *Communist Party Membership in the USSR, 1917-1967* (Princeton, NJ, 1968), p. 242; *Vsesoyuznaya partiinaya perepis' 1927 goda. Osnovnye itogi perepisi* (Moscú 1927), p. 52.
[4] Robert C. Tucker, "Stalinism as Revolution form above", en Tucker, *Stalinism*, pp. 91-2.
[5] Este argumento se desarrolla en Sheila Fitzpatrick. "The Civil War as a formative Experience", en A. Gleason, P. Kenez y R. Stites (eds.), *Bolshevik Culture* (Bloomington Ind., 1985).
[6] Citado por John W. Wheeler-Bennett, *Brest Litovsk. The Forgotten Peace, March 1918* (Nueva York, 1971), pp. 243-4.
[7] Cifras tomadas de Alexander I. Solyenitsin, *The Gulag Archipelago*, (Nueva York, 1973), p. 300. [*Archipiélago Gulag*, Plaza & Janés, Barcelona 1974]. Sobre las actividades de la Cheka en Petrogrado, véase Mary McAuley, *Bread and Justice. State and Society in Petrograd, 1917-1922* (Oxford, 1991), pp. 375-93.
[8] Para ejemplos de las afirmaciones de Lenin sobre el terror, véase W. Bruce Lincoln, *Red Victory. A History of the Russian Civil War* (Nueva York, 1989), 134-9; para las opiniones de Trotsky, véase su *Terrorismo y comunismo. Réplica al camarada Kautsky* (1920).
[9] Respecto de las actitudes de los campesinos, véase Orlando Figes, *Peasant Russia, Civil War. The Volga Countryside in Revolution, 1917-1921* (Oxford, 1989).
[10] Respecto de la economía, véase Silvana Male, *The Economic Organisation of War Communism, 1918-1921* (Cambridge, 1985).
[11] Véase Alec Nove, *An Economic History of the USSR* (Londres, 1969), cap. 3. Hay un detallado análisis historiográfico en E. Gimpelson, *"Voennyi kommunizm"* (Moscú, 1973), pp. 239, 282.
[12] Para el argumento de que no hubo "segunda revolución", véase T. Shanin, *The Awkward Class. Political Sociology of Peasntry in a Developing Society: Russia 1910-1925* (Oxford, 1972), pp. 145-61.
[13] N. Bukharin y E. Peobrazhensky *The ABC of Communism*, trad. por E. y C. Paul (Londres, 1969), p. 355. [N. Bujarin y E. Peobrayensky, *ABC del Comunismo*, Madrid, Ediciones Júcar, 1977].
[14] Acerca de la continuidad entre el período de las reformas de Stolypin y la década de 1920, especialmente la presencia en el campo de expertos agrícolas que trabajaban sobre la consolidación de la tierra, véase George L. Yaney, "Agricultural Administration in Russia from the Stoly-

pin Land Reform to Forced Collectivization: An Interpretive Study" en James R. Millar (ed.) *The Soviet Rural Community* (Urbana, Ill., 1971) pp. 3-35.

[15] Véase Richard Stites, *Revolutionary Dreams, Utopian Vision and Experimental Life in the Russian Revolution* (Oxford, 1989) y William G. Rosenberg (ed.), *Bolshevik Visions. First Phase of the Cultural Revolution in Soviet Russia* (2[da] edición, Ann Arbor, Mich., 1990).

[16] Bukharin y Peobrazhensky, *The ABC of Communism*, 118 [*ABC del Comunismo*, Madrid, Ediciones Júcar, 1977].

[17] Tomado de Sheila Fitzpatrick, *The Comissariat of Enlightenment* (Londres, 1970), p. 20.

[18] T. H. Rigby, *Lenin's Government. Sovnarkom, 1917-1922* (Cambridge, 1979).

[19] *Sto sorok besed s Molotovym. Iz dvednikov F.I. Chueva* (Moscú, 1991), p. 184.

[20] Bujarin y Peobrayensky, *The ABC of Communism*, 272 [*ABC del Comunismo*, Madrid, Ediciones Júcar, 1977].

[21] Véase Sheila Fitzpatrick, *Education and Mobility in the Soviet Union, 1921-1934* (Cambridge, 1979), cap. 1.

4. La NEP y el futuro de la revolución

[1] Sobre la desaparición de la clase obrera, véase D. Koenker, "Urbanization and deurbanization in the Russian Revolution and Civil War" en D. Koenker, W. Rosenberg y R. Suny (eds.), *Party, State, and Society in the Russian Civil War* (Bloomington, Ind., 1989) y Sheila Fitzpatrick, "The Bolsheviks Dilemma: The Class Issue in Party Politicis and Culture" en *The Cultural Front* de Sheila Fitzpatrick (Ithaca, NY, 1992).

[2] Oliver H. Radkey, *The Unknown Civil War in Soviet Russia* (Stanford, Calif., 1976), p. 263.

[3] Véase Paul A. Avrich, *Kronstadt, 1921* (Princeton, NJ, 1970) e Israel Getlzet, *Kronstadt, 1917-1921*, (Cambridge, 1983).

[4] Con respecto a la NEP véase Lewis H. Siegelbaum, *Soviet State and Society between Revolutions, 1918-1929* (Cambridge, 1992) y S. Fitzpatrick, A. Rabinowitch y R. Stites (eds.), *Russia in the era of NEP* (Bloomington, Ind. 1991).

[5] Lenin, "Informe político del comité central al undécimo congreso del partido" (Mar. 1922), en V. I. Lenin, *Obras Completas* (Moscú, 1966), xxiii. 282.

[6] Tomado de la sección anteriormente secreta de los archivos centrales del partido en *Izvestiia TsK KPSS*, 1990, nro. 4, pp. 191-3.

[7] A. I. Mikoian, *ysli i vospominaniya o Lenine* (Moscú, 1970), 139. Véase también *Sto sorok besed s Molotovym*, p. 181.

[8] *Sto sorok besed s Molotovym*, p. 176.
[9] Rigby, *Communist Party Memebership*, 96-100, 98. Para una vívida recreación de la purga de 1921 a nivel local, véase F. Gladkov, *Cement*, traducido por A. S. Arthur y C. Ashleigh (Nueva York, 1989), cap. 16.
[10] Lenin, *Obras completas*, xxiii, p. 288.
[11] "Mejor pocos, pero mejores" (2 de marzo de 1923), en Lenin, *Obras completas*, xxiii, p. 488.
[12] I. N. Yudin, *Sotsial'naya baza rosta KPSS* (Moscú, 1973), p. 128.
[13] *Kommunisty v sostave apparata gosuchrezhdenii i obshchestvennyj organizatsii. Itogi vesoyuznoi partiinoi perepisi 1927 goda* (Moscú, 1929), p. 25; *Bol'shevik*, 1928, nro. 15, p. 20.
[14] El "Testamento" está en V. I. Lenin, *Polnoe sobranie sochinenii* (5ta edición; Moscú, 1964), xlv, pp. 435-6.
[15] Véase Robert V. Daniels, *The Conscience of Revolution* (Cambridge, Mass., 1960), pp. 225-30.
[16] La frase es de Robert V. Daniels. Para un análisis claro y conciso, véase Hough y Fainsod, *How the Soviet Union is Governed*, pp. 124-33, 144.
[17] Ése es el tema unificador del estudio de las oposiciones comunistas de la década de 1920 hecho en *The Conscience of Revolution* de Robert V. Daniels, si bien, como lo indica el título, Daniels intepreta los reclamos de democracia interna en el partido como expresión de idealismo revolucionario más que como función intrínseca de la oposición.
[18] Véase Moshe Lewin, *Lenin's Last Struggle* (Nueva York, 1968) respecto de la idea de que el pensamiento político de Lenin cambió radicalmente durante sus últimos años.
[19] Sobre el surgimiento del culto a Lenin, véase Nina Tumarkin, *Lenin Lives!* (Cambrdige, 1983).
[20] Lenin, "Nuestra revolución (acerca de notas de N. Sujanov)" en sus *Obras completas*, xxiii, p. 480.
[21] Tomado de Yu. V. Voskresenskii, *Perejod Kommunsticheskoi Partii k osushschestvleniyu politiki sotsialisticheskoi industrializatsii SSSR (1925-1927)* (Moscú, 1954), vii, p. 258.
[22] J. V. Stalin, "Octubre, Lenin y nuestras perspectivas de desarollo" en sus *Obras* (Moscú, 1954), vii, p. 258.
[23] Acerca de estas discusiones, véase E. H. Carr, *Socialism in One Country*, ii. 36-51 [*El socialismo en un solo país*, Madrid, Alianza, 1992].
[24] Para un examen pormenorizado del debate, véase A. Erlich, *The Soviet Industrialization Debate, 1924-1926* (Cambridge, Mass., 1960).
[25] Véase Stephen F. Cohen, "Bolshevism and Stalinism", en Tucker (ed.), *Stalinism* y *Bukharin and the Bolshevist Revolution* (Nueva York, 1973); y

Moshe Lewin, *Political Undercurrents in Soviet Economic Debates: From Bukharin to the Modern Reformers* (Princeton, NJ, 1974).
[26] Sobre los debates partidarios sobre Termidor, véase Deutscher, *The Prophet Unarmed* (Londres 1970), pp. 312-32 [*El Profeta Desarmado*, Era, México, 1988] y Michal Reiman, *The Birth of Stalinism*, trad. por George Saunders (Bloomington, Ind. 1987), pp. 22-3.

5. La revolución de Stalin

[1] Véase, por ejemplo, Adam B. Ulam, *Stalin* (Nueva York, 1973), cap. 8.
[2] Con la ley de sospechosos (17 de septiembre de 1793), la convención jacobina ordenó el arresto inmediato de todas aquellas personas a las que pudiera considerarse una amenaza para la revolución debido a sus acciones, contactos, escritos y comportamiento general. Acerca de la admiración de Stalin por esa medida, véase Dmitri Volkogonov, *Triumf i tragediia. Politicheskii portret Stalina* (Moscú,1989), libro 1, parte 2, p. 201.
[3] Citado de un documento del archivo político del ministerio de Relaciones Exteriores alemán por Reiman, *Birth of Stalinism*, pp. 35-6.
[4] Acerca del juicio de Shajti y del posterior juicio al "partido industrial", véase Kendall E. Bailes, *Technology and Society under Lenin and Stalin* (Princeton, NJ, 1978), caps. 3-5.
[5] Véase Sheila Fitzpatrick, "Stalin and the making of a New Elite", en Fitzpatrick, *The Cultural Front*, pp. 153-4, 162-5.
[6] Documento de los antiguos archivos centrales del partido (*RTsKhIDNI*, f. 558n, op. 1, d. 5276, II, pp. 1-5) citado de la exposición de la biblioteca del congreso "Revelaciones de los archivos rusos" (Washington DC, 17 de junio-16 de julio de 1992).
[7] Las afirmaciones de Stalin sobre la crisis de suministros (enero-febrero de 1928) están en J. V. Stalin, *Obras* (Moscú, 1954), xi, pp. 3-22. Véase también Moshe Lewin, *Russian Peasants and Soviet Power* (Londres, 1968), pp. 214-40.
[8] El consejo de Frumkin figura en *Za chetkuyu klassovuyu liniyu* (Novosibirsk, 1929) pp. 73-4; las recomendaciones de Uglanov fueron esbozadas por éste en un discurso pronunciado en Moscú a fin de enero, publicado en *Vtoroi plenum MK RKP(b), 31 yanv.-2 fev. 1928. Doklady i rezoliutsii* (Moscú, 1928), pp. 9-11, 38-40.
[9] Véase Cohen, *Bukharin and the Bolshevik Revolution*, pp. 322-3.
[10] Este comentario fue formulado por el secretario del partido en los Urales, Ivan Kabakov, en respuesta a un tardío discurso "derechista" que Rykov pronunció en Sverdlovsk en el verano de 1930. *X Ural'skaya*

konferentsiya Vsesoyuzoni Kommunisticheskoi Partii (bol'shevikov) (Sverdlovsk, 1930), Boletín 6, p. 14.

[11] J. V. Stalin, *Obras* (Moscú, 1955), xiii, pp. 40-1.

[12] La afirmación de Stalin está citada en *Puti industrializatsii*, 1928, nro. 4, pp. 64-5.

[13] Véase E. H. Carr y R. W. Davies, *Foundations of a Planned Economy, 1926-1929* (Londres, 1969), i, pp. 843-97.

[14] Acerca de los principales proyectos de construcción del primer plan quinquenal, véase Anne Rassweiler, *The Generation of Power: The History of Dneprostoi* (Oxford, 1988) y John Scott, *Behind the Urals* (Boston, 1942) (acerca de Magnitogorsk).

[15] David Ryazanov, en *XVI konferentsoya VKP(b), aprel' 1929 g. Stenograficheskii otchet* (Moscú, 1962), p. 214.

[16] Acerca de las políticas de industrialización del primer plan quinquenal, véase Sheila Fitzpatrick, "Orkhonikidze's Takeover of Vesenkha: A Case Study in Soviet Bureaucratic Politics", *Soviet Studies* 37:2 (abril de 1985).

[17] Alec Nove, *An Economic History of the USSR* (Londres, 1969), p. 150.

[18] Tomado de R. W. Davies, *The Socialist Offensive* (Cambridge, Mass., 1980), p. 148.

[19] J. V. Stalin, *Obras* (Moscú, 1955), xii, p. 197-205.

[20] Cifras tomadas de Nove, *An Economic History of the USSR*, pp. 197 y 238. Acerca de los 25.000-ers, véase Lynne Viola, *The Best Sons of the Fatherland* (Nueva York, 1987).

[21] *Slavic Review*, 50:1 (1991), p. 152.

[22] Estimaciones de muertes tomadas de V. Tsaplin in *Voprosy istorii*, 1989, nro. 4, pp. 175-81 y E. Osokina in *Istoriya SSSR*, 1991, nro. 5, 18-26. Para dos enfoques distintos de la hambruna, véase Robert Conquest, *Harvest of Sorrow. Soviet Collectivization and the Terror-Famine* (Nueva York, 1986) y *Stalin's peasants* de Sheila Fitzpatrick (Nueva York, 1994), pp. 69-76.

[23] Stalin, *Obras* xiii, pp. 54-5.

[24] Véase Sheila Fitzpatrick, "The Great Departure. Rural-Urban Migration in the Soviet Union, 1929-1933", en William R. Roseberg y Lewis H. Siegelbaum (eds.), *Social Dimensions of Soviet Industrialization* (Bloomington, Ind., 1993), pp. 21-2.

[25] El análisis que sigue está extraído de Sheila Fitzpatrick (ed.), *Cultural Revolution in Russia, 1928-31.* (Bloomington, Ind., 1978).

[26] Para ejemplos, véase E. J. Brown, *The Proletarian Episode in Russian Literature, 1928-1932* (Nueva York, 1953); David Joravsky, *Soviet Marxism and Natural Science, 1917-1932* (Londres, p. 196); Loren R. Graham, *The Soviet Academy of Sciences and the Communist Party, 1927-1932* (Princeton, NJ, 1967).

27 Katerina Clark, en Fitzpatrick (ed.), *Cultural Revolution*, p. 198.
28 El análisis que sigue está extraído de Fitzpatrick , "Stalin and the Making of a New Elite", en Fitzpatrick, *The Cultural Front*, y Fitzpatrick, *Education and Social Mobility*, pp. 184-205.
29 Acerca de la cambiante situación de los trabajadores durante el primer plan quinquenal, véase Hiroaki Kuromiya, *Stalin's Industrial Revolution* (Cambridge, 1988). Acerca de desarrollos ulteriores, véase Donald Filtzer, *Soviet Workers and Stalinist Industrialization* (Nueva York, 1986).
30 *Izmeneniia sotsial'noi struktury sovetskogo obshchetsva 1921-seredina 30-kh godo* (Moscú, 1979), p. 194; *Sotsialisticheskoe stroitel'stvo SSSR. Statischekii ezhegodnik* (Moscú, 1934), pp. 356-7.
31 Acerca del aislamiento soviético, véase Jerry F. Hough, *Russia and the West: Gorbachev and the Politics of Reform* (2da edición, Nueva York, 1990), pp. 44-66.

6. Finalizar la revolución

1 Crane Brinton, *The Anatomy of Revolution* (edición revisada, Nueva York, 1965). [*Anatomía de la revolución*, México, Fondo de Cultura Económica, 1965].
2 L. Trotsky, *The Revolution Betrayed* (Londres, 1937) [*La Revolución Traicionada*, editorial Fontamara, 1977]; Nicholas S. Timasheff, *The Great Retreat: The Growth and Decline of Communism in Russia* (Nueva York, 1946).
3 Acerca de las afirmaciones sobre la alfabetización, véase Fitzpatrick, *Education and Social Mobility*, 168-76. El censo poblacional censurado de 1937 estableció que el 75 por ciento de la población de entre 9 y 49 años de edad estaba alfabetizada (*Sotsiologicheskie issledovaniya*, 1990, nro. 7, pp. 65-6). Obviamente, incluir al grupo de más de 50 años habría hecho bajar la cifra.
4 Douglas R. Weiner, *Models of Nature: Ecology, Conservation and Cultural Revolution in Soviet Russia* (Bloomington, Ind., 1988).
5 Nove, *An Economic History of the USSR* (nueva edición; Londres, 1992), pp. 195-6. Para una crítica de la era de la *glasnost*' de las estadísticas oficiales, véase V. Selyunin y G. Janin, "Lukavaya tsifra", *Novyi mir*, 1987, nro. 2.
6 Holland Hunter, "The Overambitious Fist Soviet Five-Year Plan", *Slavic review*, 32:2 (1973), pp. 237-57.
7 Acerca de la crisis en la industria del carbón en la región de la cuenca del Don, véase Hiroaki Kuromiya, "The Commander and the Rank and File. Managing the Soviet Coal-Mining Industry, 1928-33" en W. Rosenberg y L. Siegelbaum (editores), *Social Dimensions of Soviet Industrialisation* (Bloomington, Ind., 1993), pp. 154-8.

[8] Véase James R. Millar, "What's Wrong with the 'Standard Story'?", de James Millar y Alec Nove, "A Debate on Collectivization", *Problems of Communism*, julio-agosto de 1976, pp. 53-5.
[9] Para una discusión más pormenorizada del auténtico koljoz de la década de 1930, véase Fitzpatrick, *Stalin's Peasants*, capítulos 4-5.
[10] Stalin, "Acerca de la redacción de la constitución de la URSS" (25 de noviembre, 1936), texto ruso en I. Stalin, *Sochineniya*, i. (14), editado por Rober H. McNeal (Stanford, Calif. 1967), pp. 135-83. Para el texto de la constitución, aceptado por el octavo congreso extraordinario de los soviets de la URSS el 5 de diciembre de 1936, véase *Istoriya sovetskoi konstitusii (v dokumentaj) 1917-1956* (Moscú, 1957), pp. 345-59.
[11] Para un postulado de que la genuina intención del régimen de democratizar las elecciones soviéticas fue frustrada por las tensiones sociales asociadas a las grandes purgas, véase J. Arch Getty, "State and Society under Stalin: Constitutions and Elections in the 1930s", *Slavic Review*, 50: I (primavera de 1991).
[12] Citado en N. L. Rogalina, *Kollektivizatsiya: uroki proidennogo puti* (Moscú, 1989).
[13] Véase Sheila Fitzpatrick , "Adscribing Class. The Construction of Social Identity in Soviet Russia", *Journal of Modern History*, 4 (1993), pp. 745-70. Nótese que aunque las antiguas formas de discriminación tendían a desaparecer, surgían formas nuevas. Los koljozniks no tenían los mismos derechos que los demás ciudadanos, por no hablar de los kulaks deportados y otros exiliados administrativos.
[14] Véase Fitzpatrick, "Stalin and the Making of a New Elite", en Fitzpatrick, *The Cultural Front*, pp. 177-8.
[15] "Nuevas condiciones-nuevas tareas en la construcción económica" (23 de junio de 1931), en Stalin, *Obras*, xiii, pp. 53-82.
[16] Lewis H. Siegelbaum, *Stakhanovism and the Politics of Productivity in the USSR, 1935-1941* (Cambridge, 1988).
[17] Fitzpatrick, *Education and Social Mobility*, 212-33; Timasheff, *The Great retreat*, pp. 211-25.
[18] Véase John Barber, *Soviet Historians in Crisis: 1928-1932* (Nueva York, 1981), pp. 126-41.
[19] Timasheff, *The Great Retreat*, 192-203, 319-21. Acerca del tema del aborto, véase Wendy Goldman, "Women, Abortion and the State" en Barbara E. Clements, Barbara A. Engel y Christine D. Worobec (eds.), *Russia's Women: Accomodation, Resistance, Transformation* (Berkeley, Calif. 1991), pp. 243-66.

[20] Para una tesis interesante sobre la "hipocresía" soviética durante la época de Stalin, véase Vera S. Duhham, *In Stalin's Time. Middle-class Values in Soviet Fiction* (Cambridge, 1976).
[21] La independencia y afirmación de sí mismas por parte de mujeres "atrasadas" (campesinas, minorías nacionales) aún era fuertemente alentada por el régimen; véase Fitzpatrick, *The Cultural Front*, 233-5, y Iuri Slekzine, *Arctiv Mirrors: Russia and the Small Peoples of the North* (Ithaa, NY, 1994).
[22] *Vsesoiuznoe soveshchanie zhen khozyaistvennikov i inzhenernotekhnicheskij rabotnikov tyazheloi promyshlennosti. Stenograficheskii otchet, 10-12 maya 1936 g.* (Moscú, 1936).
[23] Trotsky, *The Revolution Betrayed* , 102-5 [*La Revolución Traicionada*, Fontamara, 1977]; *Sto sorok besed s Molotovym*, pp. 410-11.
[24] Milovan Djilas, *The New Class. An Analysis of the Communist System* (Londres, 1966) [*La nueva clase*, Barcelona, Ariel ,1967]; Robert C. Tucker, *Stalin in Power* (Nueva York, 1990), pp. 319-24.
[25] Para un desarrollo de este punto, véase Sheila Fitzpatrick, "Becoming Cultured: Socialist Realism and the Representation of Privilege and Taste", Fitzpatrick, *The Cultural Front*, pp. 216-37.
[26] Thomas Carlyle, *The French Revolution* (Londres, 1906), ii, p. 362.
[27] *Izvestiia TsK KPSS*, 1989 nro. 8, p. 115.
[28] Estos juicios han sido descriptos vívidamente por Robert Conquest en *The Great Terror. Stalin's Purge of the Thirties* (Londres, 1968), puesto al día como *The Great Terror: A Reassessment* (Nueva York, 1990).
[29] Véase, por ejemplo, el diálogo entre Rykov y Vyshinsky en *Informe de los procedimientos del tribunal en el caso del "bloque de derechistas y trotskistas" antisoviético juzgado ante el cuerpo colegiado militar de la suprema corte de la URSS, Moscú, Marzo 2-13, 1938* (Moscú, 1938), pp. 161-2.
[30] De la acusación, en *ibid.* pp. 5-6.
[31] Molotov en *Bol'shevik*, 1937, nro. 8 (15 de abril), pp. 21-2.
[32] Las actas de este plenario fueron publicadas por primera vez en *Voporsy istorii*, 1992, nros. 2-3 y subsiguientes.
[33] *Khruschev Remembers*, trad. y ed. por Strobe Talbott (Boston, 1970); Graeme Gill, *The Origins of the Stalinist Political System* (Cambridge, 1990), p. 278.
[34] Resolución del politburó del 2 de julio de 1937 "Acerca de los elementos antisoviéticos", firmada por Stalin y orden operativa del 30 de julio firmada por Eyov (jefe de la NKVD), *Trud*, 4 de junio de 1992, 1.
[35] Datos de V. N. Zemskov en *Sotsiologicheskie issledovaniya*, 1991, no. 6, p. 14; N. Dugin, en *Na boevom postu*, 27 de diciembre de 1989, 3; J. Arch Getty, Gabor T. Rittersporn, Viktor N. Zemskov, "Victims of the Soviet

System in the Prewar Years: A First Approach on the Basis of Archival Evidence", *American Historical Review*, octubre de 1993.
[36] Para otra perspectiva sobre las *chistki* del partido, véase J. Arch Getty, *Origin of the Great Purges, the Soviet Communist Party Reconsidered, 1933-1938* (Nueva York, 1985).
[37] Eije, en discusión en el plenario de febrero-marzo del comité central, *RTsKhIDNI*, f. 17, op. 2, d. 612, l. 16.
[38] Acerca de las denuncias, véase Fitzpatrick, *Stalin's Peasants*, capítulo 9.
[39] *Zvezda* (Dnepropetrovsk), 1º de agosto de 1937, 3; *Krest'yanskaia pravda* (Leningrado), 9 de agosto de 1937, 4. Acerca de la dimensión popular de las grandes purgas, véase también J. Arch Getty y Roberta Manning (eds.), *Stalinist Terror: New Perspectives* (Nueva York, 1993), en particular los artículos de Gabor Rittersporn y Robert Thurston.
[40] Acerca del papel de Eyov y de su destitución, véase Getty y Manning, *Stalinist Terror*, 21-39 y *Sto besed s Molotovym*, pp. 399, 401-2.
[41] Stalin, *Obras*, ed. Robert H. McNeal, i. (14), pp. 368-9.
[42] Dmitiri Volkogonov, *Stalin. Triumph and Tragedy*, trad. por H. Shukman (Londres, 1991), 279 o la más pormenorizada edición rusa, *Triumf i tragediia. Politicheskii portret Stalina* (Moscú, 1989), libro I, parte 1, p. 51 y parte 2, p. 201.
[43] Acerca de la airada reacción de Stalin al leer *La Revolución Traicionada* de Trotsky, donde se formula esa acusación, véase Volkogonov, *Stalin*, p. 260.

Bibliografía

Anweiler, Oskar, *The Soviets: The Russian Worker's, Peasants' and Soldiers' Councils, 1905-1921* (Nueva York, 1974).

Acher, Abraham, The Revolution of 1905, i: *Russia in Disarray* (Stanford, Calif., 1992).

Avrich, Paul, *Kronstadt, 1921* (Princeton, NJ, 1970).

Bennett, John W., *Brest-Litovsk. The Forgotten Peace* (Londres, 1938).

Benvenuti, F., *The Bolsheviks and the Red Army, 1918-1922* (Cambridge, 1988).

Borkenau, F., *World Communism. A History of the Communist International* (Ann Arbor, Mich.). Primera edición 1938.

Brovkin, Vladimir N., *The Mensheviks after October: Socialist Opposition and the Rise of the Bolshevik Dictatorship* (Ithaca, NY, 1987).

Browder, Robert P. y Kerensky, Alexander F. (eds.), *The Russian Provisional Government, 1917* (3 vols., Stanford, Calif., 1961).

Bukharin N. y Preobrazhensky, E. *The ABC of Communism,* trad. por E. y C. Paul, introducción de E.H. Carr (Londres, 1969). Escrito en 1919. [N. Bujarin y E. Peobrayensky, *ABC del Comunismo,* Madrid, Ediciones Júcar, 1977].

Burbank, Jane, *Intelligentsia and Revolution, Russian Views of Bolchevism, 1917-1922* (Nueva York, 1986).

Carr, E. H., *A History of Soviet Russia* (Londres, 1952-78) Títulos individuales: *The Bolshevik Revolution, 1917-1923* (3 vols., 1952) [*La revolución bolchevique,* 3 vols., Madrid, Alianza, 1973]; *The interregnum, 1923-4* (1954); *Socialism in One Country, 1924-1926* (3 vols.; 1959), *Foundations of a Planned Economy, 1926-1929* (3 vols., vol. 2 con R.W. Davies, 1969-78).

Chamberlin, W. H., *The Russian Revolution* (2 volúmenes,Londres, 1935).

——, *Russia's Iron Age* (Londres, 1935).

Chase, William, *Workers, Society and the Soviet State. Labor and Life in Moscow,1918-1929* (Urbana, Ill., 1987).

Clements, Barbara E., *Bolshevik Feminist. The life of Alexandra Kollontai* (Bloomington, Ind. 1979).

Cohen, Stephen F. *Bukharin and the Bolshevik Revolution. A Political Biography, 1888-1938* (Nueva York, 1973).

Cohen, Stephen F. y Tucker, Robert C., *The Great Purge Trial* (Nueva York, 1965).

Conquest, Robert, *The Harvest of Sorrow. Soviet Collectivization and the Terror-Famine* (Nueva York, 1986).

——, *The Great Terror: A Reassessment* (Nueva York, 1990).

Daniels, Robert V., *The Conscience of th Revolution. Communist Opposition in Soviet Russia* (Cambridge, Mass., 1960).

——, *Red October. The Bolshevik Revolution of 1917* (Nueva York, 1967).

R. W. Davies., *The Industrialization of Soviet Russia*, i: *The Socialist Offensive. The Collectivisation of Soviet Agriculture, 1929-1939* (Cambridge, Mass. 1980); ii: *The Soviet Collective Farm, 1919-1930* (Cambridge, Mass., 1980); iii: *The Soviet Economy in Turmoil, 1929-1939* (Cambridge, Mass., 1989).

Debo, Richard, *Revolution and Survival: The Foreign Policy of Soviet Russia, 1917-18* (Toronto, 1970) y *Survival and Consolidation: The Foreign Policy of Soviet Russia, 1918-21* (Montreal, 1992).

Deutscher, Isaac, *The Prophet Armed. Trotsky: 1879-1921* (Londres, 1954) [*El profeta armado*, Editorial Erà, México, 1966].

——, *The Prophet Unarmed. Trotsky: 1921-1929* (Londres, 1959).[*El profeta desarmado*, Editorial Era, México, 1988].

——, *The Prophet Outcast. Trotsky: 1929-1940* (Londres, 1970) [*El profeta desterrado*, Editorial Era, México, 1988].

Fainsod, Merle, *Smolensk under Soviet Rule* (Londres, 1958).

Ferro, Marc, *The Russian Revolution of February 1917* trad. por J. L. Richards (Londres, 1972).

——, *October 1917: A Social History of the October Revolution*, trad. por Norman Stone (Boston, 1980).

Figes, Orlando, *Peasant Russia, Civil War. The Volga Countryside in Revolution, 1917-1921* (Oxford, 1989).

Filtzer, Donald, *Soviet Workers and Stalinist Industrialization. The Formation of Modern Soviet Production Relations, 1928-1941* (Nueva York, 1986).

Fischer, Louis, *The Soviets in World Affairs. A History of Relations Between the Soviet Union and the Rest of the World, 1917-1929* (Princeton, NJ, 1951).

Fitzpatrick, Sheila, *The Commisariat of Enlightenment. Soviet Organization of Education and the Arts under Lunacharsky, October 1917-19211* (Londres, 1970).

——, (ed.), *Cultural Revolution in Russia, 1928-1931* (Bloomington, Ind., 1978).

——, *Education and Social Mobility in the Soviet Union, 1921-1934* (Cambridge, 1979).

——, *The Cultural Front. Power and Culture in Revolutionary Russia* (Ithaca, NY, 1992).

——, *Stalin's Peasants. Resistance and Survival in the Russia Village after collectivization* (Nueva York y Oxford, 1994).

——, Rabinowitch, A. y Stites, R. (eds.), *Russia in the Era of NEP. Explorations in Soviet Society and Culture* (Bloomington, Ind., 1991).

Florinsky, Michael T., *The End of the Russian Empire* (New Haven, Conn., 1931).

Fülöp-Miller, René, *The Mind and Face of Bolshevism. An Examination of Cultural Life in Soviet Russia* (Londres, 1927).

Galili, Ziva, *The Menshevik Leaders in the Russian Revolution: Social Realities and Political Strategies* (Princeton, NJ, 1989).

Getty, J. Arch, *Origin of the Great Purges, the Soviet Communist Party Reconsidered, 1933-1938* (Nueva York, 1985).

Getzler, Israel, *Kronstadt, 1917-1921. The Fate of a Soviet Democracy* (Cambridge, 1983).

Gill, Graeme, *Peasants and Government in the Russian Revolution* (Londres, 1979).

Gleason, A., Kenez, P., y Stites, R. (eds.), *Bolshevik Culture. Experiment and Order in the Russian Revolution* (Bloomington, Ind., 1985).

Haimson, Leopold, *The Russian Marxists and the Origins of Bolshevism* (Cambridge, Mass., 1955).

——, The Problem of Social Stability in Urban Russia, 1905-1917", *Slavic Review,* 23:4 (1964) y 24:1 (1965).

——, *The Mensheviks. From the Revolution of 1917 to World War II* (Chicago, 1974).

Hasegawa, Tsuyoshi, *The February Revolution: Petrograd, 1917* (Seattle, 1981).

Hulse, James W., *The Forming of the Communist International* (Stanford, Calif., 1964).

Husband, William, *Revolution in the Factory. The Birth of The Soviet Textile Industry, 1917-1920* (Nueva York, 1990).

Katkov, George, *Russia, 1917: The February Revolution* (Londres, 1967).

Keep, John, *The Russian Revolution. A Study in Mass Mobilization* (Nueva York, 1976).

——, *The Debate on Soviet Power. Minutes of the All-Russian Central Executive Committee of Soviets: Second Convocation, October (1918)* (Oxford, 1979).

Kenez, Peter, *Civil War in South Russia, 1918* (Berkeley, 1971).

Kenez, Peter, *Civil War in South Russia, 1919-20* (Berkeley, 1977).

——, *The Birth of the Propaganda State. Soviet Methods of Mass Mobilization 1917-1929* (Cambridge, 1985).

Kennan, George F., *Soviet-American Relations, 1917-1920*, i: *Russia Leaves the War* (Princeton, NJ, 1958).

Koenker, Diane, *Moscow Workers and the 1917 Revolution* (Princeton, NJ, 1981)

——, y Rosenberg, W. G. *Strikes and Revolution in Russia 1917* (Princeton, NJ, 1989)

——, y Rosenberg, W. G. y Suny, R. G. (eds.), *Party, State and Society in the Russian Civil War: Explorations in Social History* (Bloomington, Ind. 1989).

Kuromiya, Hiroaki, *Stalin's Industrial Revolution: Politics and Workers, 1928-1932* (Cambridge, 1988).

Lazitch, Branjo y Drachkovitch, Milorad M., *Lenin and the Comintern*, i (Stanford, Calif., 1972).

Legget, George, *The Cheka. Lenin's Political Police* (Oxford, 1981).

Lewin, Moshe, *Lenin's Last Struggle* (Nueva York, 1968).

——, *Russian Peasants and Soviet Power* (Londres, 1968).

——, *The Making of the Soviet System: Essays on the Social History of Interwar Russia* (Nueva York, 1985).

Lincoln, W. Bruce, *Red Victory: A History of the Russian Civil War* (Nueva York, 1989).

Male, Silvana, *The Economic Organization of War Communism, 1918-1921* (Cambridge, 1985).

Mally, Lynn, *Culture of the Future: The Prolethult Movement in Revolutionary Russia* (Berkeley, Calif., 1990).

Mandel, David, *The Petrograd Workers and the Fall of the Old Regime* (Londres, 1983).

——, *The Petrograd Workers and the Soviet Seizure of Power* (Londres, 1984).
McAuley, Mary, *Bread and Justice. State and Society in Petrograd, 1917-1922* (Oxford, 1991).
Mawdsley, Evan, *The Russian Revolution and the Baltic Fleet. War and Politics, February 1917-April 1918* (Nueva York, 1978).
——, *The Russian Civil War* (Boston, 1987).
Medvedev, Roy A. *The October Revolution* (Nueva York, 1979).
——, *Let History Judge. The Origins and Consequences of Stalinism* (edición revisada.; Nueva York, 1989).
Melgunov, S. P., *The Bolshevik Seizure or Power* (Santa Barbara, Calif. 1972).
Pethybridge, Roger, *Witnesss to the Russian Revolution* (Londres, 1964).
——, *The Social Prelude to Stalinism* (Londres, 1974)
Pipes, Richard, *The Formation of the Soviet Union. Communism and Nationalism, 1917-1923* (Cambridge, Mass., 1954).
——, *The Russian Revolution* (Nueva York, 1990).
Rabinowitch, Alexander, *Prelude to Revolution. The Petrograd Bolsheviks and the July 1917 Uprising* (Bloomington, Ind., 1968).
——, *The Bolsheviks come to Power, The Revolution of 1917 in Petrograd* (Nueva York, 1976).
Radkey, Oliver H. *The Agrarian Foes of Bolshevism. Promise and Default of the Russian Socialist Revolutionaries, February to October 1917* (Nueva York, 1958).
——, *The Sickle under the Hammer: The Russian Socialist Revolutionaries in the Early Months of Societ Rule* (Nueva York, 1963).
——, *The Unknown Civil War in Soviet Russia. A Study of the Green Movement in the Tambov Region, 1920-21* (Stanford, Calif., 1976).
——, *Russia Goes to the Polls. The Election to the All-Russian Consituent Assembly, 1917* (Ithaca, NY, 1989).
Raleigh, Donald J., *Revolution on the Volga: 1917 in Saratov* (Ithaca, NY, 1986).
Read, Christopher, *Culture and Power in Revolutionary Russia: The Intelligensia and the Transition from Tsarism to Communism* (Nueva York, 1990).
Reed, John, *Ten Days that Shook the World* (Londres, 1966) [*Diez días que conmovieron al mundo*, Ediciones Akal, Tres Cantos, 1985.]
Reiman, Michal, *The Birth of Stalinism. The USSR on the eve of the "Second Revolution"*, trad. por George Saunders (Bloomington, Ind., 1987).

Remington, Thomas F., *Building Socialism in Bolshevik Russia: Ideology and Industrial Organization, 1917-1921* (Pittsburgh, 1984).

Rigby, T. H., *Lenin's Government. Sovnarkom. 1917-1922* (Cambridge, 1979).

Rosenberg, William G., *Liberals in the Russian Revolution* (Princeton, NJ, 1974)

——, *Bolshevik Visions. First Phase of the Cultural Revolution in Soviet Russia* (2nda edición, 2 vols.; Ann Arbor, Mich., 1990).

Sakwa, Richard, *Soviet Communists in Power: A Study of Moscow During the Civil War, 1918-1921* (Nueva York, 1988).

Schapiro, Leonard, *The Origin of the Communist Autocracy. Political Opposition in the Soviet State: First Phase, 1917-1922* (Cambridge, Mass., 1955).

Scott, John, *Behind the Urals. An American Worker in Russia's City of Steel* (Boston, 1942).

Serge, Victor, *Memoirs of a Revolutionary* (Oxford, 1963). [*Memorias de un revolucionario*, México, Siglo XXI, 1976].

Service, Robert, *The Bolshevik Party in Revolution. A Study in Organizational Change, 1917-1923* (Londres, 1979).

——, *Lenin: A Political Life*, i y ii [hasta 1918] (Bloomington, Ind. 1985-1991) [*Lenin: una biografía*, Madrid, Siglo XXI Editores de España, 2001].

Siegelbaum, Lewis H. *Soviet State and Society between Revolutions, 1918.1929* (Cambridge, 1992).

Slusser, Robert M., *Stalin in October. The Man who Missed the Revolution* (Baltimore, 1987)

Smith, Stephen A., *Red Petrograd: Revolution in the Factories, 1917-18* (Cambridge, 1983).

Solzhenitsyn, Alexander I, *The Gulag Archipelago 1918-1956, trad. por Thomas P. Whitney* (Nueva York, 1973). [*Archipiélago Gulag*, Plaza & Janés, editores. Barcelona 1974].

Steinberg, I. N., *In the Workshop of the Revolution* (Nueva York, 1953).

Stites, Richard, *The Women's Liberation Movement in Russia. Feminism, Nihilism and Bolchevism, 1860-1930* (Princeton, NJ, 1978).

——, *Revolutionary Dreams. Utopian Vision and Experimental Life in the Russian Revolution* (Oxford, 1989).

Suny, Ronald G., *The Baku Commune, 1917-1918. Class and Nationality in the Russian Revolution* (Princeton, NJ, 1972).

Timasheff, Nicholas S., *The Great Retreat. The Growth and Decline of Communism in Russia* (Nueva York, 1946).

Tirado, Isabel, *Young Guard! The Communist Youth League, Petrograd 1917-1929* (Nueva York, 1988).

Trotsky, L., *The Revolution Betrayed* (Londres, 1937) [*La Revolución Traicionada*, Fontamara, 1977].

——, *The History of the Russian Revolution*, trad. por Max Eastman (Ann Arbor, Mich., 1960). [*La Historia de la Revolución Rusa*, Ed. Era, México, 1963].

Tucker, Robert C., *Stalin as Revolutionary, 1879-1929* (Nueva York, 1973).

——, *Stalin in Power: The Revolution from above, 1928-1941* (Nueva York, 1990).

——, (ed.) *Stalinism. Essays in Historical Interpretation* (Nueva York, 1977).

Tumarkin, Nina, *Lenin Lives! The Lenin Cult in Soviet Russia* (Cambridge, 1983).

Ulam, Adam B., *The Bolsheviks. The Intellectual and Political History of the Triumph of Communism in Russia* (Nueva York, 1965).

——, *Stalin. The Man and his Era* (Nueva York, 1973).

Ullman, Richard H., *Anglo-Soviet Relations, 1917-1921* (3 vols. Princeton, NJ, 1961-73).

Vaksberg, Arkady, trad. por Jan Butler, *The Prosecutor and the Prey: Vyshinsky and the 1930s Moscow Show Trials* (Londres, 1968).

Viola, Lyne, *The Best Sons of the Fatherland. Workers in the Vanguard of Soviet Collectivization* (Nueva York, 1987).

Volkogonov, Dmitri, *Stalin. Triumph and Tragedy*, ed. y trad. por Harold Shukman (Londres, 1991).

Von Hagen, Mark, *Soldiers in the Proletarian Dictatorship. The Red Army and the Soviet Socialist State, 1917-1930* (Ithaca, NY, 1990).

Wade, Rex A.; *The Russian Search or Peace, February-October 1917* (Stanford, Calif., 1969).

Warth, Robert D., *The Allies and the Russian Revolution* (Durham, NC, 1954).

Wildman, Allan K., *The End of the Russian Imperial Army*, i: *The Old Army and the Soldiers' Revolt (March-April 1917)* (Princeton, NJ, 1980); ii: *The Road to Soviet Power and Peace* (Princeton, NJ, 1987).

Zeman, Z. A. B. (ed.), *Germany and the Revolution in Russia, 1915-1918: Documents from the Archives of the German Foreign Ministry* (Londres, 1958).